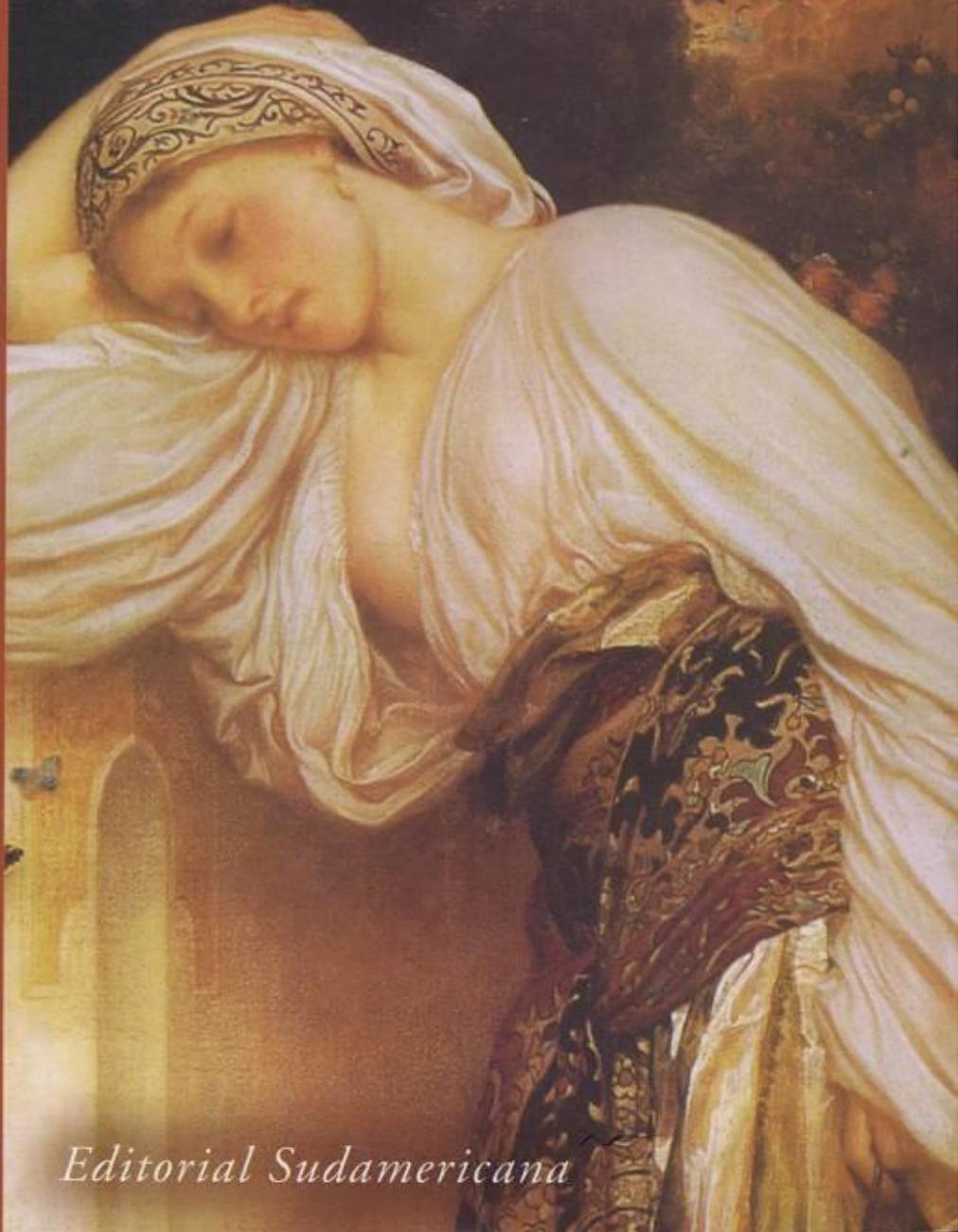


CRISTINA BAJO
Tú, que te escondes



Editorial Sudamericana

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodríguez

Foto de la autora: Gentileza de *La voz del Interior*

CRISTINA BAJO

TÚ, QUE TE ESCONDES

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PRIMERA EDICIÓN:
Mayo de 2004

SÉPTIMA EDICIÓN:
Febrero de 2010

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723*
© 2004, Editorial Sudamericana S.A.
Humberto I 531, Buenos Aires.

ISBN 10: 950-07-2490-1
ISBN 13: 978-950-07-2490-6

www.rhm.com.ar

Esta edición de 3.000 ejemplares se terminó de imprimir en Grafimor S.A.,
Lamadrid 1576, Villa Ballester, Bs. As., en el mes de febrero de 2010.

Dedico este libro con todo mi cariño a mis nietos,
Maximiliano y Fernanda Vázquez de Novoa Mc Cormack;
a Francisco y Virginia Vázquez de Novoa Villegas,
y a Laurita Mazzitelli Villegas.

Un especial agradecimiento para mi sobrino,
Jerónimo Bajo, autor de los bocetos que ilustran estos relatos.

CRISTINA BAJO

RETRATO DE DAMA SIN NOMBRE

AÑO 1573

*También venían damas de compañía de la gobernadora,
y espesas de capitanes, y con ellas, jovencitas y niños.*

Carlos N. Andrés, *Córdoba la Llana*

Llegaron al anochecer, cansados, atorados de polvo, las ropas acartonadas de mugre. Cuando Catalina vio el poblado, se sintió abatida: pobres casas de adobe y techo de paja y un cuadrado donde se alzaba la picota, que más recordaba el cadalso que una plaza de carretas. Las viviendas estaban muy separadas y entre ellas los baldíos bostezaban de hierbajos. Algún perro furtivo, un gato en una ventana, un chivito que balaba, atado a una estaca... Y más allá, el campo mudo de Santiago del Estero.

Alguien, desde un ventanuco, los vio llegar y de pronto todos estaban afuera, entre exclamaciones y palabras de bienvenida.

Erguida en la montura, Catalina vio cómo, en el aire polvoriento, chicos con teas encendidas corrían avisando que habían llegado del Tucumán las mujeres que seguían a don Gerónimo.

Ella, que venía de las grandes urbes del Pacífico, pensó: “¿Ciudad, esto? ¿Será que así tendremos que vivir? ¿Para vivir en un lugar como éste me sacó mi padre de casa de mis tíos, donde me tenían como a infanta?”.

Y evocó el cantar con que su tía la dormía cuando niña:

Catalina, Catalina,
lindo nombre aragonés,
para España es mi partida,
¿Qué encargo me hace usted?
—Que si lo ve a mi marido
mis recuerdos me le dé...

Los viajeros formaban un grupo apretado, las mujeres y los niños encerrados en el círculo de capitanes y arcabuceros.

Doña Luisa Martel de los Ríos, esposa de don Gerónimo Luis de Cabrera, se había vestido de gala. Catalina contuvo una sonrisa. “Soberana del espacio vacío, virreina de desiertos, reina de rancherías”, enumeró. En el último tramo del camino, la señora se había echado encima una capa de terciopelo verde y un sombrero adornado con topacios. “No por mí”, había

dicho, “que no soy vanidosa. Lo hago por mantener en alto el esplendor de España y no desmerecer a mi esposo en el rango que desempeña”.

¡Quién te creyera!, pensó Catalina, admirando, no obstante, el vestido de seda de color vivo y las alhajas. Pero la golilla alechugada, que debía estar tiesa, lucía mustia de venir sepultada en el baúl.

Los hombres desmontaron mientras los vecinos los atendían como a validos de virrey. Las mujeres esperaron en sus sillas hasta que salieron las señoras a recibirlas. Entonces descendieron y comenzaron a dar órdenes a los sirvientes indios para que fueran descargando sus cosas de carretas y mulas.

La última en hacerlo fue Catalina, que miraba, absorta, el atardecer que caía como un toro degollado sobre el horizonte. Entonces oyó a Gonzalo, el hijo menor de don Gerónimo, decir: “Parece sangre”, y se estremeció, pues el chico había hablado como bajo un hechizo.

Descabalgó y vigiló sus cosas, pues temía perder libros, vestidos, zapatos o enseres. Pronto se halló sola: nadie se había dado cuenta de que quedaba atrás, pues poco la conocían y ella, más bien huraña, no se había integrado al grupo. Detestó a su padre. ¿Qué derecho tenía a obligarla a abandonar el amparo de sus tíos, la casa que la guardaba, las cosas de su madre, sus pájaros y perros, su jardín y su sauce colmado de orquídeas, ordenándole seguirlo en aquel viaje del cual él ya estaba ausente, pues había quedado en Tucumán? ¿Y dónde dormiría esa noche? La angustia anudó su cintura, y cuando iban a saltársele las lágrimas, surgiendo de una bruma de crepúsculo y polvo, vio venir a una mujer envuelta en una manta. No entendió su lengua, pero su gesto fue explícito: quería que la siguiera. Arregazándose las faldas, caminó tras ella por el ancho guadal sin calzada.

Se detuvieron frente a una casa más alta que las demás, deteriorada pero importante. Mientras los sirvientes de Catalina se dirigían a los fondos, la india la hizo pasar a un zaguán sombrío. Se abrió una puerta en la negrura y una bocanada de luz, tibia en su color, la recibió. La sala era amplia, casi sin muebles, y una anciana la esperaba sobre el estrado, en un sillón curial. A su lado, una mesita; sobre ella, un fanal de cristal cubriendo un Niño Dios sobre flores de tela. En lo alto de la pared, una Dolorosa con sus siete puñales.

—¿Eres hija de Clarisa?

Sorprendida al oír el nombre de su madre, hizo una reverencia llevándose la mano al corazón.

—Ella murió hace años.

—Lo sé —respondió la señora. Tenía un rosario de ágatas entre los dedos—. Tu madre me sostuvo una vez en mi dolor. Mucho le adeudo. —Y preguntó:

—¿Vive tu padre?

—Sí —respondió Catalina—. Don Gerónimo lo destinó a Tucumán.

—¿Lo quieres?

Catalina, sorprendida, demoró la respuesta.

—Has dudado...

—Estoy molesta con él —reconoció—. Yo no quería hacer este viaje. He perdido a mi madre por segunda vez al separarme de mi tía.

—¿Y qué sucedería si él muriese?

—No me gustaría regresar a Lima por ese motivo. Antes de morir, a pesar de que era yo muy niña, mi madre me pidió que cuidara de él.

—Cuida de él, entonces —dijo la señora y aclaró—: No acostumbro albergar desconocidos, pero he pedido por ti. En recuerdo de Clarisa.

Y dando por terminada la conversación, hizo una seña a la india, que la guió hasta una pieza, más allá de la desolación de patios abandonados, donde un perro flaco, al ver el tizón encendido, se escurrió por el tapial. El viento, en los corredores, sonaba como el quejido de un moribundo y Catalina rogó que las andiras, los enormes murciélagos del país de los guaraníes, no anidaran allí. Sus cabezas repugnantes eran tan grandes como la de los perros que cazaban osos en Asturias.

La pieza estaba dispuesta, con cama sobre estrado, mantas indias, aguamanil de plata, y hasta un cuadro en la pared y un espejo en la que hacía esquina. Para lo que parecía la villa, era de gente que guardaba doblones en los entretechos.

Su criada había sacado la ropa de los cofres y la había puesto a orear sobre sillones y reclinatorios. Y le habían dejado, en la mesita, una bandeja con comida caliente que le hizo agua la boca.

Se acostó después de haberse mirado en la luna del espejo; la superficie se veía tan avejentada que parecía agua sucia.

El cuadro atrajo su mirada. No le pareció antiguo. En él se veía a una mujer sentada al lado de una mesita redonda. Sobre ésta, una granada. Llamaba la atención su porte, de una hermosura carnal pero apacible; se había vestido para posar, el traje adornado con galones de oro y botones de piedras preciosas; el tocado retenía la cabellera caoba y parecía una corona sobre su cabeza.

A la mañana siguiente quiso presentar sus respetos a la señora, pero la india, por señas, le negó la entrada y Catalina partió con su criada a la catedral —un rancho más grande que los otros— y al salir se encontró con doña Luisa Martel de los Ríos y su corte. Por ser el primer día que paseaban a la luz, todas vestían sus galas. Doña Luisa preguntó a Catalina si estaba bien alojada, aunque no llegó a interesarse en dónde, y luego la invitó a seguirlas hacia la casa del gobernador. Allí la joven oyó decir que los hombres que habían salido a fundar una ciudad vendrían a buscarlas pronto.

En voz baja, las mujeres hablaban de maridajes y conveniencias. Catalina había oído al Inca Garcilaso contar, burlándose, que oyó decir a unas damas recién llegadas de España, al ver a los pretendientes: “¿Con esos viejos podridos hemos de casar?”. Y otra contestó: “Dalos al diablo, parece que escaparon del infierno. Unos cojos, otros mancos, otros sin orejas, otros con media cara y el mejor librado, cruzada por dos mandobles”. La última parte del diálogo hizo comprender a Catalina que ninguna quedaría soltera: “No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que según están viejos y cansados, se han de morir pronto y entonces quedaremos ricas y bien vistas, y podremos escoger mozo”.

Su tía había advertido a Catalina que no se hiciera ilusiones con aquellos varones siempre con los jugos del cuerpo en discordia entre la defensa, el ataque y el descanso. Pero, solía suspirar la señora: “¿Quién, si no, nos levantará un techo, quién mantendrá el monte lejos de las ciudades, quien nos defenderá del nativo arisco y de las bestias feroces?”.

Pues ella no quería casamiento, ni conocía mozo que le agradara, y tenía suficiente fortuna por su madre y por sus tíos, que todo le dejarían. ¿Para qué, pues, un viejo maloliente, que carraspearía al amanecer para despedir las flemas a un metro de la cama?

Sin resignarse, pensaba en sus tíos, en el jardín que cuidaban. Ella entendía a Blas de Rosales que viajaba por aquellos páramos con rosas, vides e higueras: lo había visto negarse el agua para darla a las plantas.

Aun sabiendo que partirían pronto, sacó la caja escritorio, y una noche, a la luz del candelabro, escribió hasta que los ojos comenzaron a arderle. Al levantar el rostro, se topó con el retrato de la dama y ya no le pareció tan hermosa. Había algo en su expresión, como si fuera un manjar que empezara a agriarse. “Parece mujer soberbia aunque virtuosa”, se admiró, “pero si uno se fija, sus labios... su aire...”.

Después de agregar varias líneas a la carta, volvió la vista hacia el retrato pensando encontrarlo tal cual la primera vez. Pero no, allí estaba el cambio. ¿Cambio? Quizás antes no notó ciertos detalles; como que la mujer no tenía las manos cruzadas sobre la cintura; por el contrario, el puño derecho, cubierto por la palma izquierda, se cerraba sobre el mango de una daga que asomaba entre los pliegues de su faja. Intentó continuar la crónica y olvidarse del retrato, pero era como si su mente estuviese en blanco.

Sintió que había un mensaje que debía ser descifrado en la pintura. ¿Cuántas personas habrían pasado frente a ella sin notar nada? Y si lo hubiesen notado, ¿lo habrían comentado? No seguramente, por miedo a pasar por “iluminados” y que el Santo Oficio se fijara en ellos. Buscó en la tela el nombre de la mujer, pero no había nombre ni firma.

La luz de las velas menguaba y el calor del brasero la amodorró, pero su imaginación siguió trabajando.

Había algo más en el lienzo: debajo de la mesa, descubrió una jaula de mimbre con un cuervo de ojos dorados. Apenas si se distinguía entre las pinceladas oscuras del cortinaje, pero notó que miraba hacia el espejo.

Cayó en un trance hipnótico; cuando despertó, las velas se consumían en una flama líquida. Notó que el cuadro se reflejaba en el espejo de una manera rara, como si las figuras se movieran, como si algo hubiera cambiado, cuando se le escapó un parpadeo: en la luna manchada se reflejaba la misma figura, pero inconclusa. Y en una esquina se veía la mano de alguien que sostenía un pincel, como si el artista todavía estuviera trabajando en el cuadro. No se llegaba a ver el pájaro, pero sí algo borroso a la derecha de la dama: la figura de un hombre apenas distinguible, de espaldas.

Inquieta, se sentó en el borde de la cama. Era fatiga; si no dormía unas horas, al día siguiente no podría acompañar a María Mejía a buscar yerbas curativas.

Se desvistió, se metió entre las mantas, se tapó la cabeza y se durmió con los versos que le cantaba su tía:

Es alto, blanco y bizarro
y al hablar es muy cortés.
—Por las señas que me ha dado
su marido muerto es...

El paseo con María Mejía y sus hijas fue agradable. Al volver, escribió a su tía: "... dice doña Leonor Mejía hay aquí unas sierpes enormes que gustan de aparearse con hembras humanas y muy especialmente las doncellas debemos cuidarnos"; y comentaba que María era india y discretísima, sabia en curaciones.

Al anoecer, la señora la hizo llamar. Igual que la primera vez, la encontró en su estrado, pero una silla esperaba a Catalina.

La interrogó sobre el paseo, si estaba cómoda; ella inquirió por el retrato de su pieza.

—Algún día te contaré la historia —dijo la señora, y la despidió con un movimiento del pañuelo de encaje.

Durmió mal y despertó aterrada: había escuchado el grito de alguien herido de muerte. Dos velas se habían consumido y la tercera parecía flotar en el aire. Instintivamente, miró el cuadro. Todo parecía igual... pero cuando volvió la vista al espejo, todo estaba cambiado. Ya no se veía a la dama, no se veía el cuervo: sólo se distinguía al hombre de espaldas, y por sobre su cintura, el brazo de la mujer que lo ceñía en un encuentro fatal: el puñal se había hincado en sus riñones. La mano derecha del hombre se sostenía de la cortina; un anillo de oro y rubíes brillaba en el anular. Sobre

la mesa, una mancha oscura; podía ser sangre o, simplemente, un lamparón en la superficie del espejo.

Volvió a dormirse —¿o nunca estuvo despierta?— y a la mañana siguiente, el cuadro tan sólo mostraba el retrato de una dama.

Sufrió la lentitud del tiempo, y el descontento se le volvió melancolía. Su padre mandaba noticias con los partes para don Gerónimo; le mentía que pronto estaría con ella.

Por entonces, algunos hombres de Cabrera regresaron hablando de las tierras descubiertas: parecidas a las de Andalucía, de aire azul, de ríos caudales, de miles de indios que se repartirían en encomiendas, de yacimientos de plata, de piedras preciosas, de montañas rocosas que quebraban los valles.

Sentada en la sala del gobernador, Catalina se impacientó con aquellos que veían Elelines y comarcas empedradas en oro, siendo que, desde que entraron en el territorio, sólo cruzaron tierras mediocres, faltas de agua, y distancias enormes sin un lugar donde hacer dormida.

Su padre le envió una carta distinta, una carta escrita con cautela. Le comentaba que había hecho amistad con una familia de Tucumán y que ahora comprendía que mejor hubiera sido mantenerla con él que mandarla a Santiago con doña Luisa Martel. Nombraba varias veces a una mujer.

Inquieta, Catalina sospechó que quizá su padre estuviera a punto de formalizar un casamiento. ¿Qué sería de ella entonces? Tal vez la otra tendría sus mismos años, y ella, siendo dueña de la fortuna de su madre, debería ver cómo enajenaba bienes y se quedaba con lo que, a su mayoría de edad, debía recibir.

Esa noche escribió desesperadamente a su tío diciéndole que quería volver a Lima. Si debía lidiar por su herencia, allí tendría más oportunidades que en tierras aún sin tribunales.

Antes de lo esperado, llegó otra carta de su padre; le decía que ya tenía edad de buscar marido y que había pensado en el primo de su futura esposa, un hombre de bien...

El capitán tucumano le contó la verdad: el tal primo tenía cincuenta años, le faltaban dedos y era más pobre que sacristán. ¿Es que le parecía justo a su padre casarla con aquel viejo al que le faltaban partes y le sobraban miserias? Comprendió que detrás de ese afán por desposarla estaba la voluntad de la madrastra, que la quería fuera de su vida. ¿Por qué no la dejaban volver a Lima, entonces?

Por fin, llegaron los enviados de don Gerónimo junto con otros de Tucumán que venían a guiarlas hasta la ciudad del país de los comechingones. Cuando preguntó por su padre, la sonrisa que arrugó la cara de uno de ellos le confirmó lo que temía: estaba enredado en amores,

y no debía ser buena mujer quien provocaba semejante expresión en un soldado.

Anocheecía cuando la señora de la casa la mandó llamar. Hablaron como siempre: Catalina envarada, la anciana altiva. La joven se atrevió a contarle lo que temía. La señora le aseguró que nada malo iba a pasarle, y ella se sintió desilusionada. ¿Quizá para una mujer de su edad era comprensible que se acatará lo que el corazón, el cuerpo y el intelecto se negaban a aceptar? Por cambiar de tema, volvió a preguntarle por el cuadro.

—Era la esposa de mi hijo; ella lo mató, aunque jamás pude probarlo. Horrorizada, Catalina preguntó:

—¿Y por qué, entonces, lo conserva?

—Para no olvidar —dijo la señora—. El joven que lo pintó era amigo de Santiago. Muy luego se dio muerte. Siempre pensé que ella lo había seducido.

—¿Y qué fue de esa mujer?

—Dicen que cruzó a Chile. Pero algún día volverá, pues no pudo cobrar la herencia —y tocándose los labios, aseguró—: Ya me cuidaré yo de que no cobre ni un maravedí.

Catalina se contuvo para no contarle que había visto en el espejo el asesinato de su hijo; era cruel renovar el dolor.

—¿Parten mañana?

—Sí, antes del alba.

—Entonces, ya no nos veremos.

Tomó un sobre lacrado del regazo y se lo tendió.

—No lo abras hasta que sea necesario. Son consejos y consolaciones.

—¿Y cómo sabré cuándo abrirlo? —se desconcertó Catalina.

—Lo sabrás.

Por única vez, la mujer le hizo señas de que se acercara y se arrodillara, luego puso la mano de piel apalada, liviana como pájaro, sobre su cabeza, y la bendijo.

Catalina se despidió con los ojos en lágrimas al oír que la señora le decía:

—Voy a mandarte un regalo. Y por tu suerte, no te inquietes. Tu madre velará por ti y yo rogaré con ella.

Nunca los corredores le habían parecido a Catalina más helados; nunca, los patios más abandonados.

Como don Gerónimo había ofrecido tierras y encomiendas a quienes se asentaran en la ciudad nueva, a la que llamó Córdoba de la Nueva

Andalucía, un puñado de residentes —hombres y mujeres— de Santiago del Estero y de la ciudad de Tucumán se unieron a la caravana.

Se ofició una misa en la plaza por los viajeros, que tiritaban y se arrebujaban en mantos negros y gruesos.

Catalina examinó la tropa, hombres que, siendo artesanos, cabreros o carreteros en su tierra, en América sólo querían iniciarse en el oficio de sangre de la conquista. Eran los aventureros tras la gloria que les depararía campos extensos, indios de trabajo y ningún oficio; fumaban tabaco hediondo, se pasaban la bota de aguardiente, hacían muecas a las chiquillas y alguno, ya envalentonado, se atrevía a clavar la mirada en las señoras.

Los capitanes lucían calzas y jubón blanco, colete requemado con cordones de seda, gorra de terciopelo y camisa labrada con hilo de oro. Algunos llevaban el yelmo colgando de la cintura, y las botas les protegían las piernas hasta la ingle. Estos llevaban espadas, los otros puñales y lanzas, arcabuces, rodelas y ballestas. Los caballos de los hidalgos estaban enjaezados con lujo andaluz.

Las despedidas fueron largas y, por fin, mujeres y chiquillos se acomodaron en las carretas cubiertas, por donde el chiflón del viento destemplaba con su gemir de ánima.

Ya bien estribados los hombres, las carretas de abastecimientos cargadas, los aguateros con sus toneles, los caballos de remuda detrás de las yeguas que abrían la marcha, seguidos por vacas, cabras y ovejas, las gallinas, los patos y los pájaros en jaulas de mimbre, lo mismo que los gatos que los librarían de sabandijas, emprendieron el camino hacia la nueva ciudadela. Los perros trotaban, con la lengua afuera, al lado de los pastores.

Las mujeres hablaban animadamente, pero Catalina prefirió callar. El hijo más pequeño de don Gerónimo se reclinaba sobre su espalda. Gonzalo era inquieto y nervioso; no le temía a nada y pocos le tenían paciencia. Catalina sentía afecto por él, y el niño se había encariñado con ella.

—Tu canción —le pidió—; donde Catalina dice que su hijo se irá con el Rey.

Ella le canturreó al oído:

A mis tres hijas que tengo
Al convento las daré
Para que recen al alma,
Del padre que les dio el ser.
Al hijo varón que tengo
Que vaya a servir al Rey,
Que le sirva de vasallo,
y que muera por su ley...

—No debe ser buen rey si le pide la vida de su hijo —dijo el chico.

Catalina observó que doña Juana de Abreu miraba a Gonzalo con el ceño fruncido. Decían que los Abreu no querían a los Cabrera, y la joven pensó: “Es un niño. No puede denunciar a un niño”. Pero, cayó en cuenta, podía meter inquina contra el padre, diciendo que lo educaba en la rebeldía.

A medida que se adentraban en el país, Catalina se sorprendió de la hermosura de la región y pensó que, si tuviera una buena casa, hasta podría llegar a resignarse.

Mientras tanto, los capitanes les señalaban los nombres indígenas: Quillovil, Guayascate, Chipitín, o “la dormida del alto”, Cavisacate, Sinsacate, Guanusacate...

Una noche hicieron parada en la misma “Dormida de don Gerónimo” y, después de cenar, las mujeres se acomodaron a dormir bajo las carretas. Catalina las oía alentar sus terrores: las españolas hablaban de mandrágoras perversas, de la Santa Compañía; las criollas, del terrible Sacháyoj, el genio maligno del bosque santiagueño, un gigante cubierto de “barba del monte”.

Los hombres no temían, soñaban con el país de los Césares, con la tierra de los patagones. Los que venían de los inmensos ríos del nordeste hablaban de El Dorado, de peces que cantaban, de hembras anfibias de tal seducción que arrastraban a los hombres con sus barcos hacia los abismos del mar océano.

Días después llegaron a un lugar llamado Ministaló, y Damián Osorio les advirtió que pronto terminaría el viaje. Más adelante tocaron la junta de los ríos —o Quisquisacat—; en su valle, tranquilizó Jerónimo de Bustamante a las mujeres cansadas e impacientes, se había levantado la ciudad.

Desde el alto, vieron el llano, el río que parecía abrazarlo y, atravesando el territorio, una cicatriz profunda y ancha a la que nombraban La Cañada: era una madre de río antiguo, de esos que los descuidados olvidan y que después, entre una y otra avenida de aguas, podía destruir ciudades. Pero la ciudad nueva parecía, por el momento, a salvo, sobre un alto del terreno, en la otra ribera.

Catalina se preguntó, al ver el fuerte, de qué podía protegerlos aquella empalizada, salvo de indios sin ganas de guerrear. De pronto se abrieron las puertas, que formaron un puente, y varios jinetes al galope salieron a recibirlas. Los arrieros tuvieron que esforzarse en dominar las manadas, y sonaron maldiciones de Extremadura, de Cataluña, de Andalucía, de Castilla...

Gonzalo se pegaba a Catalina, que lo sentía temblar de emoción. Su madre, que había decidido entrar al fuerte a caballo, quiso que colocaran al

niño delante de ella, pero el chico pataleó, pues no quería montar en silla de mujer, y la joven consiguió que lo dejaran cabalgar junto a su hermano Pedro. Así, en caravana, entraron a la Córdoba de la Nueva Andalucía. Don Gerónimo recibió en brazos a sus hijos, luego ayudó a desmontar a su mujer.

Mientras sacaban las cosas de las carretas, uno de los menestrales tuvo una discusión con doña Juana de Abreu, que insistía que ciertos bultos eran de ella; el hombre porfiaba en que aquello le había sido encomendado por una señora de Santiago y que pertenecían a doña Catalina de Aguilar. Blas de Rosales iba perdiendo la calma con el aragonés, cuando Suárez de Figueroa terció en el asunto.

—Diz, doña Juana, ¿qué hay entonces ahí?

—Mis cuadros —se sofocó la señora—. Un óleo de la Magdalena arrepentida y un retablo con la Verónica.

Catalina había entendido finalmente y cuando Suárez de Figueroa la miró, respondió sin dudar:

—Un espejo deslucido, y el retrato de una dama sin nombre, con una granada.

Al inspeccionarse el envoltorio, doña Juana, azorada, explicó que creía ser la única que traía obras de arte entre sus bienes.

—Pues es de ver —dijo Catalina— que yo también las traigo.

Todos estaban asombrados, pues ninguno sabía, ya que nadie se había preocupado de su paradero, quién era la señora que había alojado a Catalina. La joven explicó que nunca supo su nombre, sólo que había sido amiga de su madre.

En la vivienda que su padre había mandado construir, Catalina cubrió el suelo apisonado con alfombras, acomodó los pocos muebles, armó su cama, colocó la mesa de apoyo que acarreaba desde Lima; sobre ella, candelabros y caja de escritura, y bajo ella, el costurero con sus hilos de colores y las cuartillas donde asentaba sucedidos.

A pesar de los consejos de María de Ardiles, que insistía en que cuadro y espejo debían ser lucidos, Catalina ordenó a los peones que los colgaran en el dormitorio, tal como estaban en la casa de Santiago del Estero. Luego los cubrió, porque sólo en especiales circunstancias, y ante personas de su valimiento, serían mostrados.

Tranquilizada por la presencia de los peones en las piezas de los fondos, y de su criada, que dormiría con ella, se aseguró de tener pan y agua, que la puerta, sostenida por un palo, protegiera la entrada, de contar con velas y yesca, el brasero encendido y los tapetes deteniendo el aire que entraba por los huecos de las ventanas. Se negó a ir al festejo y se metió en la cama a llorar desventuras:

Con la plata que ha dejado
un rosario compraré,

todas las noches, por su alma,
un rosario rezaré.

—Calla, calla, Catalina,
calla, calla, fiel mujer,
hablando con tu marido
sin poderlo conocer
esta noche si Dios quiere,
en tus brazos dormiré...

A veces, Catalina se preguntaba por qué la señora le había mandado tales presentes. ¿Había decidido, por amor a su madre, dotarla con cosas tan valiosas? ¿Pensó que era mejor olvidar que tener el odio en ascuas? Y al abrir el costurero, miraba el sobre lacrado y, recordando su consejo, “No es el momento”, se decía.

Y cuando descubría la pintura que mantenía bajo lienzo, le parecía más bella incluso que la “Magdalena” de las Abreu; y cuando se contemplaba en el espejo, se preguntaba bajo qué encantamiento había visto aquellas cosas horribles. Sospechó de la india de la señora y de yuyos que provocaban desvarío.

Su padre avisó que pronto llegaría a Córdoba. Le anunciaba que se había casado y que ella debía aceptar y amar a su nueva madre.

Esa noche, al mirarse en el espejo, Catalina soltó un grito: en él se insinuaba el rostro de un hombre, deformado por la luna chorreante. Un hombre con cara de pájaro.

Veinte días después, al oír el griterío de los fortificados, Catalina salió a la plaza de armas y vio entrar varias carretas. Su padre marchaba a caballo, muy bizarro, con la barba y el cabello domeñados.

Distinguió a una mujer sentada junto al guía, en la carreta que él escoltaba. Iba ricamente vestida y las señoras vieron relucir el raso de sus mangas y el tocado de la cabeza con descontento. Era una mujer madura que, en aquella época en que el mal de Venus tocaba a casi todos, en que las epidemias diezmaban la belleza y procuraban una muerte temprana, seguía siendo tan bella como una imagen de Sanzio.

Su padre cabalgaba, feliz en su temprana vejez de mostrar la hembra que había accedido a yacer con él por toda la vida. En el momento en que se detenían frente a la puerta de la vivienda, la mujer sonrió a Catalina mientras su padre decía:

—Esposa mía, ésta es Catalina; hija, ésta es tu madre.

Aproximándose a la carreta, alzó ambas manos para ayudarla a descender mientras Catalina pensaba: “Al menos no es demasiado joven”. Y cuando la otra se inclinó estirando los brazos hacia él, Catalina vio el

destello de un rubí en la mano de su padre, el brillo parpadeante de la empuñadura de una daga en la cintura de la mujer, y la reconoció.

Comprendió que lo que había visto en el espejo no era el asesinato del hijo de la señora de Santiago del Estero —o tal vez sí—, sino un asesinato todavía no consumado. Comprendió también las palabras de la señora y supo que era el momento de abrir la carta, y por qué se le habían mandado cuadro y espejo.

Nunca, desde que salió de Lima, habíase sentido tan segura. Compuso una sonrisa ingenua, besó la mano de su padre, abrazó a la mujer pidiéndole la bendición y supo que, más bien temprano que tarde, encontraría la forma de matarla y que la carta de la señora la ayudaría a vengar la muerte del hijo asesinado y a salvaguardar la vida de su padre.

Supo también que no se casaría con el viejo que alzaba una jaula de mimbre con un cuervo adentro y que la miraba desde el caballo con ojos codiciosos, el mismo rostro que había visto en el espejo. Y comprendió que aquella señora que le debía un favor a su madre muerta de alguna manera iba a librarlos, a ella del viejo, a su padre de la asesina.

Mientras los vecinos se acercaban a saludar, Catalina entró, quitó el cuadro y el espejo y metió bajo la cama a los delatores; buscó la carta, la guardó en el justillo y, alisándose el pelo, fue a preparar algo de comida.

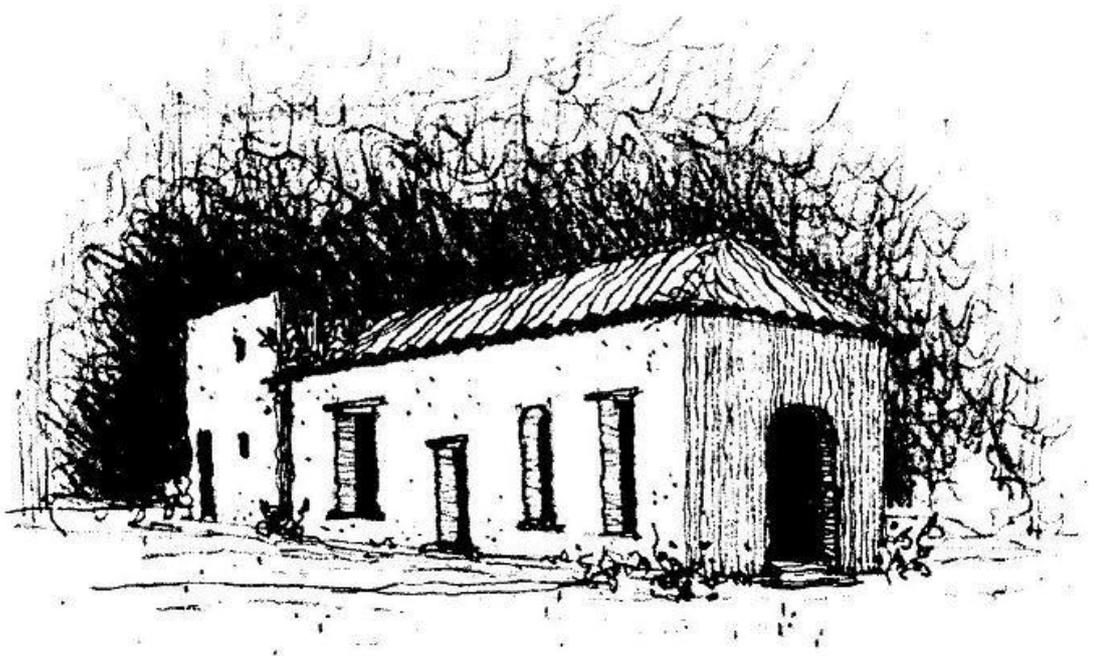
Al tiempo que observaba que todo estuviera bien, el corazón le saltaba de alegría. ¡Volvería a Lima, a casa de sus tíos, a vivir cerca de la tumba de su madre, con sus pájaros, sus orquídeas y sus perros, a escribir en el gran patio de helechos, donde sonaba el agua de la fuente!

Oyó a su padre jactarse de poseer mercedes y encomiendas, como si tuviera que demostrar algo ante aquellos intrigantes, y comprendió que la mujer y el viejo mentían riquezas.

Sus dedos tocaron el sobre, y entonces supo por qué la casa de Santiago del Estero siempre le había parecido abandonada, por qué los perros se refugiaban en las taperas de la huerta, por qué nadie, de los que habían venido de allí, sabía quién era aquella mujer.

Pero eso no la asustó: era señal de que estaba protegida de traiciones y asechanzas.

Sonrió, y mientras la mujer recorría la casa, ella, en un rincón de su pieza, rasgó el lacre del sobre y leyó aquello que sólo podía ser leído en la oscuridad, y sin cómplices.



AQUESTA CONFUSA TIERRA

AÑO 1662

Algo alejada de la casa que Martín Liendo les había conseguido, se encontraba otra, en mal estado y casi en ruinas, distante de las casonas de abolengo, pero todavía lejos del rancherío que circundaba la ciudad.

La casa había llamado la atención de doña Ana de Burgos, la joven esposa del comerciante en tapices y artículos suntuarios Jaime Duárez de Ludueña.

Espanoles de origen, habían oído decir, al llegar al Río de la Plata, que las ciudades del Tucumán, con menos competencia entre contrabandistas y comerciantes, sin una línea costera plagada de fondeaderos para subrepticias transacciones, eran más seguras a la hora de acumular ganancias. “Eso”, dijo su tío a Jaime, “si de veras quieres trabajar, tener una posición sólida y establecerte, y no hacer dinero rápido y largarte de este agujero que son las Indias”.

Su primo, un joven amante de filosofías y teologías, que soñaba con estudiar en la Universidad de los Jesuitas de Córdoba, les dijo que allí el clima era estimulante, que había montañas y pequeños ríos. “No es difícil adquirir tierras y con las escrituras en las manos, tienes la posibilidad de vincularte con las mejores familias del lugar. ¿Sabes qué producen los campos? ¿Sabes cuántas mulas, caballos, vacas y ovejas se crían en sus estancias? Miles y miles. Es la moneda más fuerte de estas colonias. Aquí no hay oro ni plata, pero una mula cuesta casi tanto como un negro de Angola.”

Jaime visualizó miles de esclavos a punto de venderse, y no lo pensó más.

El viaje en carreta fue duro, pero cuando llegaron a la ciudad, Ana admiró las iglesias y sus torres, el sol que brillaba sobre un cielo bruñido como espejo de plata azul, la solidez de las casas, la blancura de los muros enjalbegados, el suelo de las calles enarenado y muelle al pie.

Ya se habían mandado noticias de su arribo y Martín Liendo les dio morada; y mientras descansaban y recibían visitas llenas de curiosidad, Jaime pudo captar el interés de los vecinos en obras de arte, en muebles finos, en cristalería tallada, en tapetes para estrados y doseles de terciopelo. Como todo debía encargarse a lugares lejanos, se demoraba en

tomar posesión de las cosas, que no siempre resultaban lo que uno había pedido. ¡Qué bueno sería, entonces, tener en la ciudad un comercio que expusiera sus artículos, que pudieran ser observados con detenimiento para constatar su calidad!

Mientras se acondicionaba una propiedad con un salón de dos puertas que dieran al cruce de las calles, que serviría de local comercial, fueron a parar, por no molestar más a los Liendo, a la casa de la viuda de Pacheco de Guevara, que vivía con una hija de crianza, una jovencita bella y tierna, con unos ojos risueños y unas manos de hada para fabricar dulcería de aldea.

Jaime apenas la había mirado, pero Ana, inquieta, soñadora y sensible, se había sentido irresistiblemente atraída por ella; la serenidad de Gabriela la envolvía como una suave gasa que retenía su imaginación.

En la casa de la viuda apenas si había dos criadas, así que muchas veces Ana se asomaba a los fogones —cocinaban al aire libre, bajo una especie de arco que, cuando llovía, resguardaba el fuego pero no a la cocinera—, y la jovencita, mientras revolvía el azucarado y sacaba las nueces confitadas de él, la instaba a acompañarla, incluso a ayudarla.

Ana, romántica, le preguntaba si tenía prometido, si deseaba casarse.

—Prometido no tengo, y es difícil que llegue a tenerlo; nadie sabe quiénes son mis ancestros, y es dudoso que herede algo: doña Micaela, mi madre de crianza, no tiene, que se sepa, tesoros guardados en los muros.

—Pero lindeza no te falta —dijo Ana.

—En estas tierras eso no es suficiente. El linaje o el dinero compensan la fealdad o la viejura.

Y haciéndole probar una pizca del tocino del cielo que preparaba para los Liendo, dijo con optimismo:

—Me quedará en herencia la casa y unas chácaras en las afueras. Y este arte mío de cocinar dulzuras. Otras no han tenido tanta suerte.

Esa noche, Ana le contó a Jaime sobre aquella conversación, pero él no prestó atención, preocupado por la construcción de su local: hacía varios días que los indios del Pueblito, embarcados en algún jolgorio, no se presentaban a trabajar. Cuando él quiso apurarlos, con pretensiones de encomendero, Liendo le aconsejó que se mantuviera tranquilo. “Al natural de estas tierras no hay forma de manejarlo si no es con la paciencia. Son ladinos y taimados, pero de buen interior. Vaya acostumbándose usía.”

Ana se aburría, y quizá por eso volvió su atención a la casa en ruinas; Gabriela, interrogada, respondió con un gran suspiro:

—Ya había notado yo que vuesa merced se había fijado en esa vieja casa. Pues sepa que allí se encontraban, a escondidas de todos, un poeta y su amante, que llevaba vuestro nombre y que murió muy joven.

Y le contó la historia de Luis de Tejeda y Ana Bernal de Mercado. Cuando terminó, al ver la mirada de la joven perdida en algún ensueño de amor, Gabriela agregó en voz baja, los ojos vigilantes hacia la galería donde la señora languidecía en un letargo de senectud:

—La casa es propiedad de doña Micaela; puedo conseguir la llave, si su merced quiere que vayamos a recorrerla. Todavía hay muchas cosas de él allí.

—¿Y si se presentara?

—No será. Por líos de alguaciles, se ha recluido en el convento de Santo Domingo. Si pusiera un pie afuera, los ministriles lo pescarían de las pestañas.

E inclinándose hacia ella, agregó:

—Un día, después de un temblor de tierra, descubrí que se habían caído unos ladrillos del muro. ¿Y sabe usted qué encontré dentro del hueco? Unos versos que nadie tiene noticia de que existan; son versos de amor.

Ana, subyugada, contuvo el aliento para decir por fin:

—¿Me los mostrarás?

—Tendríamos que ir allá. Están donde los encontré; no me atreví a sacarlos; dicen que el ánima de la Bernal visita la casa. Cruzando los dedos, besó sobre ellos:

—Por esta cruz, sin pecar contra el Hijo, que la han visto paseándose por los patios, con los papeles en las manos.

Dos días después, a la siesta, Gabriela tocó la puerta de Ana, que estaba sola: Jaime había viajado a las sierras de Ascochinga, donde los jesuitas tenían una gran estancia y querían encargarle algunos instrumentos musicales para la orquesta que estaban formando.

Sin pensarlo mucho, Ana tomó una capa de abrigo y escaparon, dejando a la viuda de Pacheco de Guevara sumergida en una siesta de infarto.

Al acercarse, las ruinas, entre un bosquecillo de talas y chañares que se había desmandado con las lluvias pasadas, le parecieron a Ana más tenebrosas que vistas desde lejos. Algunas ventanas conservaban los postigos de madera detrás de las rejas ásperas de orín y la puerta mal cerrada padecía la ilusión de resguardar alguna intimidad. Sonó la llave con un lejano croar de Hierros, y al final del angosto zaguán, Ana vio la verja abierta, como a la espera de visitas espectrales. Pisaron sobre hojarasca húmeda y acolchada donde el suelo de ladrillos había cedido. De la bóveda en gajos del techo, colgaba una lámpara torcida como un brazo quebrado.

El patio era sombrío: jazmines, madre selvas, limoneros y granados habían crecido en un entrevero que simulaba una orgía de miembros

entrelazados hasta ser indistinguibles y en medio de ellos se insinuaba el perfil de un aljibe, de una acequia, de algunos canteros de piedra.

Un graznido áspero quebró el silencio que anidaba entre los muros cubiertos de un musgo verdísimo cuando una bandada de pájaros negros se abrió paso entre las copas. Los aletazos provocaron un estruendo de gajos doblegados.

—No tengáis miedo. No son cuervos, son tordos. Venid.

Gabriela la tomó de la mano y la arrastró a través de piezas angostas, con maderos colgando peligrosamente de los techos que habían cedido, hasta llegar a un cuarto que contenía varios muebles; a Ana le pareció más oscuro, aunque mejor arreglado. Sobre el piso aseado, se veía una cama, casi camastro, preparada como para acostarse en ella. Cama de amantes que no necesitan de sedas ni brocados, pues el amor les sobra. Un sillón, y sobre el respaldo de guadamecí, una prenda, una capa de hombre. La sobrecama oriental dejaba ver, sobre la blancura amarillenta de la alfombra de piel de oveja, las puntas de unas zapatillas femeninas, moriscas, bordadas en oro y pedrería. A un costado, un arcón tachonado de bronce mantenía la llave en la cerradura.

El cuarto no tenía ventanas, salvo una muy alta, casi sobre la línea del techo, que dejaba pasar una luz mortecina. Sobre la pared, frente a ésta, un espejo aguachento recogía la poca luz que dejaba pasar y la multiplicaba sobre la luna; una mesa con cajón, y su silla, un candil listo para ser encendido, un tintero de mármol negro, la almohadilla de arena y un manojo de plumas de distintos grosores atadas con una cinta, hablaban del oficio de escribir.

—Aquí guardaba el papel —dijo Gabriela, sentándose en la silla al tiempo que abría el cajón y mostraba a Ana unas páginas agrisadas por haber envejecido en la oscuridad húmeda de la casa.

La joven sacó un cirio de los bolsillos de su pollera, una pequeña bolsa y el yesquero de la viuda. Le entregó la vela a Ana y la encendió, pidiéndole que la sostuviera.

—Rezaremos antes por el alma de doña Ana y por la salvación de don Luis.

Tomó unos gránulos de sándalo de la bolsa, y del cajón de la mesa sacó un incensario; después de verterlos dentro de él, los encendió con la vela y los colocó sobre el piso, frente a ellas.

Esperó, inmóvil, y Ana, sin respiración, hizo lo mismo hasta que el humo y el perfume comenzaron a desenrollarse, subiendo hacia la ventana. Entonces la muchacha se dejó caer de rodillas sobre el piso desparejo y la joven, impresionada, la imitó.

Con un silencio de recogimiento, Gabriela agachó la cabeza, las manos apretadas bajo la barbilla, y con los ojos cerrados, recitó en voz alta y clara:

Casa de Jerusalén,
donde Jesucristo entró
el mal al punto salió
entrando a la vez el bien.
Yo le pido a Jesús también
que el mal se vaya de aquí
y el bien venga para mí
por este sahumero, amén.

Persignándose descuidadamente, se puso de pie y ayudó a Ana a levantarse.

—Don Luis es agora hombre de religión, pero antes fue gran pecador. Así lo confiesa en unos versos. Y recitó:

¿Quién pondrá en número cierto
de mi miserable alma,
las repetidas traiciones,
las sacrílegas infamias?

—Sin embargo, sus pecados fueron, en gran parte, de amor. ¿Y acaso no fue el mismo Señor Jesús quien le dijo a Magdalena: “Mucho te será perdonado porque mucho has amado”? Ahora verá usted los versos que escribió para doña Ana Bernal.

Fue hasta la pared, quitó de ella un ladrillo, luego otro, y finalmente, mientras Ana se estremecía de aprensión, metió la mano en el hueco negro y profundo —las paredes tenían un metro de espesor— y sacó un rollo de papeles envueltos en badana. Se sentaron sobre la cama.

—Oíd —murmuró Gabriela, y luego, tomando la mano de la joven, acercó la lumbre a los papeles para facilitar la lectura. Los ojos de ambas estaban al mismo nivel: negros, expectantes y ardientes los de Ana; dulces, verdes, insondables, los de Gabriela.

—¿Creéis en la astrología? Porque don Luis sí cree en ella, aunque los predicadores no le permitan mencionarlo. Escuchad lo que escribió de su nacimiento: “La ciudad de Babilonia...”. Así llama a Córdoba, Babilonia, porque aquí todos rezan pero todos salen de noche arrebozados y algunas señoras de buena cuna hasta tienen mancebos cuando sus maridos se ausentan —murmuró Gabriela con una risa en el fondo de la garganta. El parpadeo alarmado de Ana la hizo volver a los papeles y, con la ronquera propia de la emoción, siguió leyendo:

La ciudad de Babilonia,
aquella confusa patria,
encanto de mi sentido,
laberinto de mi alma.

Aquella que fue mi cuna
Al tiempo que el sol pisaba
La cola del escorpión
Y él le miraba con rabia...

De pronto, calló e hizo señas a Ana poniéndose un dedo sobre la boca.
—¿Oís?

—No; nada —se sobresaltó la joven.

Gabriela se puso de pie rápidamente, enrolló las hojas en la badana, la colocó en el mismo agujero y tapió el muro con los ladrillos que antes había quitado. Tomó a Ana de la mano y corrieron por el laberinto de piezas hasta llegar al zaguán. A través de una rendija en la puerta, espío hacia fuera y aconsejó:

—Prudente sería que vuesa merced se cubra la cabeza y el rostro con la capa.

Ana, aturdida, le obedeció. Ya salían cuando Gabriela la retuvo con un tirón.

—Prometa que nunca vendrá sola a esta casa. Temo que doña Ana Bernal quiera vengarse. Vuestro nombre es el de ella, pero vuestro rostro se parece al de la que fuera esposa de don Luis.

Sin pensarlo demasiado, Ana de Burgos asintió con la cabeza. Preocupada, su guía le sacudió con fuerza la mano:

—El juramento, si no se expresa en voz alta, no vale.

Ana, con una voz que no reconoció como propia, lo juró.

Su marido regresó varios días después y se alegró de verla animada, libre de la abulia y desaparecida la tristeza de los primeros días. Había temido que no se adaptara a aquella ciudad tan adusta, tan llena de reglas hechas, al parecer, para ser quebradas. Jaime iba comprendiendo que se podían saltar casi todas sin tener que pagar un costo demasiado alto: sólo había que saber cómo quebrarlas; no todas las formas eran aceptables.

No se encontraba con ánimo de usar del débito conyugal: en una parada del camino, en la posada (posta le llamaban en el Tucumán) de Sinsacate, el sobrino de Liendo —que le hacía de guía y presentador— y él habían sido agasajados toda la noche por dos criadas indias, silenciosas y dispuestas a consentir sus caprichos. Pensó que, por suerte, las mujeres de cuna no tenían esos apetitos, y Ana parecía entretenida en mil cosas y no demasiado interesada en reclamarle el servicio de su cuerpo, lo que estaba bien; con la mujer propia uno no se divertía, sólo tenía hijos, que para eso era la santidad del matrimonio.

Con tranquilidad de esposo, al meterse en la cama a repasar con gozo el pedido de instrumentos musicales, oyó a su mujer rezar, apenas moviendo sus suaves labios, el rosario.

Era tranquilizador que Ana hubiera hecho amistad con Gabriela, una criatura ingenua y afable, siempre consciente de su lugar. Sospechó que los Liendo no estaban de acuerdo con tal intimidad; seguramente era por pruritos de aldeanos celosos de linajes y de sangre. Pobre Gabriela, hija sin ser hija de una hidalga venida a menos en dineros; mal enlace podía hacer. Por su educación esmerada y sus dotes, sería una excelente esposa, pero se la mantenía relegada en los márgenes del círculo social. Seguramente no alcanzaría a casarse con un hombre de la categoría de los Pacheco de Guevara.

Ana se había dormido con las cuentas de ágata en las manos. Contempló las líneas suaves de su rostro. Tan casta, siendo esposa, aún virginal en sus pensamientos, casi una criatura.

Ir a la casa del poeta era para Ana un deseo constante, pero después de aquella primera vez pasó más de una semana sin que pudiera satisfacerlo, pues Gabriela estuvo demasiado ocupada para llevarla.

Cuando finalmente regresaron al lugar, tuvieron que penetrar por un boquete de los tapiales que cerraban la huerta del fondo, porque Gabriela no había podido encontrar la llave.

—Estoy cierta que ha sido doña Ana Bernal, que no quiere que volvamos. Quizá mandó un duende para que la oculte.

Un estremecimiento de aprensión y placer sacudió a Ana de Burgos. ¡Trasgos, ánimas enamoradas que vuelven al lugar donde amaron, pájaros negros anidando entre el espeso ramaje, hojas de poesías para leer a escondidas, sentadas sobre la misma cama donde los amantes se habían desnudado, perfumes sensuales que desvanecían la atmósfera en vahos azules!

Y la víbora de coral que había visto desaparecer por una ranura del aljibe, ondulando el encaje policromado de su piel. Gabriela la había detenido para que no la aplastara.

—Hay que respetar su paso; es emisaria de las cosas que duermen en las profundidades; por eso sus ojos son tan verdes...

Aquel día leyeron un poema que exponía el despertar de la lujuria en don Luis.

—Pero lo dice de una manera tan cumplida —la tranquilizó Gabriela—. Escuche su merced si no: compara los deseos con abejas deseosas de libar y presenta a las mujeres como flores que deben rendirse al amor. Pero luego, luego, termina reconociendo la aspereza de su apetito. Dice así:

Eran linceos mis deseos,
los afectos eran armas,
escalas los pensamientos
y llaves las esperanzas...

—Escalas los pensamientos y llaves las esperanzas... —murmuró Ana, la vista clavada en la alta ventana por donde el humo del incienso escapaba con la misma suavidad con que la serpiente se había deslizado en la grieta del pozo.

Aquella noche, cuando su esposo la cubrió con su cuerpo, ella cerró los ojos para no llorar. Algo estaba mal; lo que sucedía entre ellos desde que se casaron no podría haber inspirado en él pasión suficiente para volverlo poeta, ni hubiera obligado al alma de ella a regresar por amor a su marido.

El deseo de tocar los papeles donde las palabras de don Luis se enredaban en elegante caligrafía de estudioso creaba en Ana algo de animosidad contra Gabriela que, aunque sin negárselos, evitaba que pudiese siquiera rozarlos: extendía los dedos ella, y la muchacha alejaba, como al descuido, la mano que sostenía las hojas.

Otra semana, y más, pasó sin que pudieran ir a la casa abandonada, y un día en que Gabriela salió a acompañar a la señora en una visita de cortesía, Ana tomó una vela del oratorio donde San Miguel Arcángel imperaba, consiguió unos gránulos de resina de estoraque y robó de los fogones, en un jarro de latón, unas brasas para encenderlas.

Y mientras repetía “son llaves las esperanzas y escalas los pensamientos” fue por la huerta de la ruina y, consciente de que rompía el juramento, se escurrió por el boquete del tapial de los fondos.

Al penetrar el ala de sombra de las habitaciones interiores, la apresó el temor de perderse en aquel laberinto, sin encontrar el dormitorio de los amantes. Pero no; antes de darse cuenta estaba dentro de él.

Temblorosa, recorrió su perímetro, tocando los muebles, las cosas, las ropas, las salientes del muro, los ladrillos sueltos detrás de los cuales dormían las palabras de amor escritas a una mujer ya muerta.

Llevada por el instinto del ritual, arrastró la alfombra de piel de oveja hacia el centro de la habitación, encendió la vela, plantándola en las baldosas sobre su propia cera derretida. Fue por el incensario, volcó las brasas y colocó sobre ellas la perfumada resina. Se sentó sobre el camastro, se descalzó y se puso las zapatillas bordadas mientras aspiraba el sensual aroma que despedía la madera en contacto con el fuego.

De rodillas sobre el pellón, rezó a la Virgen María por el alma de doña Ana, y a Jesús por la salvación de don Luis de Tejeda, sin olvidar la plegaria que Gabriela murmurara el primer día.

Tranquilizada, fue hasta el muro y retiró los papeles. No podía leerlos, pues nadie había considerado importante enseñarle la cartilla. Acogojada, envidió a Gabriela —que podía descifrar aquellas líneas misteriosas que componían las letras y los puntos—, contentándose con pasear la vista renglón por renglón, admirando el trazo parejo, la pareja distancia entre

las frases, deslizando las yemas de los dedos sobre la aspereza de tinta todavía oscura, o donde había salpicado la cera roja.

Finalmente, los protegió con la badana y tomando la capa que había visto el primer día sobre la silla, se quitó la suya y se envolvió en ella. Manteniendo el rollo sobre su corazón, se echó en el camastro y cerró los ojos. De inmediato, cayó en un sopor extraño.

Despertó sobresaltada. El humo del incensario fenecía en una voluta tenue y la luz, en el ventanuco del techo, era un resplandor moribundo, otoñal. Ya no sostenía el rollo de badana entre las manos. Se levantó de un salto, palpó bajo el cojín, entre el cobertor y las sábanas, corrió la cama, se quitó la capa de don Luis y la sacudió. Con el corazón apretándole la garganta, fue hacia el muro. Los ladrillos estaban en su lugar, como si jamás los hubiera quitado. Los retiró, metió la mano y tanteó: el hueco estaba vacío.

Se enderezó. Alguien debió entrar mientras ella dormía; la pregunta era: ¿un espectro o una persona? No sabía a cuál temerle más.

Sintió la necesidad de huir, así que recogió las cosas y dejó la habitación lo más acomodada posible, dentro del apuro, la inquietud y la penumbra. Se envolvió en su capa y, tanteando las paredes, siguió la luz viscosa que se insinuaba en los resquicios de las puertas hasta dar con el patio.

La salida principal estaba a unos metros, a su derecha, pero le pareció más prudente escapar por detrás.

Se dirigió al fondo apresuradamente y, ya con la mano sobre la reja que separaba el patio de la huerta, quedó inmovilizada. Allí, bajo los durazneros y los manzanos todavía encendidos en oro y almagre, una figura de mujer, con un velo que le cubría íntegramente la cabeza y el rostro, se paseaba con unos papeles en las manos. Por un momento pensó que era Gabriela, pero un sollozo desgarrador le hizo comprender que era doña Ana Bernal.

Ciega de terror, dio media vuelta y corrió hacia el patio principal. La capa y el vestido se le enredaron en las zarzas, resbaló sobre un charco de agua, trastabilló en el zaguán, tuvo que sacudir varias veces las hojas de madera antes de conseguir abrir la puerta, y por fin salió a la calle, cruzando en derechura hacia la casa de doña Micaela. Entró atropelladamente en su habitación y se dio de manos a boca con Jaime.

Un silencio consternado los abarcó.

—Por los ángeles, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué llegas a esta hora? — la interrogó él.

Ella tartamudeó que había salido a caminar y que se había perdido en la costa del río; que tuvo que subir las barrancas y que ése era el motivo de que tuviera desgarradas y sucias la ropa y las manos.

—¿Por qué no volviste por donde habías ido?

—Oscurecía. Me pareció mejor hacer el esfuerzo; no quería inquietarte con mi tardanza...

La expresión del hombre, que había variado de la sorpresa a la preocupación, y de ésta a la exasperación, se dulcificó al notar su inquietud por haberlo preocupado. La tomó de los hombros, le quitó la capa y curó sus manos con un unguento balsámico que no faltaba de su caja de remedios, mientras le hablaba como a una criatura, aconsejándole no salir sola, esperar a Gabriela, hacerse acompañar por una esclava. Como a un niño, la asustó con cuentos de bandoleros y asesinos que se guarecían en las barrancas, a la espera de jóvenes incautas, a las que raptaban y de las que nunca volvía a saberse. ¿Nadie le había comentado el caso de Magdalena de Allende, robada por un esclavo negro —otros decían que era indio—, llamado Bamba, hacía varios años? Nunca pudieron rescatarla. Ignoraban si estaba viva o muerta, aunque había quien decía que habían encontrado rastros de ellos en montes y cuevas, degradada, aquella flor de los mejores linajes de Córdoba, a procrear hijos de un ser despreciable.

Ella sollozó más fuerte, pensando en cuán distinta era su situación a la de la tal Magdalena: sólo estaba a merced de un poeta que se había vuelto monje y permanecía encerrado en un convento.

Como el eco de un mundo lejano al que veía detrás de un cristal, oyó el ruido de la puerta de calle y a doña Micaela preguntando a Gabriela de dónde venía.

Varios días después de la inquietante experiencia, Gabriela le susurró mientras acomodaban flores para San Miguel Arcángel en el altar doméstico:

—Si vuesa merced no tiene que atender a su marido, mañana podríamos ir a leer los versos de don Luis.

Daba la casualidad de que Jaime debía viajar a Alta Gracia para examinar la obra de un artesano indígena que hacía unas tallas religiosas muy apreciadas, por lo que Ana no dudó en decir que sí.

La visita fue serena como agua en tazón; cumplieron con la costumbre, que se había vuelto rito, de encender la vela y algún sahumerio, de recitar y orar y, finalmente, sentadas muy juntas, arrebujadas en sus capas pues era un día crudamente invernal, llegaron a los versos en que se hablaba de doña Ana Bernal. La voz de Gabriela, siempre un poco ronca, se volvía más sensual al paladear las frases de amor.

—El comportamiento de don Luis era licencioso, pero ya había decidido tomar los hábitos para corregirse cuando apareció Ana Bernal,

Anarda la llama él, y encendiéndole el deseo consumió todos sus propósitos de enmienda.

—Él era pecador, pero ¿pecaba ella; lo hacía de propósito? —preguntó Ana, pensando en la salvación del alma de la muerta.

—Sí; cometió uno de los peores pecados: ¡robarle un hombre a Dios! Dicen que esperaba un hijo de don Luis y que su madre, enterada, la obligó a malograrlo; dello murió la infeliz. Sin embargo, aun sabiendo que faltaban a los mandamientos, no les fue posible negarse a la pasión que los unía. ¡Bien lo expresa don Luis en unas cuantas frases!

Una unión indisoluble
era la de nuestras almas;
era el despedirme de ella,
era el partirme y dejarla,
deshacer a golpes fieros
la perla de duro nácar...

—Habla así de la doncellez de Anarda y del empeño de él en... en...

Ana sintió que el rostro le ardía, que los labios se le ponían tensos y cuando Gabriela dijo que tenían que irse, la ayudó maquinalmente a ordenar todo.

Mientras atravesaban el patio, la muchacha la detuvo cerca del pozo, pidiéndole que tuviera cuidado, no fuera a pisar la víbora de coral que había anidado entre las malezas.

—Quizá vuestro destino yazga en el suyo —musitó.

Aquella noche, Ana permaneció despierta en la oscuridad, con las últimas líneas del poema machacando como un ariete en su mente.

Al amanecer, Jaime despertó sobresaltado ante los gemidos de ella que, profundamente inconsciente, sacudía la cabeza de un lado a otro de la almohada. Pensó que algo de lo ingerido en la comida le había caído mal, pero se sintió incómodo, pues aquel jadeo le recordó el de una mujer que había levantado las barreras de la pudicia para entregarse al gozo de los instintos.

Ana vivía deseando que su marido partiera para cualquier punto cardinal, con tal de que le dejara libre algunas horas para ir a la casa del poeta con Gabriela, que no siempre podía distraerse del cuidado de doña Micaela.

Se acostumbró a romper su promesa como algo inevitable y, con el tiempo, dejó de temer al espectro de Ana Bernal. Deseaba, en cambio, volver a encontrársela, no dentro de las sombrías habitaciones, que eso sí le producía espanto, sino al aire libre, paseándose como debió pasear en vida mientras esperaba a su amado.

Gabriela le había dicho: “Antes de que la mujer entregue la virginidad, es el hombre el impaciente; después de perderla, es la mujer más vehemente”.

Un día, en la tarde helada de julio, cuando desde ciertas partes de la ciudad se podían ver las cumbres de las montañas nevadas, ella, embargada de una melancolía sin nombre, cruzó el tapial, llegó a la pieza secreta y sacando los papeles, siguió con el dedo las líneas. Había marcado, mentalmente, a través de un garabato del texto, las estrofas donde don Luis contaba los singulares hechos que envolvieron la muerte de Ana Bernal. Como muchos que no sabían leer ni escribir, tenía una memoria prodigiosa y podía recitar casi completamente el episodio.

Después de haber intervenido en un duelo en el que casi pierde la vida, sangrando y temiendo la ira de su padre, don Luis se presentó en el Cabildo dándose por preso. Le tocó compartir la celda con su hermano Gregorio, algunos truhanes y un comediante español.

Eran conocidos sus amores con Ana Bernal, y el actor, un granadino de mucho teatro, le propuso, con el fin de aliviarlo de la tristeza, escribir un drama con la historia de sus desgracias. Los personajes serían pocos, compuestos esencialmente por los dos Tejeda y las dos hermanas Bernal de Mercado. En su “Peregrino en Babilonia”, don Luis lo explicaba en una estrofa:

Era nuestro corto alivio
que era soplar más la llama,
componer una comedia,
de las historias pasadas.

Al tiempo que se disponían a representar el drama, llegó a la prisión un amigo de don Luis con la noticia de que Ana padecía una rara enfermedad y estaba en agonía.

Allí, en un garabato que no tenía sentido para ella, Ana de Burgos sabía que llegaba al corazón de la historia: mientras representaban la obra, don Luis, arrepentido, cayó al suelo llorando y golpeándose la frente contra las losas, implorando a Dios por la vida de su amada y por la salvación de sus almas.

Con sus últimas palabras estalló un estrépito infernal que se prolongó por las galerías y los claustros, sobresaltándolos. Era un furioso vendaval, como aquellos que castigaban continuamente a la ciudad, con truenos, rayos y crecidas de aguas, que dejaban muertos en las calles y en los campos. La tormenta parecía nacer dentro del mismo Cabildo y mientras oraban a Santa Bárbara para que los librara de la cólera del cielo, las puertas se abrieron con estruendo, algunas sacadas de sus quicios, colgando de sus goznes otras, golpeando todas contra marcos y paredes. Don Luis, llevado por una premonición, huyó del edificio sin que los otros

podrían alcanzarlo y corrió en medio de ramas que caían sin tocarlo, tejas que volaban por los aires, aves atontadas que le golpeaban el rostro.

Cuando el mozo llegó a lo de las Bernal, la puerta de calle, abierta de par en par, le permitió pasar sin ceremonias. Desembocó en el patio y tropezó con un círculo negro: eran varias mujeres cubiertas completamente por mantones que les ocultaban hasta los ojos. El murmullo de los rezos se apagó y él, como empujado por una ley más fuerte que su voluntad, pasó a la sala nombrando a su enamorada. Allí estaba Ana, acostada en un ataúd forrado en raso, amortajada y vestida con el hábito de San Francisco, de quien era cumplida devota. Infinidad de cirios la rodeaban; sus pabilos ondulaban y suspiraban en el aire que se arremolinaba después de colarse por rendijas y galerías.

Luis la contempló, esperanzado: ¡tan fresca, tan serena la faz! “Quizá se han equivocado”, pensó; “quizá sólo esté dormida...”.

Iba a inclinarse para besar sus labios, y así despertarla, cuando el llanto desconsolado de Catalina Bernal, hermana de su amada, borró toda esperanza; en la sala despojada de muebles, ante el doliente Crucificado, atragantándose en profundos sollozos, la jovencita yacía de rodillas sobre un reclinatorio, la espalda cubierta por el pelo suelto que le llegaba hasta la cintura.

En ese momento, el hermano de don Luis entró, empapado y jadeante, perseguido por la furia de Marina González, la madre de las jóvenes que, loca de dolor, no cesaba de insultarlos. Al toparse con Luis, se arrojó sobre él, dispuesta a arañarle el rostro. Por suerte, se interpuso un fraile franciscano, el confesor de la muerta, que exigió moderación a la mujer y a ellos que se retirasen.

Avergonzados, los Tejeda obedecieron al sacerdote; detrás de ellos, la madre de Ana juraba que mataría a Luis con sus propias manos.

Juan de Tejeda, al enterarse del escándalo, ofreció a su hijo dos opciones: entrar en una orden religiosa, o partir para España. Luis rehusó obedecer y la resolución del padre, entonces, se volvió inapelable: debía casarse. Seguramente el hidalgo pensó que, al tener mujer en casa, su hijo dejaría de buscarlas en casas ajenas.

Lo que seguía a partir de aquel episodio nada importaba a Ana de Burgos. En un estado de atontamiento, fue al arcón que guardaba ropas de hombre y de mujer. Ella, a veces, se había vestido con el jubón de terciopelo azul y la camisa de fina holanda del poeta, pero esa vez hurgó hasta el fondo y sacó, de entre el olor a romero y a laurel con que se resguardaban las prendas de los parásitos, un vestido blanco. Lo sostuvo sobre sus hombros y notó que parecía de su talla. Se desvistió y, cuando iba a pasárselo sobre la cabeza, notó en su interior una mancha oscura. Temiendo que fuera alguna alimaña, lo acercó a la luz que reflejaba el

espejo; pero no, sólo era una mota de sangre. ¿La prueba de su virginidad? ¿Por eso lo había guardado sin lavarlo, para que él recordara que había sido el primero y el único?

Sintió una enorme congoja por la muerte, y mientras las lágrimas le corrían silenciosamente por las mejillas, pasó el vestido por cabeza y hombros, ató los innumerables lazos de la delantera, armó las mangas, aplacó los frunces de la falda, levantó el ruedo para observar sus pies... y cayó sobre la cama sobrecogida de dolor. ¿Estaría la pobre alma de Ana Bernal condenada para toda la eternidad?

Recordó las circunstancias de su muerte, y el filo del entendimiento la iluminó: si uno se arrepentía, si sentía dolor por haber caído aun en los más graves pecados, su alma sería salva, pues el Señor era misericordioso. ¿Y cómo no sentiría ese dolor una mujer que había tenido que arrancarse de las entrañas un hijo, esa pequeña chispa de Dios? Sintió, con una certeza sin dubitaciones, que Ana Bernal no había querido hacerlo, que aun al precio de la deshonra, quería conservar ese trocito de carne y sangre del amado. Su madre, Marina González, la había obligado, temerosa de un nuevo escándalo en sus vidas. Y si las cosas eran así, cierta estaba Ana de Burgos de que el alma de Ana Bernal pagaría alguna culpa, pero no por siempre jamás.

Llena de afecto por aquella joven sacrificada a las conveniencias, prometió que ella, que llevaba el mismo nombre por designio del destino, rezaría hasta redimirla del castigo.

Se durmió; soñó que Ana Bernal se sentaba a su lado, le acariciaba la frente y las sienes, la besaba en los párpados.

Despertó con el pecho despojado de dolor, sin miedo a los espectros, sintiendo que aquella casa era tan suya como de la amante del poeta. Paseó por las habitaciones en penumbra con el vestido blanco puesto y el cabello suelto; canturreó por los patios, atravesó la huerta sin sentir el frío. Deseaba encontrarse con el ánimo de la joven, pero la otra Ana no se dejó ver. “Qué importa”, pensó, sonriéndose. “Ambas estamos en paz.”

Gabriela se había equivocado; Ana Bernal no la odiaba, aunque se pareciera a la esposa impuesta a don Luis. Mientras cruzaba la calle con la tranquilidad de volver de una visita, pensó que el día que tuviera un hijo con Jaime le daría el nombre de Luis Bernal. ¿Y si fuera niña? “Ana Luisa”, se sonrió.

Varios domingos después, pidió a su marido que la llevara a Santo Domingo, con la excusa de escuchar los sermones de fray Buenaventura, un anciano reputado de beato, de palabra maravillosa, el que debía ser transportado hasta el púlpito por dos novicios, pues padecía de gota.

En realidad, quería ver, aunque fuese una sola vez, a don Luis; sabía por Gabriela que, cuando se presentaba en misa de media mañana, solía permanecer cerca de la puerta de la sacristía. Allí estaba, tenía que ser él, su corazón se lo advirtió.

El encaje le velaba el rostro y sólo dejaba a la vista sus labios delicados; a través de él, Ana miró a don Luis: aunque no joven, lucía gallardo y fuerte aún. Su rostro tenía una expresión inteligente y una serenidad que pregonaba que era feliz entre los predicadores.

En un momento, sus ojos oscuros, atraídos por la mirada de Ana, se clavaron en ella y una sonrisa de complacencia le curvó los labios.

Sintiéndose audaz, Ana, con una malicia y un disimulo que ignoraba poseer, levantó el velo sobre su frente y le clavó los ojos. Luego, ante el desconcierto divertido del fraile poeta, se llevó dos dedos a la boca, los besó e hizo un gesto mínimo hacia él, como si se los ofreciera. Cubrió nuevamente el rostro con el encaje y no se rindió a la tentación de volver a observarlo. Pero ahora sabía que don Luis de Tejeda hubiera sido el hombre que ella hubiese amado tanto o más profundamente que Ana Bernal.

¿Cómo había podido considerar apuesto a su marido, tan insulso, concienzudo e incapaz de hacer nada violento ni pasional, sólo preocupado por las pérdidas y las ganancias, las tempestades marinas y los corsarios, los gauderios que pululaban por las sabanas pampeanas y los indios levantiscos que amenazaban empobrecerlos?

Jaime había vendido casi todo el cargamento que trajeron al llegar, y estaba arrepentido de haberse quedado corto. Por suerte, previendo algo así, había dejado apalabrados en el puerto de Montevideo, para ser transportados por el río Tercero —que llamaban de Nuestra Señora—, algunos lujos extras. El gran cargamento llegaría pronto, pero él no se dormía en eso: viajaba sin una hesitación al puerto, transaba con ingleses y holandeses, hasta se encontraba, al reparo de funcionarios reales, con portugueses y franceses. Una vez hizo la travesía hasta el Cuzco, donde conoció a un comerciante de gusto elevado y temperamento ecléctico, que se convirtió en su agente; la sociedad con él marchaba tan bien que pudo prescindir de cruzar la pesadilla de la cordillera de los Andes y dedicarse a terminar la casa que estaba refaccionando en la carrera de San Jerónimo, una de las mejores calles de la ciudad.

Sería casa de mucho respeto, “con zaguán y altos, con oratorio y corredores interiores, con balcón a la calle y divisadero”. Tendría patio de honor y aljibe con brocal de mármol y coronamiento precioso; entrada de mulas y corrales, además de la huerta. Y los negocios bien orientados, con puertas a dos calles, con barracas detrás.

Le disgustaba un poquillo que Ana no se mostrara deslumbrada como los otros, los que vivían alabando cuanto él hacía: doña Micaela, la mujer de Martín Liendo, los vecinos, hasta Gabriela.

Después, al saber que tendrían un hijo, pensó que la tibieza de su esposa correspondía a aquel misterio de la maternidad que hacía que las

mujeres se volvieron sobre sí mismas, enroscándose como un caracol en su concha.

Estaba impaciente por encargar una carroza de dos caballos, pero lo juicioso, ahora, era comprar la silla de manos para que Ana no tuviera que ir a misa a pie, especialmente en los meses mayores.

Al enterarse, los Liendo, los Pacheco de Guevara y otra gente con la que habían trabado amistad se mostraron felices, haciéndoles bromas con que ya nunca se irían, teniendo un hijo nacido en estas tierras.

Cuando Ana fue a comunicárselo a Gabriela, la encontró al rayo del sol, haciendo dulce de lima, de las frutas recién traídas de Tucumán; la muchacha se sintió tan impresionada que soltó el cucharón y un reventón de almíbar le quemó la mano, ante la aflicción de la joven, que trató de aliviarle el dolor acudiendo a Jaime y a su ungüento balsámico.

—Ha sido la sorpresa —dijo Gabriela con voz ronca.

Ana levantó los ojos, sonriendo, y le desconcertó la mirada de la otra, con una expresión que se desvanecía tan rápidamente que no pudo definirla.

Ana se sentía otra; plácidamente feliz, ya no iba a la casa ruinosa a pesar de que Gabriela trataba de interesarla para que continuaran aquellas correrías. Pensaba en Ana Bernal con un cariño de hermana, que preservó del conocimiento de la otra.

Hizo decir muchas misas en San Francisco, donde estaba enterrada, por la redención de sus culpas, y cada noche prendía una vela perfumada ante la imagen de Santa Ana que había comprado su marido a la viuda de un pintor llegado del norte de Europa, Isabel de la Cámara, que había heredado infinidad de cuadros que tapizaban las paredes de su residencia.

Mientras bordaba el ajuar para el que iba a nacer, Ana recordaba la locura que la había embargado los primeros meses, en la casa abandonada, y hacía suyo, glosado, un verso de don Luis: “Amar”, se decía, “es como caminar por una confusa tierra, encanto de los sentidos, laberinto de las almas”.

La casa se abrió a los vecinos con un gran sarao, y el padre Nolasco, mercedario a quien Jaime admiraba por sus sermones, celebró misa en la capilla doméstica. Una breve y discreta exclamación surgió de los presentes cuando se abrió la puerta para que todos contemplaran la riqueza de su artesonado, el altar donde el cuadro del pintor Daniel ganaba en belleza, los candelabros de plata, el tabernáculo pintado en lámina de oro. Jaime había resguardado la capilla celosamente de la vista de los curiosos que entraban a interesarse por el avance de las obras, porque deseaba provocar la sorpresa de los invitados el día de la inauguración.

Antes de mudarse de lo de doña Micaela, Duárez de Ludueña regaló a la señora y a Gabriela sendos cortes de tela, pagando también la hechura,

para que tuvieran qué lucir el día en que pusieran la casa a discreción de los amigos.

Ana hizo un comentario al notar que no eran telas tan buenas como las de su traje, pero Jaime la abrazó diciéndole que las diferencias de clase y de fortunas existían, que eran sanas para el buen funcionamiento del comercio, y que no se preocupara por Gabriela; cuando le faltara doña Micaela, tendría un refugio seguro entre ellos.

Varios meses después nació el niño, y todos quedaron admirados de lo bien que Ana iba reponiéndose del parto, siempre peligroso, causa común de mortandad entre las mujeres.

Lo bautizaron Luis Bernal, y una tarde en que Ana estaba sola, aún en cama, aletargada y pensando en las alegrías de la maternidad, vio reflejada en el vidrio de la ventana que daba al corredor del patio a una joven vestida de blanco que parecía querer decirle algo con muestras de aflicción. Parpadeó, tratando de sacudirse la modorra, y se sentó en la cama, pero se distrajo porque en ese momento se abrió la puerta de su pieza y entró Gabriela con una sonrisa y aquella pequeña cesta en la que solía entregar sus dulces.

Ana pensó que era indiscreto de parte de la joven aparecer a aquella hora, en que todos dormían, pero supuso que se habría enterado de que Jaime estaba acomodando en el negocio unas alfombras flamencas recién llegadas, y que debido a eso había decidido aparecerse por allí.

Gabriela se acercó a ella y en el momento en que la criatura comenzaba a lloriquear pidiendo el pecho materno, le dijo:

—He traído algo para vos.

La joven, sorprendida de que le hablara con tanta llaneza —siempre la había tratado de vuesa merced, su gracia y otras maneras respetuosas—, se descubrió el seno para darle de mamar al niño, e iba a pedirle que lo tomara en brazos y se lo alcanzara, cuando Gabriela quitó el paño de la canasta y con un palillo punzó el fondo.

Ana sólo distinguió un latigazo rojo, negro y blanco que saltó hacia su seno, y sintió una mordida en el pezón. Desconcertada, vio desaparecer entre su ropa la víbora de coral. Y mientras salía de la cama, sacudiéndose el camisón y llamando a gritos a las criadas, corrió hacia la puerta, intentando abrirla y tomar la calle, buscar a su marido que estaba tan cerca y tan lejos le pareció ahora, para ella. Pero Gabriela, que la seguía con toda calma, le mostró la llave.

—Nadie acudirá a ayudarte. No hay ni un criado; mi señor Jaime les ha ordenado que se presenten para que ayuden con los lienzos. Los otros los he mandado yo a casa de doña Micaela.

Ana la vio acercarse y, medio mareada, corrió tratando de buscar refugio en la capilla doméstica, donde pretendió encerrarse. Como las

hembras perseguidas por un peligro, huyó lejos de su cría, pensando en ganar segundos, minutos quizá, para que el ángel de la guarda mandara alguien a rescatar a Luis Bernal de aquella loca.

Sus gritos, cada vez más roncós y deformados, clamaban al vacío: los vecinos dormían, los negros, escapados a las márgenes del río para refrescarse, no escucharían nada.

Había oído decir que los picados por las sierpes debían quedarse inmóviles para que el veneno no corriera más rápido por el río de las venas. Con un esfuerzo supremo llegó a la capilla, cerró las puertas y corrió el cerrojo interior. A su alrededor todo era tinieblas, y comprendió que se estaba volviendo ciega. El oído también declinaba, cargado de ecos y resonancias extrañas.

Los miembros le pesaban como si fueran de hierro, levantar un dedo requería un esfuerzo desmedido. Apoyó la oreja sobre la puerta; Gabriela estaba pegada a la madera; pudo sentir su aliento en la cara filtrándose a través del resquicio entre las hojas.

—Abrid, Ana; ya es demasiado tarde para vos —canturreó—. ¿O queréis que vaya por vuestro hijo?

Ana estiró la mano y después de varios intentos, consiguió quitar el cerrojo. La claridad del patio la cegó totalmente. Arrastrándose hasta la muchacha, murmuró: “¿Por qué, por qué?”, pero supo que las palabras pronunciadas eran un parloteo de loca, sin significado alguno. Quiso rogarle que perdonara la vida a su hijo, pero su lengua sólo produjo unos sonidos inarticulados.

Gabriela se agachó y la tomó de bajo los brazos, arrastrándola por el suelo como si fuera un fardo, hacia su pieza.

Mientras Ana sentía que iba siendo tragada por una ciénaga tan verde como los ojos de sus asesinas —la que creyó su amiga, la serpiente de coral—, oyó como a través de un túnel que la otra le decía:

—Ya ves si tenía yo razón: tu destino estaba unido a aquella víbora.

El último pensamiento de Ana se dirigió a Dios y después a Ana Bernal, rogándole que protegiera al niño que podría haber sido aquel que ella tuvo que matar en su vientre.

Jaime lloraba con tremendo desconsuelo y Gabriela, que se había hecho indispensable, lo confortaba y cuidaba de él y de su hijo. Los Liendo le habían buscado un ama de cría negra, de toda su confianza, y el niño iba mejorando después de la desatención de los primeros días.

El joven viudo no podía olvidar la escena que encontró al regresar apresuradamente a su casa ante el aviso de una vecina, una vecina que nunca pudo saber quién era, aunque mucho la buscó para agradecerle, pues sólo oyó su voz a través de la ventana suplicándole que se apresurara a ir en auxilio de su mujer y de su hijo.

Gabriela estaba con el niño en brazos, a un paso del aljibe, y al verlo entrar como loco, su rostro naturalmente arrebolado palideció y corrió hacia él llorando y balbuciendo que Ana había sido mordida por una víbora de coral. Luego lo arrastró a la pieza donde Ana, tirada sobre la cama, parecía un muñeco de trapo mal armado. En un rincón, señaló a la serpiente que había matado al encontrarla enroscada entre las ropas de la recién parida.

Para Jaime, el tiempo de recuperación fue lento y doloroso, pero Gabriela siempre estuvo cerca de él y la puerta de su casa siempre estuvo abierta para ella en agradecimiento a tanta consideración.

El joven mercader se acostumbró a verla entrar y salir hasta un punto en que se le hizo indispensable. Tenía un modo de ser tan suave, parecía querer tanto al niño, que vivía enfermo de cien males, cocinaba tan bien.

Si ella no aparecía por la casa de la carrera de San Jerónimo, él, como siguiendo una costumbre que lo aliviaba de su tragedia, iba a la casa de doña Micaela y se quedaba a comer con ellas, incluso las acompañaba a rezar alguna novena.

Por entonces falleció doña Micaela, sorprendiendo a todos, pues si bien estaba enferma, hacía treinta años que amenazaba con morirse y ya había enterrado a toda la familia.

Jaime esperó prudentemente que pasara el tiempo de duelo, pero cuando por fin llegó a la puerta de la joven, le sorprendió que los criados lo hicieran esperar en la calle. Gabriela apareció muy compuesta, toda de negro, y le permitió pasar al zaguán. Sin mirarlo a los ojos, jugando con un collar de perlas que había sido de doña Micaela, le comunicó que no podía recibirlo. Ahora que estaba sola, la gente había comenzado a hablar mal de ella y a criticar su conducta, especialmente con respecto a él, y eso le caía desde el círculo más allegado a Jaime. No quería ella ni atraerse problemas de maledicencia, ni llevarle a él disgustos de aldea. Era mejor no volver a verse.

Después de dar muchos rodeos a las preguntas del joven, reconoció que los Liendo eran los que con más saña la trataban, lo que no era raro, pues nunca la habían apreciado. Largó unas lagrimitas discretas, que secó con un pañuelito bordado y, dando media vuelta, lo dejó en el zaguán, entre la puerta abierta de calle y el cancel que ella misma había cerrado, señal de que no deseaba que lo cruzara.

Una noche de insomnio le tomó a Jaime llegar a la decisión de que, si quería arreglar su situación, la de su casa, la vida de su hijo y sacar el negocio adelante, debía buscar esposa, y a corto plazo. Le atraía Gabriela. La consideraba más tratable que Ana, siempre intranquila y afectada hasta por los soplos de aire, imaginativa e inestable. Pero cuando recordaba a la Ana de los últimos meses, sentía una congoja inmensa. ¡Se la veía tan

serena, tan feliz con su embarazo, fue tan comprensiva con él y sus debilidades de varón!

Los Liendo intentaron disuadirlo con silencios y medias frases, lo que lo llevó a comprender que Gabriela decía verdad, que sus vecinos le tenían mala voluntad a la hija de crianza de los Pacheco de Guevara.

Ya antes, mientras Ana vivía, su esposa le había comentado, dolida y curiosa, que más de una vez había tratado de incluir a Gabriela en las invitaciones que recibían, y había tropezado con una reserva monolítica que, no explicando nada, explicaba todo: por más que la muchacha fuera hija adoptiva ante la ley y los testamentos refrendados, muchas familias de Córdoba la consideraban apenas más que una sierva del entorno de la señora.

Sin embargo, seguro ya de las posibilidades económicas que se vislumbraban para un futuro muy cercano, Duárez de Ludueña decidió que una buena esposa bien valía perder la amistad de aquellos señorones de aldea. Llegaría el día que vendrían al pie y rendirían pleitesía a su mujer. Las antiguas consejas tenían mucha sabiduría cuando contaban las tristezas de los huérfanos y de los hijos del amor. Él, sintiéndose el príncipe encantado, decidió cambiar la patética historia de Gabriela.

Y ya casados, la engalanó con ropas de virreina y escarpines bordados por las negras del convento de las catalinas. Compró la silla de manos para que la sacaran a pasear, aunque pocos lugares tenía donde ir, pues casi nadie la recibía, salvo las dominicas, pues desde su casamiento daba mucha ayuda para las obras del monasterio.

Por capricho de ella, Jaime hizo pintar de dorado las rejas y los hierros de la puerta, y armó en la sala de siete tirantes un estrado con balaustres, cubierto con alfombras y cojines de Turquía, adornadas las paredes que le circundaban con tapices, cornucopias, cuadros de historias religiosas y “de países”, con paisajes de lejanas tierras.

No era una idea feliz, aunque él no lo comprendió: la gente de aquella pequeña ciudad, culta, discreta y algo empobrecida, no veía con buenos ojos semejantes desbordes. Pero como lo que se ignora no daña, Jaime pensaba que, si no fuera por la salud del niño, serían muy felices. Ella tenía buena cabeza para los números y llevaba todas las cuentas del negocio. Y era tan cariñosa de día, y tan digna de noche...

Una tarde en que iban a recibir la visita de un comerciante de Nueva Granada, que traía gemas y metales preciosos para los orfebres de Córdoba, entró Jaime al dormitorio y quedó helado al encontrarla probándose las joyas que habían sido de su difunta esposa; con mimos, Gabriela le pidió que le colocara al cuello el collar de esmeraldas que él había obsequiado a Ana antes de salir de España.

—¿No os parece, querido esposo, que van bien con mis ojos y el color de mi piel? Ana era muy morena y sus ojos demasiado oscuros; debisteis

haberle regalado granates. Las esmeraldas son para las blancas de ojos claros.

Jaime, molesto, se negó a abrochar el collar. Gabriela comprendió de inmediato, soltó el llanto y se arrojó en la cama. Consternado, él la siguió y tomándola de los hombros le explicó que Ana le había pedido, cuando se casaron, que si a ella le pasaba algo, donara la joya a las teresas para construir un altar a Santa Ana.

Después de escuchar aquello, Gabriela se tornó aun más furiosa, y como tenía la alhaja entre las manos, la lanzó contra la pared.

—¡Ah, respetáis la palabra empeñada a una adúltera y no consentís a vuestra leal esposa! —gritó y dicho esto, se cubrió la boca como arrepentida de haber hablado.

Jaime, fuera de sí ante el insulto a su amada Ana, se echó sobre ella, tomándola de las muñecas.

—¡Cuidad vuestra lengua! ¡Estáis injuriando a quien ya no puede defenderse! —le enrostró.

Ella juró y perjuró que era verdad, y viendo la duda en la mirada del hombre, habló atropelladamente, con vehemencia, la voz quebrada pero inflexible en lo que aseguraba. Le dijo que, cada vez que él partía de viaje, Ana se encontraba con don Luis de Tejeda, el mayor seductor, el más temido burlador de honras de la ciudad, en la vivienda en ruinas levantada al frente de la casa de doña Micaela.

Él se negó a creerle, la tildó de mentirosa y aseguró que no iba a escucharla. Se retiraba de la pieza, furioso pero aún incrédulo, cuando ella salió de la cama y, la ropa desarreglada, se arrodilló a sus pies y le abrazó las rodillas llorando como si la hubieran desterrado del paraíso.

Le aseguró que tenía pruebas. Le dijo que lo llevaría hasta la pieza donde se encontraban los amantes, le mostraría la ropa de ambos, la cama donde yacían, las poesías que don Luis había escrito para Ana.

—La llamaba Anarda para disimular —sollozó—. Yo os traeré sus papeles. Los escondían en el muro, donde habían sacado unos ladrillos. Venid conmigo si dudáis, no sea que luego me acuséis de haberlos escrito por mi mano. ¡Ah, Dios es testigo de que no quería que os enterarais de la ofensa que ella os hacía, pero mi debilidad y el respeto que os tengo han vencido mi voluntad!

Lo arrastró a la casa de Ana Bernal, lo guió hasta la pieza que parecía un santuario, le mostró el arcón donde habían quedado acomodadas ropas de ambos. Sacó los ladrillos de la pared, tomó una o dos hojas de los papeles protegidos por la badana, y se los dio a leer.

—No os molestéis con el resto; sólo hablan de otros pecados, de cosas de la ciudad, de la inundación. Pero ved, ved aquí; hasta os hizo la ofensa de presentarse ante el cajón de vuestra esposa. Vos no os disteis cuenta, confuso en vuestra pérdida, pero, escuchad, ¡si hasta me describe llorando ante el Cristo de vuestra sala!

Sentado en el borde de la cama, él se cubrió el rostro con las manos y lloró dolorosamente, sin lágrimas, como suelen llorar los hombres de poco espíritu. ¡Su Ana! No podía creerlo, la conocía desde que eran dos chiquillos, allá en Palencia. Sin embargo, una noche, la había oído jadear como poseída en sueños por un amante. Salió de su estupor cuando un pensamiento horrendo le abrió las entendederas de un mandoble.

—Entonces mi hijo, mi Luis Bernal, ¿es...? ¿Será que es...?

Gabriela lo abrazó y apoyó la rubia cabeza sobre su cuello, asintiendo y rogando al mismo tiempo:

—Pero debéis cuidar de él... ¡Qué culpa tiene la pobre criatura!

Jaime, temblando, gritó “¡No, no! ¡Y le ha puesto su nombre! ¡No soportaré tal infamia, debes sacar a ese niño de mi vista!”.

Ella lo consoló, acariciándole el pelo, acomodándosele detrás de las orejas.

—Ya veré cómo hacer. Confiad en mí. No debe caer mácula sobre nuestros nombres. Diré... diremos que está enfermo y lo mandaremos a la chacara que me dejó doña Micaela, por donde nacen las acequias, con la excusa de que los aires de la ciudad le dañan.

—Sí, que lo críen los indios, los negros, los frailes. ¡No quiero saber nada de él, ni volver a verlo!

Al otro día, Gabriela despidió al ama de leche que, recelosa de sus intenciones, advirtió a los Liendo que temía por el bienestar del infante al que habían mandado a la quinta que fuera de doña Micaela, a medio camino del Pueblito.

Haciendo un esfuerzo, Martín fue a ver a Jaime a su negocio, pero el comerciante lo recibió con frialdad y sólo contestó a sus discretas indagaciones con dos monosílabos y una interjección.

El vecino sospechó la inquina de Gabriela en ello y volvió a su casa para advertir a su mujer que nada podrían hacer: la hija de crianza de los Pacheco de Guevara se había apoderado de la voluntad de aquel patán.

—Esa diabla ha sacado al niño del medio; quiere quedarse con todos los bienes; sólo los hijos que tenga Jaime con ella disfrutarán de bienestar. El huérfano se criará como un indio, sin ir al colegio, quizá sin los sacramentos y hablando como un bruto...

Dos noches después, en una tertulia en casa del gobernador, la mujer de Liendo deslizó en el oído de la gobernadora, que era de la familia de los Pacheco de Guevara, la preocupación que tenían por la suerte del niño.

—Y razón llevas, pues hay cosas que desconoces. Siempre le dije a mi prima que esa chica era mala semilla, pero ella se hacía la opa, porque creía que no sabíamos nada. Es verdad que su padre venía de nuestra sangre... aunque de parentesco lejano, si vamos a ser puntillosos. Pero la madre, la madre era...

El sugestivo silencio que siguió a la pausa fue quebrado por la otra:

—¿Era... se daba a... a la fornicación?

—Peor —acentuó la señora, e inclinándose a su oído, soltó una palabra que heló la sangre de la Liendo.

Esa noche, ya en la cama, contó a su esposo la conversación. Ninguno de ellos durmió, y al otro día comenzaron, en discreta reserva, a indagar sobre el paradero del niño.

Jeromín, el criado de don Luis de Tejeda, volvía de haber llevado un mensaje a Inés, la nieta de su amo. Venía tiritando, algo asustado: no le gustaba la ciudad, silenciosa y ausente de presencias durante el invierno. Casi llegaba a la plaza cuando una mujer salió de entre las sombras de un portal.

—Toma —le dijo, entregándole un cesto—; es para tu señor. Hay una nota dentro dél.

Y antes de que Jeromín reaccionara, pasó a su lado levantando con la capa un viento helado, para fundirse en las tinieblas que subían hacia el templo de San Francisco.

El muchacho, curioso, trotó hasta el farol de la plaza; bajo él, levantó la manta y se encontró con un niño. Su primer pensamiento fue: “Mi señor ha andado jodiendo nuevamente; bien que nos engañó con eso de vestir el hábito” y con una sonrisa salaz picoteándole la cara, corrió al convento.

Don Luis, sentado ante la mesa de su celda, escribía; la habitación estaba tibia y olía a naranja, pues había echado sobre el brasero encendido unas cáscaras secas para que taparan el olor acre que había dejado la feroz crecida de unos meses atrás.

—¿Qué quieres?

—Entregarle un presente —dijo el chico, y asentó el cesto sobre el tablero.

Un llanto quebradizo hizo que el fraile se levantara, sorprendido, y quitara las mantillas. Debajo de ellas, un niño pequeño, de meses, azulado de frío, mostraba las carnecitas sumidas por la falta de agua y alimento.

—Alguien lo ha abandonado. ¿Dónde lo encontraste?

—Una señora se lo manda.

Don Luis lo miró fijamente y el muchacho tartajó:

—No es broma, mi amo; me dijo que lo entregara en las mismísimas manos de usarcé; que viene con una carta en los calzones.

Don Luis lo alzó con cuidado; bajo el cuerpecito aterido, encontró una nota doblada. Fue mirar la letra y palidecer. Entregó la criatura a Jeromín, diciéndole que la pusiera sobre la cama y fuera al conventillo de la orden por una de las negras que estuviera criando.

Solo en la celda, las manos temblándole, desplegó el papel. Con una letra que él bien recordaba, estaba escrito: “Cuidad de él”.

La negra de pechos hinchados de leche tuvo que tocar dos veces antes de que el fraile le ordenara pasar. Le entregó el niño con cien consejos, recomendándole que todos los días se lo llevara.

El abad no quiso especular de quién era el abandonado. Qué importaban el nombre del padre o de la madre; si Dios se los había enviado, algún designio tendría, más allá de las humanas entendederas.

—Habrà que bautizarlo; quizá no lo hicieron. ¿Qué nombre le pondréis?

—Pensé... pensé en llamarlo Bernal.

—Decidme la verdad. ¿Es vuestro?

—Puedo jurar con la mano sobre el Santísimo que no, pero es como si lo fuera.

—¿Os encargaráis, entonces, de él?

Con una sonrisa triste, don Luis contestó:

—Hasta el día de su muerte, nada le faltará. Ya me cuidaré de eso.

Poco después, la ciudad se conmocionó al correrse la noticia de que Jaime Duárez de Ludueña había perdido cuanto tenía en una de las furiosas sudestadas con que el Río de la Plata castigaba cada tanto el puerto de Buenos Aires. Treinta barcos o más habían sido destrozados mientras se ahogaban marinos y pobladores a la par que la mitad de los animales del matadero.

El joven quedó en estado de estupor primero, con un sentimiento de aflicción que no le permitía reponerse; luego vino la fiebre, después las convulsiones y finalmente una suave demencia.

En recuerdo de doña Ana, a quien tanto habían querido, los Liendo, que no habían conseguido noticias del hijo de Jaime, decidieron iniciar acciones públicas para hacer que trajeran el niño a la ciudad, pensando en resguardarlo de la rapiña de Gabriela, que querría quedarse con las propiedades y bienes muebles que Jaime poseía en Córdoba.

Cuando llegaron los alguaciles a la quinta del Pueblito, la pareja de indios que la trabajaba dijo que jamás habían recibido en guarda al hijo de su patrón.

El juez abrió la causa por la desaparición del niño y Gabriela tuvo que comparecer ante la justicia; testificaron contra ella los Liendo, el ama de leche y una vecina a la que la joven había contado, con mucho detalle, la mejoría del niño en la quinta.

La joven terminó confesando que lo había abandonado en la ribera del Suquía, pero por más que se rastreó la orilla, el cauce, las cuevas entre las toscas, no se encontró ni un escaipín.

Los jueces la condenaron a ser ejecutada con garrote vil, en la plaza. Ella se defendió diciendo que Jaime mismo se lo había ordenado, que el niño era hijo espurio de Ana de Burgos y de Luis de Tejeda. Puso por

testigos los versos, pero varias personas confirmaron que habían sido escritos por don Luis muchos años antes de que llegara Jaime Duárez de Ludueña a la ciudad, y que estaban dirigidos a Ana Bernal y no a Ana de Burgos.

Aquel equívoco con el que intentó mancillar el nombre de una joven a la que todos habían apreciado fue el que terminó de granjearle el malquerer de los pocos que la defendían.

La muchacha que arrastraron entre dos guardias al madero del tormento no recordaba a la Gabriela suave que atendía a las visitas de doña Micaela, ni a la soberbia esposa del comerciante en artículos suntuarios.

Cuando la sentaron en el banquillo, mientras le ajustaban el collar de hierro sobre la garganta y buscaban el tornillo con que lo ajustarían hasta estrangularla, vio parada, delante de la plebe que gritaba y gesticulaba llamándola asesina de niños, a una dama vestida de blanco y cubiertas la cabeza y parte del rostro con un manto marrón, como prenda de franciscano. Le recordó a Ana de Burgos, e iba a gritar de espanto, creyendo que el ánima de la muerta se le había aparecido entre la multitud, cuando la joven aquella se descubrió la cabeza y ella tuvo la certeza de que jamás la había visto.

Atontada, mientras el capellán del Cabildo la instaba a arrepentirse, Gabriela no podía apartar los ojos de aquella mujer que la miraba fijamente, a la que presentía que debía conocer.

El tornillo quedó colocado con un ruido seco a hierros herrumbrados. Lo último que vio la condenada fue a la dama de blanco y capa marrón darle la espalda y encaminarse hacia el templo de San Francisco como quien se vuelve a su hogar. Le pareció que se desvanecía en el aire pero, en realidad, era la muerte que le llegó con otro crujir de hierros.

TÚ, QUE TE ESCONDES EN LOS RINCONES OSCUROS DE LAS ESCALERAS

AÑO 1710

I

Despertó de un sueño enfermizo, la ropa humedecida sobre el cuerpo, el colchón de chala sobre el que dormía más áspero que nunca. Se incorporó con esfuerzo y se pasó las manos por el pelo destrenzado, recogió las piernas y apoyó la frente sobre las rodillas. Al levantar la vista, por un resquicio de la ventana, vio que entraba un hilo de luz. Era de mañana, pero no era una mañana soleada; le esperaban, entonces, largas horas de penumbra.

Bebió del cubo de agua con el jarro que colgaba de él y luego, apartándose un poco, se mojó los dedos, primero de una mano, luego de la otra, y se las pasó, como los gatos, por el rostro. ¡Cuántos amaneceres helados había vivido, en que las beatas les hacían lavarse la cara y las manos rompiendo con los codos la escarcha, con la intención de habituarlas a mantenerse pulcras, para terminar encerrada en aquella pieza maloliente, con las uñas crecidas y el pelo sucio!

Como tantas otras mañanas, fue hasta la puerta e intentó abrirla. Como tantas otras mañanas, estaba cerrada. Debía tener una tranca del otro lado —le habían dado vuelta los goznes— pues no fue posible distinguir ni una brecha de luz entre las hojas. ¿Alguien le llevaría comida? ¿O sería otro de esos días en que el miedo le empapaba el cuerpo, pues no oía nada afuera, ni el ruido de la actividad de los peones, ni voces animales ni risas humanas? Un silencio de tumba que le hacía pensar que todos se habían ido, olvidando que estaba allí encerrada, castigada —no recordaba por qué— en la parte casi derruida de la casa.

En esas ocasiones, se acercaba a la ventana e intentaba, con todas las fuerzas de sus débiles manos, sacar una tablilla más entre de los barrotes de hierro —¿cuándo los habrían colocado, que no podía recordarlo?— y clamar por ayuda.

A veces, sólo a veces, pensaba que le habían cortado las cuerdas vocales —siendo chica, había visto a una lega, en el convento, practicarlo con un gato que no las dejaba dormir en la época de celo—; pero no, se decía. Ella recordaría el atropello, el dolor, el abuso. Puesta a pensar, le parecía más probable que le hubieran dado una pócima preparada por alguna de las brujas que vivían en las cuevas de la sierra, para secar ese manojo de tientos sensibles que constituía el instrumento del lenguaje.

Creía recordar que de vez en cuando la martirizaban, dejándola así, como desmayada de miedo, por dos o tres días, sin comida, apenas con agua, rodeada de un silencio que suspendía el aliento, envuelta en la más profunda oscuridad.

Pero entonces, una mañana, ella despertaba y veía la luz solar cortándole el cuerpo por la cintura, y oía risas y corridas, y gritos de niños.

Se ponía de pie y se prendía de la reja interior con desesperación. Las plantas del balcón habían crecido tanto que casi alcanzaban el techo y ella debía hacer un esfuerzo para empinarse de puntillas y observar qué pasaba abajo.

Sí, eran niños que jugaban alrededor de la fuente, la fuente de pie, de piedra sapo, traída de Alta Gracia, y que alguna vez había contenido agua. Su mente confusa no entendía por qué a veces estaba llena, con las piedras de mica reverberando al sol y el chorro del surtidor gorgoteando, y otras veces estaba cubierta de yerbas, seca, silenciosa, abandonada.

A veces descubría que las plantas del balcón habían sido cortadas, y en vez de las matas salvajes, veía flores, unos simples geranios, en realidad, y entonces comprendía que debían poner alguna adormidera en la comida, para que ella quedara inconsciente y pudieran entrar a aquel cuarto de arriba donde la tenían cautiva, el cuarto de las escaleras oscuras, del pasaje angosto, de las piezas que iban subiendo en cada rellano, como el interior de un caracol, una entraña no perfectamente circular, sin embargo, sino titubeante.

Volvió a sentarse en el colchón y, abrazándose las piernas, se meció un rato, tratando de recordar cómo había sido el día anterior para saber qué esperar de ese día, pero sus recuerdos huían en desbandada.

Ya ni siquiera pensaba en escapar, resignada a algo más fuerte que su voluntad.

Sintió la necesidad de acercarse a la luz, así que se puso de pie tomándose de la pared viscosa de humedad, de hongos a los cuales temía, pues sentía que le producían malos sueños, sueños diurnos, las sombras de la sinrazón.

Se limpió la mano sobre la falda y antes de llegar a la puerta ventana del balcón, oyó voces. Inquieta, se prendió de los barrotes y miró por la rendija: abajo, dos jóvenes bellísimas, una de pelo de color herrumbre, la otra con la cabellera del color del tordo, atravesaban la huerta abandonada

que las separaba del patio exterior, el amurallado, con un arco de piedra y tres largos escalones.

Molles y talas y enredaderas florecidas en violeta rodeaban el pequeño espacio de la fuente. La hierba había crecido con las últimas lluvias y las flores brillaban de humedad: eran humildes verbenas azules, rojas y blancas, que impedían que los yuyos invadieran su reino.

Las jóvenes parecían dudar en trasponer el paso y, sosteniéndose una del pilar, la más alta del arco de piedra que formaba el dintel, observaban, ahora, en silencio. Quizá las habían atemorizado con una historia terrible para que no se internaran por aquel lado de la construcción, y si ella daba alguna señal de vida, sería sólo para ahuyentarlas, corroborando con el equívoco las mentiras de su carcelero.

Una de las jóvenes traía un cesto de labores; la otra, la de pelo oscuro, un libro. El corazón le latió con fuerza. ¡Ojalá leyera en voz alta!

A ella también le gustaba leer. Una primavera en que el tabardillo se había cebado en el convento, las monjas las habían llevado a la casa de descanso que el obispo les prestaba en Saldan, y un día en que andaba buscando a una de las chiquillas, que se había escondido para no dormir la siesta, abrió una habitación y se encontró con una biblioteca que otro obispo había donado —supo después— con expresas instrucciones de que nadie más que ellas, las huérfanas, pudieran servirse o solazarse en sus páginas.

Y ella había tocado sus lomos gruesos, sus hojas ásperas, las tapas de suaves telas, el canto dorado de sus hojas...

Las jóvenes habían traspasado finalmente el arco de piedra; se sentaron en un enorme tronco caído, la más alta con el cesto en la falda, la más baja, buscando algo en el libro con dedicado entusiasmo.

No entendía todo lo que decían: tenían voces suaves, educadas, que habían modulado para adecuarse al silencio recoleto del pequeño espacio techado de fronda.

De pronto, mientras una de ellas ordenaba los hilos de colores distribuyéndolos en fila, la otra comenzó a leer con una voz clara que ascendió como un don de los ángeles hacia la ventana cerrada.

¡Paloma mía! Tú, que anidas en las grietas de las peñas,
que te escondes en los rincones oscuros de las escaleras,
muéstrame tu rostro, déjame oír tu voz en mis oídos,
pues tu voz es muy dulce y muy bello es tu rostro...

Aquellas palabras que le llegaban de tan lejos, de un mundo probablemente ya perdido para ella, le despertaron la memoria con la fuerza de un golpe. Dejando resbalar sus manos por los hierros ásperos hasta quedar sentada contra la parte baja de la puerta del balcón, con un tartamudeo de resurrección, su memoria respondió:

En mi lecho eché de menos,
por la noche, el que ama mi alma;
andúvele buscando, y no le encontré...

Y abajo, la voz de la joven de pelo del color del tordo continuó el hilo de sus recuerdos:

Me levantaré y daré vueltas por la ciudad,
y buscaré por calles y plazas al amado de mi alma.
¡Ay! Le busqué, mas no le hallé...

Gritó tratando de llamar la atención de las muchachas, pero fue inútil. Quedamente, en la penumbra de la prisión, comenzó a llorar. Ahora recordaba por qué la habían castigado.

II

El calor apretaba y la sequedad del aire parecía incendiar los campos de Yucat, aunque se veían verdes todavía. Era un verano con veinte días de nacido, y parecía haber durado un año.

El Hermano Estanciero, fray Mateo de Valenzuela, de pie en el Alto de los Corrales, miraba hacia el río al que llamaban Tercero. No le gustaba aquel nombre sin jerarquía ni dignidad, y prefería nombrarlo como en el libro de las Mercedes de Tierras de 1574: río de Nuestra Señora.

La corriente de agua, con el caudal muy disminuido, corría espesa como guiso aguado y amarillenta como día de agosto; ni rogativas, ni novenas ni procesiones habían traído la lluvia esperada.

Con un suspiro de preocupación, fray Mateo dio media vuelta y regresó a la casa de la estancia. Era casi la hora en que la comunidad de religiosos, peones y esclavos se unía en el rezo del santo rosario.

En el patio de los talas estaba el negro Paulino, muy viejo, casi ciego pero —“Dios me perdone el pensamiento”, pensó el fraile— de una visión que parecía sobrenatural.

Cuando pasó junto al esclavo, que arrojaba maíz a puñados hacia donde oía las gallinas y los patos, el negro masculló con voz quebradiza, mirando hacia el naciente:

—Viene langosta.

Se hizo el silencio, y los trabajadores se le acercaron, curiosos y asustados, como si tuviera la peste. Fray Mateo se detuvo y preguntó, inquieto:

—¿Estás seguro?

—Ajá.

“Lo que nos faltaba”, se dijo amargamente el religioso, “la plaga”.

—¿Cuándo? —preguntó uno de los peones.

—Unos días...; sí, unos días —cabeceó el negro.

Fray Mateo comprendió que debía comunicar la noticia al Padre Procurador, lamentando agregarle un dolor de cabeza a los innumerables que tenía.

Lo encontró en el cubículo que hacía las veces de despacho, el codo sobre el tablero deteriorado de la mesa y dos dedos apoyados sobre la sien; en la otra mano sostenía la pluma en alto y bajo sus ojos se veían unos papeles garabateados.

El hermano Mateo sintió un nudo en el estómago. Nada quedaba de los óptimos campos que, once años atrás, les había legado el capitán Juan López Fiusa: la inmensa y famosa estancia de Yucat, que trabajaban los mercedarios, y las tierras de Tío Pujio y Cuchicorral, que pasaban, a causa de las sequías, los ataques de los indios y la plaga de la langosta, por períodos más o menos continuos de florecimiento y desmedro. Aquello, sin olvidar los litigios por límites que debía afrontar la orden, sumados a que no siempre se nombraba un hermano estanciero que llevara bien las cosas, o un superior que tuviera la mera idea de lo que significaba administrar una estancia.

No se atrevió a abrir la boca, pero sin querer sus ojos se fijaron en lo que escribía fray Andrés, en el intento de componer un inventario:

“En la celda del P. Procurador, una caja grande de guardar los ornamentos; una mesa chica y dos taburetes viejos...

”Ítem, en la despensa, de tres ollas que havia, dos están inservibles, una sola sirve pero tiene un agujero...”

Sólo quedaban restos menudos de los recursos en metálico. El dinero se había gastado aquel invierno en vestimenta y mantas para que los esclavos no pasaran frío, en la yerba y el azúcar que se les repartía a cada una de sus familias, y en tabaco. Algún prelado se había quejado de eso, por propender al “vicio y entretenimiento de vagos”, pero tanto el padre Andrés como él consideraban que aquello era una especie de modesta recompensa a los que les eran fieles y a quienes la orden consideraba bajo su protección.

La condición en que se los mantenía en la estancia era benévola. Los sacerdotes y los religiosos legos —muy pocos en total— trabajaban a la par de ellos, de la misma manera que protegían a los escasos aborígenes que deambulaban por la comarca y que de vez en cuando se arrimaban a conchabarse como peones de cosecha o de siembra, o se guarecían en las construcciones simplemente porque tenían frío y hambre.

Contrariamente a lo que podía creerse, pensó el hermano Mateo mientras esperaba que el padre Andrés notara su presencia, a quienes menos podían proteger era a los castigados criollos o españoles que trataban de subsistir de la tierra, lejos del núcleo de la estancia: expuestos a la rapiña de funcionarios o terratenientes más poderosos, padecían la invasión de los pampas que, sabiéndolos desamparados, incursionaban por sus tierras llevándose cuanto ganado encontraban a la vista.

La voz del Padre Procurador, fray Andrés, lo trajo a la realidad, y en pocas palabras le comentó lo que había dicho el negro ciego.

—¿Es posible...?

Fray Andrés se calló unos segundos, y comenzó de nuevo:

—¿Cómo puede saberlo? ¿Hay alguna señal en el aire, en la luna, en los animales?

—Supongo que no —respondió el hermano Mateo, sin atreverse a decir lo que pensaba: que el negro tenía una visión que le hacía ver cosas inimaginables.

—¿Y por qué está tan afligido, hermano? —indagó el otro, mirándolo con ojos penetrantes, mientras se acariciaba la nariz afilada con el cabo de la pluma—. ¿Debo pensar que le cree?

El hermano Mateo no respondió. El otro, con expresión meditativa, miró hacia el techo.

—¿Tan así le cree?

—Ignoro cómo lo sabe —reconoció el fraile de mal gradea—, pero en los años que lleva aquí, dicen que no se ha equivocado nunca. Langosta, piedra, crecidas, nativos que vienen desde el sur para atacarnos, jaurías de perros cimarrones... Es como si tuviera un ángel que le advierte de las catástrofes.

—Quizá lo tenga —dijo el otro.

—Dos siglos atrás, lo hubiéramos quemado por hechicería.

Después de un silencio, restregándose la frente, dijo el Procurador:

—¿Hay algo que podamos hacer?

Con un suspiro, el otro movió la cabeza.

—Del fuego o del agua, se escapa; de los nativos, se atrinchera o esconde; a los perros se los envenena. Sólo de la piedra que cae del cielo y de la langosta no tenemos defensa. Pero la langosta es peor que la piedra, porque ésta daña, pero pasa. La langosta, en cambio, se eterniza en la destrucción.

—Impetraremos, entonces, a los santos Tiburcio y Valeriano —suspiró el Padre Procurador, limpiando la pluma; afuera, había sonado el primer llamado a oración.

—Comenzaré hoy mismo una novena.

—Y un triduo a Santa Teresa de Jesús, que suele ser pronta ayuda en estos trances.

La mirada del hermano Mateo fugó por la ventana que daba al nordeste. Se estremeció: el aire, demasiado caliente para la hora, se mantenía estático. No tuvo dudas de que Paulino había acertado en el pronóstico. Era la quietud que precede a las grandes tragedias naturales, a las tormentas que ensordecen y matan con sus rayos a cristianos y animales; era el hiato que anuncia los cataclismos y el silencio que antecede a las plagas.

III

El marido de Clara, aquel hombre áspero, mucho mayor que ella, poco contemplativo y distante aun cuando la cubría, en el lecho, con su cuerpo, la había mandado a llamar. Ella se apresuró a obedecerle, pues aunque no tenía fundamento para ello, le despertaba más temor que respeto.

Lo encontró en la capilla recién construida, pero aún desnuda de imágenes y ornamentos. A su lado, un sacerdote jesuita, de aspecto y hablar extranjero, conversaba con él.

Algo separado, estaba un joven, un indio —ella nunca había visto un indio puro— que aferraba en la mano una bolsa de cuero asentada en el suelo apisonado, donde evidentemente guardaba sus herramientas: era el artesano que se encargaría de la imaginería y del artesonado del oratorio.

Antes de que los otros se dieran cuenta de que Clara había entrado, la mirada del joven se clavó en la de ella, jamás mirada de frente y a los ojos por ningún hombre, huérfana criada entre beatas y monjas de clausura, entre otras niñas igualmente desdichadas, de familias principales que habían quedado sin nadie que velara por su infancia y su adolescencia, con magras herencias y un algo de tierra, con sangre española y apellidos de lustre como única dote para aportar a un matrimonio. De vez en cuando, como en el caso de ella, dueñas de una discreta belleza, para nada llamativa.

Sabía, porque se lo habían inculcado, que si bien ante Dios todos los hombres eran iguales, en la Tierra había diferencias: un indio era un indio, un ser inferior, de otra raza, de una cultura atrasada, de un color distinto, de un origen a medias vergonzante.

Y hete aquí que aquel indio la miraba a los ojos y ella no podía bajar los suyos; y hete aquí que, llevada por la curiosidad, estudió su rostro, y le gustó, lo encontró joven, agradable, con la piel de un color cálido que le recordaba la tibieza del sol; también le gustó su pelo, tan oscuro, lacio y espeso, que le encuadraba el rostro confiriéndole el aspecto de una de aquellas figuras que había visto en un libro, en la biblioteca del obispo, en

Saldan: guerreros de épocas remotas, con lanzas y espadas y caballos con máscaras aterradoras.

¿Cuánto tiempo se miraron? Quizás algún ángel lo anotó, pero hubo un momento de eternidad entre ellos que no podía medirse humanamente, donde cesaron ruidos y voces y colores y formas y ella sintió que estaban solos, ambos dos, en una tierra desconocida, una región donde nunca había osado merodear.

Intuyó que pertenecían a la misma tribu de despojados; el hacendado y el cura pertenecían a otra tribu, de la cual ambos recelaban.

Él rompió el cristal del lago donde se miraban acuclillándose con un movimiento felino sobre la alforja de cuero en el mismo momento en que su marido se dio vuelta y dijo con su brusquedad habitual:

—Aquí, el padre Mutius quiere convencerme de que dedique la capilla al Niño Jesús y no a la Dolorosa, como pensaba.

Ella calló, mirando al jesuita, que argumentó:

—¿Para qué recordar la ordalía de la primera esposa en el momento en que Dios os concede una segunda oportunidad? Hijos es lo que necesitáis para seguir adelante; encomendaos al Niño Dios para que llene de infantes vuestra casa.

Clara apenas parpadeó; no podía pensar claramente, la conversación de don Fermín y del padre Mutius le resultaba inentendible porque su atención estaba puesta en la espalda, los hombros, la cintura del artesano; a través de la tela burda de la blusa con que se cubría el torso, y en la desnudez de los brazos, distinguía el juego de los músculos cobrizos. Su cuello era ancho como el de un toro en celo, y el perfil, marcado como el de las monedas antiguas que su abuelo coleccionaba.

Sus manos eran increíblemente hermosas: varoniles y finas a un tiempo. Le recordaron las manos de aquel jesuita, un extranjero fuerte y rosado, de guedejas claras como la barba del choclo, de ojos luminosamente azules, que siempre conseguía sacarle una sonrisa. El que le había pedido a la priora que le permitiera usarla como modelo para una Nuestra Señora de la Modestia, que las monjas guardaban en una habitación oscura, entre otras maravillosas pinturas, negadas a la vista de los seglares.

Aunque no parecía prestar atención, se dio cuenta un segundo antes de que sucediera que el padre Mutius y don Fermín terminaban su conversación.

En ese momento oyó pronunciar por primera vez el nombre del indio: se llamaba Juan de la Cruz.

Volvió entonces la espalda al artesano, retrocedió un paso, cruzó los brazos sobre su cintura y bajó los ojos.

La imagen de la modestia, el espíritu de la candidez, y bajo la cintura, el ardor desconocido, inquietante, angustioso, que la llevaría a la perdición.

IV

Otro día. Un día caliente, con un calor que se humedecía en su piel, un calor que levantaba olor de su cabellera enredada.

Rasgó una puntilla roñosa que se caía a pedazos de la enagua, y con ella se ató el pelo sobre la coronilla, recogiénolo en dos nudos gruesos e informes que le inclinaban la cabeza con su peso.

Gateando, buscó el rosario entre las hendiduras del colchón de chala donde dormía, pues al despertarse recordó que hacía mucho que no rezaba. No lo encontró, y eso la llenó de enojo. Luego, expectante, creyó oír algo afuera y se apresuró a acercarse a la ventana sobre las rodillas y las palmas de las manos, como un animal. Se tomó de las rejas y miró hacia abajo.

No eran los niños, no eran las jóvenes que leían y bordaban bajo los árboles: era una mujer extraña, algo aindiada pero vestida como una señora, que venía montada a mujeriegas en un buen caballo.

La mujer miraba alrededor sorprendida, como si jamás hubiera sabido de la existencia de aquella casa y el patio y el surtidor de piedra sapo le parecieran de otro mundo. Cuando levantó la mirada hacia el balcón de arriba, ella quiso gritar:

—¡Ayuda, ayuda! —sabiendo que su voz no tenía fuerza para hacerse oír desde el patio.

No obstante, la expresión de la mujer cambió imperceptiblemente, haciéndola pensar que algún sonido había llegado hasta ella.

Sin apartar los ojos de la ventana, la vio descender del caballo y dirigirse sin dudar a la boca de la escalera.

Con el corazón atolondrado, ella se lanzó sobre la puerta y apoyó la oreja en el tablero. Podía sentir la vibración de los pasos ágiles de la mujer trepando los escalones desparejos y le pareció que la pared se estremecía cuando la desconocida se apoyaba, con una mano, en el muro. Si desconfió de que aquello fuera cierto, le confirmó su presencia el golpe que daba con la palma sobre las puertas cerradas, mientras se acercaba a la de su celda. Tuvo miedo de no poder responder, pues ahora le era audible la voz de la otra, que decía con tono varonil: “¿Dónde está; está ahí?”.

Al final, escuchó a la india a través de la madera y ella, inesperadamente, recuperó la palabra con un lamentable sonido: “Estoy aquí, aquí...” y, ya sin poder contenerse, se echó a llorar con desconsuelo mientras golpeaba con el puño sobre el picaporte de hierro oxidado:

—¡Por favor, ayúdeme, ayúdeme antes de que vuelvan!

La voz grave de la mujer la aplacó. Estuvo un rato largo hablándole, interrogándola. Ella tuvo la sensación de que se había sentado en el

umbral, y perdió la noción del tiempo. Su garganta, pastosa y atorada en un principio, comenzó a despejarse y pudo contarle todo.

Horas después —así le pareció al menos— la que supuso su salvadora le dijo que debía irse, pero que volvería con ayuda.

Ella se ahogó en un llanto desesperado, explicándole que seguramente regresarían los ausentes y no iban a permitir que la liberara.

—Iré a la estancia de Yucat y vendré con uno de los frailes —la tranquilizó la mujer—. Ni el Diablo se metería con un redentorista. Están para eso, para librar cautivos.

En la penumbra semipermanente en que vivía, ella le creyó. Cayó envuelta en un sopor reparador en cuanto oyó los cascos del animal trepar por los escalones de piedra que separaban el patio de la huerta.

V

Aquel mediodía, el hermano Mateo, después de enterarse de que el negro Paulino aseguraba que aún faltaban unos días para que llegara la langosta, trepó hasta el Alto de los Corrales, su apostadero. La sequía comenzaba a martirizar y lanzaba enormes bandadas de pájaros que se reunían en la orilla del río. Bajaban a beber, llegados de campos lejanos, pájaros de distintas clases, de todos los tamaños y colores. Uno de los naturales de la tierra, que llegaba de las sierras del oeste, le dijo que encontró, cerca de los arroyuelos desaparecidos y a través de todo el camino, los cuerpos disecados de muchos pájaros muertos de sed.

El mercedario se estremeció, como si sintiera en el ánimo el sople de la catástrofe, porque sequía y langosta eran la ecuación del Apocalipsis.

Pensó en la cosecha perdida, en las vacas empachadas primero y luego secándose por el hambre, casi todos los animales enfermos porque, en su desesperación o por instinto, se alimentaban de las langostas. La leche tendría un gusto repugnante, la carne de las gallinas sería vomitiva y los mismos huevos se volverían incomibles.

Los frutos a media sazón no llegarían a la madurez y el escaso capital del establecimiento de Yucat desaparecería bajo las voraces mandíbulas de la bestia bíblica.

Esa noche, en la cena despachada con desgano y sin hambre, en la cual nadie deseaba decir nada y donde hasta las negras que les servían se retraían de sus chuscadas habituales, el padre Andrés volvió la cabeza y se quedó mirando la manga deshilachada de su vestidura. Perdido en un laberinto de cosas por administrar, preguntó al hermano Mateo, con la cuchara suspendida a medio camino de la boca:

—¿No han traído los paños para los hábitos nuevos?

—Seguramente llegarán esta semana; nunca se atrasan mucho. Lo que no sé es con qué vamos a pagarlos.

—Nos queda bastante sal todavía —intervino Baltazara, la negra encargada de los saladeros, a tiempo que ponía ante fray Andrés una tabla de madera con un queso que todavía olía a cuajada.

—Se puede echar mano a las cabras para completar el pago —propuso, pensativo, éste—. No me gustaría desprenderme de mucha sal. Si sigue la sequía, no llegarán las carretas de las salinas. No habrá agua en los abrevaderos para mantener los bueyes.

—Siete cabras consumen lo que un caballo —dijo fray Mateo—. Y producen más carne para alimentarnos, sin contar que sus pieles pueden suavizarse para hacer mantas de abrigo.

—Un caballo vale lo que veinte cabras —terció fray Andrés que, como buen Padre Procurador, trataba de mantener el equilibrio entre gastos y entradas de dinero.

La conversación terminó ahí; ninguno de los dos tenía en claro cuál era la mejor opción.

A media mañana, el esclavo llamado Pedro Apóstol —el marido de Baltazara— tocó las manos frente a la ventana de la celda del hermano Mateo, que dejó a un lado la sandalia que estaba remendando y se asomó. Las manos le olían a cuero sudado.

—Ahí viene Eulalia con el anascote —dijo el negro ceceoso.

—Mejor; ya se estaba demorando.

El fraile acomodó las agujas colchoneras, la tijera de tusar y la tripa de carnero sobre el banquillo descalabrado y salió por la parte trasera de la casa.

En el patio de los talas, una mujer de mediana edad, fuerte y de una belleza andrógina, vestida con ropas de calidad, lo esperaba con una mano a la cintura y una fusta en la derecha, con la que se castigaba suavemente el hombro.

Al lado del caballo, ensillado con montura de mujer, esperaba un burro con una carga cubierta. Eulalia hablaba con los peones y las negras de servicio, y había en su tono, en sus gestos, un algo que pasaba del señorío a la confianza.

Llevaba el pelo recogido a la española, y un sombrero informe caía sobre su espalda, sujeto con una correa con cuentas de plata. A un lado, buscando la sombra de unos chañares, varios peones indios le hacían de escolta, y una muchachita criolla le servía de criada.

Al ver llegar al Hermano Estanciero, Eulalia hizo una seña a uno de los peones, que se adelantó a desatar el bulto que transportaba el burro, protegido por una tela alquitranada.

—Buenos días, padre —dijo ella volviéndose hacia el religioso; después de entregar la fusta a la criadita, juntó las manos con la cabeza apenas gacha—. La bendición —reclamó.

Él la bendijo con dos dedos, las palabras de rigor entre dientes, y cuando ella, las manos aún juntas, levantó la cara, se resistió a mantenerle la mirada, pues Eulalia tenía un modo de mirar fijo, con sus ojos retintos y brillantes, que lo ponía nervioso. No sabía qué pretendía la mujer: si era por burla, si estudiaba sus reacciones, si quería sondear sus pensamientos. Quizá sólo sopesaba cuánto podía sacarles por aquellas telas que se tejían en los telares de la estancia en que vivía, paños que ellos usaban para los hábitos y a veces, en casos de apuro, para vestir a los esclavos.

—Traje el anascote que me encargaron —dijo ella señalando el fardo.

Él, tentado por la textura de la tela, estiró la mano y tocó la lana delgada, asargada por ambos lados. Contrariamente a lo que pasaba con muchos tejedores del contorno, los productos de Eulalia nunca desmejoraban.

Mientras se dirigían al despacho del Padre Procurador, el hermano Mateo repasaba lo que sabía de aquella mujer: que era mestiza, y por su parte india, de las tribus “de Tras la Sierra”, aunque nunca posó pie en toldería o poblado indígena; que antes bien había sido criada en casa noble, en la ciudad de Córdoba, con maestros de escritura y de música; que sólo en los últimos años se había ido a vivir cerca de allí, para cuidar de la señora que la había criado, quien, ya muy anciana, se había empeinado en morir en la estancia.

Eulalia era una mujer de empresa, relacionada con muchos artesanos del sur, a los que compraba sus trabajos; aparecía de tanto en tanto con sus productos —plata piña, adornos de piedras semipreciosas de las minas de San Luis de la Punta de los Venados, que enloquecían a las negras—, pero los religiosos sólo le compraban pieles muy bien curtidas y anascote, pues el viaje a la ciudad para conseguirlo era largo, cansador y peligroso.

Mientras se dirigían a ver al padre Andrés, ella, caminando a la par de él, comentó:

—Dice el negro Paulino que viene el bicho.

El religioso soltó unos ruidos que sugerían desazón y molestia.

—La va a pasar muy fea la gente —añadió Eulalia, y acomodándose la faja colorida, sujeta a la cintura con un gancho de plata y ónix, comenzó a contarle lo de la mujer encerrada en la estancia que estaba ubicada apenas el valle se adentraba en la Sierra de las Peñas.

Él, que conocía por habladurías la historia de aquella mujer, prefirió desentenderse del tema y le dijo, incómodo, que la Iglesia prefería no meterse en esos casos.

—La pobre no puede seguir ahí. Está penando —insistió Eulalia—. No es forma de castigar a nadie.

—Consúltelo con el padre Andrés —respondió él, cortante—. Quizá su opinión sea distinta de la mía.

No volvió el rostro hacia ella, pero notó que algo le cambiaba en el porte, quizás un endurecimiento de hombros, o un levantar el mentón. El parpadeo de soslayo que él captó, sin embargo, fue tan expresivo como si le dijera en voz alta: “Ya veremos”.

El padre Andrés la esperaba, sentado en el despacho; ella hincó una rodilla en tierra y, tomando el cordón del mercedario, lo besó con respeto, pero sin fervor, a tiempo que solicitaba la bendición.

El Procurador, amparado por la vejez, se atrevió a posar su mano sobre la coronilla de la mujer, que se puso de pie, haciéndose a un lado para que los esclavos entraran con los fardos de tela y los dejaran sobre una manta que Baltazara había extendido sobre el ladrillo del suelo.

El trato fue moroso, tranquilo; Eulalia aceptó que le dieran a cuenta un poco de sal, y dijo que vendría por el resto más adelante, cuando les trajera las pieles.

La invitaron a comer y se sentaron con ella en la cocina mientras Baltazara y Pedro Apóstol se afanaban en atenderlos.

El hermano Mateo no podía dejar de sorprenderse; nunca había conocido a persona tan segura de sí como esta mujer. Hablaba bien, comía con buenos modales que, intuyó, le fueron inculcados desde muy niña.

Alguna vez había intentado indagar al padre Andrés, que desde hacía muchos años estaba en Yucat, sobre ella; su superior contestó, con vaguedad, que Eulalia se había criado bajo la protección de doña Brígida, de los López de Aveira, sospechados de tener sangre judía, como casi todos los portugueses que emigraron a América a mediados del siglo anterior.

Por su parte, el hermano Mateo pensó, al observar sus rasgos españolados, que quizás el afecto de la vieja señora por ella derivara de saber que sangre de su estirpe corría por las venas de Eulalia, a quien le había dado no únicamente sus posesiones, sino hasta su apellido. Pudo hacerlo sin que su virtud se viera maculada porque, para el nacimiento de la chica, doña Brígida estaba más allá de la posibilidad de procrear.

Durante la comida, Eulalia volvió sobre el tema de la cautiva de la estancia de Las Peñas. Su tono le pareció al hermano Mateo más urgente, como si estuviera inquieta por la mujer, como si pensara que corría peligro de perder el alma.

Fray Andrés, luego de mirarla largamente, fue más sutil al negarse; le aseguró que lo pensaría, que vería de hacer algo. Eulalia se inclinó sobre el plato, evidentemente molesta.

—Creí que ustedes eran redentoristas.

—Lo somos, pero hay que distinguir...

El hermano Mateo perdió parte del intercambio de palabras, porque al levantar la vista del plato vio a Paulino que, guiándose por las voces y con sus ojos inútiles cubiertos como por telarañas, le hacía señas desde el

patio. Sabiendo que el negro no lo distraería por una nimiedad, pidió disculpas y salió a encontrarse con él en medio de la oscuridad de la hora.

El ciego lo tomó del brazo y tartamudeó:

—Ella sabe...

—¿Sabe qué? —se impacientó el religioso.

—Ensalmos... —y antes de que el otro lo interrumpiera de nuevo, apretó los dedos artríticos sobre su muñeca—: Conoce ensalmos contra la plaga. Yo la vi, cuando era chica, desviar la manga de langostas en los campos de doña Brigida. Ella podría librarnos...

—Eso es hechicería —dijo él, cortante, pero recordó a su tío, quien sostenía que la religión era buena para mantener a las mujeres y los criados en docilidad, pero que no debía interferir en la preservación de la fortuna y menos aún en el bienestar de las personas. El hambre, la desesperación, los niños que morirán durante el verano, ¿no merecían sopesar alternativas?

En ese momento oyó voces, y vio que Baltazara guiaba a Eulalia y a su criada a la pieza que mantenían para los viajeros.

El negro sacudió con fuerza la mano del hermano Mateo.

—Hablelá, pidalé. Esta vez va a ser peor; viene mucha langosta, la oigo volar toda la noche, toda la noche. No me dejan dormir.

El hermano Mateo se desprendió con una sacudida y se retiró diciéndole:

—No aceptaré hechicerías.

Pero un estremecimiento helado le cosquilleaba en las piernas y le hacía temblar las manos.

No pudo dormir, y poco antes del alba despertó al padre Andrés y le informó lo dicho por el negro, agregándole las dudas personales.

Sobre la ventana sin postigos se insinuaba el filo del alba como una espada recién pulida. Fray Andrés se sentó al borde del camastro. Descalzo, en bata, mientras se rascaba la coronilla despejada y se alisaba los pelos que la rodeaban, lucía como lo que era: un anciano que, por obediencia a sus superiores, continuaría en su puesto hasta el día de su muerte, tratando de hacer, en aquel absurdo mundo de frontera de un país al que nunca había comprendido, lo que debía hacer un Procurador de la Orden de la Merced.

—Si sólo fueran oraciones aceptadas... —carraspeó y, aliviado, el hermano Mateo comprendió que le estaba dando permiso para que decidiera lo necesario.

Salió al patio interior, cruzó hacia la cocina y allí se encontró con una de las hijas de Baltazara que, soltando uno tras otro sonoros bostezos, apantallaba las ascuas del fogón.

—¿Y Eulalia?

—Tará durmiendo —contestó la muchachita sin prestarle atención, pero al salir al patio del horno, el religioso la vio, junto a la criadita que

sostenía un jarro de leche, conversando con la negra mientras sus peones preparaban los caballos.

Se dirigió a ella y así, sin peinarse aún, con los párpados ásperos de sueño y la voz pastosa, le dijo a bocajarro:

—Ese ensalmo...

—¿Qué ensalmo? —lo interrumpió ella sin mirarlo.

—El que detiene la plaga.

La mano de Eulalia tomó el jarro de leche y se lo llevó a los labios. Ni la mano ni la voz le temblaron cuando contestó:

—Yo no hago hechicerías.

Luego de pasar el jarro a la niña para que lo terminara, levantó las cejas hacia él:

—¿Acaso su merced cree en esas cosas?

—Creo en las oraciones.

—Pues rece entonces por la cautiva de Las Peñas —retrucó ella con rudeza—. Falta le hace a la desdichada.

—¿Es que no entiende que no podemos?, que...

—Padre, no importa para qué se usen las buenas oraciones, solamente trabajan si son dedicadas al bien. Yo nomás le pido a usía que se allegue y hable con ella. Sé que al oírla, no podrá menos que condolerse de la infeliz.

—No voy a abandonar mi trabajo y perder un día para cabalgar hasta Las Peñas a inmiscuirme en...

Turbado, movió la cabeza y las manos como diciendo que no hablaría de eso, pero al fin, ante el silencio y la mirada de ella, que no parpadeaba, barbotó:

—Además, lo que usted me ha dicho parece sumamente improbable...

Eulalia agradeció el mate y la tabla con pan de chicharrón que le alcanzaba Baltazara; se quemó los dedos pero no prestó atención, ya que seguía cavilando o, como dijo después la negra, esperando que el fraile cediera.

Pero el hermano Mateo, lleno de ofuscación, dio media vuelta y volvió a la casa.

—¿Nos va a dejar en la estacada? —reprochó suavemente Baltazara a la otra.

—Vendré a ayudarlos cuando ellos liberen a la pobre que está encerrada en Las Peñas.

—Algo habrá hecho pa' que la tengan así.

—Sí; se enamoró de quien no debía, con esos amores que nunca oyeron hablar del sexto mandamiento —replicó Eulalia con ironía.

Pedro Apóstol trajo un banco para que ella montara y, mientras se acomodaba el sombrero en la cabeza y las faldas sobre las piernas, los tranquilizó:

—Ya me mandarán a buscar en cuanto llegue la langosta. Díganle que estaré aliviando a la cautiva. Si han cambiado de intención, que me manden un chasqui. Si no, que no se molesten, que iré por los jesuitas, a Alta Gracia.

Advirtió a los peones que aseguraran bien en las alforjas del burro la sal y el botellón de agua bendita que siempre retiraba de Yucat, lo mismo que la bolsa con comida para el viaje que por orden del Padre Procurador le entregaban y dijo sin cuidarse de quien la oyera:

—Vergüenza debería darles que los jesuitas hagan lo que le corresponde a la Merced.

En menos de dos trotes, Eulalia y su gente habían desaparecido entre las lomadas que escondían a la estancia de Yucat de cualquier viajero que recorriera la zona.

VI

¿Cómo llegaron a aquello?, se preguntó después Clara. Era inútil fijar una fecha, una hora, un segundo. Sólo podía hablar de cosas intangibles, del color de un atardecer dorando el rostro moreno del imaginero, blanqueando aun más sus dientes fuertes, perfectos. O el recuerdo de una mañana helada, cuando, sola en el dormitorio, oyó un golpeteo acompasado y al espiar entre el encaje de ñandutí, lo vio hachar sin esfuerzo los troncos que usaría para el maderamen de la capilla. Sus movimientos copiaban la armonía de la danza, y los músculos que jugaban bajo la piel evidenciaban que el Señor había usado la sabiduría cuando construyó el cuerpo del varón.

Él, por instinto, había levantado la vista, quizás advertido por el temblor de la mano de ella o por el soplo de su aliento sobre el encaje. Se enfrentaron a través del velo sin saber si el otro lo veía, y aquello fue mucho más excitante que haberse rozado las manos en tantas idas y venidas por la casa y el oratorio.

Hubo otro día, un día de tormenta que sacudió los árboles como si quisiera voltearlos, provocando que cayeran pichones de los nidos. Los perros, ante la indiferencia de don Fermín, se abalanzaron sobre ellos a los tarascones. Clara, impresionada, gritó cubriéndose la vista. Como si cumpliera un mandato, Juan de la Cruz saltó entre los animales, manoteó los polluelos que quedaban vivos, y sin una palabra se los entregó. Ella los recibió en su delantal y ya se los llevaba, con la intención de cuidarlos y alimentarlos, cuando su esposo dijo:

—Es inútil, Clara. Dáselos a los perros. Se morirán de todos modos.

Tenía razón, y ella lloró en el cuarto donde preparaban los orejones y separaban las pasas de uva, mientras se disponía a enterrar los cuerpitos apenas emplumados. Lloró porque la indiferencia de aquel hombre parecía prevalecer sobre la bondad que había movido a Juan de la Cruz a salvarlos.

“Dáselos a los perros.” Aquella frase se le quedó clavada en algún lugar de la garganta. Recordó la Historia Sagrada que les leían las monjas, y le vino a la memoria la historia de Jezabel, defenestrada y comida por sus propios perros.

VII

La visitante llegó al atardecer. Ella había dejado de esperarla, y al oír los cascos sobre los escalones de piedra, se levantó con una agilidad que creía perdida para siempre. Antes de tocar la reja, oyó la voz de la otra llamándola y, de inmediato, sus pasos subiendo por las escaleras a toda prisa.

A través de la puerta, la mujer le preguntó si tenía hambre, lo que ella negó, y después le dijo que traía agua bendita y que iba a intentar trepar por el árbol que estaba cerca del balcón para entregársela. Sólo debía tratar de abrir la ventana.

Atenta, la oyó bajar nuevamente hacia el patio de la fuente, la vio acomodarse la falda —se había vestido toscamente— como chiripá y trepar con agilidad usando las ramas como escala.

Desesperada, desde la oscuridad de su celda, ella intentó hacer lo que le pedía, pero por más que tironeó, gruñó y sacudió, no logró más que quitar unas maderas.

Eulalia —ahora recordaba que le había dicho que se llama Eulalia— metió la mano por el hueco con un chifle de agua.

—Pronto vendrán los frailes —la tranquilizó—. Ahora, hay que descansar.

—¿Y si no vienen?

—Vendrán, o la plaga les comerá hasta los hábitos; mañana o pasado, a más tardar, estarán acá. ¿Encontró el rosario?

—No, creo que no. —En la confusión mental en que se encontraba, tartamudeó:— O quizá lo volví a perder, no me acuerdo.

—Está bien, no importa. Ahora iré por la escalera y me sentaré en el pasillo. Lo rezaré para usted; no voy a dejarla sola.

Emocionada por la compasión de la desconocida, y en la certeza de que le alcanzaría agua cuantas veces tuviera necesidad, se atrevió a

gastarla en mojarse las sienes, la frente, el pecho y las manos, lo que la alivió enormemente.

Se sentó con la mejilla apoyada en el tablero de la puerta. Del otro lado, sentía la presencia de Eulalia en infinidad de sonidos: las eses de algunas palabras musitadas, el gorgoteo del agua al correr por su garganta, roces, pisadas, suspiros, el crujido de la corteza del pan al ser cortado con la mano y, finalmente, el murmullo de los denarios de Avemarías interrumpidos por un Gloria o un Pater noster. Se entregó al sueño, aunque con un resabio de temor, en cuanto oyó que Eulalia comenzaba con las letanías a María Santísima.

VIII

Fray Mateo estaba arrodillado sobre el piso de tierra de la celda, rezando el rosario, cuando oyó que tocaban la ventana. Era Paulino. Cuando abrió, el negro, sin una palabra, soltó sobre el estrecho alféizar una langosta enorme, marrón, que de un salto se metió en la pieza y comenzó a comer las espigas secas que cada año le rendían a San Honorato, patrón del pan.

Estremecido hasta los tuétanos, el fraile, descontrolado, manoteó tratando de cazarla. Cuando lo consiguió, estaba transpirado, más que por calor que ya al alba no dejaba descansar, por la realidad que se imponía. Aplastó al animal con rabia y gritó al negro:

—¡Que manden a la estancia de Las Peñas por Eulalia! ¡Que venga rápido, que muy luego iremos con ella a redimir a la cautiva!

Al presentarse en el patio de los talas, comprendió que el chasqui debió estar esperando, con el caballito ensillado, pues le dijeron que ya se había ido.

Pero llegó el atardecer y el chico seguía ausente. Fray Mateo podía sentir las miradas resentidas de peones y esclavos sobre él: la novena a los santos Tiburcio y Valeriano se comenzó tarde, lo mismo que el triduo a la Santa de Ávila, y se habían desdeñado por unas pajas las habilidades de Eulalia.

Toda la noche se mantuvieron en vela, oyendo sobre sus cabezas el fragor de la tromba que se dirigía al sur, contaminando campos y animales, hasta que la helada la detuviera, o cambiara de rumbo por un capricho del clima.

Cada uno oró a su modo, aterrorizados por algo más atávico que la destrucción del alimento y del trabajo de años.

La plaga era, en sí, un anuncio de la ira de Dios o, peor, de las fuerzas del Apocalipsis anunciando que no estaba lejos la hora del Juicio.

IX

Cada día se le hacía más difícil a Clara cumplir con sus deberes de esposa en el dormitorio. Deseoso de engendrar hijos que se encargaran de las antiguas mercedes concedidas a la familia de su primera esposa, ahora en manos de él, don Fermín se inquietaba ante la falta de respuesta del vientre de ella y comenzaba a pensar que le había tocado una mujer incapaz de concebir. Impaciente, redoblaba sus esfuerzos y había noches en las que ella contenía el llanto hasta que lo escuchaba roncar, desesperada por aquella intimidad carnal que la asqueaba hasta límites en que deseaba acabar con su vida... o con la vida de su marido.

El cuerpo dolorido, la carne magullada, la cara y los pechos martirizados por la barba áspera, había mañanas que no tenía ni fuerzas para levantarse.

Era la esperanza de ver a Juan de la Cruz dedicado, bajo los algarrobos, a pintar imágenes que había tallado mientras tarareaba una canción incomprensible, lo que la apremiaba para vestirse, lavarse la cara y las manos, peinar sus cabellos discretamente y salir a los patios.

¿Hubiera pasado algo entre Juan de la Cruz y ella si don Fermín no hubiese tenido que viajar a Córdoba por algún litigio de límites que tenía con los mercedarios de la estancia de Yucat? ¿Fue la luna llena, o el rugido íntimo, lejano, el reclamo de un tigre en celo, lo que la despertó y la obligó a salir a buscar agua?

Dios o el Demonio habían hecho que las criadas olvidaran dejarle el cántaro lleno, al lado de la cama, y tuvo que levantarse e ir hasta el aljibe. La roldana dejó rodar la soga sin ningún sonido, y el balde de cuero, al chocar con las paredes, sólo produjo un golpe apagado, insuficientes ambos para despertar a nadie.

Bebió allí mismo, sin vaso, echándose después parte del agua en la cara, en el cuello, en el cuerpo mientras se le despertaba la sensualidad al sentir que sus pechos se endurecían, que su sexo se contraía con el agua helada, que la tela basta de su camisón se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Sonámbula, atravesó el patio, siguió por el corredor interior y se detuvo ante la puerta de la sacristía. Del otro lado, dormía Juan de la Cruz.

¿Habría persistido en su deseo si la puerta hubiera estado esa noche con cerrojo? ¿No era pensable esperar que, de ser así, ella hubiera recuperado a la mañana el tino y nada hubiera cambiado en su vida, salvo que él se iría después de terminar el trabajo, y ella envejecería en soledad,

sin hijos, sin familia, al lado de un hombre que le repugnaba y de unas criadas que la consideraban poco más que ellas?

Pero la puerta estaba abierta y Juan de la Cruz despierto. En silencio, se abrazaron. Y en ese abrazo, ella comprendió que sólo se tenían uno al otro, que no había en el mundo nadie de su sangre que pudiera acogerlos, y se largó a llorar sobre su pecho fuerte, cálido y lampiño, sin ese vello repulsivo y gris del torso de su esposo.

X

El rumor de la plaga chocando ciegamente contra árboles, animales y paredes que encontraban en su vuelo mantuvo despiertos a los que vivían en Yucat, y a la mañana siguiente, ojerosos y consternados, se levantaron con la creencia de que todo estaba perdido.

Pero, para asombro de frailes, peones y esclavos, salvo una que otra langosta suelta, medio atontada, no había una cantidad considerable de insectos vivos.

El negro Paulino, sentado bajo los talas, sonreía con esa ambigua sonrisa de los ciegos, mientras tomaba mate cebado por un chiquillo. En cuanto oyó el chancleteo de las sandalias del hermano Mateo, dijo:

—Al alba vino la Eulalia.

—¿Y dónde está? —respiró el fraile.

—En el campo, rezando. Se llevó a la hija de Baltazara para que la asista.

Al mediodía llegó un viajero chileno que se dirigía a Córdoba con un peón y un guía mendocino. Habían encontrado la estancia porque el peón era de la comarca y les dijo que en Yucat, al menos, tendrían reparo a la siesta y, con suerte, algo de comer.

El viajero comentó con asombro que esperaba encontrar allí la tierra yerma, pues habían dejado atrás campos arrasados; campos que habían conseguido mantenerse verdes sobre el faldeo de las sierras, siempre bendecidos por vertientes que surgían de las venas secretas de las cumbres. Todo habían exterminado las voraces mandíbulas: los maíces soberbios, las dulces espigas de trigo del sudeste, los frutales ahítos de frutas.

—¿A qué se debe que hayan respetado esto? —preguntó el hombre, mientras caminaba con fray Mateo y Pedro Apóstol por el borde de los sembrados.

—A la oración —respondió, parco en palabras, el fraile, y captó una mirada cómplice entre el peón y el guía. ¿Quizás el paisano, por ser de la zona, sabía algo sobre Eulalia?

Al viajero, que era un agnóstico inconfeso, no le quedó otra cosa que callar por cortesía. Después de todo, sólo estaría allí por unas horas.

XI

El libro había llegado a ella como por mano del destino.

Don Fermín le había pedido que acomodara en un armario de la sacristía los libros de misa y de doctrina que estaban en un arcón y cuando ella levantó la tapa, se encontró con tomos polvorientos, avejentados más que viejos, de tapas deformadas porque la piel o el cuero que los encuadernaba estaba mal curtido, o deteriorados por la humedad, el polvo y los hongos.

Juan de la Cruz trabajaba en los últimos detalles de la capilla, y no era fácil encontrarse a solas, poder hablar sin testigos. Clara nunca había notado la cantidad de gente que constantemente pasaba o se encontraba donde ellos coincidían. Ya eran amantes, y ella, por primera vez en su vida, sentía la plenitud del cuerpo en armonía con el placer. Nada de lo sucedido había sido tramado; sus destinos habían enredado las cuerdas de sus vidas en nudos tan apretados que ya no podían desatarse.

Un día que cayó pedrea y los sirvientes se encerraron en sus piezas, aterrados por los rayos y el granizo, Juan de la Cruz dejó la sacristía y entró en el dormitorio de ella, que estaba recostada en la cama de cortinados con que don Fermín había querido prestigiar la unión matrimonial.

Ocultos tras las cortinas rojas, acostados sobre las blancas sábanas bordadas, se habían amado por primera vez en comodidad, sobre el lecho del amo.

La pasión les hizo creer que eran invulnerables, el deseo los volvió imprudentes. Ella rogaba para que no llegara ningún cura, pues entonces tendrían la obligación de confesarse: raro se vería si evitaban aquel desahogo de la conciencia y peor sería cometer el sacrilegio de callar la falta.

A veces, Clara pensaba en la situación de pecado a la cual no podía substraerse; hacía un examen de conciencia y se decía para sí, rebelde: “¿Cómo puedes decir, Señor, que amarnos así, tan profundamente, es malo, siendo que nos llena de alegría y de bondad hacia todo lo que nos rodea? ¿Por qué ha de ser santa una obligación como la que tengo con mi marido, que me deja agotada, desanimada, infeliz y desgraciada hasta el punto de querer matarme?”.

Se negaba a pensar qué sucedería cuando Juan de la Cruz tuviera que dejar la estancia, una vez que concluyera el trabajo. Y llena de ánimo,

el rostro encendido, comenzó a pedir a su marido ciertos lujos que debían encargarse al artesano. Quería unas habitaciones de alto, con techo de tirantes trabajados, con balcón de madera torneada; bajo él, un pequeño jardín amurallado, sólo para ella. Y quería una fuente, y que todo eso diera hacia el huerto.

Don Fermín la consentía; pensaba que, si se sentía a gusto, procrearía al fin los hijos que él tanto deseaba; bien sabía que la joven lo había aceptado urgida por las monjas, que sólo querían para ella un hombre que la protegiera y la mantuviera y, de ser posible, que le diera hijos que cuidaran de ella en su vejez.

Lo que no sabía era lo que había susurrado en el oído de Clara, antes de que la superiora la llevara ante él, una joven a quien sus padres habían recluido en el convento: “Puede que quedes viuda en juventud, con propiedades y dinero”. Su voz se oía entre desesperada y maligna, pero como había visto en las facciones de Clara el rechazo, le tomó las manos y las sacudió nerviosamente, con lágrimas en los ojos. “Sólo al enviudar somos dueñas de nuestro destino. Viejo y feo como es, ¡ojalá me hubiera elegido a mí! Créeme, Clara, debes aceptarlo; no hay otra salida para una huérfana.”

Y ella había creído, y había aceptado a don Fermín. Nadie le había hablado de amor, y ella desconocía todo sobre el sexo. Fue una desagradable sorpresa su noche de bodas; quiso evitarlo, creyéndolo loco, pero él fue terminante. Ni aun sabiéndola virgen e ignorante tuvo mucha consideración con ella. A su edad, el himen intacto era una molestia, aunque, por supuesto, lo reclamaba en la que sería madre de su descendencia.

A veces, Clara sentía que mucho mejor hubiera sido quedar en el convento, atender a las pequeñas en sus enfermedades, dar de comer en la boca a las monjas ancianas que ya no recordaban sus años de hábito y se babeaban como criaturas al evocar sus días de infancia.

Pero si no hubiera pasado la ordalía de consumir su matrimonio, de seguir a don Fermín a Las Peñas, no hubiera conocido a Juan de la Cruz. Y aquella circunstancia le parecía suficiente regalía para vivir de ella hasta el fin de sus días.

Ausente el marido, ella, sentada en el banco que dividía el patio — todavía sin la fuente— de la huerta, hilaba y miraba el trabajo de Juan de la Cruz, que torneaba las columnas de madera.

Fue por entonces, antes de que don Fermín llegara de la ciudad, pero después que ella encontrara el libro, que Juan de la Cruz, sin decir palabra, había sacado un cuchillito con el que trabajaba los rostros y las manos de los santos y, en la oscuridad de la escalera que subía al que sería el dormitorio, había abierto una pequeña cruz en medio de la línea de la vida de las manos de ambos; y uniendo palma con palma sangrante, los dedos entrelazados, las había cubierto con su puño izquierdo, donde se

sentía el pulso de su corazón. Esa había sido su promesa. No necesitaron más.

Pero después de la tragedia, sólo el libro y sus palabras le recordaban que no había sido ni sueño ni pesadilla: que él la había amado y que ella no podría olvidarlo. “Ni aun muertos”, se habían prometido.

XII

Eulalia y el peoncito habían llegado a la madrugada. Despertaron a Baltazara y a Pedro Apóstol, y mandaron a Teresa, la hija, a calentar agua y cebar unos mates.

Sentados en rueda ante el brasero, abrigados porque en el sur todo amanecer es frío, conversaron con medias palabras. Una vela hedionda, de sebo, los nimbaba con una luz cálida, azafranada.

—¿Son de cumplir los frailes? —preguntó, recelosa, Eulalia.

—El hermano Mateo es medio porfiado, pero cuando promete, cumple aunque no lo quiera.

—Es de palabra el hombre —sentenció el negro.

—Entonces, cuanto antes empecemos, mejor. La pobre aquella de Las Peñas no da más. Tengo miedo de que entregue el ánima.

No hacía ni hora que había llegado Eulalia cuando, acompañada por Teresa, montaron los petisos y salieron a recorrer el terreno sembrado.

La jovencita, inquieta, disfrutaba anticipadamente de lo que contaría cuando regresaran a la estancia. Se puso seria cuando Eulalia, como leyéndole el pensamiento, le advirtió:

—Nadie tiene que saber lo que vamos a hacer, Teresa. A los Santos y a Dios no les gustan los lenguaraces que van diciendo por ahí ensalmos que otros pueden usar para el mal. Hay cosas que no entendés y mejor que sigas sin entender. Pero si aprendés lo que te enseñó y te quedás muda, algún día los patrones y los curas te respetarán, y de aquí a Mendoza los paisanos hablarán de vos como si fueras la misma virreina.

Sobresaltando a la chica, se inclinó sobre ella y le hizo la señal de la cruz sobre los ojos, los oídos y la boca.

—Nada viste, nada oíste y, por lo tanto, nada tenés para decir. Pero si me faltaras, que Santa Teresa te vuelva ciega, sorda y muda, que de esa manera se pagan estas traiciones.

Y aflojando el rigor de la voz, le puso la mano sobre la cabeza.

—Pero que San Benito te vuelva sabia si te callas.

Casi llorando, Teresa juró y rejuró, besándose los dedos en cruz y santiguándose, que no abriría la boca para contar ni lo que decían ni lo que hacían. Por si no estuviera bastante aterrada, comenzó a oír el crujido

del aleteo de las langostas llegando desde el norte. Era un sonido paralizante.

—Que los santos nos amparen —rogó la india y, recogiendo riendas, enfiló hacia los sembradíos y las huertas.

Teresita, trastornada, comenzó a manotear los insectos que le daban en la cara y en el pelo, que se le metían por el escote y bajo las faldas, pero más aterrada quedó cuando vio que ni una de las langostas tocaba a Eulalia, como si a la mujer la nimbara un velo invisible. Y de nuevo leyéndole el pensamiento, la india dijo:

—El velo de Santa Teresa me protege. Algún día te lo pasaré a vos y ni un bicho se atreverá a tocarlo.

Como por milagro, la jovencita se repuso y de pronto dejó de temer a lo que venía por el aire.

Una vez en el vértice del terreno, la india sacó de su talego una mazorca de maíz desnuda, negruzca, reseca.

—¿Te dio tu tata el yesquero?

La muchacha asintió con la cabeza y se lo alcanzó. Eulalia consiguió, después de varios intentos, encender la punta del marlo. Luego se lo entregó y le dijo que levantara el brazo.

—No dejes que se apague.

En voz baja, Eulalia instruyó a Teresa en el oficio de acólito y musitaron unas oraciones, la cabeza gacha y las manos juntas. Al levantar la frente, la india exclamó en voz alta y clara:

—¡San Benito!

—Santo bendito —respondió Teresa, tímida, moviendo el marlo humeante para que la plaga invasora creyera que allí no había nada de qué alimentarse.

—¡San Benito! —volvió a vocear Eulalia más lastimosamente, mientras asperjaba con los dedos agua bendita.

—Santo bienhechor —fue la respuesta de Teresa, que iba tomando confianza.

Eulalia aspiró profundamente y soltó tal alarido que unas loras barranqueras salieron volando de sus cuevas con un griterío que parecía repetir: “¡Benito... Benito... Benito...!”.

Y la voz de Teresa, más desvaída que la de ella, agregó:

—¡Santo defensor!

Eulalia se enjuagó las manos con el agua bendita, y con la derecha fue haciendo cruces hacia los cuatro puntos cardinales. Luego sacó un cencerro de la bolsa que colgaba de su cintura, y con la izquierda espantó al demonio con una cencerrada, también hacia los cuatro vientos.

—San Benito destructor, detené esta plaga de Egipto, que aquí sólo hay buenos cristianos que cumplimos con tus mandamientos y con las fiestas de guardar.

Una larga y sostenida sacudida precedió al ruego, que tenía algo de imperativo:

—¡Destruíla!

—¡Detenela! —secundó Teresa.

—¡Que no traspase los confines —reiteró la india y desmontó— que marco con los entierros!

Eulalia sacó un cuchillo de su cintura, cavó en la esquina del campo y enterró la cruz de San Benito mientras repetía entre dientes:

—“La Santa Cruz sea mi luz...”

Luego montó y recomenzaron el ritual yendo hacia el este, donde enterraron la estampa de San Ignacio.

—Protégenos, San Ignacio, portador de la espada que mata la plaga...

Les llevó tiempo alcanzar el límite del sur, el más lejano, donde dejaron a Santa Teresa con la glosa de su letrilla:

—A Jesucristo sigo
con pecho grande
y venga lo que venga,
nada me espante.
Vénganme desamparos,
cruces, desgracias;
siendo Dios mi tesoro,
nada me falta...

El sol comenzaba a dorar la otra costa del río cuando, roncadas y llenos los pulmones del acre humo de las mazorcadas quemadas, hicieron el último entierro en el oeste, con una estampa que representaba a Santa Eulalia, patrona de las huertas.

—Santa que llevo tu nombre, yo te conmino a que con el poder de tu patronazgo...

Luego, Eulalia ordenó a Teresa que se quedara junto al entierro y ella se dirigió al centro del campo, donde cayó de rodillas, los brazos en cruz, mascullando unas oraciones que, por más que la chica alargó las orejas, sólo le llegaron como una jerigonza incomprensible, haciéndole correr escalofríos sobre las piernas, especialmente cuando la vio golpear la cabeza y los puños contra la tierra por tres veces.

Eulalia terminó a media tarde, con el sol rojo, ardiendo en medio del cielo moteado de langostas. Regresó hasta donde estaba la negrita, montó y fustigó apenas al animal de regreso a la estancia, mientras dedicaban a la Virgen de la Merced la oración de San Bernardo:

—Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que fuese de vos abandonado ninguno de cuantos han acudido a vuestro amparo, implorando vuestra protección y reclamando vuestro auxilio...

—¡Cuántas cosas sabés! —suspiró Teresa.

Eulalia no contestó; detuvo el caballito en el filo de una loma y oteó el terroso horizonte. La manga de langostas se iba escurriendo, al parecer sin atreverse a cruzar un límite invisible.

—Es como si le hubieran puesto vidrio al campo —dijo la morena persignándose—. Todas han juído; parece que tuvieran miedo de pasarse para esta banda.

Con los cinco sentidos puestos en las espirales caprichosas, Eulalia se preguntaba si no habría olvidado algo, una pequeñez, una palabra de más o de menos que echara por tierra el exorcismo.

Oró secretamente, con sus propias palabras, a los santos y a la Virgen de las Gracias. Una voz interior le dijo que todo estaba tan bien como podía estarlo, considerando que el fraile había demorado mucho en llamarla.

—Mañana lo sabremos —dijo en voz alta para sí misma, y gritó a los caballos—: ¡Arre!

Se lanzaron al galope cuesta abajo, cansadas aunque satisfechas. Todavía retumbaban en las entendederas de Teresa las promesas de Eulalia: “Si aprendés lo que te enseñé, algún día hablarán de vos como si fueras la virreina”.

No habían comido nada, sólo habían bebido del agua bendita que llevaban en las caramañolas. Hambrientas, las gargantas ásperas, volvieron a la estancia dejando que los caballos acortaran el trote.

Cuando llegaron a Yucat, Baltazara las esperaba con el puchero recalentado. Tanto la negra como su marido, y los peones que comían en la cocina, esperaban que ellas contaran algo de lo sucedido en el campo. Eulalia fue terminante:

—Mejor nos vamos a la cama en cuanto comamos. Mañana tenemos que pispear los entierros.

Nadie se atrevió a contradecirla.

Era el amanecer cerrado cuando Eulalia y Teresa fueron a investigar los entierros. Mientras la negrita sostenía los caballos por las riendas, Eulalia los revisó uno por uno para ver si la langosta había desovado en ellos.

—Solamente dos están limpios.

—¿Y qué, entón?

—Capaz que vuelven, las malignas.

Eulalia, como si no terminara de convencerse, hurgueteó con la rama que llevaba en la mano los cuerpos de varias langostas muertas, atacadas por los gusanos que se infiltraban en el caparazón del cuello.

—A estas las agarró la gusanera celestial, pero se libraron las más fuertes. Tendré que matarlas de otro modo.

Luego de un instante de reflexión, movió la cabeza.

—Si no queda más remedio, habrá que hacer... eso.

—¿Qué es “eso”, Eulalia? —preguntó la negrita con la voz opaca de respeto.

Eulalia no contestó. Dejó navegar la mirada negra, soñadora de a ratos, por la soledad que las envolvía. Como si discutiera con alguien invisible, dijo:

—Pero bueno, si los santos hicieron lo suyo, es que están conformes. Creo que es de justicia darles una ayudita... Que Dios me perdone, hay una infeliz que debo salvar y que está encerrada, esperando por mí. Vamos, Teresa, hacé de tripas corazón y cazame algunas de esas sabandijas.

Sacó un botellón vacío que colgaba del apero y lo sostuvo mientras la chica, aprensiva, corría tras las langostas atontadas que saltaban ladidamente para donde menos se lo esperaba. Consiguieron meter seis o siete vivas en el botellón.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Teresa.

—Ya verás —contestó, ceñuda, Eulalia mientras taponaba la damajuana con un trapo empapado de agua bendita.

XIII

El libro. Lo había encontrado debajo de todos los otros. Un tomo pequeño, envuelto en un retazo de fina seda, en seda también encuadernado. ¿Habría sido de la primera esposa de don Fermín? Cuando lo abrió y comenzó a leerlo, se convenció de que no podía ser de su esposo. No era posible, ni en los sueños más delirantes, pensar que aquel hombre áspero y de natural brutalidad pudiera alguna vez haber disfrutado de su lectura.

Esas veces que don Fermín tenía que viajar por las mulas de invernada, o a ver a su hermana, que estaba más al norte, por Pampayasta, ellos se encontraban secretamente y ella abría el libro — *Cantar de los Cantares*— donde lo había señalado con una fina trenza hecha con pelo de ambos, y leía para él las encendidas frases de amor:

—“Mi amado es mío, y yo soy suya hasta que respire el día y hayan huido las sombras...” —decía una de ellas. Y otra:

—“¡Despierta, oh viento del norte, y entra, oh viento del sur! Estoy dormida, pero mi corazón está despierto. ¡Ahí está el sonido de mi amado que llega!”

Ella ignoraba los síntomas, pero Juan de la Cruz notó que su cuerpo cambiaba, que sus pechos se endurecían, que su vientre se ensanchaba, y supo que la había fecundado. También don Fermín lo notó y había suavizado el trato que daba a su esposa.

El trabajo de artesanía estaba casi finalizado, y los amantes comprendieron que era huir o separarse. Todavía se sentían inmortales, como si un ángel de extrañas leyes, que no eran las que estaban escritas, los protegiera. Juan de la Cruz comenzó a almacenar algo de comida, fabricó una montura sencilla para Clara, compró un caballito cuando viajó a Alta Gracia por albayalde, y lo dejó en el monte, cercando una quebrada que entraba sobre la montaña. Todo lo iba acumulando allí. No volvería a la estancia de los jesuitas; cruzarían la Sierra de Comechingones y se perderían en las tierras del otro lado, especialmente las del sur, no habitadas por el español. Había cuevas. Vivirían en cuevas hasta que pasara el peligro.

Pero un mestizo de la peonada notó algo raro en la rutina del imaginero, advirtió una larga mirada de la mujer de su patrón, supo por las criadas que faltaban una manta acá, una sábana allá, un poco de cecina y, sospechando la traición, se dedicó a seguir a Juan de la Cruz tan discretamente que nadie lo descubrió. Juan de la Cruz, en sus preparativos, lo llevó hasta la quebrada. El mestizo esperó que volviera a la estancia y recién entonces siguió sus huellas. Encontró el refugio y, al revisar las cosas, se dio cuenta de que se estaba preparando un viaje... para dos: no sólo estaba la mula del artesano, que éste había dado por perdida una semana antes, sino un petiso manso.

No perdió tiempo. Volvió y se lo contó al patrón, que le cruzó la cara de un revés. Aguantó el agravio y lo instó a constatarlo con sus propios ojos. Cuando don Fermín vio los avíos y las dos monturas, frío como la escarcha de un amanecer de invierno, decidió tenderles una trampa. Todavía tenía esperanzas de que la desconocida compañera del imaginero fuese una de las negras de la cocina o, más probable aún, una de las indias que tejían en los telares.

Hizo saber que se iba por diez días a Córdoba, pero regresó a la noche siguiente. Rodeado de sus hombres, entró con los caballos por las barracas, donde el mestizo y otros peones, con hachones encendidos, lo esperaban. Una de las mulatas, que vigilaba desde temprano, señaló la sacristía. Entraron montados por la puerta mayor de la capilla, y allí encontraron a los amantes, dormidos sobre un poncho tendido en el suelo, entrelazados en el sueño. Se incorporaron asustados por el tronar de los cascos, cegados por las llamas de los blandones, aturdidos por los gritos.

Don Fermín mandó a su gente contra el indio, que por más que luchó, no pudo vencer la fuerza de siete hombres. Él se hizo cargo de su mujer: tomó a Clara por los cabellos y del camisón, la arrastró por las galerías y la obligó a subir la escalera donde, en uno de los rincones, Juan de la Cruz había sellado su amor con sangre.

Entre los relinchos de los caballos espantados por la violencia, las luces que se desplazaban como almas en pena en la oscuridad, los gritos de los amantes, llamándose, implorando uno clemencia para el otro,

despertaron los gallos e inquietaron a los animales encerrados en los corrales, que voltearon los cercos de palo a pique y huyeron al monte.

Don Fermín abrió la puerta del dormitorio y arrojó a Clara contra la pared. Furioso, fue hasta ella, la levantó y, como la joven, asustada, se cubrió el rostro, descargó el puño sobre su vientre. Ella se desvaneció con una arcada, él sacó el cuchillo que siempre llevaba a la cintura y se disponía a matarla, cuando el mestizo lo contuvo:

—No, patrón, no se desgracie con el juez. Bastante será tener que explicar al fraile qué ha pasado con el desgraciado.

El mismo don Fermín no supo por qué lo escuchó. Salió, dejándola tirada y llevándose la llave.

Cuando ella despertó, se encontró encerrada. Pasó días enteros en aquella pieza, gimiendo, ofreciendo su vida por la de Juan de la Cruz, mintiendo arrepentimiento para que perdonaran a su amado. Luego comenzó a sentir una sed abrasadora, pero no le llevaron agua por más que la imploró.

A Juan de la Cruz le dieron tormento bajo su misma ventana, y ella escuchó cada lamento, grito, alarido, súplica, además del ruido de los golpes, el sonido de las lanzas entrando y saliendo sin tocar las entrañas vitales, el chasquido terrible con que se quebraban sus huesos. Oyó las órdenes de estirar los lazos para descoyuntarlo, el ruido del agua con que lo reanimaban estrellándose sobre su rostro, su pecho.

—No lo maten —fue la última orden que dio su marido, y ella, ingenua, lloró de alivio, pensando: “El padre Mutius vendrá por él y lo pondrá a salvo”.

Las próximas palabras desmintieron su esperanza:

—Sáquenlo de mi campo. Tírenlo en la aguada; que se lo coman los tigres.

—¿Así, vivo?

—Vivo.

Cuando ella recuperó el conocimiento, todo estaba en silencio y su vientre se contraía en espasmos que la dejaron sin aliento ni para gritar.

XIV

Pedro Apóstol había tratado de sonsacar a su hija sobre el ensalmo que había llevado a cabo Eulalia, pero la muchachita se mantuvo muda. Así que, al verlas regresar y dirigirse a la capilla, el negro se deslizó por la sacristía sin llamar la atención.

Las distinguió, detrás de un cortinado, tan absortas en lo que hacían que no se dieron cuenta de que las vigilaba. Curioso, observó que

taponaban un botellón con una vela negra (se santiguó apresuradamente, puesto que el color la hacía propia de hechicería), a la que dejaban derretir sobre el cuello de vidrio. Las escuchó orar devotamente, pero las plegarias le sonaron extrañas. Al concluir, Eulalia tomó una pañoleta negra, rodeó el botellón completamente y lo escondió detrás de las cortinas que separaban el atrio del resto de la capilla.

Comprendió que podían descubrirlo atisbando y, como temía a la india, se apresuró a salir.

La curiosidad lo tuvo en vilo todo el día, pero no le fue posible entrar al oratorio, porque fray Mateo se ocupó, con dos indios alarifes, de remendar el revoque que se estaba descascarando.

A la oración, se comidió a encender las velas del altar, y una vez en la capilla, hizo a un lado el cortinado y apartó el paño del botellón. Dentro de éste, luchando sobre un lecho movedizo de alas y patas destrozadas, tres langostas se devoraban entre ellas.

Al borde del vómito, salió tropezando al aire libre. Mientras desgranaba el rosario, no pudo sacarse la visión de la cabeza, y sólo la comprensión de que Eulalia era mucha hechicera aun para los frailes, lo mantuvo en un respetuoso silencio de complicidad.

Partieron para Las Peñas a la mañana siguiente, muy temprano. Acompañaban a Eulalia ambos religiosos, uno de los peones indios y Pedro Apóstol.

En cuanto salieron de los campos de Yucat, volvieron a encontrar densas bandas de langostas. El indio Manuel le hizo notar al negro, señalando el suelo:

—Mirá, Pedro; son tan malvadas las indinas que se comen entre ellas.

El negro se enderezó con un chucho helado sobre las espaldas; se quitó, barriéndolas con el rebenque, las langostas que le trepaban por los pantalones mientras observaba el perfil orgulloso de Eulalia y supo que nunca podría borrarse de la cabeza la escena estremecedora que se desarrollaba dentro del botellón y que se repetía, masivamente, en los campos.

XV

Tuvo la criatura asistida por una de las negras, que cortó el cordón umbilical con los dientes y luego, tomándola en brazos, la llevó hasta la ventana para exponerla a la luz. Ella, en trance de agonía, la oyó salir al

descanso de la escalera. Don Fermín debía de estar allí, esperando, porque escuchó a la mujer decirle:

—Es hembra, patrón.

—¿Española?

Se hizo un silencio dudoso, y la mujer contestó finalmente:

—Es medio india. Ha llegado antes de su hora; tal vez no viva.

Las palabrotas y amenazas en que prorrumpió su marido dejaron a Clara sin fuerzas, aunque pudo implorar a la negra:

—¡Por favor, no la mates, no dejes que la mate...!

¿Hubiera sido capaz don Fermín de ordenar la muerte de la criatura? Nunca lo sabría, porque casi de inmediato oyeron llegar un coche por la entrada principal y la voz del mayoral que preguntaba por don Fermín.

XVI

Tampoco en los campos de Las Peñas había langostas, notó el hermano Mateo.

Fray Andrés, que para sorpresa de todos llevaba el viaje a caballo con bastante brío —temían descomposturas, por su edad—, preguntó a Eulalia qué sabía del dueño de las tierras que atravesaban.

—Eran de un español que murió loco. Oí que vivió un tiempo con gente de su familia, pues no tenía hijos. Nadie se quedaba mucho tiempo.

—¿Y ninguno de ellos notó algo extraño? —inquirió el religioso.

—Quizá sí, y por eso nadie quería vivir acá. O a lo mejor no usaban esa parte de la casa...

—Realmente, no se puede creer... —terció el hermano Mateo, pero fray Andrés lo interrumpió levantando apenas la mano:

—¿Quién se ocupa ahora del lugar?

—Un mestizo; era el antiguo capataz.

El tono de Eulalia parecía haberse endurecido.

—Y él, ¿qué dice de esto? ¿No sabe nada?

—¿Cómo no va a saber? —respondió Eulalia con aspereza—. A mí no me engaña el artero; seguro que sabe todo. Pero no hay forma de hacerlo hablar.

—Es inconcebible —murmuró fray Andrés, impresionado, y el hermano Mateo tuvo que tragar en silencio su malestar a medida que se acercaban a la pirca que rodeaba el terreno de la construcción.

—¿Y dónde anda ese hombre ahora?

—No sé; desde que hablé con él, no se deja ver.

Fustigando suavemente el caballo, Eulalia se introdujo por un sendero abierto entre las piedras.

—El patio está del otro lado. Se puede acortar camino atravesando la huerta.

La casa, no obstante su mal estado, parecía habitable. Varios animales habían hecho guarida del lugar: una comadreja que los enfrentó con un extraño gañido, un quirquincho que se apresuró a meterse en su caparazón y unos gatos que parecían haberse vuelto monteses y treparon a los techos con agudos maullidos de advertencia.

—Hay perros, pero hoy no están.

—Habrán salido a cazar —dijo el indio Manuel—. Siempre andan hambreados.

Pedro Apóstol, asustado, no podía pronunciar palabra.

A través de los frutales, llegaron a un arco de piedra y penetraron en el espacio amurallado. Había un silencio extraño, y Manuel y el negro se quedaron atrás, reacios a acercarse a la fuente.

Los religiosos notaron que aquella parte de la casa estaba más deteriorada que el resto. Una puerta angosta se sostenía sobre la pared maltratada; arriba, y levemente a la izquierda, una habitación con balcón donde los yuyos crecían salvajemente tenía los postigos de la ventana cerrados con cadena y candado, muy herrumbrados. Sobre esa parte del techo se veía el comienzo de una construcción, algo como una torre que no había sido terminada.

—Hay que entrar —señaló Eulalia.

El hermano Mateo aconsejó a su superior que los esperara abajo, tomó el arcón donde llevaba las cosas para administrar la extremaunción y siguió a la mujer por la penumbra hedionda de abandono. Sabandijas y palomas desaparecieron, unas entre las grietas, en los recovecos oscuros de pisos y paredes, las otras en una explosión de alas y plumas por los ventanucos abiertos que cada tanto daban luz sobre los escalones.

—Más arriba —indicó Eulalia.

Mientras el hermano Mateo, molesto, pensaba que aquello era una locura, desembocaron en un descanso cuadrado, donde daba otra puerta cerrada. Se detuvo, sorprendido al ver aseado el lugar y, junto a la pared, un poyo como para disponer una imagen.

—Lo limpié para que usías no tuvieran que trabajar en la mugre —dijo Eulalia—. Voy por el padre Andrés.

En cuanto ella se perdió por la escalera que daba vueltas sobre sí misma, el hermano Mateo asentó el oído sobre la madera áspera, de algarrobo, que encerraba una improbable prisionera. Y entonces sintió, a través de la puerta, un leve rasguño, el ahogo de un sollozo a punto de cortarse y comprendió que, a pesar de su incredulidad, Eulalia había dicho la verdad. Turbado, gritó hacia la escalera:

—¡Fray Andrés, por Nuestra Señora, apúrese, creo que la perdemos!

En un santiamén abrió el pequeño arcón, cubrió el poyo con un mantel y comenzó a sacar los libros de oraciones y el botellón de agua bendita.

Cuando su superior llegó, con la respiración entrecortada, lo vistió apresuradamente mientras Eulalia golpeaba la hoja con las palmas y gritaba:

—¡Ya estamos aquí, no se deje ir! ¡Los padrecitos han venido a redimirla! ¡Hábleme, rece conmigo: “Yo pecador me confieso a Dios...”!

Un quejido que parecía haber cobrado fuerzas estremeció al hermano Mateo, pero el padre Andrés no dudó: tomó el acetre de plata y, mientras asperjaba el agua bendita sobre la puerta, comenzó el oficio para redimir las almas en agonía:

—Alma cristiana, en nombre de Dios Padre, que te crió; en el de Jesucristo, que por ti padeció; en el del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en el de la gloriosa Madre de Dios, la Virgen María...

—En el nombre de Ángeles y Arcángeles; de Tronos y Dominaciones; de Principados y Potestades; de Querubines y Serafines...

—En el de los Patriarcas y Profetas; Santos Apóstoles y Evangelistas; de Santos Mártires y Confesores; de Santos Monjes y Ermitaños...

—Que hoy sea tu lugar en la paz y tu morada en el cielo.

—Te rogamos, Señor, que cuantos pecados llegó a cometer por causa de la humana fragilidad, tu bondad misericordiosa los borre para siempre.

—Por Jesucristo, nuestro Señor...

—... que tengas la Paz.

—Amén —corearon los tres.

Se hizo un silencio que no fue quebrado por ningún sonido, ni humano ni animal.

—Se ha ido —dijo Eulalia, cubriéndose el rostro con las manos, apoyándose en el muro mientras hacía esfuerzos por contener los sollozos que se le volvían ronquido.

—Hay que enterrarla cristianamente.

—Necesitaremos ayuda —dijo el hermano Mateo y, recogiendo el hábito, bajó para conminar a Manuel y a Pedro a que subieran con las herramientas.

El candado que Eulalia no pudo quitar cayó partido en dos al primer golpe de hacha del indio.

La pieza oscura olía a encierro y humedad. No había nada en ella, salvo una construcción grotesca que parecía tapiar la parte baja de la panza de la escalera cegada que subía hacia el avistadero.

—Ahí está el cuerpo —señaló Eulalia sin dudarlo.

Con el revés del hacha, golpearon la pared, que se desmoronó de inmediato. Era frágil, construida sólo para ocultar algo, se dijo el hermano Mateo.

—Hay... unos huesos —murmuró Pedro Apóstol, más ceceoso que nunca, los labios temblorosos y los ojos extraviados.

Quitaron el resto de los adobes y vieron, en el vientre de la pared que había quedado al descubierto, el esqueleto vestido de una mujer.

En reverente silencio, pusieron sus despojos, que aún no se habían desprendido y conservaban la cabellera, sobre una capa que traía Eulalia arrollada detrás de la montura. El indio ya cavaba una tumba en la sacristía de la capilla desacralizada.

Allí la enterraron, envuelta en el terciopelo rojo. Eulalia marcó, sobre la pared al pie de la cual yacía el cuerpo, una cruz con barro.

Los frailes y los peones emprendieron el regreso a Yucat en un silencio anonadado. No querían pasar la noche al descampado, y menos en las ruinas. Cuando dejaron atrás la construcción, vieron aparecer, silenciosa, la jauría. Los perros, trepados sobre los restos de una tapera, parecían vigilar los movimientos de los intrusos, pero no se movieron.

—Estos se han cazado una vaca —murmuró Pedro Apóstol.

—O un cristiano, a falta de res —murmuró Manuel, haciendo que los religiosos se santiguaran.

Dejando a los frailes y sus peones, Eulalia retrocedió y una vez que los vio perderse en el bajo se adentró hasta el rancho del mestizo que cuidaba la propiedad abandonada. Una oleada de moscas enormes, iridiscentes, se elevó, rumorosa, cuando ella, descendiendo del caballo, arrojó una piedra al interior de la tapera. Un golpe de viento le hizo llegar el hedor de la carne en descomposición.

Entonces, se dijo, el maldito había muerto. Por eso los perros no les salieron al paso. Ahítos de comida, estaban demasiado pesados para molestar.

—Bien le haya —murmuró ella sin siquiera santiguarse, y torció para los campos que fueran de doña Brígida López de Aveira, que ahora eran suyos.

XVII

Clara oyó al mismo tiempo regresar a su esposo y el ruido de las ruedas de coche sobre el sendero de piedra del patio grande.

—Deja a la cría en el suelo —ordenó don Fermín a la negra— y abre la ventana.

Los brazos de él la levantaron de la cama y ella supo que tendría, después de todo, el destino de Jezabel. Cayó sobre el piso de piedra que rodeaba la fuente sin un grito, con apenas una oración en la boca pidiendo a Dios perdón por sus pecados y clemencia para su hija. La sangre manó

abundantemente de su cabeza, y los perros cazadores de don Fermín se acercaron con el rabo entre las patas, los lomos arqueados de aprensión, el pelo del cogote erizado. Uno de ellos olisqueó la sangre y, tranquilizado ante la inmovilidad del cuerpo, comenzó a lamer la mancha oscura con largos lengüetazos. Los otros hicieron lo mismo.

Don Fermín bajó corriendo las escaleras al oír la voz de su hermana, que ya atravesaba la huerta. Maldijo porque comprendió que no podría evitar que viera el cuerpo de su esposa; además, la esclava, con la recién nacida en brazos, gris el rostro, corría tras él con un gemido largo, animal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su hermana, una mujer anciana y por demás imponente; sus ojos fueron de él a la negra, de la negra a los perros y se detuvieron en el cuerpo descalabrado que yacía sobre una mancha oscura que seguía agrandándose.

Su voz fue una orden inapelable:

—¡Aleja los perros, Fermín!

—Se ha caído del balcón —dijo él, pasándose la mano por los cabellos.

Su hermana observó los ojos vidriosos, la expresión desencajada, y se sobresaltó cuando la negra cayó de rodillas a sus pies, ofreciéndole el bulto que tenía entre las manos.

—¡Ella me pidió que no la matara, me pidió que no la matara!

La mujer tomó con renuencia lo que tan desesperadamente le ofrecía la esclava, y vio que era una criatura recién nacida, aún sucia y casi morada: nadie la había hecho gritar. Con un reflejo atávico, la libró de la manta, tomó a la niña por los tobillos y, poniéndola cabeza abajo, le dio una palmada en las nalgas, como había visto hacer a la comadrona cuando nacieron sus sobrinos. Fue recompensada por un vagido y, ordenando que le trajeran agua, limones y lienzo, encaminó su figura corpulenta hacia la casa; ya había notado las facciones indígenas de la niña. Se volvió, furiosa, y dijo a su hermano:

—Has matado a tu esposa, y pensabas matar a la criatura. Supongo tus razones, aunque no las justifico. No te denunciaré, pero arregla las cosas de manera que nada se sepa, o la familia quedará marcada para siempre.

—Dame a mi hija —se adelantó él, con las manos extendidas.

—No; se estaba muriendo y la hice gritar. Ahora es mía. Le daré el agua de socorro y me la llevo para criarla. Además, ya sabes que no es tu hija, ¿verdad?

Y mientras enjugaba el rostro arrugado de la criatura con el zumo de limón que una de las negras le ofrecía en su palma, dijo para sí misma:

—¿A quién encomendaremos a esta desamparada? ¿Qué fecha será hoy?

Recordó lo que le había advertido su capataz el día anterior: que las mangas de langostas llegarían en un día o dos desde el norte. Por eso habían comenzado un triduo a Santa Eulalia, patrona de las huertas.

—10 de diciembre; Eulalia de Mérida —recordó—. Quién sabe... Si vive, quizá la santa hasta le conceda el don de librarnos de las langostas.

Después, ganada por un sentimiento que jamás la había tocado, se inclinó sobre la cara morena y la besó varias veces.

—No dejaré que te mueras —murmuró al oído de la criatura—. Como que me llamo Brígida, que ese malvado nunca podrá hacerte daño. Borraremos su nombre hasta de nuestras oraciones. Te llevaré lejos de aquí; bien lejos, bien lejos...

XVIII

Atardecía cuando Eulalia entregó el caballo a uno de los peones y entró en la casa. Una de las sirvientas indias, que había permanecido desde chica con doña Brígida, le presentó un paño húmedo para que se pasara por el rostro y por las manos, y la criadita llegó enseguida con un vaso de vino y especias.

Eulalia estaba más silenciosa que de costumbre. Rechazó la comida, dijo que iba a ayunar en descargo de las Ánimas del Purgatorio, pidió por la tina y, después de darse un baño, se acostó con un libro en las manos.

En un principio no pudo leer, pues los recuerdos le llegaron a la memoria como una manada de caballos desbocados.

Recordó el viaje en coche desde Córdoba, con doña Brígida casi moribunda pero insistiendo en que pasaran por la estancia de los jesuitas en Alta Gracia, donde les permitirían hacer noche. Después del rosario, con la respiración entrecortada, la había tomado del brazo perentoriamente:

—Quiero que vayas a hablar con alguien.

—No se preocupe, mañana lo haré —dijo ella, acomodándole la redecilla.

—No, no; ahora. Ya le mandé recado; te espera.

No había acabado de hablar cuando tocaron la puerta; un negrito vivaz entró de costado, anunciando:

—Dice el padre que espera a la niña...

Reacia a dejar a doña Brígida, Eulalia se volvió, preocupada, pero la criada hizo un gesto de que ella se encargaría.

El chico la guió en la media luz del anochecer por un patio de altos muros cubiertos de enredaderas, y alcanzó a ver, con la última claridad, dos escaleras que se unían en lo alto, al centro de una galería exterior.

Allí, golpeó el negrito en una de las puertas y un novicio la abrió, indicándoles que pasaran.

—Sea breve —le advirtió con preocupación—. Está empeorando, pero no tendrá paz hasta que hable con usted. Como no debemos recibir a ninguna mujer estando solos, esperaré al fondo de la habitación.

Curiosa, Eulalia se adentró en la pieza que olía fuertemente a alcanfor.

Un religioso muy anciano estaba recostado sobre una pila de almohadas y ella supuso que padecía del mismo mal que doña Brígida.

—Padre Mutius, ha llegado la señorita de López de Aveira —susurró el novicio, acomodando las sábanas que las manos del viejo habían desordenado.

El hombre volvió el rostro y Eulalia se sorprendió al ver sus ojos inquietos, con un mirar totalmente lúcido. Después de hacer una seña al joven para que se alejara, le dijo:

—Te pareces a tu madre, aunque ella era más... más bella, para su desgracia.

Y observándola con atención, añadió:

—Pero los ojos y el mentón son de su padre, no hay duda. Siéntate.

Con una especie de helado desconcierto, Eulalia obedeció y permaneció muda y quieta, esperando oír lo que el sacerdote tuviera que decirle. Nada sabía de sus orígenes, salvo lo que la señora le había dicho desde sus primeras preguntas: que un ángel la había mandado a buscar una huérfana, y que ella se la había llevado consigo para hacerla su hija.

Antes de seguir hablando, el religioso hurgó bajo las almohadas y sacó un libro, que le tendió con un fuerte temblequeo.

—Era de ella; te pertenece.

Eulalia lo tomó pensando si no estaría loco, o perdido en su vejez. Él murmuró:

—Nunca debió leerlo, pero, ¿quién podía saber que tenía semejante libro? Ahora, debo contarte la historia de tu madre, de tu padre y de los muchos pecados que se cometieron en aquella casa. El menor fue que esos dos infelices se amaran...

Al verlo ahogarse, Eulalia atinó a acercarle a los labios una copa de vino que estaba en una bandeja, al lado de la cama.

El padre Mutius habló con las palabras de un anciano que ha visto tanto de las humanas miserias que ya nada puede escandalizarlo. Ella, el rostro vuelto hacia la pared, el libro sobre la falda, escuchó sin más remedio lo que no quería saber.

Cuando el padre Mutius, extenuada la respiración por la enfermedad y la emoción, se desmayó, Eulalia salió al patio mientras lo atendían y lloró un buen rato sentada sobre unas grandes piedras que sobresalían de la tierra, acunando el libro entre su pecho y sus rodillas. Mil veces hubiera preferido vivir en la ignorancia, protegida por el amor que la vieja señora le había dispensado toda la vida. Si antes amó a doña Brígida, más la amó después de la revelación, así que, temiendo que le pasara algo, se secó las

lágrimas con el ruedo del vestido y corrió a la pieza. La encontró adormecida y se sentó a su lado. No quería abrir el libro. Sentía que debía estar preparada para ello.

Al otro día, la señora amaneció lo bastante repuesta como para continuar hacia la estancia. En el coche, después de mandar a la criada al pescante, hablaron largamente. Supo entonces que doña Brígida había heredado las tierras de don Fermín.

—A mi muerte, junto con las mías, pasarán a tus manos.

—No las pisaré siquiera —contestó ella con rencor.

—Oh, sí lo harás. La tierra no tiene la culpa.

A pesar de aquella negativa que venía cumpliendo aun después de muerta doña Brígida, dio con la casa fortuitamente, llevada por una extraña desorientación que nunca juzgó, pues bien sabía que las cosas más incomprensibles eran ordenadas por Dios. Y allí estaba ella, el alma cautiva de su madre, que parecía esperarla para que la ayudara a redimirse. Esa mañana, finalmente, lo había logrado.

Suspiró con una honda tristeza que era la secuela de los hechos consumados. Como un general que revisa su estrategia, recordó cómo, después de advertir por primera vez el alma de su madre atrapada en la cripta de la escalera, había ido en busca del mestizo que cuidaba las ruinas, quien en su embriaguez le había terminado de contar lo que el jesuita no sabía; cómo ella, sospechando que los mercedarios no querrían intervenir —la Iglesia creía en las Ánimas del Purgatorio, pero no en las almas en pena—, había llamado a la langosta para tener con qué presionarlos. Cómo, en medio de la noche, despertó el hambre de los perros con el pensamiento, y los llevó hasta el rancho, donde el asesino de su padre, lastimado en una mano, sangraba hasta desfallecer...

Volvió a suspirar y abrió por primera vez el libro; una fina trenza de cabellos de dos colores, uno muy negro, el otro castaño claro, le apretaron un nudo en la garganta. Se la llevó a los labios y la besó, dejándola luego descansar sobre su pecho.

Leyó donde se detuvo su mirada.

¡Paloma mía! Tú, que anidas en las grietas de las peñas, que te escondes en los rincones oscuros de las escaleras, muéstrame tu rostro, déjame oír tu voz en mis oídos, pues tu voz es muy dulce y muy bello es tu rostro...



AMUTAY, AMUTAY, TRIPA HUECUFÚ

AÑO 1807

*Dicen que se dice
Que aquesto pasó
A la niña mala
Que al Diablo tentó.*

Muchos maliciaron que María de la Cruz estaba “dañada” por haber fornicado con un infiel, lo cual era dos veces vergonzoso, como apuntara su tía Dolorita, por ser la joven cristiana y, además, hija de un Bustamante y una Cabrera, que en Córdoba es prosapia.

Pasado el tiempo de aquellos sucedidos, cuando las criadas eran ya unas morenas arrugadas y friolentas que se lo pasaban al lado del fogón contando cuentos de ánimas, reconocieron que hubo “alardes”, aquellas rarezas con que el Maligno, para que la gente se vaya anoticiando, anuncia sus perversas intenciones.

Estos alardes eran hechos que se presentaban, en un principio, sugestivos y a la vez dudosos de comprender. A saber, se decía que una vez se oyó, en las negruras de la noche, a alguien moviendo trastos en los fogones y cuando las morenas acudieron a conjurar al intruso armadas de escobas y crucifijos —por si era un alma en pena— encontraron cadenas, cerrojos, pasadores y trancas en su sitio... aunque un humillo maloliente escapaba por el ventanuco.

Una de ellas soltó un “¡Ayayayyy!” espeluznante, despertando al ama que, imaginando conductas contra el sexto mandamiento, les dio un susto de órdago al irrumpir en la cocina con la vara de disciplinar.

En la baraúnda de las fámulas que mentaban prodigios, la señora —reacia a aceptar pareceres de esclavas— buscó fundamento a lo sucedido: los ruidos serían de gato o pericote, únicos que podían escurrirse entre las rejas; el humo vendría del rescoldo y la hediondez, con el susto... en fin, dejarlo ahí.

Varios días después, una luz recorrió las habitaciones a las primeras del crepúsculo, mientras rezaban el rosario, y se escuchó el gemido de algo sobrenatural arrastrándose por los sótanos.

Fue entonces que María de la Cruz cayó hacia atrás, donde por suerte estaba su ama de cría, una negra enorme llamada Betsabé, que la recogió en brazos mientras tiraba mandobles y distribuía cruces conminando a Belcebú a retirarse.

Calló el atroz lamento y la Niña volvió en sí, encontrándose el ama en la ímproba tarea de explicar aquello. Salió del paso acusando a la hija de haberse hartado de brevas calientes, con el agravante de una insolación, ya que la había descubierto, siestas atrás, volviendo del río, empapada y febril, muda de espanto. Zamarreada por la madre, María de la Cruz confesó haberse topado, en la Ribera del Bajo, con el Sombrerudo. La madre puso el grito en el cielo cuando mentó al duende perverso, ofensor de jovencitas, ladrón de voluntades, pero la desobediente le aseguró que, salvo el susto, nada hubo que lamentar, pues pudo escapar a tiempo, ya que tenía el pie en el estribo y una jaculatoria en la boca.

Poco después, una de las morenas lloró sus lágrimas, arrodillada por el tiempo de un ángelus sobre granos de maíz; la hermana del hacendado, señorita rígida como inquisidor en autos, la había encontrado volteando los retratos de los antepasados en la sala de honor. Sin embargo, no hubo forma de convencer a la chiquilla de que se reconociera culpable, pues se empeñó en que, sospechando una travesura del mozo Agustín (por quien la infeliz penaba) quiso enderezar el entuerto para que no le diera un soponcio al patrón.

Y así siguieron las cosas, con pequeñeces que desaparecían y aparecían, sombras sobre los lienzos de los muros sin cuerpos que las proyectaran, lamentos en habitaciones vacías, cuando no pasos y murmullos.

María de la Cruz comenzó a comer mal y dormir peor, y muy pronto su rostro semejó al de la Dolorosa por lo consumido.

Los vecinos, ignorantes de lo que sucedía en Los Talas, tenían sus preocupaciones: hechos sobrenaturales se insinuaban en el aire y en la tierra del valle de Calamuchita, como que se encontró el esqueleto de una bestia fabulosa en un socavón que abrió la crecida del río; cada vértebra tenía el tamaño de la cabeza de un buey y las garras parecían de un quirquincho gigantesco.

Las sierras habían dado nuevamente en bramar toda la noche, haciendo temblar el suelo, y las bandadas de urracas recorrían en vuelo los poblados, riendo y advirtiendo con voces femeninas: “¡guay, guay, guay!”.

Pero el portento de portentos se produjo con el nacimiento, por San Miguel, de un ternero sin mandíbulas, la lengua colgando entre las fauces como algo obscuro y una teta paradita sobre el lomo.

Muchos culpaban de estos fenómenos a la presencia de prisioneros ingleses internados, por mandato de don Gutiérrez de la Concha, el gobernador, en San Ignacio de los Ejercicios.

Los herejes tenían sobresaltados a los pobladores de la zona, con la manía de tocar el cornetín a las cinco de la madrugada para saludar a una

imaginaria Union Jack, dedicándose posteriormente a ejercicios de espadería.

No obstante, luego sucedieron hechos que vinieron a exculpar a los reclusos, como la profanación, en el cementerio de Santa Rosa, de la sepultura de la entenada de doña Braulia —dueña que supo ser del único burdel que había en la zona—, finada la mocita en el intento de desembarazarse.

Y al domingo siguiente, el párroco mismo pronunció un sermón apocalíptico, hasta con palabrotas, para que entendieran los simples, porque alguien evacuó “las aguas mayores” en los escalones del altar.

Pero, en la ignorancia de lo que secretamente sucedía —los amores de la Niña y el ranquel—, a todo se encontraba explicación: un trasnochado con alucinaciones de oído, un enamorado por demás desesperado, un perro que se atragantó de iguanas.

Cuando los hacendados del lugar, preocupados por limpiar sus campos de la herejía pampa, junto con los peones empeñados en resguardar el mate y la achura diarios, cazaron como a un animal feroz a aquel ranquel, en el Divisadero, y al mismo tiempo que muerto el perro, María de la Cruz cayó en rabioso colapso, alguien recordó haberla visto en merodeos, otro supuso encuentros, tal le agregó liviandades... y las malas lenguas bordaron el resto. Porque, ¿quién no recordaba todavía el romance de Bamba con la hija del Encomendero?

Fue entonces que don Pablo Apóstol Medrano dijo que podía precisar cuándo habían comenzado aquellos amores desnaturalizados —de cristiana e infiel— porque el día de la tormenta amarilla él había visto salir de entre las nubes encabritadas la estampa inconfundible —con patas caprinas y protuberancias frontales— que, presentándole descomedidamente el trasero, hizo temblar los aires con una ventosidad descomunal que apestaba a azufre.

Muchos pensaron que debió ser un trueno, pero nadie lo contradijo: don Pablo Apóstol pagaba con justeza las quincenas, no debía un real en el territorio y de cuando en vez donaba un becerro al clero.

Pero este silencio a campo abierto no contuvo al otro, al de las tertulias masónicas de la ciudad donde, bajo techo, se deslizaron insinuaciones burlonas y de ahí le quedó al estanciero el mote de “don Pablo, el de la ventosidad infernal”. Otros, recopiladores de salaces sinónimos, lo decían más descomedidamente.

Mientras tanto, la fiebre envolvió a María de la Cruz en una telaraña de alaridos, de golpes de sangre, mejillas arañadas y blasfemias vociferadas.

Una galera fue despachada a Córdoba con la urgencia de transportar a la estancia al padre Ildefonso, fraile de graves modos con manos de balletero, que de Galicia venía.

El mozo Agustín, hermano de la posesa, se obstinó en inquirir que para cuándo los médicos y su madre contestó que el exorcismo bastaría: para un pombero —el duende aquel— o un ranquel, si se iba al caso, un dominico era suficiente responso.

—Y si Satán no la suelta, podemos quemarla en auto de fe —barbotó el joven, que se creía jacobino.

El padre soltó unos cuantos “...ajos” —fue todo su aporte, dijeron después las malas lenguas— y Betsabé intervino recordándoles que la Eulogia Cayupán había curado casos que a doctores desconcertaban.

—¡Una curandera! —se alarmó Agustín, que vivía en la ilusión de que estaban en las Europas y no en tierras de bárbaros.

—Manosanta —corrigió la negra, cruzando dedos bajo el delantal, ya que existía cierto enigma en la Eulogia, y era que se tendía a suponerla mujer, siendo mejor verdad decir que su sexo se había perdido en la oscuridad de sus centenarios años.

Por otra parte, Eulogia —femenino— era su nombre de cristianada, pero Cayupán —su apelativo indígena— era masculino. Su mismo oficio, machi, o sea brujo, médico, hechicero, todo en uno, era, dentro de la sociedad pampa, ejercido por hombres y no por hembras.

En fin, manosanta, cristiana y mujer, o machi, infiel y varón, Betsabé tenía gran confianza en sus poderes.

A tiempo que se mantenía esta discusión en la estancia, otra se daba entre los vecinos. Nadie sabía ciertamente si María de la Cruz había fornicado con el indio, pero todos consideraban determinante el saberlo; tenían que decidir, se excusaban, si sería necesario bendecir o no las tierras. En otras palabras, pretendían un certificado de que la Niña continuaba “tan pucela”, para citar a Cervantes, “como su madre la parió”.

—¡Si hubo algo, fue atropello! —rugió el padre al enterarse de las infames disquisiciones.

La madre, recordando el entrelazamiento perfecto de los músculos cobrizos y el varonil abultamiento entre las piernas del indio, cavilaba en silencio.

Muchos llegaron a preguntar por la salud de la enferma; se acallaba la indiscreta inocencia de los niños y se respondían evasivas: “Dios lo quiso”, “que se haga la voluntad del Señor”, aunque ni un jesuita hubiera alcanzado a explicar cómo podía ser que el Todopoderoso prestara su voluntad para que Lucifer se cebara en una doncella.

Los oficiosos aportaban pareceres: “De juro será gualicho si hubo infiel de por medio” era el más acudido.

Otros recomendaban escribir “con pluma de paloma blanca, mojada en agua bendita recogida en Domingo de Ramos de la capilla de San Roque, en la frente, la cintura y los pies los nombres de la Sagrada Familia” para sitiar el mal y obligarlo a rendirse.

Una parienta de Impira les escribió: “Ño Isidoro, de estos lares, sana de palabra nomás allegándole una prendita sin lavar”, y alguien de Córdoba, por el camino a Santa Ana —cerca de la preciosa capillita— mandó recado: “Mama Salomé, negra fidelísima, les dirá cuál es el daño si le alcanzan las aguas menores”. ¡Como para acopiar orines amanecidos estaban aquellos padres!

También salió a relucir un saludador —otra laya de curandero—, de quien se aseguraba había sanado a un rabioso. Eso sí, en Jueves de Pasión y con una quita de agua de la Compañía de Jesús que atesoraba desde la expulsión, ya iba para cuarenta años.

Y no se dejaba de tomar nota de otros peregrinos menjunjes: el agua de cenizas al rocío, el estiércol de cerdo hervido, infusiones de patas de chilicotes...

O la penca recalentada, abierta de través, aplicada al vientre —o en la espalda, disimulaba el comedido—, donde levantaba babeantes ampollas que chupaban el mal.

Era larga la lista de prácticas avaladas por siglos de uso y enriquecidas con los creeres de las tierras nuevas.

En aquel desconcierto de consejos arribó, sólido como la Iglesia, el padre Ildefonso; puesto en autos, se arremangó y arremetió con la liturgia. Enseguida se vio que eran demonios indígenas, porque no entendían latines; ergo, se negaron a abandonar el dulce y cálido cuerpo de la Niña, devolviendo en respuesta —los taimados— suspiros como esencias de Oriente y visiones de desnudeces que ponían en retirada al abstinente varón.

Y mientras el páter, enredado en cogitaciones tremebundas que lo llevaron a sospechar de las “meigas”, las tenebrosas brujas de su tierra, volvía a Córdoba por refuerzos, Betsabé, que había cortado con sus dientes el cordón que unía a María de la Cruz con la madre, se plantó ante el ama con la firmeza del amor.

—Disculpe la señora; yo me voy por la Eulogia, a Amboy.

Fuerza es decir que la matrona no se comprometió ni por sí ni por no, temiendo caer en herejía tanto como perder a la hija, el crédito de la familia, única que podía, mediante juicioso desposorio, arrimar alivio a aquellos apellidos de tantos blasones pero de menguados doblones.

Tomando el silencio por consentimiento, la esclava, en mula, se internó por esas sierras de gratos paisajes, para aparecer días después arrastrando una angarilla sujeta al animal, con un bulto cubierto de mantas de piel de chivas.

Misia Dolorita —allegada a la familia por un nunca bien dilucidado parentesco— se atrevió a mirar lo que bajo de ellas había; casi se desmaya al descubrir una mísera estantigua que olía a bosta de cojudo, humo

áspero y acritura de raíces. Semejaba sólo hueso, tripa y pellejo, aunque los ojos de iguana transmitían una vigorosa voluntad y sus manos simiescas aferraban una chuspa rotosa, reventada de hierbas, semillas y terrones.

Mientras la misia corría por la señora, Betsabé cargó el envoltorio y entró a la casa seguida por una procesión de negros y mulatos, críos y animales; esquivó la sala donde barbas dieciochescas y encorsetadas mamas temblaban de indignación desde los lienzos, arremetió por la escalera y siguió los pasillos perfumados a fuerza de romero y albahaca guardada en los arcones.

Al llegar al dormitorio de María de la Cruz golpeó tres veces el suelo con el pie elefantino; y aquella cosa hedionda que transportaba, con un hilo de voz —más tufo que inflexión—, pronunció la fórmula que advertía a los Mil Diablos, que se estaban haciendo un festín con el espíritu de la Niña, que había venido a desalojarlos y que por los seis leones de su nombre —que tal significaba Cayupán, nombre varonil si los hay— se tragaría de un bocado a los chivos de su Majestad Infernal.

Una algarabía le contestó desde la pieza con silbidos de mofa y voces animales: ovejas, cerdos, aves de corral, burros, mulas, una vaca...

—Esa vaca está preñada —paró la oreja la Eulogia.

Betsabé volvió a golpear y entró con su carga en el dormitorio, cumpliendo el ritual que manifestaba a quien fuera que, si bien la machi era más poderosa, estaba dispuesta a acordar para abreviar el padecimiento de la inocente.

Cuando el ama llegó sin aliento, encontró a la negra de pechos en el suelo, gimiendo las letanías mientras una de las mulatas, pálida de miedo, arrojaba vez tras vez piedras, semillas, terrones y falanges —cogidas de la chuspa aquella— sobre los ladrillos del piso. Alrededor de la Virgen de los Dolores, martirizada por los siete puñales clavados en su corazón, infinidad de cirios incendiaban las tinieblas en que se mantenía a la enferma. Y un olor acre, ora dulzón, envolvía los cortinados del lecho, donde aquella momia se había acomodado entre las blondas, con el pie aleprosado de mugre sobre la frente de la posesa.

Sacudía, en tanto, minúsculos sonajeros de plata —en la diestra— y matracas de pezuñitas —en la siniestra— y un cántico babeado, interminable, subía y caía, renaciendo mientras lamía las llamas de las candelas. Y por la boca de María de la Cruz se revelaban los intrusos en gruñidos, eructos, lamentos y risas descalabradas.

Agustín no soportó la ordalía de su hermana y de una galopada se llegó hasta San Ignacio de los Ejercicios en busca de un extranjero con quien había amistado, hallándolo una tarde vagabundeando cerca del río, como buscando algo extraviado. Llamábase el gringo Scarlett McElroy y decía no ser soldado sino cirujano de la Armada Británica.

—¡Salve usted a mi hermana! —fue la súplica desesperada del joven, súplica que conmovió al prisionero y obligó al hacendado, mentado “el Rey del Suelo”, por la extensión de sus tierras, que hacía de carcelero en la prisión sin muros a consentir en su traslado a Los Talas. Todo bajo palabra empeñada.

En una hora estuvieron en la estancia y Agustín lo presentó a sus padres, que vieron a un extranjero de buen cuerpo y privilegiada estatura, iniciando la treintena y todo él rojizo —como que provenía de las Tierras Altas de Escocia—; la pelambre colorada y encrespada le daba un aspecto faunescos, lo que determinó que el ama, entrenada en una vida de digna frigidez, se negara, por más médico que fuera, a que un hombre con semejantes manos velludas y tales ojos amarillos se acercara a su hija. Faltaba más, y era cismático.

Agustín rabió, insultó a la bruja, al cura —ausente por esos días— y al medioevo redivivo; su padre volvió a soltar varios “...ajos” y el gringo se aprestó a regresar a San Ignacio, cumpliendo con la palabra empeñada a su guardián, don José Antonio Ortiz del Valle.

A pesar de todo, aunque a regañadientes, la hospitalidad criolla se impuso: fue invitado a permanecer unos días entre ellos, previo aviso a San Ignacio.

Pasaron otros más antes que la Eulogia anunciara a Betsabé que no estaban tratando con el Diantre —nombre con el cual el Diablo no se sabía aludido— sino con el mismísimo Huecufú, el terrible demonio de las naciones pampas. Como cristianada, agregó, temía que fueran muchos los invasores y poca el agua bendita, pero puntualizó: la cohorte maligna se iría más pronto si conseguían reunir tantos animales como los que se manifestaban por boca de María de la Cruz, ya que con la última embestida del ritual, “Aquello” tendería a guarecerse en el cuerpo de éstos, pues eran muy friolentos y les aterraban las corrientes de aire.

Surgió, por ende, el problema de clasificar numérica y genéricamente aquel zoológico de —rareza va— animales solamente domésticos. Y bien fuera, como adujo misia Dolorita, porque vayan cientos a atrapar un tigre, un chanco del monte, y aun más, a meterlos en la casa para el momento del desbando.

Sin embargo, mediante artilugio, las mulatillas los clasificaron así: una gallina, un grano de maíz; un caballo, una hebra de alfalfa; un pavo, un arroz; una mula, un poroto; un chivito, una ramita de orégano; un cerdo, un orejón... La Eulogia insistió en que la vaca venía preñada.

Pero sólo cuando la hechicera, prendida a los apolillados cortinados del lecho, exclamó: “¡Amutay, amutay, tripa Huecufú!” —lengua pampa y en versión libre: “Ya se fue, ya salió el Diablo”— se pudo considerar quebrado el maleficio.

Después de unos bostezos y muchos pataleos, María de la Cruz se durmió beatíficamente y a los que la velaban les quedó el problema de deshacerse de las bestias ahora poseídas.

La machi propuso, sacrificadamente, arrear con ellas hacia la salamanca de Achiras —antro infernal de demonios nativos—, donde se internarían entre sus iguales sin molestar a alma cristiana. El estanciero, agradecido, se comidió a pagar el favor —no quería esos bichos enloquecidos retozando por sus campos—, pero la Eulogia lo rechazó: perdería sus poderes si aceptaba dinero por sus artes.

Y ya sea porque los caminos de Dios son misericordiosos o porque bendito el Señor que nos usa de instrumento —como dijo el dominico, que llegó, como quien dice, para el *Ite, missa est*—, María de la Cruz mejoró.

Su robustez y donosura criolla un tanto ajadas pero quizá más sugestivas; no más pechos de manzana y cántaros en las caderas, pero sí unos ojos más grandes en un rostro donde la belleza se volvió hueso y marfil. Sus senos florecieron cual azucenas y sus muslos se insinuaron como agua fluyente. El vientre, antes comba deliciosa de mujer-niña, era ahora una suave depresión que sugería el nido exacto para la cabeza de un hombre.

Así la vislumbró el extranjero cuando Agustín consiguió que diera su veredicto: ante la insistencia del primogénito, la madre cedió y Scarlett McElroy puso al fin los ojos sobre la joven adormecida.

En la habitación atestada —la madre, misia Dolorita, tía abuela Ermelinda, que había viajado desde Alta Gracia no bien el horizonte se despejó de incubos, la negra Betsabé y la mulatita que había ayudado en la batalla final, el hacendado, que carraspeaba por no repetir su muletilla de “ajos”, sin faltar el dominico y sumándole el cura de Santa Rosa— se hizo el silencio cuando el médico, desde la puerta, llevó a cabo examen, diagnóstico y prescripción.

En el lecho, María de la Cruz daba la espalda a la puerta, pero despertó como si oyera una llamada incógnita en el cristal de su inconsciencia; rodó el cuerpo sobre la cama, la cabeza sobre el plumón de la almohada, y clavó los ojos con certera fijeza en el extranjero.

Nadie notó la llamarada que encendió el cuerpo del celta —raza que siempre cantó a memorables idilios— distendiéndole la nariz, apretándole los dientes. Los dedos de los pies se le curvaron como garras dentro de las botas, y los de las manos se cerraron y abrieron como si desmenuzara una flor.

Y mientras en un español entendible ponderaba el agua de clavos sumergidos toda la noche, al sereno, bebida en ayunas, complementada con sahúmos de incienso —como lo aconsejaba Teofrasto en su tratado *Relativo a los olores* para casos como el visto—, y la familia devolvía a este Scarlett McElroy al salón de visitas, sentía el aventurero esas ondas dolorosas que le apretaban el pecho, le encendían los ijares, le restaban

aliento. Perdidas sus potestades, cayó en farfulleos; la mano le subió hasta la barba y quedó pensativo: temblaba el montañés ante aquellas cálidas y pesadas y dulces y asfixiantes corrientes que le llegaban después de deslizarse por el laberinto de pasillos.

Al día siguiente la familia fue abandonando el solar a distintas horas: quien regresaba a Alta Gracia o a Córdoba, quien seguía al párroco a Santa Rosa, a pagar promesa; los varones recorriendo los campos abandonados en la emergencia, Betsabé conduciendo a la Eulogia y su mesnada diabólica hacia Achiras.

Sólo quedaron las criadas desmayadas, junto a los niños, de sueño. Nadie se dio cuenta de que María de la Cruz quedaba sola, reclusa aún por el desgaste febril, inerte y sumida en ensoñación seguramente seráfica.

El gringo dormía en la planta baja y despertó en la siesta alertado por la quietud estremecedora que se agranda en las casas vacías. Con la tentación royéndole el alma y las vísceras, se asomó a la galería, tomó ánimo, atravesó el patio y subió los escalones cautamente, guiándose para encontrar la habitación, entre innumerables otras, por el olor de la sagrada resina que desde Río Cuarto había hecho traer el párroco.

La siesta moría entre cuchillos de sol sobre las ventanas entornadas y María de la Cruz despertó al intuir un rumor que avanzaba a tientas por el corredor. Evaluó la joven el peso de un cuerpo en la vibración de una pisada, la respiración en un soplo, la cercanía en el roce de un zócalo... La puerta se abrió —sintió el frescor del pasillo— y luego, un calor rojo y amarillo que la tocaba y se iba, como un espasmo, una marejada que la atraía sin esfuerzo y que provenía de aquel que, en el umbral, se había detenido dudando, temiendo y deseando.

No quiso María de la Cruz abrir los ojos, pero una sonrisa se le insinuó en los labios. Aspiró el aroma santo que parecía rasgar velos en su alma y esperó. Y después sintió el temblor de un pie descalzo, y recién al escuchar el sonido metálico del cinturón desprendiéndose de la pesada hebilla de marino, se volvió a enfrentarlo. Reconoció los ojos dorados y la pelambre rojiza, el fuego del aliento, el olor a tabaco, a bebida y sudor de hombre de otra tierra.

Y sonrió la joven por primera vez después de tanto sufrir, al distinguir el miedo y el deseo campeando por aquel rostro que tanto había temido meses atrás, cuando lo encontró en el río.

Tendió los brazos hacia el gringo, feliz porque ya no eran necesarios gritos y blasfemias, convulsiones y dolores para ser poseída por él, libre ya y lejos de su dominio pero poderosa ella, inalcanzable, y él, vencido y poseído, al fin, por ella.

Y dicen que Scarlett McElroy conspiró para raptarla una noche, poco después, y se la llevó en un caballo negro que devoraba leguas.

Y galopó, galopó y voló;
voló, voló y caminó.
A Samborombón llegó
y por la mar se la llevó.

Seguramente al infierno, decían por el valle de Calamuchita, pero contaba Sir Walter Scott, dos años más tarde, haber conocido en las afueras de Abbotsford —cerca de Edimburgo— a una joven de peregrina belleza: cabellos azules a fuer de negros, sombríos ojos oscuros —como de mujer que guarda secretos— y una piel de nata y rosas que provocaba al beso. Estaba casada con un caballero de las Highlands que había servido a las órdenes del comodoro Sir Home Riggs Popham en el descalabro que había sufrido la armada de Su Majestad en las riberas del Plata, enfrentada a unos salvajes que suplían la falta de armas con arrojo y estrategia.

Era el tal caballero mejor albéitar que galeno, aficionado a la novelería, regular poeta y buen narrador de raras historias que apuntó durante su estadía forzosa —siendo prisionero— en un lugar ignoto llamado San Ignacio, situado en una improbable comarca nombrada Calamuchita, perteneciente ésta a una comentada provincia que él escribía al modo inglés —Cordova—, todo en un remoto virreinato español.

De estos relatos, el que más atraía a la audiencia que se reunía con él en casa del boticario comenzaba con un misterioso conjuro que ni los mismos druidas hubieran desdeñado: “Amutay, amutay, tripa Huecufú, dijo la hechicera...”



EL AGNUS DEI

AÑO 1810

Había llorado por días, encerrada en la pieza a oscuras. Si hubiera estado abierta la ventana, hubiese podido ver la ribera del otro lado del río, el fin del terreno de la quinta que caía sobre las barrancas, las cuevas y las toscas, los islotes que aparecían cuando las aguas bajaban, y los sauzales que mecían sus ramas amorosamente, como a niñas en columpio.

No le disgustaba el paisaje, pero todavía no se acostumbraba a él. Extrañaba Alta Gracia, la casa y los campos, la sierra. Sobre todo, a su padre. Por él lloraba. Por él y por sus amigos, aquella red de familias que los rodeaban y que ahora, desgarrada la malla, estaban muertos o dispersos.

El asesinato de su padre la había expulsado del lugar donde había nacido y crecido y, habiendo perdido a su madre siendo chica, se vio obligada a refugiarse en casa de sus tías, dos ancianas enfermizas, empobrecidas y afectuosas.

Ella las oía pasar a todas horas con sus zapatos de paño que apenas si hacían ruido sobre las ásperas baldosas del corredor, hablando en murmullos, afligidas, sin atreverse a irrumpir en su desconsuelo. De vez en cuando, arrimaban la boca al tablero de la puerta mal ajustada y susurraban:

—Cayetana, hijita, ¿estás mejor?

Ella no respondía.

A veces caía en el sopor del cansancio, los ojos quemados de tanto llorar, la garganta ceñida como por un aro de metal que le recordaba el horror de un antiguo dibujo del garrote vil, entrevisto alguna vez entre las páginas de un libro de su padre.

No podía distinguir cuántos días llevaba así, interrumpida de a ratos por Cleofé, la criada india de las señoras, que de vez en cuando entraba y le daba un vaso de agua, una taza de leche tibia endulzada con miel, un puré de calabaza y papa aguachento, pues nada más que eso podía tragar. De noche le llevaba una taza de algún brebaje extraño, que le permitía dormir hasta entrada la mañana. Pero no descansaba: era un sueño negro, como si muriese por unas horas.

Ese día se distinguió de otros porque la india, al alcanzarle el agua fresca, le susurró acercando el rostro moreno, sugestivo en la media oscuridad, al de ella:

—¿Qué es lo que más deseas?

Ella, en silencio, hizo un esfuerzo por emerger de la ciénaga en que maceraba su dolor; la pregunta la obligó a pensar y cuando consiguió sacudir de la cabeza su ensimismamiento, susurró:

—Justicia.

La mujer respondió:

—No hay, m'hijita; quizá después.

—¿Después, cuándo?

—Cuando la gente no tenga miedo, cuando se vayan los que ahora mandan en Buenos Aires. Decime qué otra cosa querés con toda, con todita tu alma.

Cayetana lo pensó mientras bebía del jarro que sostenía Cleofé, porque a ella se le habían vuelto de trapo las manos. Con el último trago, dijo en tono áspero, casi viril:

—Si no puedo hallar justicia, que sea venganza, entonces.

—Si te doy la venganza, ¿saldrás de la pieza?

Ella se enderezó sobre el borde la cama y retuvo por un instante el aliento para, al fin, tartamudear, incrédula:

—¿Vas a matar a...

No podía pronunciar el nombre del asesino de su padre, así que concluyó:

—...a aquel hombre?

Cleofé se puso de pie y cruzó los brazos, las manos cobijadas en los sobacos; a Cayetana le pareció que sonreía aunque, en la penumbra, era imposible asegurarlo.

—No con mi mano —y sentándose al borde de la cama dijo en voz baja—: Conozco a alguien. Es una despenadora. —Y como la viera retraerse, se apresuró a aclarar:— No usa cuchillo; usa palabras.

La joven se reclinó contra la pared. Sintió que la opresión que anidaba en su nuca se deshacía como un terrón bajo la lluvia; después de muchos días, pudo respirar sin que la cabeza amenazara estallarle. Por un segundo, pensó que debía recapacitar, no echarse en aquel río antes de conocer su profundidad y la fuerza de su corriente. No pudo; no estaba preparada para la reflexión y la comprensión, mucho menos para el perdón.

Cleofé extendió las manos y, tomando las suyas con firmeza, la ayudó a ponerse de pie. Como si fuera médico, le ordenó bañarse y cambiarse de ropa, salir y hablar con las ancianas para que dejaran de afligirse; debía hacer un esfuerzo por comer carne y tomar mucha agua, le dijo. En un día más, debía pasear por la orilla del río hasta que su cuerpo sudara toda la

amargura. Luego, debía bañarse en él, para que el agua se la llevara y la hiciera hilacha entre las piedras.

Después de eso, le mostraría qué podían hacer unas cuantas oraciones dichas por una vieja.

—Las mujeres son dueñas de las palabras —le susurró al oído—; los hombres, del cuchillo nomás.

La última frase fue dicha con un solazado desprecio.

Cleofé fue rigurosa en obligarla a cumplir las indicaciones, extendiéndolas más tiempo del que Cayetana había supuesto. Un día, por fin, le advirtió que ya estaban preparadas para llevar a cabo el conjuro que le aliviaría el rencor. Sólo faltaba, le dijo, esperar el tiempo propicio. ¿De qué dependía?, quiso saber la joven. Cleofé contestó imprecisiones, y ella, desilusionada, comenzó a pensar que todo había sido un engaño para hacerla salir de la pieza, que no había conjuro que pudiera aliviarla, que no existían mujeres que conocieran las “palabras”.

Hasta que una noche sintió los dedos cálidos de la india despertándola con una suave presión sobre el latido que se anudaba en su garganta.

—Vamos —susurró—. La vieja nos espera.

Doña Mercedaria y doña Carmelita roncaban, cada una en su pieza, cuando ellas atravesaron, sin una luz, las salas, el corredor, el patio y la huerta. Embozadas, la india cargando un cesto donde había puesto un pañuelo de seda de Cayetana, que regalaría a la bruja, además de otras ofrendas —yerba, azúcar, pimentón, maíz blanco, una tira de tocino cristalizada en sal—, bajaron hacia las barrancas del río. Resbalando, tomándose de las matas espinosas para no rodar, sosteniéndose de vez en cuando de algún tala, de la rama flexible de un sauce, llegaron al bajo, donde Cleofé le vendó los ojos con una tira negra, de las que se usaban para enlutar el brazo. Adonde se dirigían, le dijo Cleofé mientras ceñía la tela de lana en la nuca, era un lugar al que nadie llegaba de día y muy pocos conocían de noche.

—Yo soy una desas —dijo con orgullo, tomándola de la mano para guiarla. Caminaron un buen rato entre las piedras, arrulladas por la corriente que se deslizaba en calma, hasta que llegaron a un lugar donde, le pareció a la joven, el río se ensanchaba, pues el sonido del agua se hizo distante y profundo. Sujetándola con fuerza, Cleofé tiró de su mano para ayudarla a trepar el barranco.

De pronto, se encontraron luchando con unos arbustos espesos y pinchudos, de aquellos que no perdían nunca las hojas.

—Vas a tener que encogerte, m’hijita —susurró la india.

Entraron por un pasadizo estrecho, donde le quitó el trapo de los ojos. Estaban en medio de lo que a Cayetana le pareció una burbuja de

oscuridad. Parpadeó cuando distinguió, en un vericuetto del túnel por el que se deslizaban, un resplandor lejano. Poco después, el pasadizo se abrió a una caverna convertida en santuario. Los recodos del pasaje impedían que, desde ningún punto del río, ni más alto, ni más bajo, se viera el mínimo resplandor, lo que había ayudado por años a que aquel antro, que existía vaya a saber desde cuándo, no fuera descubierto.

Una piedra que sobresalía de la pared de tierra hacía de altar, y unos huecos practicados sobre la greda contenían estatuillas de santos, los santos humildes de los pobres: San Francisco de Asís, San Roque, San José de la Buena Muerte, San Antonio de Padua, Santo Pilato, el negrito Martín de Porres, con su escobita en la mano y en compañía de sus amigos: el gato, la rata, el perro y la paloma. Hacia la oscuridad de un rincón, Cayetana descubrió otras imágenes que le produjeron escalofríos y que evitó mirar.

Desde la profundidad de la negrura, salió una mujer, vieja por la forma de moverse, por los dedos nudosos, por el vencimiento de la espalda. No podía distinguírsele el rostro, pues lo llevaba tapado con un velo negro; el color de las manos indicaba que era española más o menos pura.

Observándolas, la mujer se sobó los pulgares, como olfateando si los que entraban eran amigos o enemigos.

—Mi ahijada —señaló Cleofé, poniendo la mano sobre el hombro de la joven.

—¿Cuántos son los verdugos? —preguntó a boca de jarro la mujer.

Cayetana dijo sin vacilar:

—Tres.

—¿Qué lo que hicieron?

—Mataron a mi padre, mataron a gente buena.

—¿Toditos igual de culpables?

—Uno firmó la orden, otro ordenó la descarga. ¡El otro disparó sobre el pecho de mi padre! —levantó la voz Cayetana.

Cleofé, calmosa, la contuvo:

—Sólo Dios repartirá las culpas. Nosotros queremos justicia, la justicia que los hombres le han negado a mi ahijada, a las familias de los muertos. No queremos magia de la mala —se puso firme—, sino dejar en manos de Nuestro Señor lo que él considere justo.

La vieja recibió el canasto que le extendía la india y lo dejó sobre un banquito, mirando furtivamente bajo la servilleta. Luego, de uno de los nichos de la pared, sacó un frasco de vidrio y volvió hacia la mesa de piedra; después de sacudirlo suavemente, quitó el corcho del cuello y cubriendo la mitad de la boca de la botella con el pulgar, derramó el polvo en tres pequeñas pilas sobre la roca, mientras murmuraba y se persignaba a cada trazo que hacía. Con un escalofrío, Cayetana descubrió el brillo de un trozo de diente, una medialuna de uña: era polvo de cementerio.

Cuando taponó la botella, dejándola cuidadosamente a un lado, la joven vio que, sobre la piedra, habían quedado bosquejadas tres figuras elementalmente humanas.

La anciana, como si oficiara misa, se puso de espaldas a ellas y murmuró, canturreó, gimió, balbuceó e hizo cruces y signos raros hacia el techo, hacia el suelo, a la diestra y a la siniestra.

Cayetana la oyó rezongar en tono de maldición: “Que sus cofrades los traicionen, que sus amigos los abandonen, que sus enemigos prevalezcan contra ellos, pero que nadie los toque”. Cuando acabó de musitar anatemas, sopló sobre las figuras de polvo hasta desparramarlo por la superficie del altar; luego cayó de rodillas, sosteniéndose de un palo que Cayetana no supo de dónde había sacado, y apoyó la cabeza contra la piedra. Así quedó un buen rato, como muerta, mientras Cleofé abrazaba a Cayetana.

Finalmente, la india ayudó a la mujer a levantarse, la sentó en una silla enana y le sirvió caña en un vaso, que la despenadora tomó de a tragos cortos, levantándose apenas el velo. Impresionada, Cayetana advirtió que con cada trago se iba enderezando, como si cobrara vida. Con una voz que sonaba como chasquido de agua sobre brasas, dijo:

—Si el Justo Juez decide que mueran, morirán, no por mano de hombre ni en accidente, morirán por las debilidades de su cuerpo, de las achuras principalmente. De la cabeza también puede ser.

—¿Y yo, cómo lo sabré? —preguntó Cayetana, mientras Cleofé tiraba de ella para que dejaran la cueva. Iban por el último recodo cuando oyeron de nuevo aquella voz hecha de chasquidos.

—Lo vas a oír de boca de quien no conocés.

—Vamos —apuró Cleofé a la chica—. Ya está hecho.

La luna se había ido, así que decidió no ponerle la venda. “Pero mejor que apuremos. Después del ‘oficio’, suele recibir a los diablos”, le advirtió.

Llegaron a la quinta sin aliento, empapados los vestidos hasta mitad de las piernas. Tuvieron que sacárselos y tenderlos en los palos del corral de las cabras.

Por primera vez en semanas, Cayetana se tiró sobre la cama y se durmió sin preámbulos ni rezos. Soñó con una parte del terreno de su campo, una hondonada protegida por un montecito de durazneros y manzanos. Bajando, había varias piedras grandes. Allí solía jugar al “sarao” con sus primas. Esta vez vio un ramo de flores silvestres, frescas, sobre la piedra húmeda de lluvia o de llanto.

La revolución que había nacido en Buenos Aires en el mes de mayo había dejado en Córdoba varios muertos (más a modo de asesinatos que de enjuiciamientos) y un tendal de viudas, huérfanos y allegados sumidos en

la pobreza, cuando no en la miseria, a causa de requisas, expropiaciones y despojos.

El padre de Cayetana, don Vicente Fernán García, fue una víctima, no de las más relevantes, de las fuerzas revolucionarias. Propietario de campos en Alta Gracia, había perdido la vida casi por accidente a manos de un grupo de los recién bautizados patriotas, más por reyertas de vecinos que por el hecho de ser español.

A poco de conocerse las noticias de la revolución que se había producido en Buenos Aires, un grupo de vecinos y funcionarios de Córdoba que pensaban salir de la ciudad, buscando unirse a las fuerzas españolas, entrevistó al padre de Cayetana para que se sumara a ellos. Don Vicente Fernán García no quiso seguirlos y, absurdamente, aquello que significaba si no simpatía por la nueva causa, al menos distanciamiento de la causa del rey, le costó la vida.

En los meses siguientes al rito de la cueva, cuando había conseguido superar su aflicción, Cayetana escuchaba, inmóvil en la penumbra que anidaba detrás de las puertas de la sala de sus tías, lo que se decía en las reuniones, de las que no participaba por ser tan reciente su luto. Allí, como en casa de ofendidos —pertenecían a familias criollas intrincadamente emparentadas con españoles, ahora perseguidos—, se murmuraba sobre las “instrucciones secretas” dadas por Mariano Moreno a sus generales y enviados: matar fuera de la vista de los ciudadanos, sin juicio previo, sin escuchar lo que el reo pudiera decir en su descargo; mentir, engañar, espiar y no ahorrar sangre para continuar con los altos propósitos de la Junta; enterrar los cuerpos sin ceremonias públicas ni privadas, mejor aún, en fosas sin nombres, anónimas, en medio del monte de ser posible. El enemigo debía padecerlo, al ciudadano común debían evitársele sobresaltos, porque mientras menos supiera de ello, menos sufriría por cosas que seguramente parecerían ininteligibles a sus simples mentalidades no preparadas para el nuevo régimen: la causa sagrada de los pueblos americanos.

Una vez acostada y cegada la luz de la palmatoria, la joven se preguntaba si todo aquello sería verdad; si el vuelco que había dado la ciudadanía en apoyo de la revolución era producto del deseo de liberarse de los españoles o del temor de seguir la misma suerte que los ejecutados.

Y quizá por el rito, o quizá por el rezo, Cayetana comenzó a sentir que entraba en un remanso en el que no era feliz, pero había dejado, al menos, de sentir rencor. Recordando las palabras de la hechicera, escuchaba en la calle cada vez que veía gente de otras partes, soldados o postillones, esperando oír que su padre y los amigos de su padre habían recibido justicia.

El primer anuncio le llegó en el templo de San Francisco, mientras desempolvaba manteles de misa para llevarlos a lavar. Entre dos sacudidas, oyó que uno de los carreteros, que traía cueros de cabritos del

valle de Paravachasca para las mantas del convento, le decía al novicio que pulía los ornamentos sagrados:

—¿Sabe que el que se quedó con los potreros de don Fernán García ha finado? Murió de un estornudo.

—So bestia, nadie muere por estornudar —le hizo ver el fraile, que había olvidado que por allí andaba la hija del nombrado.

—No, padre, que dicen que algo se le reventó en la cabeza y le salía sangre por el hocico y por los ojos.

—¿Por los ojos?

—Quedó así, encogido de este lado y como sonso por varios días, y luego va y estira la pata.

—¿Alcanzaron a darle la extremaunción?

—Con lo justo; se ve que temía el trance, porque resistió hasta que llegó el auxilio. Terminó de besarse la estola el cura, y él se fue de un estirón.

El ruido de vidrios rotos los sobresaltó y se asomaron a la sacristía. Cayetana, acuclillada, levantaba los restos de un florero. De la palma de su mano corría sangre que goteaba sobre el suelo sin que ella hiciera nada por contenerla.

Cayetana y el coronel Albornoz se vieron poco después, y por primera vez, una tarde en que Cleofé fue a buscarla al orfanato, donde la joven ayudaba con las niñas.

Regresaban a la casa de sus tías cuando, al llegar a la esquina del convento de San Francisco, un tumulto de tropa que bajaba desde los Altos las obligó a refugiarse, inquietas pero curiosas, en el portal de una casa.

—Han de ser más porteños —dijo Cleofé entre dientes.

Buenos Aires llamaba a los ejércitos que pasaban hacia el oeste del Carcarañá “auxiliadores”; en las provincias sospechaban que venían con órdenes de reprimir, sin contar que, para disgusto de muchos, la Junta de Buenos Aires insistía en mandar al interior gobernadores del puerto y, a su vez, los Cabildos locales se dedicaban a hacerles la gestión poco llevadera.

La columna era presidida por un hombre vestido de civil, un representante elegante y de buena estampa, con el aire mundano de los de la ciudad de Buenos Aires; iba erguido a pesar del cansancio, seguro de sí, con un dejo de aburrimiento en la expresión mientras su mirada se elevaba, quizás un poco sorprendido al contemplar las torres de la Compañía de Jesús, con su aire medieval, que se elevaban sobre los techos de las casas.

Alrededor y detrás de él venía el ejército; oficiales y milicianos marchaban con aire más de conquistadores en tierra conquistada que de argentinos en país de argentinos. Sus miradas, frontales, indiferentes, lo pregonaban; la certeza de la fuerza marcada en los ademanes, en los

gestos, lo atestiguaba: ellos tenían poder para adueñarse de vidas y haciendas, poder conferido por un nuevo orden que asustaba a la joven, pues revivía el dolor y el resentimiento que, junto con otros, no conseguía dejar atrás.

Entre los oficiales de la escolta iba uno, alto y apuesto, en la mitad de la treintena, con la marca de una áspera virilidad en la cara. Fijó los ojos en ella y el caballo, a un tirón del puño enguantado sobre la rienda, caracoleó, cortando el paso a los que lo seguían; el militar, al parecer impresionado, se descubrió la cabeza y, llevándose la mano al pecho, le dedicó un saludo que Cayetana eludió, clavando la vista en el suelo hasta que la caballería se internó en la plaza de armas. Ignoraba que había “herido de muerte” —como diría después el interesado— el corazón del coronel Benicio de Albornoz.

Por entonces, la vida de Cayetana se desplazaba entre la Casa de Huérfanas, la atención de sus tías y el trabajo de labores con que entretenían las tardes, interrumpidas por alguna lectura en voz alta que hacía para las ancianas. Si podía elegir, ella prefería comedias o poesía; los libros de religión, los tratados de moral y las novelas ejemplares que sus tías le seleccionaban quedaban en la mesa de la sala doméstica, donde compartían las horas muertas, para volver finalmente a la antigua, desvencijada y no demasiado nutrida biblioteca de su difunto tío abuelo.

Meses atrás, recién llegada a la ciudad, doña Carmelita la había llevado a la Casa de Huérfanas con la intención de que se distrajera preparando a un grupo de niñas para la primera comunión. Aquello fue decisivo para Cayetana: descubrió que le gustaba enseñar y cuidar de las criaturas.

Poco después, durante la Cuaresma, se había internado, junto con doña Mercedaria, en retiro espiritual. Aquellos días de encierro e introspección despertaron en ella la vocación religiosa que, más que a una mística, tendía a la necesidad de recomponer su espíritu, todavía confuso por la muerte de su padre y la posterior e impresionante muerte de su asesino.

El hecho de poder combinar un incipiente amor maternal, la desconfianza por los varones —lo que había visto de ellos no la inclinaba al romanticismo— y la tranquilidad de separarse de un mundo que le desagradaba la llevaron a añorar el hábito.

Pero, aunque mucho lo deseara, no podía recluirse aún; no podía abandonar a las ancianas, cargadas de años y de males reales e imaginarios, en el mare mágnum en que estaba inmerso el país, sin contar que le faltaba completar la dote, ahorrada de las labores de aguja que las monjas vendían para que las Álvarez Bravo no sufrieran el bochorno de que se supiera que debían ganarse la vida bordando. A Cayetana eso no le

importaba, pero aceptaba el disimulo por dos razones: porque nadie les discutía el precio a las monjitas, y por no inquietar a sus tías, tan apegadas a los convencionalismos en que habían sido criadas.

Fue en ese interregno entre lo que quería hacer y lo que debía hacer, en el punto en que había comenzado a olvidar a aquel hombre que le alteraba el ánimo —sabía que había andado averiguando sobre ella—, cuando volvió a encontrarse con Benicio de Albornoz.

Tropezó con él al salir del templo de la Merced, donde había ido a encargar una misa para sus tías, acompañada, como siempre, de Cleofé. Era un amanecer tan frío que se había abrigado con la capa de su padre y cubierto la boca y la nariz con la mantilla.

Él venía por la calle, en derechura a ella, sin sombrero, el uniforme desarreglado, la camisa fuera del cinturón, la chaquetilla caída de un hombro. Llevaba el pelo rubio, algo largo, despeinado, la barba crecida y los ojos, de un azul oscuro, enrojecidos. Sostenía entre los dedos un cigarro a medio consumir y, al detenerse para darle paso, llegó a ella el olor picante del tabaco, un dejo de vino y el tufo de los humores masculinos, mezclados con el perfume barato de las mujeres de mala vida. El rostro mostraba los estragos de una noche de juerga y la bebida había vuelto erráticos sus movimientos, aunque le quedaran arrestos para doblarse con un brazo a la cintura y dedicarle una reverencia.

Cayetana apuró el paso; sólo quería alejarse de él, temiendo que la ofendiera de alguna manera, pues lo presentía violento, desconsiderado y dispuesto a conseguir lo que deseaba sin muchos miramientos.

Días después, a la tarde, el coronel se presentó en la quinta.

Estaban sentadas en la sala, al calor del brasero, cuando llamaron a la puerta. Antes de que la criadita pudiera anunciar a los visitantes, oyeron voces masculinas y ruido de botas.

Detrás de la chica, aparecieron el coronel Albornoz y uno de los sobrinos de las ancianas, José Ramón Álvarez, quien las saludó tímidamente, presentando al otro como su superior.

El muchacho tuvo que recordarles quién era y explicar varias veces el parentesco que tenía con ellas que, por ser parientes de la madre de Cayetana, descendían de viejas familias provincianas. La joven, aunque no lo miraba, sentía que el coronel se estaba impacientando ante la indagatoria de las señoras, con aquel desenterrar antepasados y corregir errores de memoria.

Doña Mercedaria se dignó finalmente recordar algo, pero su hermana, doña Carmelita, a pesar de ser más la más apocada, se había empecinado

en no reconocer parentescos entre los enemigos, los “revoltosos”, como llamaba a los revolucionarios.

Tomaron, por fin, asiento y les ofrecieron mate, que Albornoz se apresuró a aceptar. Se había acomodado frente a Cayetana y sus ojos se volvían constantemente hacia ella. Venía bien vestido, de chaleco azul oscuro que hacía juego con sus ojos, camisa blanca, corbatín amarillo y unos guantes color marfil apretados en la derecha, que luego, al serle ofrecido el mate, sujetó al cinturón. Aquel gesto inconsciente, de soldado, arruinó su atildamiento.

En el silencio incómodo que se hizo entre dos frases de José Ramón, doña Carmelita pareció salir de su hermetismo y preguntó como quien manotea un recuerdo en la oscuridad:

—¿Cómo están su esposa y su hija, coronel?

Desorientado en un principio, Albornoz carraspeó con fuerza y respondió con voz de bajo:

—Mi esposa murió el año pasado, de fiebres, cuando estábamos en Santa Fe. Mi hija está en casa de mi hermana, donde estoy alojado.

Las señoras murmuraron un tibio “sentido pésame”.

Cayetana, que por un segundo había observado la expresión del militar, bajó rápidamente la mirada al encontrarse con sus ojos.

Cuando llegó la hora de retirarse, ni ella ni él habían cruzado palabra.

A partir de ese día, ninguno de los dos tendría paz: ella, porque al disgusto que le provocaba aquel hombre se le unía ahora la furia de sentirse acosada en su refugio. Él, porque comprendió que no había ni había habido mujer en su vida que le despertara sentimientos tan fuertes. Y el objeto de su capricho era, para su desconcierto, una joven no especialmente bella y sí indiferente a la atracción masculina. Así se lo habían hecho saber parientes y amigos, empeñados en desalentarlo.

—Es trabajo perdido tratar de conquistarla —le advirtió su hermana Luisa—. Y no sé qué tanto te atrae; es una chica tosca, criada en el campo.

—No tiene muchas opciones, según veas las cosas —replicó él con la seguridad del táctico—. Su familia es reconocidamente monárquica; han sido amigos personales de Victorino Rodríguez y de Liniers, lo que no es una recomendación en este momento y, además, están en la ruina. ¿Es que no soy, acaso, un buen partido?

—No lo dudo, pero ni las ancianas ni ella son calculadoras. Varios hay con dineros que pretenden a la chica por esa virtud.

—Pagaré novenas, entonces —masculló él, pasando el índice por el filo del bigote rubio—; convenceré a su confesor, pero me casaré con ella.

—Es difícil tener a Cristo de adversario; se le ha puesto que profesará en las teresas.

Magdalena, la hijita de Benicio, llegó corriendo, se trepó sobre las piernas del padre y le rodeó el cuello con los brazos. Albornoz, riendo, la acomodó sobre sus hombros para que el perrito de la casa no le tironeara

de las faldas. Había algo que a nadie había dicho, pero que tenía muy claro: no elegiría a cualquier mujer para ser madre de su hija.

La fama del carácter violento del coronel Albornoz había quedado confirmada en los primeros días de su arribo, con el maltrato que dio a los prisioneros, algún duelo por naipes y el rumor de que había matado a un pardo, a cuchillo, en uno de los prostíbulos ribereños.

Para entonces, el apasionamiento por Cayetana se había convertido en una molestia para ella y sus tías.

En los meses siguientes, Albornoz arrastró, cada vez que pudo, al sobrino de las Álvarez Bravo a la quinta de las barrancas. A veces no veían a Cayetana, pues la joven alcanzaba a correr a su cuarto y encerrarse allí por horas, hasta que las mujeres comenzaban con las oraciones de la tarde y entonces el coronel, que se había paseado por la sala malhumorado y con las manos detrás, se retiraba enfurecido, espoleando el caballo hasta hacerlo sangrar y maldiciendo a todas las beatas.

José Ramón solía escabullirse hasta la casa de ellas aprovechando las esporádicas ausencias de su superior. Se sentaba cerca de las ventanas de la sala donde la claridad de la tarde, a través de primorosos ñandutíes, dibujaba formas curiosas sobre el piso de ladrillo y las raídas alfombras de telar.

Notaba la falta de los candelabros de plata, orgullo de sus tías, ya que se los había regalado el virrey Sobre Monte a su padre. La silla que ocupaba no ofrecía comodidad y faltaba uno de los vidrios de la ventana que daba al sur, por donde el aire se colaba dejándolos encogidos de frío. Un brasero de latón suplantaba a los de metal noble; las ancianas los daban por robados; él sabía que los habían vendido para subsistir.

El que Cayetana, por joven, y sus tías, por viejas, vivieran aquella situación lo inquietaba, además de afligirlo. Había notado cómo la gente callaba al nombrárselas, quizá porque temían lo que podría sucederles si se encontrasen inopinadamente del otro lado de la conveniencia política.

A José Ramón le gustaba su prima, pero el interés de su superior en ella lo contenía, más por no dar que hablar de la joven que por miedo al coronel, aunque la prudencia tuviera algo que ver en su actitud.

Una noche, armándose de valor, sacó el tema en la mesa familiar, preguntando a sus padres por qué nunca veía a sus parientas por la casa.

Su madre navegó en un mar de imprecisiones, pero su padre fue directo:

—La situación no es propicia para que andemos tratándonos con monárquicos. Todos saben que el padre de Cayetana...

Se hizo un silencio al recordar al muerto, y luego prosiguió:

—Tú, mejor que nadie, deberías saberlo. ¿Acaso no ordenaron ustedes los fusilamientos de La Cruz?

—Se han portado como apóstatas —intervino su madre—. Estuvieron a un tris de matar al obispo.

—Sí, sí —murmuró su padre, como reflexionando—. Orellana se salvó por un pelo.

En el tono de ambos había reproche y hasta desagrado, pero teñido de cierta discreción, como si tuvieran reservas de su lealtad a la familia, y José Ramón no supo qué contestar. Dolido, siguió comiendo en silencio. ¿Qué podía decir? ¿Repetirles los argumentos que Moreno y Castelli habían esgrimido para explicar aquellas muertes al pueblo de Buenos Aires?

—Así que, si no quieres vernos a nosotros contra un paredón por haber acogido a las que han sobrevivido a la matanza de españoles, te rogaría que no insinúes nuevamente que las recibamos. Nunca nos ha gustado meternos en política, somos criollos de pura cepa y no queremos saber nada de embanderarnos...

—...precisamente con los que han perdido la partida —concluyó su madre, como un coro griego.

—De todos modos, mis primas me dan mucha pena, y más esa joven. Creo que estás haciendo un deslucido papel abriéndole la puerta de la casa de esas pobres a un hombre incapaz de contener sus pasiones, como Albornoz; nadie ignora la catadura moral de ese miserable.

—...y tú al medio, como alcahuete —deslizó su madre, que aunque usaba menos palabras y siempre intervenía detrás de la elocuencia de su padre, era más incisiva.

—¿Y qué puedo hacer? Es mi superior.

—No sabía que entre las obligaciones debidas a tu superior estuviese la de allanarle el camino al lecho de mujeres honestas y de tu familia —machacó su madre.

Mudo ante aquella ofensa que él suponía gratuita, José Ramón tartamudeó una frase, soltando los cubiertos sobre la mesa.

—El rey ya no manda por estas tierras, pero yo sigo mandando en esta casa —lo amonestó su padre—. Recoge los cubiertos y si te desagrada escuchar verdades en respuesta a asuntos que tú mismo has planteado, te permito retirarte.

Él hizo un bollo la servilleta, se levantó de mala gana y tomó el sombrero y el bastón mientras oía a su padre decir tranquilamente:

—Acompañamos en sus aflicciones a tus tías más de lo que puedas creer. Pero hasta que no se vayan los jacobinos que quedan en el gobierno de Buenos Aires, así tendremos que seguir: han instituido el terror, la muerte, la separación de las familias. Con eso de que los españoles deben dejar el país en una semana, tu hermana no halla consuelo...

—Sólo se deportará a los solteros —lo interrumpió él.

—Que Dios te escuche y prive la razón, porque si esto se lleva a sus últimas consecuencias, tu cuñado, que es un buen hombre, deberá irse, dejándola a ella y a los niños sin protección.

—Dices que sólo a los solteros —dijo su madre llevándose la copa de vino a los labios—. Supongo que recuerdas que tu tío Eusebio, que tiene 84

años, es español y soltero. ¿A dónde irá a parar en España, sin familia que lo reciba? ¿Realmente te parece bien que al pobre viejo lo metan en un barco como si fuera una maleta y lo larguen del otro lado del océano?

—Yo...

—Pero volviendo a tu hermana; creo que, como parte que eres de este proceso, si destierran a tu cuñado deberías ayudarme a mantenerla, a ella y a sus hijos, con tu sueldo. ¿Acaso Pueyrredón y el deán Funes no te dan el ejemplo, matándoles el hambre y consiguiéndoles becas a los hijos de los que, aunque sin intervenir, aceptaron que asesinaran?

—¡No lo aceptaron en ningún momento! —repuso él con acaloramiento.

—Tampoco lo impidieron, de hecho.

—Intentaron disuadirlos; ¿qué más podían hacer?

—Lo que Ortiz de Ocampo.

—Así es como lo relevaron del mando del ejército.

—Recién me entero de que un cargo en el ejército bien vale varias vidas humanas.

Pálido, herido por las palabras y la actitud de sus padres, José Ramón dio media vuelta y salió de la casa sin saber a dónde ir y sin tener con quién compartir su desasosiego: ninguna de sus amistades, tanto monárquicos disimulados como revolucionarios confesos, escucharía con benevolencia la crónica de sus dudas.

Pensó en Cayetana y se sintió mal, y no encontró en sus reflexiones la forma de protegerla de Albornoz.

Cuando el coronel comenzaba a considerar que era cuestión de tiempo ganarse la voluntad de la joven, una tarde llegó a la quinta y la encontró cerrada. Los portones estaban con cerrojo y fue atendido por la ventana de rejas por la criadita, que le dijo enrevesadamente que las señoritas no recibían aquel día, porque doña Mercedaria está con dolor de cabeza y la niña Cayetana, atendiéndola. No valió de nada que insistiera; la chiquilla lo miraba con cara de boba, sin responder a sus preguntas, como si él hablara en chino.

Furioso, volvió a la casa de su hermana y luego de darse un baño se recortó la barba mirándose al espejo con la navaja en la mano, sintiendo que de a ratos perdía la conciencia. Finalmente se vistió con el ceño fruncido, pero sin ganas de juntarse con la familia, volvió a recostarse y mientras armaba un cigarrillo pensó con rabia en aquella muchacha que se vestía apenas dignamente y vivía en una quinta de las afueras porque habían tenido que alquilar la casa del centro para no morir de hambre.

No tenía claro por qué Cayetana le atraía tanto. «¿Qué había en ella que llamara la atención? Quizá fuera su pelo, de un castaño que se acercaba al chocolate, una cabellera que brillaba como un casco al sol y

daba a sus ojos un reflejo extraño. En la calle la usaba recogida, sin la mínima coquetería, pero cuando trabajaba al aire libre —la había espiado desde el otro lado del río, con el catalejo, y la había visto afanarse sobre la tierra como la más vil de las esclavas— solía llevarla suelta o recogida blandamente por una cinta que terminaba deslizándose por su espalda. Si hacía calor, se cubría el torso con una blusa tosca y escotada, luciendo los brazos, fuertes como los de una muchacha campesina, desnudos. La piel expuesta al sol tenía un dorado de bronce, pero el pulso se le aceleraba cuando ella, ignorando que era espiada, se agachaba y sus pechos, blancos como magnolias, desbordaban el escote y parecían a punto de reventar los ojales. Esa belleza agreste, sana, que recordaba a un ser nacido de la naturaleza, habitante de montes y de ríos, quedaba opacada cuando recibía gente, iba a misa, trabajaba con las monjas o simplemente salía a la calle. Entonces trataba de pasar desapercibida, pues la vanidad y la afectación le eran ajenas. A él le atraía aquella dualidad: la mujer que todos veían y nadie notaba; la mujer secreta que se permitía ser cuando creía que nadie la miraba.

Al encender el cigarrillo, pensó que su mayor encanto provenía de la esquivez con que trataba a todos, y de esa especie de serenidad que la envolvía, como si se reservara un lugar interior donde no podía ser alcanzada.

Con preocupación de hermana, Luisa seguía insistiendo:

—Benicio, no hagas papelones; esa chica quiere entrar al convento. Se pasa el día entre las monjas, arregla altares, hace de maestra y hasta de enfermera para las huérfanas. No tiene dónde caerse muerta, pero gasta en telas y, óyeme, ¡en cintas!, para esas infelices.

Él había replicado:

—Si su vocación es tan grande, ¿por qué anda suelta todavía?

—Porque cuida de esas viejas medio locas. ¿Qué sería de ellas si las abandonara?

Pero todo aquello que su hermana no parecía valorar demasiado, por más virtudes cristianas que fueran, a él lo encandilaba. En su vida —si dejaba de lado, y con reservas, a las de su familia— había conocido a una mujer tan sin pasiones, tan sin debilidades, tan sin ambiciones ni apetencias materiales.

Así, lo que al principio fue empeño terminó convirtiéndose en obsesión, y cuando se dirigía al cuartel bien de mañana, detenía el caballo en el cruce que iba hacia la quinta, apretado por el deseo de rondar la casa a aquella hora. Quizás, en el amanecer de la primavera, ella bajara a bañarse en el río, cubierta sólo por la bata y el lienzo que llevaría la chiquilla o la india.

Imaginar su cuerpo desnudo lo volvía loco; en las noches, especialmente cuando no había encontrado la forma de verla durante el día, sentía que iba a enfermar si no podía conseguirla. Nunca pensó en

hacerla su amante, a pesar de que la situación podía prestarse a ello. Siempre la quiso por mujer.

Se desesperaba cuando lo mandaban en misiones fuera de la ciudad; ya no deseaba combatir, había dejado de aspirar a nuevos ascensos, no quería moverse de la ciudad; tenía miedo de morir en alguna misión o de volver y encontrar que ya era absolutamente imposible llegar a ella porque, a pesar de los pareceres de su hermana, a pesar de la necesidad de las tías, Cayetana había entrado al noviciado.

Los primeros días creyó que no sería difícil seducirla; luego, sólo pensaba en doblegar su voluntad. En el trasfondo de su confusión, tenía la certeza de que el amor vendría después, cuando la joven comprendiera la enormidad de su sentimiento.

Un día, en el momento en que llegaba del cuartel, su hermana, irritada, le dijo que doña Mercedaria había pasado el día anterior, acompañada nada menos que de una de las Arredondo, y que se había quejado de la atención que él prestaba a su sobrina.

—No es justo que molestes a una joven decente, sólo porque no tiene un hombre en su familia que la proteja.

—Si lo tuviera, ya se lo habría matado —replicó él mientras se quitaba la chaqueta y se dirigía a su pieza.

—¡Bárbaro, loco, más que loco! —le gritó Luisa mientras lo seguía—. La madre superiora nos ha mandado decir con el capellán del monasterio que están quejosas contigo por los comentarios que hace la gente. ¿Qué tiene que hacer un hombre hecho y derecho en esa puerta, qué tienes que ver con huérfanas y monjas?

Si aquellas interrogaciones pretendían alejarlo del orfanato, dieron un resultado contrario, pues a la mañana siguiente él se levantó, ordenó que vistieran a su hija para salir y pidió a Luisa que lo acompañara a la Casa de Huérfanas.

—Quiero que Magdalena aprenda a leer y a escribir, y que le enseñen el catecismo —fue la explicación que dio cuando ésta dijo con un suspiro: “Has perdido el tino”.

Magdalena lloraba en medio del jardín del orfanato, sin que pudieran consolarla, estirando los brazos hacia su padre y pidiéndole, con sus cinco años, que no la dejara allí. Las palabras cariñosas de su tía no conseguían acallarla.

Cayetana, que estaba en una de las aulas, oyó el llanto de la criatura y sintió como un golpe en el pecho. Antes de trasponer el arco que dividía los dos patios, alcanzó a distinguir la figura alta y apuesta de Benicio de Albornoz. A su lado estaba su hermana, una joven altanera con la cual solía cruzar alguna frase en las reuniones donde se pedía ayuda a las damas de la ciudad.

Como no la habían visto, se escondió detrás de la maraña de madre selvas y se enteró de que dejarían la niña desde la mañana hasta la

tarde, para que tomara lecciones. De inmediato sospechó la intención del coronel y notó el disconformismo de doña Luisa, que no supuso fuera consideración hacia ella. “¿Pensará que soy poco para él?”, se enfureció. “¿Creerá que intento casarme con su hermano? ¡Ya haré que vea por sus propios ojos el trato que le doy a ese loco!”, se juró. Pero cuando Albornoz y su hermana dejaron el colegio, salió de su escondite para consolar a la criatura. No soportaba oírla llorar.

Le habló en voz baja, la enterneció el minúsculo lunar que la criatura tenía sobre el labio superior, y cuando tomó la mano de Magdalena —pequeña, regordeta, de un moreno claro y muy tibia—, fue como si hubiera encontrado una hija largamente perdida. Quizá la niña sintió algo parecido, porque levantó los ojos y luego recostó la cabeza sobre el hombro de Cayetana.

—¿No hay gatitos acá? —preguntó.

—¿Te gustan los gatos?

Magdalena asintió con la cabeza. Como luego lo notaría, hablaba poco cuando estaba fuera de la casa.

—Ya te encontraré uno. Siempre andan dando vueltas por el jardín.

Al otro día le consiguió un animalito esmirriado y le enseñó a darle de comer y a cuidarlo. Magdalena no lloró más, y las criadas contaron a doña Luisa que parecía muy feliz en el colegio. Cuando regresaba de allí, no paraba de hablar de Cayetana y del gato, hasta que despertó los celos de su tía, que dictaminó:

—Bueno, Benicio; parece que finalmente vas a conseguir lo que deseas. No sé si felicitarte por la idea o darte el pésame por lo que vas a recibir.

El coronel dejó pasar sus palabras. Ya creía tener la paloma en la jaula.

Se presentó varias veces en el colegio, pidiendo ver a su hija con el pretexto de que sus superiores lo enviaban a Saldan, a Tucumán, que iba a vigilar los campos de su hermana, en manos del capataz desde que el marido se le muriera.

A veces conseguía ver de lejos a Cayetana, a veces ella desaparecía corriendo por los corredores y él sólo alcanzaba a divisar la cabellera de color extraño, algo despeinada si era la última hora de las clases; a veces hasta consiguió hablarle, aunque ella no contestara ni sostuviera su mirada. Se presentaba siempre bien vestido, silencioso, tratando de dominar su carácter. Dejó de pasarse las noches en los prostíbulos, menguando las visitas sólo a su necesidad.

Luisa estaba preocupada. Lo veía llegar algo más sereno y risueño y, a veces, como veía de noche un resplandor en su pieza, lo espiaba a través de los postigos entreabiertos y lo observaba leer. ¡Leer, su hermano! Un día, en cuanto él se fue al cuartel, entró al dormitorio y revolvió hasta dar con un libro escondido entre los dos colchones. Era de un tal Juan

Menéndez Valdés, y tenía el sello del negocio de Juan Pérez Bulnes, el mejor tendero de la ciudad. Había una flor seca, un pensamiento color vino, marcando un poema titulado “La noche y la soledad”:

Ven, dulce soledad, y al alma mía
Libra del mar horrisono, agitado,
Del mundo corrompido
Y benigna la paz y la alegría
Vuelve al doliente corazón llagado.

Ven, a un triste conforta,
Sublime soledad, y libre sea
Del confuso tropel que me rodea...

Hablaba de “miseros días”, de “fugaces horas” que volaron y terminaba con un:

El oro fino y extremado
En sus profundas venas escondido...

¡Dios Santo!, ¿qué significaban aquellas palabras? Horrisono, venero, fugaces horas, miseros días... “Esto debe ser lo que llaman filosofía”, pensó en su ignorancia. Pasó algunas páginas y dio con una tira de raso primorosamente bordado, de las que vendían las monjas; señalaba el poema titulado “A Dorila”.

¡Cómo se van las horas,
y tras ellas los días,
y los floridos años
de nuestra frágil vida!

Ven, ¡ay!, ¿qué te detiene?
Ven, ven, paloma mía,
Debajo de estas parras
Do leve el viento aspira...

“Realmente se ha enamorado de esa incivil”, se molestó, “que no tiene ni una vela para la buena muerte y además se da el lujo de hacerlo quedar como un patán. ¡A mi hermano, nada menos, que más buen mozo no puede ser!”.

¡Y ni siquiera podía hablar con ella, pues siempre se mantenía silenciosa y distante, y seguramente la iba a hacer quedar como una entrometida! Además, no le daría el gusto de concederle tanta importancia.

¡Hija de un maturrango muerto por monárquico, de modales de rústica, de cara asoleada y sin una lonja de tierra!

Lo único que podía hacer era presentar a Benicio otras mujeres que, con celos de hermana viuda que depende del varón de la familia, había mantenido a distancia hasta ese momento.

Así lo hizo, pero fue inútil. Benicio entraba, miraba alrededor con ojos de cordero y sonrisa de zorro en gallinero, y después, haciendo una reverencia, desaparecía en el interior de la casa.

Cuando comenzó a ir a misa, su hermana, en vez de alegrarse porque su alma sería salva, se afligió, pensando que seguramente se encaminaba a la demencia.

Aquellas actitudes tan pulidas hicieron cometer un error a José Ramón, que pensando, contrariamente a doña Luisa, que el coronel se había curado de sus locuras, comenzó a presentarse, cada vez más seguido, en la quinta de las barrancas. Las ancianas veían en él un digno prometido y lo recibían con beneplácito, aunque Cayetana guardaba cierta reserva, como corresponde a quien tiene el noviciado por meta y destino.

Todas las sanas intenciones de Albornoz volaron por los aires cuando oyó a una de sus primas decir que el joven había perdido el sueño por ella.

A caballo, y seguido por un chiquillo para que se lo cuidara, se sentó a esperarlo en la escalinata de la iglesia del Pilar, el camino que habitualmente se tomaba para entrar al centro viniendo de la quinta. El templo ya estaba cerrado y sólo se veía algún movimiento en el hospital de mujeres, sobre la misma vereda, donde parpadeaba un candil. Cuando el peoncito le avisó que venía un jinete él, tirando el cigarro, se puso de pie, se acomodó el cinturón y le salió al paso, deteniéndolo con la mano en alto.

José Ramón comprendió su error, pero ya era tarde. Resignado, descendió ante su orden y lo siguió hasta la reja de la plazoleta del Pilar. Cuando llegaron allí, Albornoz se dio vuelta y tomándolo del cuello lo aplastó contra la columna. Sus dedos parecían de hierro, y el joven se sintió sofocar. Recién cuando la mirada se le enturbió y las piernas se le doblaron, Albornoz aflojó el rigor de su fuerza.

—Nunca más te presentes en la quinta. No quiero que le ofrezcas ni el agua bendita en misa, ¿oíste? La próxima vez, te mato y te tiro por los burdeles, para que hasta se avergüence de pronunciar tu nombre.

Su mano se retiró de golpe y José Ramón resbaló hasta quedar sentado en el suelo, la espalda contra el pilar. El coronel encendió otro cigarro con tranquilidad, aceptó las riendas y la fusta de manos del chico y luego lo levantó a pulso para que se acomodara en el anca del caballo. Al pasar junto a la montura de José Ramón, le largó un fustazo. El animal, encabritado, escapó al galope dejando al joven de a pie.

Dos cosas sucedieron en la vida de Cayetana aquel día; no había vínculo apreciable entre ambas, y la importancia que adquirirían en su existencia era oscura, o más bien impredecible.

La primera ocurrió a la mañana, cuando llegó a la Casa de Huérfanas y se encontró con una de las niñas mayorcitas, Valentina, quien le avisó que Magdalena estaba llorando; Magdalena preocupaba a Cayetana porque a veces recordaba la muerte de su madre y se ponía melancólica, así que siguió a Valentina hasta un patio alejado, mitad jardín, mitad huerto, hacia la parte de la casa que esperaba por reparaciones. En aquel edificio había oficiado, muchos años antes, el convictorio del Colegio Monserrat.

La huérfana estaba bajo una mata de plantas, y cuando ella, con murmullos reconfortantes, la sacó de allí y la alzó, su pelo rizado olía a hojas de geranio. Después de besarla y de muchas preguntas, quedó claro que el motivo de su desconsuelo era que se le había perdido el gatito.

Con paciencia, seguida por las criaturas, Cayetana comenzó la búsqueda susurrando el “michi, michi” con que lo llamaban. Magdalena, con el pulgar en la boca, señaló con la otra mano una puerta clausurada que Cayetana nunca había traspuesto. Valentina tradujo:

—Dice que se metió ahí.

Asomándose por las rendijas del portoncillo, Cayetana espío a través de la madera toscamente claveteada. Delante de sus ojos se extendía un yuyal donde un sendero apenas se insinuaba; al fondo se veía una construcción en ruinas, todo rodeado de un silencio y una quietud que le produjeron aprensión. En el muro del fondo, una puerta comunicaba con el exterior. Había pasado muchas veces por la calle, frente a ella, pero nunca la había visto abierta. Seguramente estaba clausurada. Después de un momento de duda, les ordenó:

—Valentina, sujeta a Magdalena. Quédense aquí, no sea que haya pericotes y las muerdan, ¿entienden?

Las niñas asintieron y ella desató el tiento que sostenía el tablero a la jamba. A su derecha vio un palo largo y, tomándolo, se adelantó entre las matas apartándolas con él, tanteando el suelo, temiendo dar con un pozo ciego. A varios metros de la ruina se detuvo, observándola. Supuso que era una de las primeras capillas que construyeron los jesuitas, y que por algún motivo había sido abandonada al levantar la última, que todavía estaba en uso, aunque ya sin la Virgen de los Estudiantes.

El recelo, sin embargo, no detuvo su curiosidad, y se adentró en ella. El lugar era, más que oscuro, sombrío; un árbol había crecido buscando la luz y salía por un hueco en el tejado. Los restos de un altar que daba la espalda al poniente, una pila sencilla de agua bendita llena de escombros, unas pocas y pequeñas imágenes abandonadas en los huecos de la pared: Santa Ana, San Joaquín, Santa Lucía... Eran tallas ingenuas, hechas por artesanos indígenas, menospreciadas; se dolió por la creciente atracción de

las cosas traídas del otro lado de los mares. Pensaba en llevárselas cuando oyó al gatito maullar lastimeramente, como si estuviera encerrado.

Llamándolo con suavidad, cruzó la puerta mal calzada de lo que fuera la sacristía y al abrirla oyó el maullido viniendo de las profundidades de la tierra. El techo había cedido, y como era mediodía y tenía el sol sobre la cabeza, distinguió claramente la puerta-trampa en el suelo. El gatito se había escurrido entre las tablas carcomidas y, al parecer, no atinaba a subir. Metió la pértiga en el aro que servía para abrir la tapa, que se levantó después de dos intentos mostrando un cubículo de piedra, una escalera de madera y un fondo de escombros. Alcanzó a ver al animalito tres metros más abajo, arqueado y expectante. Metió el palo cuidadosamente, para no asustarlo, y tanteó el suelo; parecía firme. Presionó después, con fuerza, sobre los peldaños de madera y decidió arriesgarse. Cruzó entonces la pértiga sobre la boca de entrada, por si tenía que sostenerse de ella, y descendió con cuidado. El gato retrocedió bufando y se resguardó en una especie de recodo. Cuando Cayetana consiguió atraparlo con el pañuelo, para que no la arañase, vio que, apenas a un paso de donde estaba parada, el suelo había cedido y caía en un hueco que se perdía hacia una profundidad incalculable. Un agua negra y estática le devolvió su rostro como en un espejo ahumado.

Apretando el animal contra el pecho, dio media vuelta y subió los escalones aferrándose a los maderos. Cerró la trampa rápidamente, como si algo desconocido y horrendo pudiera surgir del agua estancada y atraparla.

Cubrió el hueco entre los tablones con ladrillos, para que no volviera a meterse el gato, y corrió hacia el otro patio. Con el corazón en la garganta, entregó a Magdalena el animalito todavía envuelto en su pañoleta y le dijo que buscaran a la negra Belén para que le diera leche.

Cuando la madre María de San José le preguntó “¿Dónde andabas?”, Cayetana, sin siquiera pensarlo, contestó:

—Buscando el gato de Magdalena —y calló dónde había estado y lo que había visto.

El segundo hecho sucedió horas después, cuando volvía de haber visitado a una anciana a la que solía asistir llevándole comida o acompañándola al hospital de mujeres que atendían los frailes betlemitas.

En la helada tarde invernal, envuelta en un tosco pañolón de telar, pensaba en las imágenes de la vieja capilla del convento. Le molestaba que estuvieran descuidadas y abandonadas y pensó que sería agradable dedicarse a restaurarlas. Pero el recuerdo del pozo de la sacristía le enfrió la idea. Un paso en falso, un terrón que cediera en la maraña de raíces que sostenía el suelo de la cripta, y ella se hubiera hundido sin remedio en el túnel anegado.

Aún ensimismada, oyó que un caballo la seguía al trote; se detuvo y se volvió, alerta pero sin miedo. El caballo tenía jinete; el jinete era el

coronel Albornoz, y ella se endureció, dispuesta a enfrentarlo. Él tiró de las riendas y desmontó a cierta distancia.

Cayetana, consciente de que nunca le había dirigido la palabra, pensó que era un extraño momento aquél para hacerlo por primera vez, cerca del río, en descampado, con el aire que helaba las manos y la luz del día que menguaba.

“¿Por qué no me dejará en paz?” se preguntó, furiosa. “¿Acaso su hermana no le presentará mujeres más lindas, que se vistan con mejores ropas, que tengan más dinero del que podré tener alguna vez?” Luego pensó: “¡Qué estúpida soy! Lo que quiere de mí no es un noviazgo, es...”. Ni siquiera podía ponerlo en palabras y, descompuesta de indignación, retrocedió para aumentar la distancia que los separaba.

—¿Por qué insiste en molestarnos? —le echó en cara, harta de soportarlo y pensando que si cruzaban unas frases el hombre terminaría por entender que debía dejarla en paz, puesto que ella no pensaba ceder.

—No es mi intención...

El tartamudeo de él, inadmisibles en el hombre hecho y derecho que era, la envalentonó.

—¿Y se puede saber cuál es su intención? Si es que puede decírla sin ofenderme.

—No tengo la menor intención de ofenderla; quiero... que sea mi esposa.

El tono de voz del coronel, emocionado, con un algo de humilde claudicación, hizo que Cayetana, aunque no estaba predispuesta a conmoverse, sintiera que se le aflojaban las piernas.

—No deseo casarme. Voy a entrar de monja en las carmelitas —dijo, y retrocedió, pues él, como si hubiera olido su turbación, había dado un paso hacia ella.

—Usted no está hecha para la clausura —dictaminó.

—Cuánto me conoce —replicó Cayetana con ironía.

Se hizo un silencio que ella, años después, recordaría atenuado solamente por el sonido que subía del río.

Él, en cambio, sólo distinguió el viento que la hacía temblar, así que soltó las riendas, se quitó la capa y en dos zancadas acortó la distancia que los separaba, dispuesto a ponérsela sobre los hombros.

Cayetana volvió a retroceder, y mostró el palo que solía llevar cruzado a la cintura para defenderse de perros vagabundos o desconocidos inoportunos.

—No tengo frío.

—¿Y por qué está temblando, si es que puede decírmelo sin comprometerse? —la remedó él.

—Usted me pone mal, ¿acaso no lo sabe? Ni siquiera puedo estar tranquila en casa, con usted presentándose a cualquier hora. ¿Cree que no lo he visto pasearse por la orilla del río, mirando lo que hago? ¿Por qué no

se busca otra mujer? Yo no pertenezco a su clase. Su hermana no me aprobará nunca.

—Yo no necesito la aprobación de mi hermana. ¿Usted sí?

—¿Para qué la necesitaría? No pienso casarme. Si las monjas aceptaran a mis tías de beatas y a mí de donada, les daría cuanto tengo para quedarme en el convento y no ver a un hombre de uniforme por el resto de mi vida.

—¿Qué tiene que ver mi uniforme con todo esto? —se exasperó él.

—¡Ustedes mataron a mi padre!

—No los militares. Fue un desgraciado civil a quien Dios se dignó llevar en pocos meses. No tuve nada que ver con eso y si la hace feliz, sepa que el que firmó las ejecuciones ha muerto en alta mar.

Hizo una pausa, y aclaró:

—Moreno murió hace meses, en realidad, pero recién ahora nos hemos enterado.

El palo escapó de la mano de la joven y, en medio de una especie de silencio interior, pensó: “Funcionó; la bruja tenía razón” y recién cuando el coronel, aprovechando su conmoción, dio dos pasos hacia ella, pareció volver en sí.

—Sé que usted ama a mi hija. ¿Por qué no podría amarme a mí? —dijo él, conciliador.

—Es inútil; voy a tomar los hábitos.

El carácter de Albornoz estalló sin que pudiera controlarlo.

—¡Qué hábito ni qué demonios! —gritó—. ¡Usted sabe que terminará casada conmigo, con la cabeza en la misma almohada y comiendo en la misma mesa, y no metida en esa ratonera de beatas!

Cayetana, aún perturbada por el recuerdo del rito de la cueva, fue terminante:

—Pues no podrá impedirlo.

Dio media vuelta, contenta de haberle hecho frente, pero el coronel levantó el brazo con el que sostenía la capa y se la pasó sobre la cabeza, sujetándola como quien enlaza a un animal arisco. Antes de que pudiera liberarse, la joven se encontró inmovilizada. Con una habilidad que hablaba de su experiencia en esos lances, Albornoz le rodeó la cintura y los hombros, la volvió hacia él y, sosteniéndola con la mano abierta por el cuello, la besó impetuosamente.

Aunque paralizada en el primer momento, ella lo rechazó hasta conseguir que él la soltara y, después de un segundo de vacilación, intentó alejarse. El coronel la retuvo apretándole el brazo, pero cuando distinguió el brillo de las lágrimas en su rostro, opacado por la luz crepuscular, se sintió confuso y aflojó los dedos, dejándolos resbalar hasta la muñeca de la joven.

—Perdóneme; no sé cómo pude...

Ella se desasíó, se enredó en la falda y se alejó hacia la quinta. El coronel Benicio de Albornoz la siguió, llevando el caballo por la brida, hasta que, seguro de que había entrado a la casa, montó para regresar al centro de la ciudad. Recién cuando tomó las riendas para acortarlas se dio cuenta de que apretaba algo en la mano: era un escapulario de plata. La cadena se le había enredado entre los dedos durante el forcejeo con Cayetana y sus eslabones se habían separado.

Por primera vez en su vida, pensó mientras cabalgaba hacia la casa de su hermana, no se sentía satisfecho de haber conseguido lo que quería, sino un miserable. Al acostarse, aquella noche, cerró los eslabones con una pinza y pasó la cadena del Agnus Dei por la cabeza, cubriendo el escapulario con la palma de la mano, sobre el pecho, durante unos instantes. Luego decidió que, de encerrarse ella en el monasterio, saltaría los muros de las carmelitas para llevársela a algún lugar del cual no pudiera escapar.

Poco le duró la tranquilidad, pues de pronto, por una súbita enajenación, la imaginó en brazos de otro, perdiéndose entre el claroscuro que la luna pintaba sobre los corredores del monasterio, quizás hacia algún lugar secreto donde hacer el amor no fuera un simple pecado, sino un sacrilegio.

Lleno de una furia irracional, echó los brazos atrás y se prendió de la cabecera de la cama hasta que le dolieron las articulaciones y tuvo que aflojar los puños. Se pasó con fuerza ambas manos por el pelo y luego, respirando más pausadamente, las cruzó sobre la cintura. Tendría que vigilarla; quizá su castidad, su desapego por los varones, sólo se debieran al amor por un hombre que la satisfacía en plenitud. Ese hombre no podía ser un pazguato como José Ramón, tenía que ser alguien nimbado de otros atractivos, como los que confieren el misterio y las prohibiciones. Quizás el amor de Cayetana por los claustros sólo fuera una pasión vedada, ilícita, por un cura.

La joven se levantó al día siguiente sintiendo en el cuello, donde la mano de Albornoz la había tocado, una opresión, una especie de ardor, como si la hubiera marcado a fuego. Cuando se miró al espejo, pensando ver la señal de sus dedos, encontró el trazo bermellón, despellejado, que la cadena del Agnus Dei, al ser arrancada, había dejado sobre su piel: aquel maldito le había arrebatado el escapulario y ahora no sabía cómo ni cuándo podría recuperarlo.

Se volvió taciturna y comenzó a trabajar con una dedicación que rayaba en lo obsesivo: no quedaba yuyo en la huerta ni en los alrededores de la casa, pues tomaba la azada y lastimaba el suelo sin piedad, quitando piedras, abriendo surcos.

Cleofé, que la observaba con preocupación, le advirtió que estaba malgastando tiempo y esfuerzo, que era mal mes para sembrar. La joven murmuró algo que a ella le sonó como “Ya verás”, y la india se llevó un buen sobresalto cuando notó que, contra todas las leyes naturales, lo que Cayetana había sembrado fuera de estación comenzaba a crecer.

A solas, preocupada por la chica, caviló que algo había sucedido y ella lo ignoraba. Quizá pasó aquella tarde en que la joven llevó al Hospital de la Caridad a la vieja que vivía por los mataderos, cuando no pudo acompañarla porque tuvo que quedarse a atender las visitas de las señoras, pues la criadita faltaba hacia días.

Mientras repasaba los sucesos, Cleofé comenzó a recordar cosas, tales como que Cayetana había vuelto nerviosa y se había encerrado en su pieza sin querer probar ni un plato de sopa. ¿Qué podía haber pasado?

Recordó también haber oído el sonido del galope de un caballo —un galope tranquilo, no el desaforado del que huye— y haber distinguido, en el crepúsculo, la figura de un hombre alejándose. ¿Y si el coronel Albornoz había pasado del dicho al hecho? ¿Podría haber sido tan bruto como para haberle puesto las manos encima? ¿Habría ocultado Cayetana semejante ofensa? ¿O sería que, después de hablar a solas, algo había cambiado en la voluntad de la joven? Pocos, poquísimos hombres conocían el poder de la palabra para invocar lo que duerme en la oscuridad, pensó, pero casi todos, especialmente cuando estaban emperrados de ardor, tenían la capacidad de usar la voz, que no mataba, que no atraía espectros, pero que volvía de miel la entraña de cualquier mujer.

Mientras tendía sobre los arbustos las sábanas para que se secaran, cuidando de que estuvieran lejos del salpicar de tierra de la azada, se volvió, alertada por un instinto dormido, y miró hacia el río. Hacía rato que sabía que alguien las espiaba desde la otra orilla; su ojo de india y de serrana no había pasado por alto el destello de una hebilla o un botón de metal entre las matas que crecían entre lo alto de las barrancas, el resoplido aburrido de un caballo, que se oía sobre la respiración del agua, o la brasa anémica de un cigarrillo, más bien adivinada en la tarde que caía sobre el sauzal lejano. Siempre había sospechado que era el coronel Albornoz, aunque a veces pensaba que muy bien podía ser el sobrino de las señoras.

Pero ahora, mientras sacudía las fundas hasta dejarlas tirantes y sin arrugas para mejor plancharlas luego, vio que el coronel estaba a caballo en el borde más despejado de la barranca, no escondiéndose, sino mostrándose sin tapujos. De vez en cuando desmontaba, pateaba unas ramas y oculto detrás del caballo espiaba sobre el asiento de la montura, haciendo que la ajustaba. Luego, paciente como los animales cazadores, cruzaba los brazos sobre la silla, apoyaba el mentón sobre ellos y miraba fijamente hacia la quinta, con sus ojos de tigre, por lo amarillos. Cleofé

alivió la inquietud que le producía aquel hombre con un sacudón del cuerpo.

Cayetana trabajaba duramente, regando con agua de aljibe la huerta, donde ya comenzaban a despuntar algunas flores sobre las desnudas ramas de los frutales. La figura vigilante parecía preocuparla y, a cada rato, mientras hacía las labores de la casa, la india la veía asomarse a comprobar si el hombre estaba todavía allí. Cuando no se presentaba, Cleofé, sin siquiera cruzar una palabra con ella, averiguaba, y por el cochero de doña Luisa se enteraba de que lo habían mandado en alguna misión. Luego, como al pasar, dejaba caer en los oídos de la joven: “Hoy no estaremos vigiladas; parece que al hombre lo han mandado a Tucumán”.

Al tiempo, la figura a caballo aparecía nuevamente, paciente y al acecho, mostrándose con total tranquilidad. Cuando llegó la primavera, ya no vestía la chaqueta del uniforme sino una camisa amplia, de anchas mangas, que solía usar desprendida casi hasta la cintura, con una faja sujetándola al pantalón ceñido. Nunca calzaba la bota de campo, sino la alta, la que usaba la oficialidad del ejército.

“Tiene buen cuerpo”, pensó la india la primera vez que lo vio así vestido. Ella desconfiaba de los uniformes, que quitaban y ponían músculos, disimulando con hombreras, entretelas y cinturones. Pero así, casi en cuerpo... “Buen padrillo ha de ser”, se dijo, y miraba a la asediada. Lindos hijos tendrían esos dos, si Cayetana pudiese olvidar su enojo. ¿Y quién podía saber si todo aquel raro comportamiento se debía justamente a eso, a que se le iba esfumando la rabia y todavía no sabía vivir sin detestarlo?

Alguna vez, siendo chica, Cayetana había visto a uno de los esclavos de la casa de su padre, un moreno joven y hermoso, sinvergüenza, decidor y bromista, besando golosamente a una de las mulatas.

Todo lo presenció sin intención cuando volvía del gallinero, después de recoger los huevos de las nidadas, y se había sentido sorprendida —y al mismo tiempo asqueada— del estado de embobamiento que aquello había producido en la chica. ¿Qué era eso de juntar boca con boca? ¿Su madre no le había advertido que no debía poner los labios en los vasos, en las tazas, en los cubiertos donde otros los habían puesto antes? ¿No era que se debían lavar las cosas con esmero para recién llevarlas a la boca?

Más desconcertada quedó cuando, poco después, oyó cómo la muchachita besada respondía a la negra mayor, que denunciaba al pícaro como engañador de corazones.

“Y qué”, dijo la chica con desenfado. “Ya me puso la yerra con el beso; ahorita soy tan suya como la yegua pinta es del señor.”

¿Cierto sería, entonces, que un beso tenía semejante poder? Nunca lo hubiera creído, pero algo había cambiado entre ella y el coronel, y donde

antes estaban el resentimiento y el desprecio, ahora había confusión y angustia.

Él, por su parte, presentía que ella terminaría por ceder: ya no se escondía para espiarla. Había cruzado el río y a menos de una cuadra de la quinta montó el asedio: bajo un frondoso tala, sus ayudantes habían armado una carpa, con una mesa y un banquillo afuera. Allí recibía notas y disponía de una petaca con pluma, tinta y papel para contestarlas. Hasta tenía un peoncito que le cuidaba el caballo, le asaba el churrasco y le cebaba mate.

—Bueno; al menos sabemos que no vendrá nadie a jorobarnos —dijo Cleofé, porque se decía que soldados enfermos, todavía no reincorporados, pero lo bastante sanos como para salir del hospital, andaban robando en las quintas de las afueras: Buenos Aires no giraba los sueldos desde hacía meses y estaban hambreados.

Era verdad, recapacitó Cayetana. ¿Quién se atrevería a molestarlas, sabiendo que aquellos eran los dominios de un hombre temido por sus subordinados y famoso por su mal genio?

—Lo único que falta es que nos eche una meada en la entrada, como hacen los perros, para que los otros no se aventuren —deslizó la india en voz baja para no decir guasadas que ofendiesen los oídos de las viejas.

Fue como habérselo insinuado al diablo, pues aquella tarde oyó el grito sofocado de Cayetana y cuando, en puntas de pie, espió sobre su hombro, vio al coronel de espaldas, a no más de veinte metros de la pirca de entrada, abotonándose la cintura del pantalón.

—¿De veras lo hizo?

—No sé, cuando me asomé, se estaba acomodando los tiradores —dijo Cayetana, roja de vergüenza.

—¿De frente o de espaldas?

—De espaldas, qué te creés. No es tan bestia.

—Yo digo, si quiere alardear con la achura que anda ofreciendo...

—¡Como si yo pensara en él! —estalló la joven, con la voz en sordina para que sus tías no se dieran cuenta.

Iba a salir a increparle su comportamiento, pero se detuvo. ¿Cómo decirle que lo había visto en aquel menester?

¿Qué hacer, pues, con tanta confusión? ¿Contarles a sus tías, decírselo al confesor, comentárselo a la madre María de San José, pedirles consejo? No, se dijo. ¿Qué consejo podían darle dos ancianas castas, una monja virgen, un varón continente, que presumiblemente jamás habían conocido sentimiento entre hombre y mujer?

Una de sus ofuscaciones era que casi no se atrevía a ir hasta el centro. Extrañaba a Magdalena, y cuando Albornoz no se presentaba a su apostadero de la quinta, bajaba hasta el convento haciendo el camino por etapas, observando que no estuviera emboscado en alguna tapera, en algún monte de quebrachitos.

La niña la recibía con los brazos abiertos y ella le hacía cariños, más efusivos cuando las otras criaturas no miraban, para que no sintieran celos ni tristeza por ser menos queridas. Debía cuidarse también de las monjas, que no veían con buenos ojos tanta blandura en el trato con huérfanas y educandas.

El amor que Cayetana sentía por Magdalena hizo que una tarde, sabiendo que el coronel estaba de viaje, se atreviera a llevársela hasta la quinta, comprando el silencio de la niñera con unas monedas.

Magdalena encantó a las ancianas, correteó por dentro y por fuera, se metió con los perros, la ayudó a recoger verduras de la huerta y huevos de los ponederos, trepó a un árbol y su niñera tuvo que subir a rescatarla.

Les convidaron chocolate y unas colaciones algo secas, y todo fue una fiesta. Luego, Cayetana las acompañó hasta mitad del camino, y la niñera y Magdalena siguieron hacia el centro con Cleofé. El último pedido de la niña, que había pasado los brazos por el cuello de Cayetana, que la llevaba alzada, fue decirle al oído: “¿Me das la pastorcita?”.

La “pastorcita” no era otra que una imagen de la Divina Pastora, vestida de granate con cuello de encaje. Lucía un gran sombrero de ala ancha, flexible, y en la mano llevaba el cayado, con una campanilla que tintineaba si se la sacudía. A sus pies estaban echadas dos ovejas y en el regazo, apretándolo contra su cuerpo, sostenía un corderito. Calzaba sandalias de oro.

Era el más preciado recuerdo que Cayetana guardaba de su madre, pues ella misma la había vestido poco antes de morir, usando el encaje de su traje de bautismo.

Volvió a la quinta pensando en cómo conformar a la criatura sin desprenderse de la imagen, y el recuerdo de las tallas de la capilla vieja del convictorio le iluminó el pensamiento.

Se propuso rescatar alguna a la mañana siguiente para convertirla en una pastorcita que la niña pudiera guardar para siempre. Con amargura pensó que Albornoz se casaría seguramente antes que después, y que ella, entonces, no podría ver más a Magdalena. “Quizá sí”, se consoló. “A lo mejor la dejan hasta que sea más grandecita en el colegio y si me meto a monja, podré verla todos los días.”

La posibilidad de perderla le enfriaba la vocación.

Las monjas habían llevado a las niñas a la clase de labores y Cayetana aprovechó esos minutos de libertad para entrar en el predio de la capilla abandonada. El día estaba nublado y todo lo risueño que prestaba el sol a la ruina en su primera visita había desaparecido. En la desolación de la nave, le pareció que los santos estaban tristes, como rezumando la melancolía de las cosas que agonizan.

Pensó en recoger todas las imágenes, pero las religiosas podrían notarlo; más le valía llevárselas de a poco, y observar, entre tanto, si alguien tomaba cuenta de ello.

Recorrió con los ojos cada una de las tallas y una santa desconocida le llamó la atención: estaba sentada, vestida con hábito monjil, y sujetaba un cayado con su mano derecha; se notaba que en la otra había sostenido algo, quizás un libro, pero la talla estaba rota. Mientras pensaba que bien podía agregarle un corderito faldero, buscó la manera de identificarla y bajo el manto, en la parte de atrás vio, borroso, un nombre: era Santa Mónica, la madre de San Agustín.

Aquella serviría. Rápidamente la metió en el profundo bolsillo del delantal y tomó un San Ignacio de Loyola, santo que, desde la expulsión de la orden, casi nadie tenía a la vista. Sabía de muchas familias que habían convertido al fundador de la Compañía de Jesús en San José, en San Antonio de Padua, y hasta en Santo Domingo de Guzmán. Ella admiraba a San Ignacio, sus tías rogaban por la vuelta de los jesuitas...

Salía de las ruinas cuando, sobresaltada, vio al padre Inocencio, consejero de las monjas, que venía hacia ella.

—¿Qué hace acá, Cayetana?

No había en su tono reconvención, sino una leve curiosidad. Cayetana se detuvo con el corazón en la boca, la estatua de San Ignacio en la mano. El religioso se acercó a ella y volvió a preguntar, más intrigado aún:

—¿Qué lleva en la mano?

La joven, a modo de respuesta, le mostró la estatuilla.

—Un trabajo muy tosco —dijo el padre Inocencio, examinándola—; seguramente por eso lo abandonaron. Pobre santo; tan altas que estaban sus acciones y tan bajo que las han precipitado los príncipes del mundo. Nadie quiere tener ahora santos de la Compañía. Hasta han arrumbado a Francisco Javier. ¿Y qué piensa hacer con él?

—Restaurarlo. Mis tías eran devotas de San Ignacio, pero mi tío abuelo era fiel de los dominicos y quemó todas las imágenes y estampas de la Compañía cuando los echaron. Pensé en hacerles un regalo.

Y curiosa a su vez, le preguntó:

—Y usted, ¿a qué ha venido?

—Las hermanas están preocupadas por una filtración que han descubierto en las últimas celdas; se están inundando.

—Hay un pozo en la sacristía vieja —le confirmó ella—. Venga usted; se lo mostraré.

Entraron en la capilla y ella le señaló la trampa de madera.

Ninguno de los dos sabía que uno de los primos del coronel Benicio de Albornoz, que había trepado al techo de la Casa de Ejercicios para espiar a las jóvenes novicias, vio a Cayetana, seguida por el cura, perderse en el desmantelado oratorio. “Escurrirse”, fue la palabra que empleó cuando,

satisfecho de la frustración que despertó en su primo, le contó lo que había descubierto.

Desde que su esposa había muerto, no había tenido el coronel Albornoz noche más amarga y sentimientos menos resignados.

Cayetana, ignorante del malentendido y de las consecuencias que traería, se quedó levantada hasta tarde trabajando en Santa Mónica, empeñada en convertirla en una Pastora que hiciera feliz a Magdalena.

Mientras pulía el báculo de madera de avellano, aspiraba el olor de las pinturas que usaría para las manos y el rostro. En comunión con su alma, canturreaba en voz baja.

Sobre un almohadón, las piedras semipreciosas y las monedas agujereadas que cosería al ala del sombrero de la Virgen parecían salidas de un cuento oriental.

Dos días pasó el coronel Albornoz rumiando su despecho, lleno de celos y alimentando intenciones mortales. Una mañana que venía del Cabildo, sin darse cuenta enfiló hacia el convento de las Carmelitas; quería encontrarse con el consejero de las monjas, el que se había “escurrido” con Cayetana, según palabras de su primo, en la derruida capilla del otrora convictorio del Monserrat.

No tenía claro qué iba a hacer si daba con el cura, al cual no recordaba haber visto nunca, pero sus intenciones oscilaban entre interrogarlo y golpearlo.

Tuvo un instante de lucidez y pensó que, si quería llegar a algo con ella, debía poner freno a sus desbordes. Ya había dejado de escandalizar en los burdeles, había reducido la bebida y peleaba con los juegos de azar. Sin embargo, el peor problema, comenzaba a ser consciente de ello, era su carácter.

Al acercarse al templo, vio en la plazoleta de las tumbas a un sacerdote que hablaba con una beata. Por dos frases que escuchó, comprendió que era el director espiritual de la comunidad y, desconcertado, se encontró observando a un hombre mayor, regordete y con una calva seráfica. Su hábito lucía pulcro, pero raído, y llevaba los zapatos atados con cordones distintos.

Se detuvo a encender un cigarrillo para reponerse del desconcierto. Y mientras cobijaba la llama del viento y aspiraba con fuerza para encender la brasa del tabaco, una especie de risa lo sacudió. Tenía que estar loco. Una joven como Cayetana, con varios hombres de buena familia, todos fuertes y apuestos, rondándola, no podía tener amores con aquel pobre cura de aldea que rezumaba cansancio, bondad y cierta desesperanza en toda su persona.

Sin que pudiera impedirlo, se le escapó una carcajada y se ahogó con el humo del cigarro. Pensó en su primo y se prometió venganza mientras

volvía sobre sus pasos. El cura y la devota le clavaron la mirada y alcanzó a escuchar que la mujer murmuraba: “Es el coronel Albornoz, el que...”.

Ya en paz, dio algunas vueltas por los lugares donde habitualmente se juntaba a jugar al truco con sus camaradas. Era casi de noche cuando llegó a casa de su hermana y la encontró en compañía de un delegado del Segundo Triunvirato, nombrado a principios de aquel mes. Se apellidaba Agüero y había estudiado con él en el Colegio de San Carlos, cuando su familia vivía en Buenos Aires.

Después de los saludos y las bromas habituales sobre compañerismos pasados, el delegado le comentó:

—Un amigo, el capitán García de la Fuente, me pidió que hiciera unas gestiones por él. Parece que tenía un familiar en Córdoba, en Alta Gracia, a quien algún loco mató hace dos años; sus parientes españoles le han pedido que encuentre a su única hija. Ustedes deben conocerla; se llama Cayetana y su padre era don Vicente Fernán García.

Como aquello tomara de sorpresa a Luisa y Benicio, ambos guardaron un discreto silencio.

—Quieren que la joven se traslade a España; uno de sus tíos llega a Montevideo a mitad de noviembre con la intención de llevarla consigo, y yo y mi mujer nos hemos comprometido a acompañarla hasta Buenos Aires. Seguramente ustedes podrán indicarme dónde hallarla. Dicen que vive aquí, en la ciudad, con unas tías.

—No hallará la casa a esta hora —reaccionó Luisa—. Viven en las afueras. Mañana, si le parece bien, pongo el coche a disposición de usted.

—En realidad, mañana al alba debo seguir viaje a Mendoza. Cuando regrese me encargaré del asunto —repuso el delegado.

Benicio sacó dos copas y sirvió jerez para ambos. Al entregarle la bebida, lo intimó:

—Cenarás con nosotros. Conozco de sobra la comida de la fonda; es pésima. Luisa, haz que agreguen otro plato a la mesa. Salud.

Mientras atendía a Agüero, sólo pensaba en que tenía unos días de gracia para resolver su situación con Cayetana.

San Ignacio fue presentado primero en sociedad, pues su arreglo no era tan drástico. Observando sus facciones ascéticas, la trágica expresión de los ojos, doña Carmelita y doña Mercedaria se sintieron conmovidas por el trabajo de Cayetana, que había dulcificado la dureza del tallado rústico.

—¿Y la Pastora?

—Ya casi está lista. Este es su vestidito —y levantó una prenda de terciopelo carmesí adornado con un trozo de cinta de orifrés desechado por las monjas.

El armazón del sombrero estaba listo, fabricado en alambre de oropel; lo revestiría de tela damasquina y alrededor del ala le colgaría medallas,

monedas y las piedras de colores. Hasta había conseguido una campanita de plata para el cayado.

—Ve los corderitos —sonrió Cleofé, pasando el dedo moreno sobre el lomo de los animales a medio tallar—. Se va a poner contenta la niña.

Como era la hora de rezar el rosario, ayudaron a la joven a guardar todo dentro de una caja de madera.

La criadita estaba encendiendo las candelas en la sala donde se acomodaban por las tardes a orar, cuando tocaron brevemente a la puerta.

Cleofé, alertada por la hora, se asomó por la ventana del frente y Cayetana alcanzó a ver a un muchacho cuchicheando con ella.

Al cerrar la ventana, la india se le acercó, preocupada.

—Era el chico del peón; dice que el coronel Albornoz ha andado bebiendo por todas las pulperías que hay desde la plaza hasta el cruce del río.

—¿Y a nosotras qué nos importa? —respondió Cayetana—. Si tenemos suerte, el caballo lo tirará por la barranca y se quebrará una pierna.

—Es que viene a llevarte.

—¿Se pensará que soy una ternera que se va a dejar arrear? —se enfureció la joven y, como se sintieron cascos de caballos en la cuesta que subía hacia la casa, se detuvo a escuchar.

—No viene solo —le advirtió la india.

Las voces de varios hombres las inmovilizaron. La del coronel dominaba a las otras, ordenándoles quedarse afuera y no intervenir.

El silencio de adentro contrastaba con sus gritos y sus juramentos, hasta que un golpe terrible casi desgoznó la puerta de entrada.

—Pero... ¿qué hace? —tartamudeó Cayetana, sobresaltada. Las ancianas habían corrido a encerrarse en el dormitorio y la criadita había desaparecido debajo de la mesa.

Cleofé especuló:

—Está tratando de voltearla con la grupa del caballo.

—¿Voltear la puerta? ¿Voltear la puerta de mi casa? ¡Cómo se atreve ese loco!

Y gritando con un enojo desconocido para su carácter, corrió al que fuera el dormitorio de su tío buscando un arma.

Las manos le temblaban, más que de miedo, de furia, mientras oía los crujidos de la madera que cedía y de los hierros que desgarraban los clavos.

—Lo voy a matar, lo voy a matar —murmuraba entre dientes, revolviendo cajones de escritorio, petacas y cajas repletas de cosas en desuso, sin encontrar el trabuco que siempre andaba tirado por algún lugar de la habitación.

Oyó la puerta ceder con el último astillarse de la madera, los herrajes destrozados. El ruido de los cascos del caballo dentro de la casa la obnubiló, y la voz del coronel nombrándola, con un tono más desgarrador

que amenazante, la obligó a buscar otra arma. Recorrió la habitación con los ojos, y en un rincón vio el sable herrumbrado de su difunto tío abuelo, lo tomó con las dos manos y lo levantó sobre su hombro.

Albornoz había desmontado, y el caballo, asustado y encabritado, se pisaba las riendas y tropezaba con los muebles, intentando escapar. La criadita, más aterrada que el animal, salió de bajo la mesa y abriendo la puerta que daba a la galería de atrás escapó hecha un solo grito.

El animal sintió la corriente de aire, olfateó, relinchó y arremetió hacia la salida. A su paso dejó una agonía de vidrios y tiestos rotos. Sus relinchos podían oírse barranca abajo, abriéndose paso entre los matorrales. Unos minutos después, oyeron las voces de los hombres del coronel tratando de atraparlo.

Albornoz se acercó con paso inseguro a Cleofé, que era la única que permanecía en calma, y tomándola por los hombros —no se sabía si para impedir que escapara o para sostenerse de ella— preguntó por Cayetana.

—Está buscando el trabuco. Quiere matarlo a usted.

El coronel pareció dolido ante la confesión, como si no mereciera ser tratado así, y al distinguir la luz de la palmatoria en la habitación que estaba frente a él, entró tomándose del marco de la puerta mientras murmuraba: “¿Cayetana, Cayetana?”.

—Quédese donde está —dijo ella, con el sable en alto.

A la luz del candil, su pelo revuelto parecía la cabellera de una de las Gorgonas. El coronel sintió el golpe de las emociones en algún lugar, sobre su cintura, al contemplar a aquella muchacha alta, fuerte, hermosa y sin miedo que se atrevía a encararlo. Ante su actitud amenazante, observó la hoja de acero y preguntó, recuperando parte del juicio:

—¿Y eso para qué?

—Para darle en la cabeza si no sale de mi casa —aclaró ella sin asomo de duda.

A él pareció hacerle gracia aquello, y mientras sonreía y movía la cabeza, como si dudara de la intención de la joven, Cayetana descubrió sobre la consola el trabuco que, ante los últimos asaltos de los soldados a las quintas, las señoras habían dejado a mano por si ella o Cleofé se atrevían a usarlo.

Albornoz lo vio al mismo tiempo, y cuando Cayetana soltó el sable y manoteó hacia el arma, él se lanzó contra ella, con la intención de impedirselo. Su borrachera se iba esfumando, pero aún no calculaba bien las distancias; ambos cayeron al suelo de una manera torpe, él tratando de desarmarla, ella, de ponerse de pie y librarse de sus manos, grandes y fuertes, que la iban inmovilizando.

Cleofé se acercó con un palo y golpeó la espalda del hombre sin muchas ganas, como si no quisiera lastimarlo. Él, con un gruñido, alcanzó a esquivarla. Cayetana consiguió incorporarse, pero Albornoz la sujetó de la falda y la joven cayó nuevamente al suelo. El arma se disparó.

Primero se oyó el estruendo, luego los gritos de las ancianas encerradas y, por último, el humo y el olor a pólvora hicieron toser a las mujeres.

Los hombres del coronel, que hasta entonces no habían intervenido, se hicieron sentir con un estrépito de cascos sobre los ladrillos de la entrada, mientras exclamaban: “¿Qué fue, qué fue? ¡Coronel! ¿Está bien?”.

—Me has dado —dijo el coronel, perplejo, a la joven, como si hubieran estado enredados en un juego rudo, pero juego al fin.

La claridad del candil pareció menguar cuando él retiró los dedos del costado, manchados de sangre, y se los mostró a Cayetana con un ademán pueril. Insinuó una mueca, entre sonrisa y disgusto, y cayó al suelo con lentitud, primero de rodillas, luego de costado, finalmente boca arriba, los brazos extendidos.

En el silencio consternado, Cleofé se agachó hacia el caído y murmuró:

—Creo que lo mataste.

Le contestó el ruido del trabuco en el suelo, y la voz de Cayetana, gritando: “¡Ah, Dios, no quise hacerlo; quería asustarlo, nada más...!”.

Fue lo último que escuchó el coronel antes de que la oscuridad le cegara el entendimiento.

Uno de sus hombres entró, vio lo que pasaba, llamó a los otros y con una manta que les alcanzó Cayetana, que no dejaba de sollozar, hicieron una angarilla y lo llevaron al Hospital de San Roque.

—Siempre supe que esa muchacha sería su perdición. Por suerte, parece que sus parientes de España han mandado a buscarla.

Doña Luisa, pálida, recibía a sus amigas en la sala, sin privarse de hablar mal de aquella monárquica que se le había atragantado. Ni se le pasaba por la cabeza pensar que Cayetana no tenía claro aquello de realistas y revolucionarios, que lo que trastornaba a la joven era el asesinato del padre en nombre de esa revolución, la injusta y terrible muerte de varios hombres de bien, y las tragedias familiares que habían quedado como una triste secuela, en nombre de las diferencias políticas.

Los corredores olían a remedios, las voces, apagadas, rebotaban blandamente sobre las paredes fustigadas con cal, los médicos entraban y salían y los frailes betlemitas se turnaban para cuidar al herido.

En el despacho del coronel, compañeros de regimiento y oficiales de la superioridad se reunían a preguntar por su estado, a tomar caña o ginebra holandesa, mientras intercambiaban noticias de los últimos acontecimientos: la prisión y el juicio a Juan José Castelli, la voz de la revolución, que agonizaba, mientras esperaba ser llevado a los tribunales, acallado por un cáncer de lengua.

En el dormitorio, Benicio de Albornoz conversaba con fray Mariano del Rosario, mientras contemplaban un objeto de plata abollado: era el Agnus Dei de Cayetana, que él guardaba colgado al cuello desde aquella tarde en que, sin proponérselo, se había quedado con él en las manos. Ya herido, una negra, supersticiosa, le había agregado un cordón de seda rojo.

—Si bien vemos, esto fue lo que le salvó la vida: aquí resbaló la bala, y en vez de seguir hacia el corazón, rozó la costilla, se la quebró, y le atravesó limpiamente el brazo, sin castigarle el hueso. Es casi un milagro. Si usted hubiera estado en otra posición al producirse el disparo, le hubiera dado en medio del corazón.

—Debe existir algo de poesía en la justicia: ella me baleó y ella misma me salvó.

—Dicen que una persona que salva la vida de otra debe hacerse cargo de ella mientras viva —sonrió el fraile.

—Hágaselo saber a la señorita de Fernán García —respondió Albornoz, satisfecho, recostándose sobre las almohadas.

Menos grave de lo que parecía, trataba de sacarle el mayor provecho a la circunstancia. Y tomando en cuenta el temor de su hermana de que le pasase algo, le exigió que fuera por la joven a la quinta de la barranca y le comunicara que quería hablar con ella antes de morir. Su mayor inquietud era que Agüero llegara de Mendoza, en viaje hacia Buenos Aires, y Cayetana lo siguiera sin que él pudiera impedirlo.

Unos días después Luisa le contestó que las Álvarez Bravo no habían querido ni recibirla, pero la verdad era que estaba determinada a que la joven no pisara su casa, por más que sufriera Benicio y llorara Magdalena.

De todos modos, la inquietaba haber visto a la india de las viejas conversar con su cochero, y aunque le había prohibido al hombre hablar con ella, no podía controlarlo cuando holgazaneaba por los corrales municipales.

Calmó su conciencia pensando que, de haber querido ver al moribundo, Cayetana se hubiera presentado con cualquier pretexto en su umbral.

Magdalena había sido retirada del colegio porque doña Luisa había tenido una discusión con la madre María de San José, que se había negado de plano a separar a la joven de la institución.

—Es mi mejor maestra; no pienso dejarla afuera sólo porque al coronel se le puso entre ceja y ceja entrar a la casa por la fuerza. El caballo hizo de las suyas adentro; sé que rompió una ventana, les tiró abajo el Niño Alcalde y asustó a las señoras casi hasta matarlas. Sin contar que lo que pretendía su hermano de usted era robarse a la joven. Si bien se mira, Cayetana debería ser ejemplo, como cualquier santa que sufriera martirio por preservar su virtud.

—Pues la señorita de Fernán García está bien sana y mi hermano agoniza.

—Dios sabe a quién ampara. En cuanto a que agoniza...

La expresión de la religiosa fue un tanto irónica o, al menos, descreída.

—Me llevaré a Magdalena —retrucó doña Luisa, molesta.

—No pensamos impedirselo.

Magdalena, que había llorado cuando su padre y su tía la llevaron por primera vez a la Casa de Huérfanas, lloró más al salir. Se aferró a la cadena del aljibe, a los picaportes, a las rejas del cancel mientras clamaba por Cayetana; pretendió llevarse el gato, pero doña Luisa sentenció que era un animal asqueroso y lleno de pulgas, se lo arrancó de los brazos y lo tiró en el pasto. Magdalena clavó las uñas en la mano de su tía y cuando ella le soltó una palmada en las mejillas, le mordió el dedo meñique.

La sacudieron de lo lindo pero al llegar a la casa, la chiquilla estaba tan fuera de sí que sus alaridos se habían vuelto desgarradores. El escándalo atrajo a los criados que andaban por la calle, mientras los vecinos pispeaban desde las ventanas, contemplando cómo Magdalena, alzada en brazos por una de las negras, arrancaba el encaje del cuello de su tía, se prendía a su peinado y pateaba a quien se pusiera a su alcance, sin distinguir esclavas de dueñas.

El fraile del San Roque, que venía a atender a Albornoz por las mañanas y a entretenerlo con una mano de naipes, salió a la calle y advirtió a la señora que le diera a la criatura lo que pidiese, porque sus gritos habían alterado de tal forma al coronel, que él se lavaba las manos por el colapso que podía sufrir. El herido había intentado levantarse, y no sería raro que la costilla astillada le perforara el pulmón y lo dejara inválido de por vida.

Ése fue el momento en que doña Luisa tuvo que hacer concesiones y mandar a las criadas y a la niña al convento, a buscar el gato.

Mientras se limpiaba los arañazos de la cara y de los brazos, juró que, una vez que su hermano mejorara, le pediría que se fuera a vivir a otro lado, pues no podía soportar a Magdalena.

Si él moría, la dejaría con las huérfanas, que se diera el gusto la caprichosa de quedarse con Cayetana; seguro que la goda aquella la criaría a su imagen y semejanza: como a una campesina tosca y sin maneras. Pero terminó diciéndose: “¡Ojalá el amigo de Benicio se la lleve de una vez y la fleten para España! Ahí terminarán nuestros tormentos y volveremos a ser la familia que éramos antes de que ella apareciera para agriarnos la vida”.

Después del berrinche del día anterior, Magdalena volvió a la docilidad de siempre. Ahora se sentaba al lado de la cama del padre con el

gato en brazos, parloteaba sobre cuentos de animales, de la visita a casa de Cayetana y de las promesas de su maestra de regalarle una Pastora vestida por ella.

El coronel la interrogó cariñosamente y después de pensarlo le dijo:

—¿Quieres ver a Cayetana?

La niña asintió con la cabeza.

—Apuesto a que si ella supiera que estás enferma vendría a verte.

—Pero no estoy enferma.

—Qué lástima. Si estuvieras enferma, yo haría que te armen la cama acá, a mi lado, y avisaríamos a tu maestra que quieres verla. A lo mejor ya terminó de vestir a la Pastora.

A la hora de comer, la criada fue por doña Luisa: la niña no quería alimentarse porque le dolía la panza y el coronel, preocupado, había ordenado que le armaran un catre al lado de su cama.

Lo primero que supo Cayetana del estado del coronel fue que su relicario le había salvado la vida.

—Dice el cochero que duerme con él en la mano —le comentó Cleofé.

Cayetana cerró los ojos y agradeció a Dios el milagro. Ya no intentaba mentirse más: se sentía atraída por aquel hombre de una forma confusa, pero no por eso menos obsesiva.

Sus tías habían recibido una nota del delegado Agüero, donde explicaba que, a la vuelta de Mendoza, pasaría a hablar con ellas para concertar lo que indicaba la carta firmada por un García de la Fuente, uno de los parientes montevideanos del padre de Cayetana.

Cuando las ancianas le leyeron la misiva, donde familiares desconocidos para ella le decían que la llevarían a España para sacarla de todos los problemas que la muerte de su padre pudiera haberle acarreado, Cayetana se levantó, inquieta, y bajó hasta el río sin atender los llamados. Allá abajo la vio Cleofé, sentada entre los juncos de la orilla y tirando piedras al agua. Bien sabía ella lo que ataba a la joven: temor a partir hacia tierras y gentes desconocidas, dolor de dejar a las ancianas y a supreciado trabajo con las monjas... y la imposibilidad de olvidar a aquel hombre que, al pasar de verdugo a fusilado, había terminado por seducirla. Con que el coronel se portara un poquito bien, nomás, se dijo la india, ella aflojaría. “Un empujoncito nada más le hace falta”, pensaba con una sonrisa ladina.

Junto al agua, Cayetana pensaba que no quería irse tan lejos, y menos para ponerse en manos de parientes con los cuales no sabía si congeniaría. ¿Y si fueran como sus tíos Álvarez, los padres de José Ramón, agrandados, presuntuosos, indiferentes a lo que no fuera su propia conveniencia? ¿Qué iría a hacer entre ellos, ya sin posibilidad de retorno?

Además, pensó mientras con una ramita escribía en la arena “Benicio”, no quería irse a ninguna parte hasta estar segura de que el coronel Albornoz estaba totalmente curado.

Se desesperaba por preguntar personalmente por él, pero no deseaba enfrentarse con doña Luisa: ya sabía del escándalo que había armado en la Casa de Huérfanas, y se le partía el corazón al pensar en la aflicción de la niña, en que la había llamado a gritos, en que las negras de los Albornoz decían que no pasaba día sin que pidiera verla.

Cuando retornó a la quinta, sin decir una palabra sacó sus cajas y canastos de labores y llevó a la mesa la imagen de vestir. La Divina Pastora estaba casi lista, y varias señoras habían peregrinado hasta la quinta sólo para ver el trabajo de restauración que Cayetana había llevado a cabo.

Una de sus tías se sentó a su lado con un suspiro. La otra se ajetreaba por la habitación, a su espalda. Ella, en silencio, cosió las últimas monedas al sombrero de la Virgen y luego de mirar largamente la imagen pintó un lunar sobre el labio superior, a semejanza del que tenía Magdalena.

Mientras estudiaba la mejor forma de entregarle el regalo —quería hacerlo por propia mano—, el ayudante de Albornoz se detuvo a hablar con Cleofé en la fuente del Pilar, y le dijo que hacía unos días que la niña estaba enferma.

El día de San Judas Tadeo, 28 de octubre, una mañana risueña luego de dos días de fuertes vientos que habían desatado infinidad de dolores de cabeza, doña Luisa oyó que un coche se detenía en la puerta. Era mañana de visitas, y varias amigas habían llevado un pan de San Roque para su hermano, con la intención de que su ingestión lo pusiera de pie.

La verdad era que Benicio andaba ya por el patio, malhumorado por la apretada faja que le ceñía las costillas, aunque, por suerte, la herida del brazo cicatrizaba bastante rápido. Decaído y melancólico, sin embargo, el rostro se le volvía sombrío cuando pensaba en que Cayetana era una roca que su grito no partiría. La última esperanza había sido la enfermedad de Magdalena, pero ni eso había dado resultado.

Harto de estar en la habitación, cavilaba, con un cigarro en la mano, en que mejor sería darse por curado y comenzar a hacer su vida normal, cuando una de las negras apareció a los saltos y susurró, medio ahogada:

—Ahí vino, está en la puerta.

Y como Benicio, sin entender, tiró el cigarro, la chica repitió apresuradamente:

—Es ella, coronel, que viene a traerle la Virgen a la niña Madelita.

—Busca a mi hija; dile que no recibirá su Pastora si no está en cama en un santiamén —susurró Albornoz, y lo más rápido que pudo se echó sobre el colchón y se tapó con una manta hasta la barbilla. El movimiento

brusco había repercutido en las costillas y un auténtico dolor se le clavó en la expresión.

La criada volvió a entrar, esta vez sin llamar; arrastraba a Magdalena mientras le iba quitando la ropa, y alcanzó a sacarle los esca-pines antes de acomodar varias almohadas a su espalda.

Al poco rato oyeron los pasos del lacayo de doña Luisa que guiaba a las visitas, puesto que la dueña de casa, tras un frío recibimiento, no consideró oportuno acompañarlas en persona.

Cuando la puerta se abrió, en la habitación en penumbras, donde la criada había alcanzado a encender un candelabro, entró no Cayetana, sino doña Mercedaria. La desilusión de Albornoz cedió paso a una profunda satisfacción; la joven, que seguía a su tía, se detuvo en la puerta un momento mientras observaba con desconfianza la habitación al notar que allí estaba también su enemigo, el hombre al que ella casi había matado. Llevaba un bulto en brazos, envuelto en una mantilla, pero su vacilación desapareció cuando oyó la voz de Magdalena que la llamaba con entusiasmo.

Mientras saludaba con una leve inclinación al herido, que descansaba en la cama adosada, se adelantó hacia el catre de la niña, dejó la imagen en una mesita próxima y la abrazó.

—Estaba enferma pero ya me curé —dijo Magdalena con ingenua sinceridad.

—Te traje la Divina Pastora para que te cuide —contestó la joven, despejándole la frente de rizos.

La mulata arrimó un sillón para doña Mercedaria y una silla para Cayetana mientras revoleaba cojines, alcanzaba vasos de agua y ofrecía mate a las visitas, pues el amor del coronel y de su hija por la “monárquica” y el desdén y la furia que sentía doña Luisa por aquella joven sin fortuna tenían entretenidos a todos los criados, a quienes la historia les parecía muy digna de ser cantada, al son de una vigüela, en las pulperías de la ribera.

Cuando Albornoz consiguió que se retirara, ordenándole que trajera unas tazas de chocolate, la escena quedó configurada con doña Mercedaria sentada frente a él, sus dedos prendidos con fuerza a un bolso informe y apolillado, y Cayetana de espaldas a ellos, sentada en la silla y acodada en el alto catre donde Magdalena desenvolvía con torpeza la imagen de la Pastora.

—Tiene un lunarcito como el tuyo; mirá, justo acá, sobre el labio.

Ambas hablaban en susurros, la criatura haciendo a un lado el cabello que rodeaba la oreja de Cayetana para verter quién supiera qué secretos en su oído.

El coronel, inquieto, casi sin poder respirar por la emoción de tener tan cerca a la mujer que amaba, clavaba de vez en cuando los ojos en doña Mercedaria, que no le quitaba la vista de encima. Sobresaltándolo, la

señora dijo en un tono bajo que parecía querer escapar a la atención de la joven:

—¿Ama usted a mi sobrina?

Aunque la pregunta le resultaba totalmente inesperada, él no tuvo que pensarlo.

—Con toda mi alma —y sin querer, hizo el gesto melodramático de posar la mano derecha sobre su corazón.

—¿Cree poder hacerla feliz?

Con lenguaje militar, él contestó seriamente:

—Será mi objetivo por el resto de mis días.

—¿Está dispuesto a abandonar su vida de pecados?

—Ya la he abandonado.

—¿Y a domar su carácter?

—Cuento con que ella me ayudará, es una mujer fuerte.

Cayetana, de pie, había tomado en brazos a la niña. Con ella se volvió a preguntar por la salud del coronel.

—Estoy mucho mejor. De hecho, me levanto de a ratos —contestó Albornoz, incapaz de volver a mentirle. Sus ojos azules, que ella había conocido risueños, prepotentes, crueles y burlones, tenían la expresión de un perro que sabe que ha cometido excesos y se esfuerza en que su amo no será demasiado riguroso al castigarlo.

Pero la mirada de la joven se había dulcificado y hasta mostraba una preocupación que él no hubiera podido esperar. Con un nudo en el pecho, sacó la mano de bajo las colchas y la extendió tímidamente hacia ella; el cordón rojo del Agnus Dei chorreaba por su muñeca como un hilo de sangre. Ella palideció.

—Quería devolvérselo. En realidad, no sé cómo...

Cayetana dejó a Magdalena en el suelo, se acercó y tomó el relicario. Lo contempló un instante, pensando: “Decía verdad Cleofé, duerme con él”.

Sopesó con la mirada el rostro duro, ahora aguzado de sombra, dolor y desazón. Desenredó el cordón carmesí de la cadena, constató el nudo, y acercándose a él se lo pasó por la cabeza. Su pecho le rozó el brazo, y una sensación de desmayo debilitó al coronel. Los dedos cálidos de la muchacha se lo acomodaron dentro de la camisa, sobre el corazón que latía, desbocado. Con tranquilo ademán, tomó la mano de Albornoz, que descansaba sobre las sábanas, y como era mujer de pocas palabras, se la llevó a los labios y la rozó superficialmente.

La criada entró con el chocolate, intuyó que algo importante se había decidido, y sin mucho protocolo dejó la bandeja a los pies de la cama, arrimó la silla de la joven, y no perdió ni una palabra, ni un gesto, para luego poder inventar mejor lo que contaría en el fogón.

—No me gusta la carrera militar —declaró Cayetana, con voz suave pero firme—. Los hombres están siempre fuera de casa y una tiene que amañárselas sola.

—Pensaba renunciar. Esta herida me lo permite.

—Me gusta vivir en el campo.

—Justamente, tengo una tierra por el lado de Agua de Oro, que colinda con la de los Maldonado...

—¿Un chocolatito, niña?

Cayetana lo agradeció.

—Sé que su familia ha mandado por usted, con la intención de llevarla a España —se atrevió a murmurar el coronel, sabiendo que era la prueba de fuego.

—No me iré de Córdoba. Estoy muy bien aquí, especialmente ahora que voy a casarme —fue el epitafio a la propuesta de los García de la Fuente.

La negrita pensó con picardía: “Esta vez, doña Luisa cae fusilada de rabia”.

Y tocante a fusilamientos, al día siguiente, mientras doña Carmelita y doña Mercedaria ayudaban a Cayetana a elegir un buen género para el vestido de boda, un hombre que hablaba con el tendero dijo como al pasar:

—En la galera de hoy me llegó correspondencia de Buenos Aires. ¿Sabe que ha muerto Juan José Castelli? Parece que tenía cáncer de lengua. ¡Qué ironía!, ¿verdad? El mejor orador de la revolución.

El dueño de la tienda era un manchego rotundo, de pocas palabras y a veces hasta desagradable. Iba a contestar que se alegraba —se había salvado de ser deportado por la Primera Junta debido a que estaba casado con una criolla y tenía siete hijos—, pero el fuerte instinto comercial del que siempre se había ufanado lo llevó a callar. Conocía a las tres mujeres que, sentadas a un costado, observaban las telas que su esposa extendía; también eran monárquicas, e íntimamente se alegró de saber que ellas —la joven había levantado la cabeza al escuchar el nombre de Castelli— sentían lo mismo que él.

Afuera, un grupo de infantes cordobeses y sanluiseños, al mando de José Ramón Álvarez, marchaba hacia el Cabildo, de donde saldrían para el Alto Perú. José Ramón distinguió a sus tías y las saludó, desde la montura, con una afectuosa sonrisa. Al ver a Cayetana, se descubrió la cabeza y la inclinó respetuosamente: ya sabía que iba a casarse con el coronel, y por eso había solicitado aquella plaza, lejos de Córdoba.

La mayor de las ancianas se inclinó a susurrar algo a la otra, al reparo de su abanico, y las frases “...es una pena” y “¡qué le vamos a hacer!” seguidas por otra que murmuraba “...peor hubiera sido que se la llevaran” se desvanecieron para la prometida del coronel Albornoz que, con el ceño fruncido, parecía recapacitar sobre algo borroso e inasible.

Cuando los infantes se perdieron calle abajo, una nube de polvo se posó sobre el mostrador y ella, como en sueños, dibujó sobre la madera cenicienta de tierra unas letras.

El cliente que había traído la noticia se retiró y el tendero, acercándose a las señoras, vio lo que Cayetana había escrito; mientras sacaba de la caja los rollos de puntillas, pronunció varios nombres.

—Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana, el buen señor don Rodríguez...

Con la inicial de cada uno de aquellos nombres se formaba la palabra que alguien, anónimamente, había dejado tallada en un árbol del Monte de los Papagayos. Era una protesta muda a las primeras muertes políticas del país.

La palabra que había dibujado Cayetana era CLAMOR.

Carta del delegado del Segundo Triunvirato, don Josué de Agüero, fechada en Córdoba, a mitad de noviembre del año 1812, al capitán Antonio García de la Fuente, en Montevideo:

“...y ya ves que me ha sido imposible cumplir con lo encargado, pues tu prima, que es una joven bella y muy seria, ha tomado estado de casada con el coronel Benicio de Albornoz. No creas que ha sido una cosa imprevista; al parecer, el coronel había perdido el tino por ella, y finalmente, después del accidente que sufrió mi amigo, ella ha decidido aceptarlo.

”Como él es viudo, y tu prima reacia a toda figuración, la boda se santificó en la casa de sus tías, una hermosa quinta que da sobre el río. Asistí a ella, algo desconcertado, pero lo que vi es tan halagüeño como para tranquilizar a toda tu familia: él es de excelente cuna, respetado en el ejército, hombre de recursos y tierras y la ama profundamente. De su primer matrimonio tiene una hijita que está muy apegada a Cayetana, y es notable el cariño que impera entre ellos tres.

”Si piensas que es un matrimonio de razón por parte de ella, como muchos dicen, te equivocas; no hay más que observarlos para comprender cuánto se aman. Me invitaron a acompañarlos a visitar unas tierras que mi amigo tenía improductivas, a varias leguas de la ciudad, y Cayetana nos acompañó a caballo. Mientras recorríamos la vieja huerta, abandonada por años, como toda la propiedad, sin que mediara espontánea curiosidad de mi parte, pude verla, entre la espesa vegetación, abandonarse un instante al abrazo de su marido. Cuando levantó el rostro hacia él, comprendí que iban a besarse, así que les di la espalda y regresé hacia los caballos. No sé si sería la claridad del sol que iba en descenso, pero ella parecía bañada en un resplandor de oro y cobre...”

BUSCANDO MARIDO A UNA MULATA

AÑO 1821

No era un buen año para conseguir marido, pensó Ramona, con todos los hombres corriendo como locos detrás del general Francisco Ramírez —Pancho para quienes bien lo querían—, que después de retobarse contra el gobernador Bustos, cabalgaba con su Delfina por las desolaciones de los campos del norte.

“Y menos si una es negra o mulata”, recapacitó la mujer, “que es como decir: sobre llovido, mojado”. Pero siendo como era la criada de mayor jerarquía dentro de la servidumbre, le tocaba a ella ser vocera del reclamo de esa mulata levantisca, Bernabela, ante el ama.

Llamó con los nudillos a la puerta, y percibiendo la desfallecida voz de la señora, entró, y ahí nomás se quedó, en el umbral, las manos bajo el delantal, la trompa adelantada, hasta que doña Clemencia dio la última puntada en el tapiz, cortó el hilo, alisó con la uña algún relieve y se tomó el trabajo de levantar los ojos.

—¿Qué pasa, Ramona? —preguntó al fin, dejando el dedil en el cesto de costura.

—Es por la Bernabela, ama —contestó el vozarrón profundo de la mujer.

La señora seguía buscando, en perspectiva, algún defecto a su labor; debió encontrarlo, ya que sus cejas se fruncieron, disconformes.

—¿Qué pasa con Bernabela, Ramona? —y su dedo tamborileó sobre el mentón, la mirada aún perdida en los colores entrelazados sobre el cañamazo.

—Pues que quiere un hombre, ama.

—¿Un hombre? —hipó doña Clemencia, saliendo de su abstracción—. ¿Y para qué lo quiere?

La negra la contempló, impávida. ¿Qué podía contestar? Como la otra la siguió mirando, al parecer sin entender, volvió a levantarse de hombros; si el ama no podía imaginarlo, no sería ella quien se lo explicara. Viéndola así, con sus frágiles uñas, sus ojos sin vida, la piel sin color, bien podía ser que ya no recordara para qué podía querer, una mulata joven y fogosa, un hombre.

—¿Qué será que tiene en mientes Bernabela? —la sondeó la señora, recostándose en el sillón y sintiendo que, fatídicamente, le llegaría una jaqueca.

—Se me ocurre que ha de ser para casarse, vea usted —lo adecentó Ramona.

—¡Casarse!

Doña Clemencia había supuesto, en su credulidad, que la morena querría un varón para que le ayudase con el charqui, a cavar la huerta y juntar leña en el monte. Pero... ¡casarse! Eso superaba cualquier especulación.

Pasó revista a las posibilidades dentro de la servidumbre. El negro Juanucho estaba senil, Pedrito no llegaba a púber, y sanseacabó con los hombres de la casa. De pronto se le presentó una horrible idea... que la mulata... que alguno de sus hijos... Pero no; Bernabela podía tener la lengua suelta, alardear de retobada, pero no era maligna. Disimulando sus pensamientos —aunque Ramona leía en ella como en la Historia Sagrada, aun siendo analfabeta—, preguntó como al pasar:

—Y... ¿se ha fijado en alguien?

—No, ama, si no hay quién —respondió la negra—. Si ya se lo he dicho, uno por chocho, el otro por guagua. No hay con quién, todos los posibles se los llevó Bedoya, para rastrear al Pancho con su portuguesa, y los que andaban de vagos, los arrearón para el Fraile Muerto, pues se les ha soliviantado el general Carrera. Vaya usted a seguirles el rastro o a vislumbrar en qué andan.

Movió la cabeza con un gesto impaciente y continuó:

—Ya le advertí a ésa que no hay en la casa quien se ajuste a lo posible. De no, le traería yo a usted la solución, no el problema.

—Es verdad —dijo doña Clemencia, juntando las manos palma con palma—. No hay vuelta que darle; dígaselo, Ramona.

Quiso continuar con su labor, pero la negra no se movió, así que hizo un gesto displicente con la mano.

—Vaya nomás, y explíquele que tendrá que esperar que se compre un negro en edad.

—Pero ama —interrumpió Ramona estólidamente—; que no se puede comprar un negro, que la esclavitud se acabó hace varios años.

—¡Ah...!

Ambas guardaron silencio. Doña Clemencia soltó el tapiz al comprender que, después de todo, tendría su jaqueca.

—Siempre se me olvida —reconoció, con una sonrisa desleída—. Qué pena, ¿verdad, Ramona?

—Según como lo mire cada quien, señora —puntualizó la otra.

Y como vio que no iba a conseguir que el ama tomara una decisión, la apuró:

—¿Y qué le digo? Dígame usted.

—Pues eso, Ramona; que no podemos comprar un negro porque se abolió la esclavitud y...

De pronto se interrumpió, esperanzada.

—¿Está segura de que Juanucho...?

—Vea la señora; no me parece sea eso lo que tiene en el piénsamo la Bernabela. Y tampoco sería justo para el pobre viejo; podría costarle la vida. Bernabela es mucha hem... mucha mujer.

Desolada al ver que no se sacaría a la negra ni al problema de encima así como así, doña Clemencia dijo con un pito de voz:

—¿Y qué hacemos, Ramona?

—¿No se la podría casar con alguno de los mandingas que tienen los Salguero? Los que se salvaron de la leva. Hay uno bastante fuerte, que le falta una mano, pero en lo demás...

—Imposible, Ramona. Dese cuenta: si ése fuera el caso, yo tendría que cederles a Bernabela, y no lo voy a hacer. O ellos pasarnos a su negro, y con la escasez de hombres, dudo que consientan. Ni se lo podemos comprar, ya que va contra la nueva ley...

Esta vez fue Ramona quien comprendió que no obtendría nada del ama, al menos por aquel día. Suspiró y dijo, resignada:

—Bueno, señora, hablaré con Bernabela y le explicaré el caso.

—Hágalo, Ramona. Y dígame que si ustedes encuentran una solución razonable, decente y cristiana, estoy dispuesta a contentarlas.

Ya se retiraba la negra repitiendo entre dientes “Razonable, decente y cristiana...”, cuando doña Clemencia dijo a sus espaldas:

—Ah, Ramona... —y con una leve hesitación, para darle más énfasis, aclaró—: Adviértale que no piense ni por un momento en casarse fuera de su raza. La Iglesia no lo ve con buenos ojos, y nosotros tampoco.

—Descuide, señora, no creo que ella se bandee por ese lado —dijo Ramona con un tono perentorio que contradujo casi de inmediato al murmurar mientras salía—: Aunque, con el hormiguillo que carga, va'saberse a qué echa mano.

Mientras sus pasos se perdían en el patio de baldosas, doña Clemencia quedó sin saber cuál era el significado de la última parte de la oración.

—¡Ah, claro! —estalló Bernabela en la cocina—. ¿Y porque se acabó la esclavitud yo tengo que quedarme sin hombre?

Sus ojos refulgían de rabia mientras revolvía el locro con ademanes furiosos.

—Menudo favor me hicieron los patriotas, entonces. ¿Y estos otros nuevos, ah?, el Pancho, el Bedoya, los Carrera, que se han alzado con todos los hombres pasables... ¿Y yo qué? Acá me dejan, en mitad de la cancha, pagando sus patriotadas.

—Estás hablando bolazos —la amonestó Ramona, quitándole la cuchara de madera—. No tenés idea de las cosas —le recalcó, intentando

poner paz en el guiso borboteante—. Igualita que el ama, una en cada punta, las dos cortadas por la misma tijera.

—¿Y qué querés? Si al menos hubiera la trata, se podría hacer trueque.

—Pero si no hay ni un realito por los rincones, lo mismo —la calmó Ramona, devolviéndole la cuchara.

—No dije compra, dije trueque. Yo para allá, otro para acá.

—¿Es que te creés que los Salguero son tan sonsos que van a dar algo por una mulata inservible? —se burló Ramona.

—Pues bien me sé que no tienen morcillera.

—Eso sí —aceptó la negra, retomando el mate—. Pero el ama no quiere ni oír hablar de darte.

La mulata se dejó resbalar en el suelo, cubriéndose la cabeza con las manos.

—¿Y porque ella no quiere, y porque la ley no sé qué dice, tengo que quedarme sola, sin nadie que me rasque, ni que me gólpie de vez en cuando, de celos?

—Y qué sé yo, chinita —suspiró Ramona, sintiendo pena por la joven—. Debiste nacer antes o después, no cuando naciste; te han agarrado al medio.

Le alisó la mota prieta, salvaje, y suavizó el tono de voz.

—Vamos, ya se verá; te prometo hacer todo lo posible para conseguirte un marido.

Bernabela la observó largamente con los ojos vidriados de lágrimas, agrandados por la frustración. Le creyó de pe a pa, porque su madrina avaló la promesa besándose los dedos en cruz antes de agregar:

—No desesperes, mi negrita, que las liebres saltan de donde menos se las espera.

—De qué liebre me hablás, si aquí no hay más que vizcachones —refunfuñó la morena, agriada—. Y ya nomás te digo para que le digás a “ella”: en esta casa no se prueban mis morcillas hasta que yo no tenga marido.

—Te van a obligar.

—No es prudente molestar a la que cocina, porque solita ella y su alma saben qué mete en la olla, y es el otro el que lo come.

Tan sabia advertencia acabó con el entredicho.

La situación continuó sin variantes para Bernabela, que deambulaba por la casa como atontada. De día tenía sueño, se le caían los trastos de las manos, y debía soportar que las muchachas la fastidiaran con el cantito de: “Enagua pasando, novio buscando”.

Las más atrevidas hasta le ofrecían la raspa de las ollas: “Tomá, comé, a ver si te conseguís un marido rico”. A veces, en la calle, cuando veía a las

madres jugando a “las manitas” con sus hijos, o a las “tortitas para la mama”, volvía el rostro, pesadas de lágrimas las pestañas.

Así llegaron al 23 de junio, cuando se llevó a cabo una curiosa ceremonia, de más está decir, sin que el ama se percatara.

Todo comenzó al alba, cuando Bernabela, con sigilo, se levantó en bata y en patas. Lo que la tenía inquieta era lo que iba a hacer: enterrar — en un rincón de la huerta donde el primer sol pintaba la tierra árida del invierno— una cabeza de ajo que el día anterior Ramona había seleccionado cuidadosamente.

A medida que pasaban las horas, escapándose por segundos de sus tareas, la muchacha regó una y otra vez el hoyo, mordiéndose la punta de los dedos para no ceder a la tentación de escarbar y ver qué pasaba bajo el pasto seco con que lo había cubierto.

Aquella noche durmió mal, llena de expectativas a veces, desanimada otras, pensando en que pasarían los años y ella no tendría un hombre que la conformara, un hijo que le diera importancia.

El día de San Juan amaneció con ella todavía regando su pequeña plantación, y esa tarde, la señora les permitió ir a la costa del río, donde se había juntado mucha gente, la mayoría de la casta de los morenos, para armar las fogatas en recuerdo del santo.

Llevaban ramas, maderas, manojos de yuyos secos, que abundaban por la sequía invernal y las escarchas. Alguien, seguido por chicos desarrapados, apareció con un muñeco hecho de arpillera y trapos viejos, relleno de virutas y paja, con el aderezo de algún que otro petardo para sobresaltar y procurar los gritos de susto y alegría con que se espantaban los diablos.

Desde el borde de la rueda, Ramona, con Bernabela y las chicas, Pedrito y Juanucho, vieron cómo lo ataban en lo alto de una pica de palo y lo clavaban en el centro de la pira.

A través del río, por la otra orilla, podían ver las fogatas que iban encendiéndose entre parpadeos. Los cantos y las rondas comenzaron con algarabía, rogativas graciosas al santo, gritos sofocados en las sombras del monte bajo que se extendía más allá de los sauces, o por las barrancas llenas de cuevas que albergaban a los amantes pobres.

Ramona inspeccionó la concurrencia, ilusionada en encontrar un mozo que le fuera bien a su ahijada. Pero eran multitudes de mujeres, viejos y niños, y unos pocos hombres; pocos y la mayoría baldados: al que no le faltaba un ojo, tenía pie de cabra, o usaba muletas. Desde la Revolución de Mayo, los ejércitos de cuanta campaña se emprendiera se cebaban con los negros, arrastrándolos a pelear guerras ajenas.

Sin embargo, la negra notó que, a pesar de haber sido rechazados por inútiles para el combate, no habían sido desdeñados por las mujeres: no

había ni uno que no llevara una vieja o una chica colgada del hombro, del brazo, o enlazándole la cintura.

No quería líos para Bernabela; las situaciones en que había otra —u otro— de por medio nunca terminaban bien, sino en enfrentamientos con sangre: casi todas aquellas eran mujeres libres o huidas, desprejuiciadas y peligrosas, pocas o ninguna criada en casas de familia. Eran “abrojaleras” que pitaban tabaco fuerte, tomaban bebidas blancas y alardeaban del cuchillo que llevaban a la cintura con un empaque que decía que, si no le temían a un hombre, menos le temerían a otra mujer a la hora de liarse a palo o puñal.

Cuando vio que un negro borracho comenzó a ponerse baboso con su ahijada, le pegó un empujón que lo mandó de traste a las brasas y anunció a las chicas que era hora de volver. Por un momento, pareció que Bernabela se le iba a retobar, pero la convenció con una frase:

—Vamos, que hay que destapar el entierro.

Entraron en la casa por el portón del fondo. Ramona fue a darle el parte al ama y luego volvió a los fogones, donde las chicas, exaltadas por el fuego, los gritos y los bailes, se reían ruidosamente mientras calentaban las sobras del puchero del mediodía antes de acabar con la fiesta de San Juan, fiesta que hermanaba a solteras pobres y ricas en su ansiedad de vivir un momento de pasión o una historia de amor; fiesta de mayorcitas nerviosas porque no aparecía el galán que las rescataría del poder de sus padres o de sus amos para llevarla en coche, o a pie (lo mismo daba), hacia otra esclavitud más dulce, según creían. Era noche de veteranas solteras que renovaban esperanzas, noche de espejos tapados en las salas y los dormitorios de las señoritas “de cuna”, y de ritos más secretos, de mujeres pobres, en las cocinas.

En casa de doña Clemencia, una vez que Juanucho y Pedrito se fueron a dormir, Ramona distribuyó candiles entre las chiquillas de la servidumbre y seguida por Bernabela fueron a la huerta, pisándose las faldas en la oscuridad y riéndose contenidamente.

Cuando llegaron al rincón del entierro, Bernabela escarbó nerviosamente hasta dar con la cabeza sepultada. La levantó con cuidado y, sosteniéndola en la palma de la mano, la entregó a Ramona. Los candiles y los ojos se juntaron para iluminar el ajo. Fue evidente para todas que no había echado ningún brote, señal de que Bernabela no se casaría antes de los próximos sanjuanés, o sea, que tenía ante sí un año de forzosa castidad.

La muchacha sintió como si le hubieran propinado un mazazo; apoyó la frente en el hombro de una de las chicas y, abrazándose a ella, lloró a moco tendido. Muy distinto fue el regresar a la cocina, tristonas y calladas, palmeando la espalda y la cintura de la desdichada, confiadas en que, cuando a ellas les tocara, las cosas les resultaran distintas.

En medio del frío de la noche de San Juan, que les cortaba la respiración, el aire todavía olía a batatas asadas bajo las brasas de las hogueras, a la pólvora, los cueros y los trapos quemados que se iban apagando como el eco de un carnaval en retirada.

Dolida por la tristeza de la muchacha, Ramona se rezagó, observando detenidamente el ajo.

—¡Pero si serán paspadas ustedes! —gritó alborozada—. ¡Que sí tiene un retoñito! ¡Vengan a ver, zonzonas!

Las chicas se volvieron entre exclamaciones de alegría que hubieran despertado al ama si no fuera porque se tomaba sus buenos anisetes antes de acostarse. Pero en el apuro por comprobar el buen augurio, calcularon mal los pasos por la senda que pasaba junto al aljibe; una de ellas tropezó con la negra, otra trató de sostenerla, y la cabeza de ajo saltó por los aires. Entre lamentos y manotazos, a pesar de los intentos de las muchachitas por abarajarla en el aire, fue a caer dentro del pozo, que alguien había dejado destapado. Las cinco cabezas se unieron, mirando, chasqueadas, la misteriosa profundidad que guiñaba muy abajo.

Bernabela se fue a la cama llena de dudas. ¿Había mentido su madrina para consolarla? ¿Se había escapado la cabeza de ajo por el empujón, o la había arrojado disimuladamente para que no pudiera comprobar que le mentía?

Con los pies helados de caminar por las piedras del patio y las mejillas inflamadas de llanto, se arrebujó entre las colchas tapándose hasta la coronilla. Si era así, si Ramona le había mentido, quedaría sola, quizá para “domar el chivo” de la soltería durante toda su vida, dedicada a vestir santos en las sacristías.

Ramona, fumando su último cigarro junto a la puerta, se acercó a arrebujarle la manta sobre el cuello y le dijo con un tono que no admitía reservas:

—Te juro, pero te juro, Bernabela, que tenía una espuelita verde el carajito. Antes del próximo San Juan, tenés marido, como que hay Dios.

Aspiró profundo, profundo, y soltó el humo sobre el oído de la muchacha, para alivianarle los sueños.

Llegó noviembre, y todos partieron hacia el Río Cuarto, a la estancia de la familia.

Bernabela se había vuelto silenciosa y malhumorada, y a pesar de que las amigas trataban de alentarla parecía haber perdido las ganas de vivir. Como ella vaticinó cuando le hicieron bromas —Ramona insistía en que antes del próximo invierno conseguiría “emparejarse”—, el cambio de escenario no la benefició en nada: los peones eran, casi todos, criollos con una pizca, apenas, de algo menos que sangre de conquistadores. No deseables para ella, y casi prohibidos.

Un día, sin embargo, pasó algo que la dejó rumiando confusos pensamientos: había acompañado al ama, en el cochecito de dos caballos, hasta la villa del Río Cuarto. El fin de la peregrinación era buscar hilos de bordar, pues la reserva de doña Clemencia se había acabado al estirarse el tiempo de permanencia en “La Aguada”.

Ramona, que iba en el coche al lado del ama, cargando el preciado tapiz, entró con ella en la tienda del francés que, entre aguas de Colonia y cremas perfumadas que fabricaba su esposa, tenía un buen surtido de telas, puntillas, cintas, hilos y peinetas. Decían que lograba sobrevivir en aquel puesto de frontera a diez años de anarquía y malones debido a las promesas por su subsistencia que renovaban domingo a domingo, en la capilla del lugar, las mujeres de los alrededores, que no podían vivir sin aquella mercadería.

Bernabela viajaba en el pescante, al lado de un viejo peón de barba gris y ojos vivarachos que siempre le deslizaba chistes llenos de picardía en el oído, chistes que ella ignoraba con despreciativos gestos, llamándolo “viejo verde” y otros motes más desagradables. Como era conocido su mal talante cuando la molestaban, el viejo no pasaba del dicho al hecho.

Y mientras estaba allí, los codos en las rodillas, la cara entre las palmas de las manos, lánguida de aburrimiento, vio por el rabillo del ojo a tres indios montados en sus caballos sin siquiera un apero. Parecían andar “al divino botón”, como diría su madrina, lo que condecía con su fama de vagos y taimados, siempre con malas intenciones emboscadas entre las cejas y la nuca.

A Bernabela no le gustaban los indios; les tenía miedo, además; pero mientras los miraba, alerta y recelosa, distinguió a uno de ellos, algo más alto que los otros, igualmente cobrizo, igualmente ladino, de nariz igualmente chata y de ojos oscuros. Le llamó la atención porque aquel varón de las planicies, semidesnudo y airoso, con una vincha de color que le sujetaba la frente, con muñequeras de tiento y plata, y algún amuleto colgando sobre el pecho amplio, que contenía el aliento de un guerrero, había detenido su caballo y la miraba con la boca abierta, como si nunca en su vida hubiera visto una mujer. Una mujer semejante, al menos. Hermosa, de gruesos labios, piel café con leche, ojos de furia bajo cejas finas y rectas que ella delineaba con pinzas a escondidas del ama. La blusa se le había resbalado sobre el brazo y se veía su hombro redondeado y el nacimiento del pecho.

El peón, pensando que le robaban la potranca del corral, se puso de pie, el látigo en la mano, y les soltó varios insultos, ordenándoles que siguieran su camino. Los tres ranqueles lo provocaron con la mirada, y cuando el criollo echó atrás el brazo, amagando el chicotazo, Bernabela, sin una palabra, le plantó con saña el codo en la entrepierna —“las partes”, como le llamaba Ramona—; el hombre se dobló en dos, maldiciendo, a tiempo que ella le arrancaba el látigo y lo tiraba lejos. El enfrentamiento

duró unos segundos, y acabó porque en aquel momento el ama regresaba de sus compras.

Los indios siguieron al trote hacia unos tapiales, el último volviéndose sobre el hombro para mirar rápida y codiciosamente a la mulata a tiempo que el cochero se bajaba, encorvado, maldiciendo entre los bigotes selváticos, a buscar el chicote.

Bernabela saltó a tierra detrás de él, le calzó un pellizcón doloroso en el trasero y le murmuró en la oreja: “Andá a latigear quirquinchos, cabrón”, y se trepó en el pescante de atrás, donde viajó parada, sosteniéndose de los barrotes de la ventanilla trasera, la pollera al viento, al aire las piernas largas de finos tobillos. Cerró los ojos para conservar la imagen del indio en el recuerdo y cambiar impresiones luego con su madrina.

Antes de llegar a la estancia la ganó el desaliento: había visto a un hombre que le había atraído, pero ese hombre era indio (en primer lugar) y con seguridad (en segundo lugar) nunca más volvería a verlo. Todo el mundo sabía que los ranqueles no dormían un año bajo las mismas estrellas.

Generalmente volvían a la ciudad a fines de febrero, para escapar a los malones que solían aparecer cuando los cardales, ya secos, daban paso a los caballos pampas.

Pero como las montoneras de los chilenos andaban muy activas, cayendo desde Mendoza a morderles los garrones a los hombres del gobernador, toda la región se había vuelto insegura, pues tropas de distintos bandos y parcialidades cruzaban del Río Cuarto a Cuyo, y de Cuyo al Carcarañá, del Carcarañá a Buenos Aires.

Curándose en salud, el patrón prefirió no arriesgar a la familia sacándola a campo abierto y ordenó permanecer al amparo de los muros de la estancia hasta que se aquietaran los ejércitos o pillaran de una buena vez a aquellos cuatrereros de los hermanos Carrera.

En “La Aguada” los encontró mayo, mes que le hacía dudar a Bernabela de la promesa de su madrina, porque de novio o pretendiente, nada, y faltaba poco más de un mes para que llegaran los sanjuanés.

Una de esas madrugadas del sur, cuando comenzaban a blanquear los pastos bajo las heladas, se presentó el malón, tal como si hubiesen sabido los señores del desierto que el patrón estaba ausente, pues andaba con la peonada por los “puestos” perdidos entre las quebradas, en un intento desesperado de esconder la poca hacienda que le quedaba, menguada por patriotas y bandoleros.

Aquel amanecer, sólo quedaban en la casa las mujeres y uno que otro peón, más para ayuda en las tareas domésticas que para defensa de la propiedad.

A los primeros alaridos de los ranqueles —que serían indolentes, pero eran madrugadores para sus empeños—, saltó el mujererío de los catres, en batas, echando mano a cuanto pudiera servirles de arma: palos, escobas, trancas de hierro y alguna pistola de la época de Sobre Monte.

El espanto las hacía correr como locas, de una pieza a otra, del patio al traspatio, como tropilla rodeada para la yerra. Gritaban de tal modo, que los mismos indios otearon detrás de las construcciones, pensando que se venía otro malón, del que no tenían noticias.

Los pocos peones que quedaban —unos viejos inservibles— se parapetaron en las ventanas con las armas de fuego desechadas por los confiscadores; hasta el viejo Juanucho fue sacado a escobazos de bajo su catre por Ramona, que lo sacudió como a colchón aplastado, instándolo a que, aunque fuera, se escondiera en lo alto del campanario y apedrear a los intrusos. Aquel recurso de tirar la piedra y esconder la mano había dado buenos resultados en el pasado.

Entre el estampido pasmado de la pólvora inservible, Bernabela, que había conseguido apoderarse de una lanza que arrojaron contra la casa, encontró estimulante la refriega, pues las corridas y los alaridos, los insultos y las amenazas le barrieron del cuerpo y del ánimo los malos humores.

Provocada, respondió con bravatas, atreviéndose a abandonar la casa para dar cara y lanzar insultos contra los invasores.

Alta, fuerte, desmelenada, los hombros y los senos morenos resaltando entre las aberturas de la bata de lienzo, la falda recogida entre las piernas, sujeta a la cintura, descargó su frustración saliendo al descampado con un alarido sostenido que erizaba la piel y parecía tentar a las tacuaras a que la atravesaran. Llevados por el ímpetu de su arrojito, Ramona, Pedrito y las chicas la siguieron.

Como los ranqueles no habían dado más que con unas pocas reses sueltas, atacaban como desganados, algunos buscando retirarse del campo de sus fechorías, que aquel día se les había mostrado improductivo.

Pero uno de los infieles, atraído por la magnífica belleza de Bernabela, pensó que no saldría mal parado si conseguía llevársela a los toldos. Por designio del destino, o porque la suerte ayuda a quien se ayuda, era el mismo que se había fijado en ella en la Villa del Río Cuarto. Alguien con más suspicacia podría haber dicho que aquel nuevo encuentro no era casual, y que más bien el rapto de la hermosa y no el robo de las vacas había movido a aquel puñado de atrevidos.

Pero Bernabela atacaba con tanto brío que el indio no lograba ponerle una mano encima. Cuando ya sus compañeros volvían grupas a aquellas furias gritonas, menos temibles que molestas, él, encandilado por la belleza empavonada, se negó a retirarse y volvió tras ella.

Ramona, mientras sacudía un trapo humeante para asustar a los caballos, lo vio acechar a su ahijada y la alertó con un grito ronco: “¡Bernabela, Bernabela, el c..., cuidate el c...!”.

La muchacha se volvió en redondo, la lanza a ras, y enfrentó al presumido. Por un momento que les pareció larguísimo, se miraron a los ojos, balanceando posibilidades, y en tanto el indio sentía el tambor sanguíneo de su corazón despertarle todos los instintos, ella corrió a enfrentarlo como si no temiera a su tacuara.

Y mientras sus largas piernas la acercaban a él, lo sopesó, lo midió y pensó: “Que no es feo, el muy sonso”. Ciertamente no era tan alto como ella, pero quién. Fuerte era, y su piel, si bien no demasiado oscura, al menos no era una de esas pieles de mondongo de los blancos. Y si su pelo era lacio, lucía renegrido y saludable; corajudo era, pues, ya que pasó la trinchera y no se escabulló con los demás...

Tomando en el último instante la decisión, Bernabela levantó el brazo y con un solo golpe de lanza desarmó al aturdido varón —que se descubrió indefenso ante semejante tigra—, y después de atraparlo con un manotazo a la crencha, lo mandó trastabillando contra el muro.

Cuando la polvareda se asentó y los gritos se acallaron, doña Clemencia salió a ver el resultado del zafarrancho. Encontró a Bernabela empuñando una lanza, con la punta apoyada en el vientre del guerrero, casi sobre sus partes pudendas. Contra la pared, los brazos en cruz, éste sudaba ante su virilidad amenazada.

—¿Qué... qué es eso, Ra... Ramona? —tartamudeó la señora, tan asustada como el indio.

—Un ranquel, señora. Lo cazó la Bernabela, ella solita, nomás.

—¿Va... va a matarlo?

—¿Quiere el ama que lo achure? —preguntó la mulata con una sonrisa enorme y gozosa.

Doña Clemencia se desmayó allí mismo.

—La Bernabela quiere hablarle, ama.

La señora, recostada en la penumbra, con paños embebidos en agua de rosas sobre los párpados, levantó apenas su mano.

—¿Qué será esta vez, Ramona? —gimió, al borde de las lágrimas, aún no repuesta de la batahola del día anterior.

—Pues ella dice que el indio le va bien.

—¿Que qué dice?

—Que quiere el indio para marido, ama.

—¡Por la santa de mi nombre, piedad! —sollozó doña Clemencia—. ¿Es que esa mulata quiere matarme? ¿Qué vamos a hacer con un indio entre nosotros, Ramona? ¿Es que esa chinita no sabe que son peligrosos,

malignos, salvajes, infieles, que son asesinos, cuatreros, que no respetan propiedad ni leyes, que son vagos, que...?

—Señora —la tranquilizó la negra—, véamelo así usted: peligroso, mucho no ha de ser, ya que ella lo ha pillado sin trabajos; en cuanto a salvaje, se lo puede domesticar. Entre todas lo chirliaremos cuando se desmande. Por lo de infiel, pues que cuando venga el padrecito a bendecir los campos, que lo instruya y lo bautice. Ya verá usted cómo aprende el guacho con la necesidad. Con que Bernabela lo tenga un poco contento, se le irán los malos hábitos de andar matando cristianos. En lo que va de ladrón, verá que eso se le olvida con la panza llena. No va a andar en tantas fatigas en cuanto se le cure el hambre.

Tomándose un respiro, Ramona volvió a la carga.

—Vealó de esta forma, ama. Bernabela necesita un marido, y no estamos para andar haciéndole ascos al único varón que consiguió. No son épocas fáciles para atrapar a un hombre, no digamos en edad de merecer, sino al menos de poder... digo, como un decir. Que si se matan en la guerra, que si los llevan al ejército, que si se largan para el desierto o se van a Buenos Aires... En fin, ama, que se las rebuscan para hacerse repeluz y no cumplir sus deberes con las mujeres. Piénselo usted, ahora que faltan brazos, y el pobre Juanucho ayer ni fuerzas para apedrearlos tenía; no da para más que sacar agua del aljibe o alimentar los pollos. No nos vendría mal un hombre fuerte, aquerenciado, para las tareas pesadas, digo yo.

Se paseó con la cabeza gacha alrededor de la cama, como sopesando argumentos, y al final los halló:

—Y de seguro que unos reales más nos dentran por él. Un día que lo tuvimos cautivo en el galpón, y con unos tientitos que encontró tirados se hizo unas maneas trenzadas que son un primor. Mire no más, bien se podrían vender las cosas trenzadas entre los peones. Y a más, en la ciudad también. Podríamos encantar a todos esos gringos que pasan para el Chile o el Perú, y se tientan con cualquier pavada. No sería mala idea ponerles una barraquita al fondo, en la casa de Córdoba, y meter a esa mulata chinchuda con un telarcito, y a él de talabartero. Y de paso lo alejaríamos del influjo del desierto y sus malas compañías. Que se olvide siquiera de montar, no digo en toruno, siquiera en burro.

Hizo una pausa para que el ama se embebiera en lo dicho, y remató:

—Piensemelo, señora; se ganaría mucho con ese rejunte...

—¡No se desmande, Ramona, sólo porque estoy dolorida!

—...digamos casorio, entonces. Y en cuanto a las morcillas, no dejaré de hacerlas, ahora que tiene hombre. Dice que no faltaría más, que no se negaría. Pa' que rabien los Salguero, siquiera, ama...

Años después, unos viajeros ingleses que visitaron la estancia sintieron curiosidad al observar una lanza, evidentemente indígena, entre la valiosa exposición de armas del dueño de “La Aguada”. Husmeando una colorida historia, le rogaron que les contara el porqué de su presencia entre artefactos más sofisticados.

Mientras el hacendado les relataba cómo una mulata de su casa capturó a un ranquel para maridarlo, Ramona, que les servía el vino, movía la cabeza, pensando: “Que no hay caso. Estos gringos tan ilustrados no entenderán nunca que cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza, suele ser más terca que mula mendocina”.

Pero el hecho debió impresionarlos, porque lo relataron en sus memorias, y así fue como Bernabela, aunque sin nombre, pasó a ser parte de una historia que recorrió el mundo entre las páginas de un libro de viajero.

La historia chica cuenta que él tenía tres nombres: Pilquiñán el primero, en su lengua quería decir Flecha del Águila, cosa muy respetable; el segundo, el de bautismo, era Robustiano, por la fecha en que Bernabela lo hizo prisionero de su amor. Pero el que más le gustaba era el tercero, el que nadie conocía, el que ella murmuraba de noche, en su oído, cuando le rogaba que le sembrara un hijo.

ESPÉRAME EN EL DÍA DEL SANTO FUNDADOR

AÑO 1831

El capitán Joaquín de la Torre era un mozo apuesto, moreno y audaz, seductor de ingenuas y amigo de meterse en problemas. Nadie dudaba de su valor en batalla, y los negros lo creían capiango, uno de aquellos soldados-tigre que acompañaban en sus correrías al general Quiroga.

Además de su carácter violento, Joaquín era puntilloso en el cumplimiento de sus promesas, y le había hecho una a su prima, Inés de Quirós, a quien pretendía más allá de lo cuerdo.

Todos aquellos años, mientras guerreaba, comía charqui agusanado y lo vencía el cansancio de interminables cabalgatas, había resistido por el tenaz pensamiento de volver a Córdoba con algún grado más en el ejército para casarse con ella. La madre de Inés, que lo detestaba, ya no podría impedirlo, pues había muerto tiempo atrás.

Pero cuando entró en Córdoba, acompañando a las fuerzas de ocupación del general Echagüe, después que bolearon al general Paz en Calchín, se encontró con que Inés llevaba algún tiempo de casada.

Fue desconcertante en principio, y luego se le volvió insoportable encontrarla casada y, además, rota aquella relación que los unía desde niños, cuando ella, con su expresión de ángel, mentía por él y lo protegía aun sabiendo que la castigarían. Ahora lo eludía de todas formas, se negaba a escucharlo y estaba cercada por una suegra ineludible en su empeño de proteger a su hijo y a su nuera de aquel loco: él.

Entre las virtudes de Joaquín no estaban la paciencia y menos aún la consideración, y pronto lo que había sido proyecto se le volvió despecho, así que un domingo, fuera de sí, se había presentado a la salida de misa mayor y, delante de todos, había jurado a su prima: “En el día del Santo Patrono, esté donde esté, vendré a buscarte”.

Por eso, en San Jerónimo, cuando lo despertó la primera campanada de las completas, se enderezó, atontado de sueño y de cansancio, y se ordenó ponerse de pie recordando que era la fiesta del santo. Le costó comprender dónde se hallaba, hasta que el olor a asado, las zafaduras y las risas de los soldados, amén de las órdenes que repartían a destajo los

oficiales santafesinos, le hicieron saber que estaba en el campamento que habían levantado más allá del Pueblito.

Luego de sacudirse la chaquetilla y los pantalones y pasarse los dedos por el pelo alborotado, echó un vistazo a su alrededor y comenzó a atravesar el terreno por la parte más oscura de la noche: la orilla bordeada de árboles que mantenían sus sombras en movimiento, facilitándole la retirada.

Esquivando la guardia, saltó la pirca y dejó atrás el acantonamiento, con sus tiendas y corrales improvisados. No tomaría montura de ellos, temiendo que su mala suerte le pusiera un oficial superior al paso, de los que tenían orden de vigilarlo para que no bajara a la ciudad, pues se le había ordenado dejar en paz a los Quirós.

Un viento helado le sacudió la fatiga y caminó hasta la primera pulpería, donde se apropió de un caballo, y con la tristeza de la sangre pesándole en los miembros, costó La Toma entre acequias y ranchos de indios. Sentía necesidad de bebidas y emociones fuertes, pero el recuerdo de Inés lo obligó a emprender el galope que sólo menguó al entrar en las calles empedradas.

Una vez allí, esquivó borrachos, se descubrió ante unas beatas desveladas en caridades, olisqueó los jazmines tras los tapiales y se condolió de un negro castigado, acurrucado en un portal, adormecido de tristeza por no haber podido acudir al jolgorio de los suyos. Oyó retazos de música, risas y rezos, amén del susurro de alguna pareja, en un baldío, dispuesta a engendrar, a pesar de la matanza, un mestizo, un mulato, un cuarterón.

Las calles mejoraban y a treinta metros de la casa de los Quirós desmontó y ató firmemente las riendas al palenque de un vecino, pensando en tener el caballo a mano por si conseguía robarse a su prima.

Luego de olfatear la noche como un cazador nocturno, caminó por la vereda, frente a la casa donde vivía Inés, distinguiendo por las ventanas de la sala al absurdo marido de su prima —se decía que no eran las mujeres precisamente de su gusto— y a la madre de éste —doña Jacoba—, que parecía un marimacho en tocado de viudas.

Ambos muy en dueños de ganado ajeno, pensó con furia.

Caminando en un silencio cauteloso, se acercó a una casa que, al contrario de las del resto de la cuadra, mantenía sus puertas y ventanas cerradas. Allí se disimuló en el portal, embargado de una vaga inquietud, pero sabiendo que la puerta no se abriría: el crespón negro anunciaba que estaban de duelo, pero cerrados al velatorio. En aquellos tiempos de guerra, seguramente aún no les habían entregado el cuerpo. Nadie, por lo tanto, saldría a importunarlo. Todas las diligencias se harían por la puerta de servicio.

En la oscuridad, Joaquín armó un cigarrillo mientras discurría el modo de llegar a Inés sin que lo detuvieran. El chispazo del yesquero le

iluminó el rostro (hermoso, cruel y algo pálido después del combate) y al levantar los ojos se sintió mareado: la noche, sobre él, parecía atraerlo con el movimiento de las constelaciones.

De pronto, por la ventana de los Quirós se oyó el sonido de una guitarra y, como una caricia, la voz de Inés entonó un cielito que hablaba de amores desdeñados y corazones impregnados de tristezas. Mientras cada nota lo traspasaba como un puñal, apareció por la esquina una delegación de estudiantes del Monserrat, con togas, birretes y cencerros, además de un chifle de caña disimulado entre las ropas. Entonaban estribillos maliciosos y trepaban a las rejas solicitando “una contribución forzosa”, so pena de airear los pecados de los remisos en caso de que no los complacieran.

Inés, reclamada por sus coplas y requiebros, se asomó a la reja y por unos minutos el capitán pudo observar en ella esa inconsolable coquetería de las mujeres virtuosas por decreto.

En el tumulto que provocó el tintineo de las monedas que ella les arrojó, Joaquín aplastó el cigarro con la bota, cruzó la calzada y se metió en el zaguán de su prima sin que Bartolo, el negro que vigilaba la entrada, pudiera nombrar a Cristo.

Ya dentro de la fortaleza, dejó el sombrero en el poyo, se acomodó el cuchillo a la cintura y se asomó, al reparo de la penumbra, a la sala iluminada. Y aunque de reojo distinguió en el patio del aljibe a un criado, que al verlo se santiguó mientras retrocedía hacia los fondos, no se inmutó.

En la sala, los dueños de casa ignoraban lo que los servidores ya sabían: que el capitán estaba en el solar, dispuesto a cumplir su malhadada promesa. Porque si en los círculos de “ilustrados” lo mentaban “piel de Judas y carne de horca”, descansaban en la certeza de que entre el obispo y el general habían de meterlo en cauce.

Pero en los últimos patios de esas mismas moradas los domésticos sabían que el capitán había jurado, con la mano donde correspondía, que por sus partes viriles conseguiría el amor o tomaría la vida de su prima. Y entre la gente que come junto al fuego, que duerme sobre el piso, que corta el pan con la mano y mata la gallina sin usar el filo, aquello era mucho jurar. Eso, sin sumarle lo que ellos creían como artículo de fe y los señores rechazaban como superstición de ignorantes: que Joaquín era capiango desde la batalla de La Tablada, por haber “chupado” el ánimo de un soldado-tigre que expiró en sus brazos.

Por entonces Bartolo, que muy prudente había dado la vuelta por los fondos, comunicó a quien quisiera escucharlo que había visto al capitán cerrar los dedos sobre la empuñadura del cuchillo, donde había hecho grabar unos días atrás: “En la Muerte serás Mía”.

Joaquín pasó a la sala, donde tanto buen ciudadano se divertía decorosamente entre murmullos impostados, tintineo de copas y gemido de

caireles. Varios negros con sus violines tocaban aires ligeros a los que conseguían dar un ritmo alegre e interminable, y los caballeros, de levita y lazo, se mantenían de pie mientras las damas, enjoyadas y escotadas, disimulaban la hendidura entre los senos con algún ramillete de jazmines o madreselvas. Las ancianas que acompañaban a doña Jacoba, sobre el estrado, respunteaban, con agujas de palabras, los próximos enlaces de sus vástagos sin prestar atención a las jóvenes casadas, que se distinguían por una especie de melancolía que flotaba entre la última enfermedad de sus niños, la preocupación de una nueva gravidez y la obsesión de algún galán disimulado que, en misa, las seguía con los ojos.

Apartada de todas ellas, Joaquín distinguió a Inés, sentada ante la reja; se la veía muy bella, con sus hombros descubiertos y el peinado despejándole el perfil angélico, envuelta en un remoto misterio, con la vista prendida en el crespón negro de la puerta de enfrente. ¿Quizá lo había vislumbrado entre las sombras? ¿Habría tenido una de aquellas intuiciones que los habían unido desde la niñez? Y, ¿qué pensaría aquella “virgen de vestir”? La envolvía un enigmático aire de abandono, como si estuviera en la Torre de Babel, ignorante de todos los idiomas que se hablaban a su alrededor.

Con estas preguntas, Joaquín se dirigió hacia ella, atravesando la sala sin que nadie se desmayara al verlo. Cuando ya estaba cerca, Inés se volvió y dibujó una sonrisa en sus ojos del color de las algas que aparecen después de las crecidas. Y él, enternecido, ignorando que aquella sonrisa no le estaba destinada —no había sido reconocido por ella, pues no llevaba sus graciosos quevedos—, quitó la mano del puñal y se le acercó sin apuro: no era cuestión de rendir sus banderas por una simple sonrisa...

Se detuvo frente a ella y se observaron. La mirada de la joven se trocó en espanto y volvió el rostro hacia los invitados como pidiendo auxilio, pero nadie se fijaba en ellos. Sonriendo, Joaquín tendió la mano y, sin acertar a resistirse, su prima le entregó la suya. Y con el intangible poder del varón en celo, rodeó la cintura de Inés transmitiéndole una languidez helada.

Comenzaron a bailar, él guiándola hacia el zaguán, con la intención de ganar la calle, todo sin cruzar palabra; porque esa noche, se había jurado, o se la llevaba con él, o la mataba. Hubiera deseado hablarle —sabía que era uno de sus encantos aquella voz suya, viril y persuasiva—, pero temió romper el hechizo que lo hacía a él invisible entre los invitados y a Inés, obediente.

Sin poder contenerse, apoyó la barbilla sobre la frente de ella, deseando aquel cuerpo prohibido, hambriento de su virtud que, con el marido que le habían impuesto, aguardaba por un amor como el suyo.

La joven bailaba, en tanto, como si no tuviera conciencia de sus cuerpos y él imaginó la pagana belleza de su pelo, esa cabellera que delataba en ella una naturaleza más sensual que candorosa, derramándose sobre la almohada. Y perdido en aquella ensoñación, anheló

el lecho matrimonial en las noches de tormenta, el amoroso adormecimiento del alba, los besos debidos al amor atestiguado ante dos firmas y una bendición; anheló especialmente dormir con ella sobre la misma sábana, y cruzar las habitaciones como dueño y señor, encender las lámparas al atardecer, escuchar las voces familiares repitiendo el santo rosario y ayunar cuando ella lo ordenara.

En el recuerdo, añoró las escapadas a la siesta, a mojarse en el arroyo que cruzaba la vieja estancia de Salsipuedes, donde habían jugado, en lejanos veranos, con sus primos, los Maldonado, los Ceballos, los Loza.

Volvió en sí cuando Inés le transmitió, seguramente sin quererlo, aquel dulce abandono de la infancia, cuando él la sustraía del cuidado de la niñera para embarcarla en juegos peligrosos y sus madres terminaban inevitablemente riñendo. Y no supo por qué, en vez de besarla, apoyó la mejilla en la cabellera de ella, que olía a sándalo y no a incienso.

Afuera, en la noche de San Jerónimo, petardos, tambores, coplas y campanas daban a la ciudad un aire festivo, haciéndole olvidar las muertes y los agravios de aquellos días de guerra.

En el segundo patio, una de las mulatas hizo llamar al marido de Inés y deslizó en su oído el secreto de la presencia del capitán; el estupor y la consternación descompusieron el rostro del joven, que ordenó a la muchacha que fuera por un gendarme mientras él corría a conseguirse un arma.

Algunos invitados ya se despedían y Joaquín comprendió que la magia llegaba a su fin: desde el salón, alguien observaba, curioso, la penumbra del zaguán, donde él había llevado a Inés.

Debía partir; el episodio, tan perfecto, no debía ser arruinado por escándalo alguno. Sin soltar la mano de la joven se la llevó a los labios y la besó larga, tierna, fervorosamente, sintiendo que a él se le humedecían los ojos y a ella se le encendía la piel.

Comenzó a retroceder hacia la salida, cada vez más pálido, cada vez más desgarrado, y en el momento en que sus dedos iban a separarse Inés, con aquel entendimiento que los unía desde niños, comprendió algo (que quizá no era lo que Joaquín esperaba que comprendiese) y sus dedos se ciñeron a la muñeca de su primo, atrayéndolo hacia ella. Empinándose en sus zapatos de baile, apoyó la diestra sobre el corazón de él y rozó los labios del capitán con los suyos, que ardían. Luego, asustada pero no arrepentida, retrocedió unos pasos.

Joaquín desfalleció y vio en los ojos de su prima aquella expresión de quien conoce un secreto que el otro ignora y vislumbró un sentimiento profundo, teñido de una desesperación tan reveladora, que se sintió morir. Y bañado en aquel afecto, su egoísmo cedió y se dijo que debía irse para

siempre y vivir el resto de su existencia con el resplandor del beso concedido y no robado.

De pronto, como perdido en una batalla, escuchó en su interior ayes, lamentos y suspiros de muerte y el oscuro conocimiento de las sombras le despertó una inútil vehemencia en las venas...

En tanto, el invitado receloso se acercó al umbral de la sala, temiendo encontrarse con el mismísimo Joaquín de la Torre, quien, contrariando leyes sociales y jurídicas, mandatos de generales y el poder de la Iglesia, hubiera recorrido las cientos de leguas que creía lo separaban de Córdoba y de Inés, para dar gusto a su perfidia.

El buen señor, asustado pero sintiendo la inalienable debilidad de defender a la dama, señaló hacia la sombra de Joaquín como lanzando un *vade retro*:

—Espere usted. ¿Quién le ha...?

Pero la sombra de Joaquín desapareció en las sombras de la calle y el comedido, al llegar junto a la joven, sorprendió tal infelicidad en su rostro, tal desmadejamiento en sus miembros, que dio un grito y la sostuvo al tiempo que aparecía Alejandro —ya con sus pistolas— para recibir a su mujer en brazos.

—¿Era el maldito? —preguntó, pero no era necesario que le respondieran pues el estado de Inés proclamaba la infamia.

Alejandro entregó aquel cuerpo sin fuerzas a su madre, quien, asistida por otras matronas, la cargó hasta el sillón mayor y allí la recostaron con frases susurradas y cortas exclamaciones de indignación, rodeándola como un enjambre encargado de protegerla.

El joven y sus amigos, entre tanto, recorrieron las calles con pistolas y sables en la mano. Entraron en los templos por si se había guarecido en ellos, buscando la inmunidad de lo sagrado, interrogaron a paseantes y zamarrearon a negros bebidos que festejaban alegremente su día festivo. Y creyendo en lo que no creían, espionaron, aterrados, las cumbreras de los techos, las copas de los árboles, esperando que desde allí el capiango saltara a devorarlos.

Largo rato después volvieron de la incursión y al entrar en la sala encontraron a Inés reclinada sobre almohadones, sola en el sillón; con la excusa de sus ahogos, había conseguido alejar a las mujeres. Alejandro se acercó a interrogarla, pero no pudo hacerlo: por primera vez desde que se conocían, intuyó el resignado afecto con que lo observó al levantar sus increíbles ojos.

—¡Querida! —murmuró y, arrodillándose a su lado, incapaz de soportar la culpa de tenerla atada a él irremediablemente, la abrazó, le acarició el cuello y abrigó con su levita los desnudos hombros de Inés, consciente de realizar un rito amoroso pero inútil.

La música había cesado y todos hablaban quedo.

Afuera, frente a los arcos del Cabildo, con la brisa de medianoche inquietando las acequias, una patrulla avanzaba al trote, hacia la cuadra de los Quirós; con la mano enguantada sosteniéndole el corazón que naufragaba en sinrazones, el oficial al mando buscaba las palabras que debía pronunciar, sin encontrarlas en todo el Manual de Protocolo que le venía a la memoria.

En la casona aún iluminada, entre las infusiones que iban y venían y los licores hurtados al ojo de doña Jacoba, alguien los oyó llegar y se asomó a la reja.

—Debe haberse notado en el cuartel la escapada del capitán, pues una patrulla se ha detenido en la casa de su madre.

—Esta vez lo fusilan. Echagüe no se anda en chiquitas —dijo el que lo había descubierto en el zaguán.

—No han de pillarlo —dijo otro invitado—. Yo estaba aquí mismo cuando gritaste y por esa puerta no entró. No está en su casa.

Alejandro se acercó a la ventana, pero Inés continuó bebiendo su tisana con reservada serenidad, sin padecer ni un sobresalto.

En los fuertes golpes del aldabón sobre la puerta —vivían frente a frente los Quirós y los de la Torre— hubo como un tartamudeo del destino.

El miradero de la puerta se abrió y después del “¿Quién es?” de la criada, y a la contestación del oficial, se abrió una de las hojas con mucho ruido de cerrojo y apareció la madre de Joaquín, de luto y con el rosario en la mano, el rostro cubierto con una gasa negra.

—¿Qué quieren ahora? —amonestó al edecán y señaló a los mirones que balconeaban desde el frente—. ¿Es que esos Quirós han vuelto a mentir que mi pobrecito Joaquín los anda molestando? ¿Es que no saben, con tanta jarana que llevan festejando al santo, que estamos de duelo, y aún sin el cuerpo? ¿Ni en la tumba lo han de dejar en paz? ¡Mi hijo muerto y ellos de convite! —sollozó la matrona.

—Señora —se descubrió la cabeza el militar—. Lamento el trance por el que usted ha pasado. Pero ha sucedido... un milagro, madam. Me disponía yo a traerle el cuerpo de su hijo, cuando el capitán de la Torre ha vuelto en sí, diciendo que el beso de la Virgen lo había arrancado del infierno. Viene hacia acá, señora, en la sopanda del general. He querido adelantarme para hacérselo saber, pues temí que su corazón de madre no resistiera la impresión.

En la baraúnda de desmayos y exclamaciones de espanto, Alejandro se volvió y observó a Inés, que seguía bebiendo de la taza en santo recogimiento. Y entonces comprendió que el secreto de ella era doblemente secreto, pues en la sonrisa vagamente insinuada, en la mirada satisfecha de su esposa, supo él que ella sabía que el que se había introducido en su casa era un espectro y que con el beso le había devuelto el aliento.

Con la última negrura que precede al alba, Alejandro escapó de la tiranía de su madre, mientras su intocada esposa dormía en paz —quizá soñando los mismos sueños que, del otro lado de la calle, soñaba el capiango redimido—, y con su más querido amigo galopó hasta reunirse con las huestes del general Lamadrid, que se aprestaba a cruzar el calvario de las salinas del oeste.

Mucho después, el amigo aquel les hizo saber que había muerto de extenuación y frío, mientras intentaban cruzar la cordillera de los Andes para buscar refugio en Chile.

Transcurrido un tiempo prudencial —avalado por el señor obispo—, libre ya Inés de su gentil marido y cerrando cancelas a doña Jacoba, se unió la joven a su primo, con las debidas dispensas, y ni las beatas opusieron rima al desposorio ya que Joaquín resucitado dejó las armas y se volvió hacendado —duro oficio por aquellos años—, pagando diezmo a la curia y regalías al Cabildo, sosteniendo, además, la Casa de Huérfanas.

Decían que era de verlo, algo menos sombrío, pero siempre muy guapo, asistir a misa sin faltar un domingo, en erguida devoción hacia el Misericordioso y hacia la mujer tan largamente amada y de la que por fin era —hay quien aseguró que apasionadamente— amado.

Los negros aseguraban, sin embargo, que una vez al año, por San Jerónimo, dormía un día entero para que el capiango que llevaba adentro vagara por las sombras invisibles buscando matar con una necesidad tan descarnada, que el Señor de los Ejércitos le daba alivio en feroces combates con hombres tan sanguinarios como él, hombres que habían muerto en diversas lides, en infinitas reyertas, pero sin el beso de una virgen para redimirlos.

LA NIÑA QUE SUEÑA

AÑO 1840

Los más lejanos recuerdos de Solana estaban impregnados de soledad y desarraigo. Su orfandad, y una especie de confusión mental que para nada la hacía desdichada, pero que a todos intranquilizaba, la habían llevado por un interminable deambular, adaptándose a sucesivos primos, a tías gruñonas, a “yayas” que no le dispensaban el mismo trato que a los niños de la familia.

Y ya sin saber qué hacer con ella, apenas pasada la adolescencia, los parientes se la enviaron a doña Ascensión, la señora mayor de la familia, con la excusa de que sirviera de báculo a su vejez.

Doña Ascensión vivía en Todos los Santos, un caserío perdido entre las sierras de Ascochinga, y como hasta allí no habían llegado los rumores de las rarezas de su sobrina, aceptó recibirla.

La anciana y su criada le tomaron apego y si bien en el pueblo pronto comenzaron a susurrar que la jovencita veía cosas vedadas —criaturas perdidas en un recodo del tiempo, lanzadas por un desatinado latir del Reloj Eterno—, ellas lo simplificaban en que la niña era mística. La negra Nazareth llegó a decir que su ama la hubiera recibido “aunque tuviese rabo”, tal era su corazón de panal.

Fue en la pieza que le destinó la señora, con arcones que olían a fruta para perfumar la ropa y a pimienta en grano para evitar la polilla, con el lecho de baldaquino y la mesita donde, en urna de cristal, dormía el Niño Dios entre flores secas, que las visiones que martirizaban a Solana desde que tenía uso de razón se intensificaron.

En realidad, la negra, en quien el cristianismo era ropaje y no carne, desde el primer momento trató de protegerla con rituales casi olvidados, de viejos entes africanos, mucho más espantables que el Maligno, al que las beatas se referían con gesticulaciones y sobreentendidos.

Lo que Nazareth imaginaba era una horda que olía peor que azufre, era esa horda que sus mayores habían invocado junto al fuego, en noches de matanza de gallos y gatos negros, de enjugarse las manos con sangre y de beber ron con especias mientras gangueaban, por la costa del río, canciones en lenguas perdidas.

No hubiera tenido miedo en la ciudad, aclaraba la negra. ¡Cómo tenerlo, en aquel bastión de Cristo, erizado de santas torres, con tanto

hábito por la calle, y las campanas llamando todo el día a las horas canónicas o a misas de perpetuidad!

A veces, mientras Solana la ayudaba en la huerta, le enumeraba los templos y los conventos, y agregaba los fortines de la tenacidad de los jesuitas que, aunque abandonados desde su extrañamiento, seguían protegiendo, aunque a distancia, aquella ciudad abrazada por un río aletargado: Alta Gracia, Santa Catalina, Jesús María, Caroya y la Candelaria, y más al sur, San Ignacio de Calamuchita.

Y usando la azada para retirar las piedras de los surcos que iba abriendo, agregaba la negra:

—Ya lo decía tu abuelita: cuando echaron a la Compañía de Jesús, los diablos se relamieron. Nunca se ha sabido que le temblaran a San Francisco, que era un pan de Dios; ni a la Virgencita de la Merced, la consentida de Belgrano, que yo no sé, pero de cinco batallas, le hacía ganar una. Ni a Santo Domingo, que se entretenía en buscar al Malo en el pellejo de los herejes y siempre salió burlado. San Ignacio es otra cosa, con él no se juega; lleva espada. Y como un mal rey mandó expulsarlo de estas tierras, no tenemos quien nos proteja.

Enderezándose a duras penas, Nazareth se sobaba la rabadilla martirizada antes de seguir con su rezongo:

—Por eso los diablos han metido la cola y acá estamos, peleándonos entre hermanos. Porque, decime, ¿en qué se distinguen unitarios de federales? Todos matan, todos roban, nada respetan...

Así andaban las cosas por el solar de la viuda, pero algo vino a cambiar tanta preocupación. Y fue que un anochecer, después del rosario, mientras se dedicaban a hacer velas usando como pabito viejas cartas de amor de la señora, Solana, tímidamente, comenzó a hablarles de ese mundo mágico que se desenvolvía en medio de la noche, tras los cortinados de su cama, entre las brumas del sueño.

Sentadas en la sala donde unas pocas candelas apenas si alcanzaban a desterrar la negrura más inmediata, doña Ascensión y Nazareth la escucharon —primero asustadas, luego preocupadas, y finalmente embelesadas— contar cómo el Niño Dios salía al amanecer de su cuna para descansar junto con ella, recogido en su abrazo.

Y al adentrarse en la maraña mágica del espíritu de la joven, la negra dejó de martirizarla con su pasaje de manos y frotaduras de hierbas, rezos y ensalmos de medianoche, porque ningún engendro concebido en la Costa de Marfil (que identificaba sus demonios ancestrales) podía prevalecer en aquella habitación santificada por la castidad de Solana y la presencia del Santo Infante.

Fuera de la casa de doña Ascensión, otros sentimientos acechaban a la joven: Leonor Nieto, la hija mayor del hacendado del lugar, había

concebido por ella una aversión indisimulada. El motivo era uno de los más viejos del mundo: Leonor amaba con obstinación a su primo, Rafael Montano, pero el mozo penaba de amor por Solana y se negaba a desposar a su prometida.

Ya los Nieto y los Montano habían intentado convencerlo de que, por el bien patrimonial de ambas familias, era necesaria la unión sacramentada con su prima, pero éste no escuchaba jueces ni preces, plantado en que amaba a la joven que criaba la hidalga de noble riñón aunque menguados recursos.

El mozo, ebrio de amor, la espiaba por sobre las tapias, cantaba de noche ante la ventana de la joven tonadas simplonas, y no se privaba de trepar a los techos y enfocar el catalejo del bisabuelo hacia el recatado patio de doña Ascensión, donde Solana se bañaba bajo el magnolio para atemperar el bochorno de la siesta.

Por este comportamiento de Rafael y porque Leonor no era estimada por muchos, es que ambos terminaron siendo motivo de cuanta broma corría por el pueblo.

El amor del señor juez por la huérfana, en cambio, era discreto; se conformaba con pasar tarde por tarde a informar a la señora de cómo iban sus juicios de lindes o de aguas, de vacas robadas o ranchos usurpados, mientras sus ojos tristes, de viejo que sabe que nunca será amado, se posaban en la cabellera de la muchacha, en su frente límpida, en su mirada inocente.

Nunca llegó a poner en palabras sus anhelos, coartado por la voluntad del cura del lugar, que estaba empeñado en convencer a la viuda de que la huérfana debía ingresar a monja.

Era muy peligroso, sostenía el padre Atanasio, que una jovencita tan bella y sin dinero, con pocas posibilidades de casarse dentro de su clase debido a sus defectos —la pobreza y la imaginación—, soñara que el Niño Jesús salía de la urna para dormir sobre sus pechos. Y creyendo en una especie absurda que decía que doña Ascensión era dueña de un “tapado” de monedas cuzqueñas, se ilusionaba en derivar aquellos dos buenos caudales (la sobrada castidad de la doncella, la imaginaria fortuna de la vieja) a las arcas de un convento.

Así, con Leonor impacientándose con que su primo comprendiera razones de familia, sin andar echando ojos y deseando poner manos sobre la huérfana; con el poder judicial mirándola tarde tras tarde con ojos de carnero degollado, y con el fraile insistiendo en que el Espíritu Santo la quería de hábito, las cosas sobrenaturales que anidaban en las sombras de su lecho, el Niño que la visitaba en sueños y dejaba un hueco cálido en su almohada, terminaron pareciéndole a Solana más comprensibles que la realidad.

Un mediodía, mientras sacaba agua del pozo de la huerta, vio pasar las huestes de Lavalle, que venían huyendo del desastre de Quebracho Herrado. Sobre el muro derruido, un soldado estiró la mano tiznada de pólvora y manchada de sangre, implorando agua, más con el gesto que con la palabra.

Sin hacerse rogar, Solana le alcanzó el jarro y luego dio de beber al resto de los soldados hasta que aplacaron la sed, ignorando que el pueblo se había encerrado porque las tropas “celestes” —o unitarias— tenían fama de salvajes, diciéndose que trataban con tanto agravio a amigos como a enemigos. Sin embargo, ninguno de aquellos hombres la miró con lujuria ni soltó palabrota: ella les colmó los chifles en un silencio que cayó sobre los desgraciados como bálsamo; ellos, agradecidos, no requisaron ni robaron en el poblado, sino que partieron envueltos en una polvareda ocre, hacia la sed, el hambre y el ocaso final.

Nazareth, que se había escondido en el gallinero, salió de allí para amonestarla por lo que había hecho.

—¿No sabés que son hombres de Lavalle y que Oribe les viene pisando el rastro? En un día lo tendremos acá al general, y segurito que si no otro, Leonor es bien capaz de denunciarte. ¿Qué harás entonces?, ¿qué le dirás al general de la Federación?

—Le diré que lo mismo hubiera hecho por sus hombres —respondió Solana, que no entendía aquellos enredos; nada le sugería la mazorca colorada, y mucho menos el junquillo celeste.

Un hombre con sed, agotado, malherido, era un hombre atrapado en el callejón del Destino, así que, en paz consigo misma, continuó regando coles y zanahorias mientras suspiraba: “¡Quién cultivara rosas! ¡Quién pudiera amamantar al Niño!”.

Pronto llegó el ejército colorado: eran hombres aguerridos, de brillantes uniformes, mejor comidos y hasta con banda de música.

El general Oribe era pequeño y apuesto, calzaba una impresionante casaca, botas francesas y tricornio. Pronto dejó sentado que si iban a requisar, a despojar, a matar, se haría legalmente, con papeles sellados y breves explicaciones que constaban en letra menuda.

La subversión unitaria no cundiría en Todos los Santos, aclaró al señor juez que, de pie en su propio despacho, contemplaba cómo Oribe, que ocupaba el sillón de la ley, acababa con el mejor clarete de la casa.

—Somos el Orden Federal —acentuó el uruguayo, levantando hacia el anciano un rostro hermoso y helado. El juez, sudando, asintió vigorosamente con la cabeza.

Hubo en aquel momento un tumulto y Leonor Nieto, que huía del edecán, cayó de rodillas ante Oribe, barbotando frases como “enemigos de la Santa Causa”, “asesinos de Dorrego”, “traidoras guarecidas entre la

gente de bien”, y de un tirón nombró a la huérfana que tenía atragantada y a dos desgraciadas que metió para disimular: Pascuala la fortinera y Martina la cuartelera. La primera había bajado del Río Seco para asistir a su madre moribunda; ante el requiebro malicioso de un soldado de Lavalle, le había arrojado un limón. La segunda venía siguiendo al ejército unitario y, estando al parir, había sido abandonada en el pueblo para que no entorpeciera el cruce de las grandes salinas, hacia Catamarca.

Oribe —don Juan Manuel de Rosas había comisionado al general uruguayo para acorralar a Lavalle— prometió investigar y promover un castigo ejemplar para tan descaradas enemigas, que se creían amparadas en su condición de hembras.

No pasó más de un día cuando, con gran alboroto, las dos infelices fueron arrastradas al despacho del juez para que escucharan la sentencia.

Con Solana fue otro cantar: doña Ascensión se negó a entregarla, actitud cimentada en siglos de nunca olvidados privilegios de conquistadores y encomenderos, revolucionarios de primer orden y pensadores de segunda, de algún lejano mártir franciscano y un recordado obispo quemalibros.

Los soldados que fueron a prenderla se detuvieron ante la transparente mirada de Solana como si presintieran el umbral del sacrilegio; ¡si parecía una imagen de vestir, intocada y pura como los nombres de María Santísima!

Cuando volvían sin la prisionera, uno tartamudeó:

—¿Vieron? ¡Mismamente tenía una luz sobre la cabeza!

—Sería el sol que entraba por la puerta, so bestia —rezongó el sargento, inquieto, pues bien veía que el sol estaba sobre las tejas y no pasaría por aquella abertura hasta el atardecer.

Doña Ascensión no arriesgó una segunda oportunidad; se atrincheró a piedra y lodo, encerró a Solana en el dormitorio y se guardó la llave en el seno, entre camisolas, justillos y corpiños. Que la tomara de ahí quien se atreviera.

Una hora después llegó el señor juez con un oficial, pero como la señora entendía que sus fueros eran inalienables, los despidió con cajas destempladas.

Hubo un cónclave apresurado en casa de los Nieto, entre el estanciero, el cura y el letrado. Algún malicioso dijo que sólo faltaba el pulpero para que todas las fuerzas vivas del poblado estuvieran representadas.

Leonor, entre tanto, había recibido una tunda de su madre; no era cuestión de andar denunciando iguales, que nunca se sabía cuándo vendrían las tornas... Claro que, dadas así las cosas, quizás ahora Rafael entrara en razones; el verano iba para seco y bien les vendría contar con las vertientes que nacían en los campos de los Montano.

Finalmente se confió la misión a don Teodoro, el padre de Leonor, quien con gentiles maneras entró en la fortaleza y pidió que Solana estuviera presente para escuchar lo que venía a decirles. Dio ante la joven un cumplido discurso, cargado a cuenta de Oribe, con amenazas sobre la tía y la criada si ella se declaraba en desacato.

—Total, niña, sólo será un escarmiento. Te cortarán el pelo y sanseacabó. Y el pelo, vamos, qué es sino una mundanidad, sin contar que te crecerá en un tris.

La secreta verdad era que ni él ni el juez estaban seguros de que allí acabara el castigo, prefiriendo no especular si al insulto seguiría la injuria. Pero habían decidido —con el veto del fraile— que “por el bien común” sacrificarían a la santa entre las alegres para evitar malentendidos con el general.

Solana, sin entender de qué se la acusaba, aceptó por amor a las ancianas. Se presentó donde le ordenaron, escuchó la sentencia y a su debido tiempo compareció en la plaza.

Un silencio de misa se hizo cuando caminó, indiferente, hacia el oprobio. Iba vestida de blanco, con sencillez y, por evitar trabajos al verdugo, llevaba suelta la cabellera de arcángel.

Doña Ascensión, que había cedido por temor a que su actitud acarrearía mayores daños a la sobrina, obtuvo la gracia de que se la mantuviera apartada de las prostitutas, de manera que al pie del tablado dispusieron una tarima para ella.

Solana parecía envuelta en una de sus ensoñaciones, pero al ver cómo maltrataban a las reas mientras los mirones se divertían —la gente principal estaba en primera fila, pues habían sacado los sillones a la plaza—, bajó de la tarima, subió al tablado y dijo al verdugo:

—Deje usted, que yo haré el trabajo tan bien como usía... aunque con más misericordia —y tomando las tijeras (que no eran otras que las de tusar caballos) alentó a ambas mujeres—: Ánimo, hermanas; hay que pasar por esto. Recemos el Dios te Salve.

La cuartelera, ante su gesto, cayó de rodillas y le besó las manos. Su vientre abultado y el dolor en su rostro sumido por el hambre hicieron saltar lágrimas a Solana, que la tomó por los codos, la ayudó a levantarse y, con gesto fraterno, cortó las mechas salvajes a conformidad del oficial. Luego, mientras las infelices se abrazaban en su vergüenza, Solana dijo con firmeza:

—Jamás varón alguno me ha tocado; que sea Leonor Nieto quien corte mi pelo.

Su rival, que estaba sentada en primera fila, palideció, se puso de pie, quiso dar un paso y cayó como fulminada. Sus familiares tuvieron que sacarla en andas mientras el pueblo humilde susurraba que el castigo le había llegado como le place al Todopoderoso, sin palo y sin piedra.

Doña Ascensión suplicó al oficial permiso para ser ella quien cortara el cabello de la joven y el hombre, sin habla, consintió con un ademán.

—Corte bien arriba, tiíta —indicó Solana—, que si el señor obispo lo permite, donaré mi pelo para la Virgen de Candonga, aunque no sea yo una Amuchástegui.

El padre Atanasio mandó de inmediato al monaguillo por un mantel de altar para recoger la ofrenda y doña Ascensión a Nazareth por sus tijeras de oro, a las que sumergieron en agua bendita. Para entonces, lo que había comenzado con chanzas y chillidos se mantuvo en un silencio de consagración.

El oficial carraspeó y murmuró:

—No corte tan alto, vamos, señora —y después, los hombros cuadrados ante el rigor de la escena, agregó—: Ya, ya; no hay que exagerar.

Con la última guedeja, mientras envolvían la rubia cabellera en la blancura del lino, siendo solamente las seis de una tarde de verano, una súbita oscuridad cayó sobre el poblado.

No hubo, como se dijo después, ni truenos ni ráfagas ni temblores: sólo una sofocante, silenciosa negrura que se reclinó sobre la tierra en la más pasmosa mansedumbre mientras Solana se sumía en un estado de inconsciencia.

Nazareth, las beatas y la tía se afanaron alrededor de ella. Una le tomó las manos y se las besó, musitando: “Están heladas”; otra le quitó las zapatillas y le friccionó los pies, envolviéndoselos con una mantilla. Llenas de aprensión y gimoteando en voz baja, las mujeres transportaron el cuerpo de Solana hasta la casa de su tía, y de allí a la alcoba, seguidas a distancia por Pascuala y Martina que, no osando entrar en la casona, se cobijaron entre las raíces de un sauce y se quedaron en silencio, las miradas perdidas, el entendimiento pendiendo de un hilo.

El pueblo se dispersó y tal parecía que regresaban del Gólgota cuando, acongojados, se refugiaron en sus casas. Oribe, desde la sala del juez, observaba en un silencio que ni sus edecanes se atrevían a romper. Imprevistamente, dio una contraorden.

El oficial que volvía de haber impuesto la condena se encontró a medio camino con el ayudante de campo.

—Ordena el general que nadie toque a esas mujeres.

—Ninguno de mis hombres se atrevería —replicó secamente el otro—, aunque se mandara lo contrario.

Encendieron un pitillo con manos temblorosas y abandonaron la plaza en penumbras como si aquél fuera día de Cenizas.

A la mañana siguiente, Oribe y sus hombres partieron tras el enemigo, pero sólo encontraron pozos contaminados, vertientes secas, ríos de arena. El agua, que generosamente repartiera Solana, se volvió esquiva para ellos. Después que el capellán dedicó un oficio a Nuestra Señora de Nieva, el cielo respondió con un diluvio que parecía destinado a ahogarlos.

Quedaron empantanados, perdieron pertrechos y el ejército de Laval se les esfumó en la neblina de la garúa.

En el pueblo, Solana dormía en un trance del que no lograban despertarla, y cuando quisieron darse cuenta, una horda de espíritus se había adueñado del lugar, apagando fogones e incendiando los techos, secando los pozos tanto como las ubres.

Los cirios se consumían en minutos y los papeles se avejentaban en horas en el despacho del juez. Las cosechas se helaron en pleno estío y todas las tijeras se herrumbraron. La Luz Mala sitiaba el caserío no bien oscurecer y los perros aullaban al cielo noche tras noche, con un lamento que parecía convocar a las ánimas. Aunque el letrado aseguraba que eran cantos gregorianos, el padre Atanasio no pudo confirmarlo, porque teniendo el alma en paz y siendo duro de oído, se dormía en cuanto daban las completas.

La gente comenzó a peregrinar a casa de doña Ascensión y muchos dejaron de visitar a los Nieto: desde el incidente, Leonor había adquirido la costumbre de orinarse en público y despedir ventosidades, y Rafael había huido a Santa Fe para darse a la mala vida.

Murió la madre de la fortinera, y la mujer desapareció después de enterrarla. La cuartelera, en cambio, permaneció por los alrededores, arisca como gato hambreado que teme aceptar la comida que puede volverse cautiverio, y la gente se acostumbró a verla, con su patética preñez, atisbando por los huecos de las tapias de la viuda, o tomando agua de las acequias como un animal enfermo. Nazareth, condolido, le dejaba comida en un plato, como al acaso.

Cuando la aflicción por Solana y las desdichas del pueblo llegaron al colmo, sucedió algo extraño.

Fue al amanecer; Nazareth, que había llegado unos minutos antes para suplantar a su ama, pues entre ambas vigilaban el sueño de la joven, quedó boquiabierto cuando, entre dos parpadeos y un bostezo, vio una monjita orando, casi oculta entre los cortinados de la cama.

Luego de santiguarse, la desconocida se inclinó, besó a la durmiente en los párpados y Solana despertó serenamente. Su primer gesto fue volverse hacia el arca del Niño Dios para exclamar con voz todavía cargada de sueño:

—¡Mi Santo Niño, por qué me has abandonado!

Doña Ascensión, que dormitaba en la desvencijada poltrona, oyó la voz de su sobrina despejándole como un soplo el entendimiento, y abrió los ojos. Lo primero que observó fue a Nazareth, llorando en silencio, como si temiera espantar angelitos, mientras contemplaba a una joven de hábito que conversaba gentilmente con Solana. Luego escuchó la voz de la huérfana contando a la religiosa los sueños que había tenido, sobre

sucesos terribles que atormentaban a Todos los Santos, suplicándole que intercediera para que cesara todo mal y se borrara todo daño.

—...pues bien sabe Diosito que no guardo rencores en mi alma.

—El Señor te concederá lo que pides, pues nunca has pedido nada para ti —le aseguró la monjita. E inclinándose hacia Solana, le preguntó en un susurro:

—¿Sabes quién soy?

La huérfana negó con la cabeza.

—Soy la guardiana de tus sueños —musitó ella, y dejó sobre la almohada un ramo de rosas. Se fue tan discretamente como había entrado y Nazareth, que la siguió hasta la galería mientras se secaba los ojos, volvió diciendo:

—No sé por dónde salió, pero por la puerta no fue.

Doña Ascensión, sin darle importancia, se llevó el índice a la boca, mostrándole el rosario, mientras declaraba entre dos salves:

—Se habrá ido por el huerto.

En la atmósfera intensamente perfumada, mientras rezaban custodiando el ahora pacífico adormecimiento de Solana, les pareció que el ramo de rosas, junto al rostro arrebolado de la joven, brillaba de rocío amanecido.

La mañana llegó con inesperadas alegrías: los pájaros cantaron, las gallinas llenaron de huevos los nidos, las vacas y las cabras recuperaron la leche. El maíz creció en una noche y la campana de la capilla tañó anunciando las gratas noticias, aunque el padre Atanasio sospechó que un pícaro mocoso, camino a juntar leña, le había dado al repique. A las pocas horas, el pelo de Solana había crecido, recuperando parte de su largura.

En los días siguientes, mientras la joven convalecía, comenzaron a llegar los vecinos con modestos presentes: unos huevitos de perdiz, moteados; una piedra de mica que semejaba un espejo; una canasta con los frutos de la pasionaria, de entraña sangrante y dulzor baboso.

Luego se dijo que cuando le llevaban criaturas desmedradas, ella las curaba con el roce de su mano; que su sola conmiseración ponía alimento en la mesa del pobre; que se le había concedido el don de encontrar esquivos manantiales...

Sólo una tristeza tenía la joven: el Niño Santo, bello y frío, no había vuelto a abandonar su lecho de cristal y flores secas para dormir junto a ella.

Cuando Solana mejoró, acompañada de Nazareth y de unas monedas gordas sacadas por su tía de secreto escondite, caminaron hasta San Isidro, donde un grupo de religiosas se había refugiado, huyendo de la ciudad devastada.

Una monja madura, con esbozo de bigote y gruesos espejuelos, las recibió a regañadientes, parapetada detrás de una abertura enrejada que habían abierto a modo de locutorio.

Cohibidas ante su desconfiada autoridad, intentaron explicar que querían agradecer a una hermanita de hábito que...

—Están equivocadas —las interrumpió la superiora, que estaba harta de oír hablar de Solana y sus milagrerías—; mis hijas no son cabras para andar por los montes visitando señoritas con pretensiones de santas.

Cuando la joven y la criada se retiraban, mohínas, vieron un hermoso retrato iluminado y ante la insistencia de Solana, que la reconoció como su benefactora, la priora frunció la nariz, olisqueando la herejía.

—Faltaba más —les endilgó—, que pretendan que Santa Rosa de Lima las haya visitado, siendo que lleva muerta dos siglos a lo menos.

Cuando dejaron el convento, el portero hizo caer la tranca del portón con un ruido de hierro y un toser de maderas a sus espaldas.

La criada y la huérfana, del brazo en la tierna tarde de otoño, tomaron el atajo hacia Todos los Santos.

—¿Será posible que Santa Rosa nos haya visitado? —preguntó, dubitativa, Solana.

—Era ella, Solanita, no hay dudas. ¿De dónde va a sacar una monja rosas en estos descampados?

—¡Si el Niño volviera a abrazarme! —suspiró la joven, tocada por la brisa que aún olía a tomillo.

Cuando entraron en la casa, la encontraron llenas de exclamaciones y sonidos de trastos, y en la alcoba, a doña Ascensión, acompañada de varias mujeres, al parecer, muy inquietas.

—¡Mira! —sollozó y rió la señora a un tiempo, poniéndole en brazos a una criatura recién nacida.

Solana, temblorosa, creyó que era el Sagrado Infante pero en la urna, el Niño le sonreía con la cabeza inclinada hacia ella.

—Lo encontramos acostadito a su lado —susurró una vecina.

—Todavía huele a rosas —dijo una muchachita descalza.

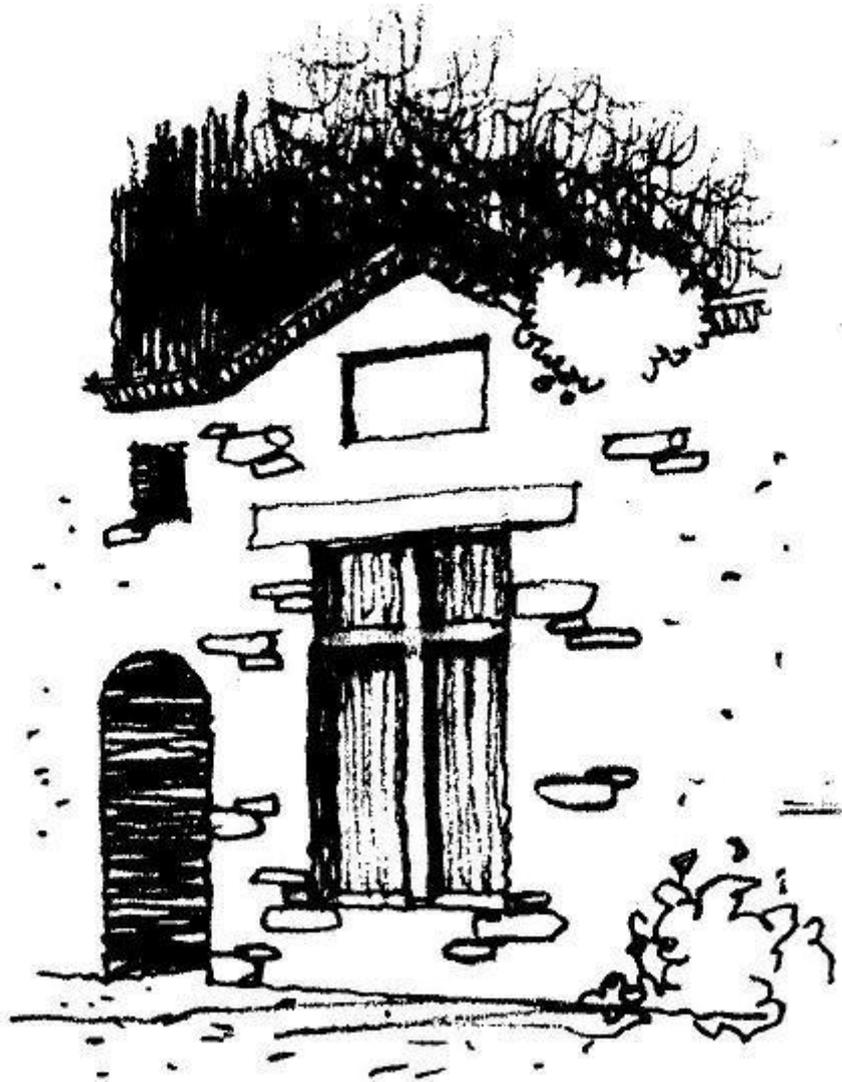
Solana metió la mano en la caja de vidrio: los pétalos, antes resecos y polvorientos, se habían convertido en rosas de otoño, suaves y sin espinas.

Y ante un apremiante instinto, se abrió la blusa y presentó el pecho rosado, el pezón suave y jamás besado, a la boca hambrienta de la criatura. No tenía leche, pero pronto la sintió fluir desde algún rincón secreto de su mente que le ordenaba amamantar al niño.

Rumbo a Catamarca, siguiendo el Camino Real, Martina, la cuartelera, caminaba tras los rezagados de Lavalle con las entrañas desgarradas. A veces se sentaba en el suelo, las manos apretándose el

vientre, dos aureolas oscuras en la tela que rodeaba sus pechos, y recibía la pulla de los soldados sin inmutarse.

Los hombres terminaron por comprender la enormidad de su dolor, entonces, como tocados por un milagro de caridad, le acercaron agua, le ofrecieron un trozo de pan y le vendaron con sus pañuelos los pies sangrantes, para que pudiera seguirlos sobre el mar de sal.



APÉNDICE: APOSTILLAS

Para “Retrato de dama sin nombre”

Las mujeres de la fundación

La fundación de la ciudad de Córdoba presenta connotaciones que la diferencian de otras ciudades de lo que luego sería el territorio argentino.

Uno de estos hechos aludía a que sus fundadores eran hidalgos de casas reconocidas, que sabían leer y escribir en español, y algunos en latín; que venían con ellos sus mujeres, sus hijos, aun los pequeños; que en esa caravana de mujeres, venían también jóvenes casaderas.

Se habían preocupado, además, de traer un maestro para los niños y casi todos, hombres y mujeres, poseían libros y obras de arte, algunos artículos suntuarios y plantas, no sólo de utilidad, como la vid, el olivo, la higuera, sino también de flores, como los famosos gajos de rosas de Blas de Rosales.

Entre las mujeres, se destacaban:

Doña Luisa Martel de los Ríos, panameña, se casó siendo muy joven con Garcilaso de la Vega, padre del Inca Garcilaso; al enviudar, contrajo matrimonio con don Gerónimo Luis de Cabrera, el fundador de Córdoba, con el que tuvo cinco hijos; a la muerte de éste, con Rodríguez de Villafuerte, del cual vivió separada.

Fue mujer de mucho carácter y, además, empresaria de molinos y haciendas, que luchó ante las cortes de España por limpiar el nombre de su esposo, injustamente acusado y vilmente ejecutado por Abreu. Murió en paz cuando consiguió legar a sus hijos la memoria de su padre, sin mancha alguna que pesara sobre la honra de los Cabrera.

Fueron pocos los vecinos que, como los Osorio, la apoyaron en esa lucha.

La india María, mujer del maestro de campo Hernán Mejía Mirabal, tuvo con él varias hijas naturales, que fueron reconocidas por el padre. Estas hijas, al casarse con hombres relevantes de la conquista, fundaron familias principales, como la de los Tejeda, la de los Deza y la de los de la Cámara. María Mejía, como se la llamaba, entendía mucho sobre hierbas y medicina, y se destacaba por su sabiduría. Ya anciana, era consultada en

cosas de importancia por su yerno, el famoso capitán Tristán de Tejeda, que estaba casado con su hija Leonor Mejía Mirabal.

Doña Ana Mejía, hermana de doña Leonor, se casó primeramente con don Pedro de Deza, contador de la Real Hacienda, y después con Alonso de la Cámara. Por mercedes concedidas a uno y otro, se formó la estancia de Jesús María.

La hija de Leonor y del capitán Tristán de Tejeda, llamada también Leonor, fundó el monasterio de Santa Catalina; su hermano Juan fue el padre del poeta Luis de Tejeda que figura en el cuento “Aquesta confusa tierra”. Entre ambos fundaron los dos primeros monasterios de clausura del país: Leonor, el de Santa Catalina de Siena (o de Sena, como figura en antiguos manuscritos), y Juan, el de las Carmelitas Descalzas.

Mujer de importancia fue doña Juana de Abreu, viuda de Pedro Arballo de Albornoz, que residía con su hija, doña Jerónima, bajo el amparo del capitán Blas de Rosales. Entre sus posesiones se menciona un óleo de la Magdalena y un retablo de madera dorada con imágenes de la Verónica.

Doña Jerónima de Albornoz, su hija, casó primero con el capitán Jerónimo de Bustamante, después con Juan Díaz Caballero y por último con el capitán Diego Celis de Quiroga. No pudo fundar un monasterio, como era su deseo, pero años después profesó en el de Santa Catalina de Siena.

Estefanía de Castañeda era hija de Diego de Castañeda; se unió en matrimonio con el escribano Juan Nieto, hombre de gran fortuna. Viuda, volvió a casarse, esta vez con Alonso Nieto de Herrera. En su segunda dote matrimonial figura la primitiva estancia de Alta Gracia.

Isabel de Rosales y su hermana Ana eran dos de las varias hijas naturales del capitán Blas de Rosales. Ana fue esposa de Diego de Cáceres y, al enviudar, tuvo un hijo natural con Damián Osorio. Casó por segunda vez con el capitán Francisco de Escobedo.

A estos nombres hay que agregar los de doña María de Ardiles, Mencía de Contreras, doña Catalina Díaz de Cárdenas, Luisa Martín del Arroyo, doña Ana Lozana, Ana de Mojica, doña Isabel de Salazar, Constanza de Lugo, Isabel Nadal, doña Catalina de Cabrera, doña Catalina de Bustos, doña Ana Caballero, doña Rengifa de Vargas; las Gonzáles, Isabel y María Francesa; las Monforte; la otra María de Mejía...

Y con ellas, otras damas sin nombre.

OBRAS CONSULTADAS:

Lucía Gálvez: *Las mujeres de la Conquista*.

Mabel Pagano: *Malaventura: Vida de Luisa Martel de los Ríos*.

Carlos N. Andrés: *Córdoba la Llana*.

Para “Aquesta confusa tierra”

Sobre la época, el poeta y la ciudad

Durante el siglo XVII, Córdoba exhibió una intensa vida social, cultural y económica, regida por un profundo sentido religioso —a pesar de ostentar el índice más alto de nacimientos naturales e ilegítimos del país— y por costumbres ceremoniosas. Era también Plaza de Armas, sede de la Real Aduana de Puerto Seco y, antes de morir el siglo, también del Obispado del Tucumán. Sus construcciones privadas, religiosas y públicas eran lujosas para la época, con muros de cal y canto, techos de teja y pisos embaldosados.

Córdoba destacaba por contar con colegios de prestigio, una universidad considerada entre las mejores del mundo, el Real Convictorio de Monserrat, cuatro conventos de frailes y dos monasterios de monjas, por entonces y hasta mucho más adelante, únicos en el país.

El comercio de mulas dejaba grandes dividendos que se exteriorizaban en algunas manifestaciones suntuarias que se enumeran en el cuento, datos tomados del libro *La vida suntuaria en Córdoba (siglo XVII)*, del historiador Carlos Luque Colombes.

En ella nació Luis de Tejeda, el primer poeta argentino, en 1604. La familia de Luis de Tejeda era una de las más ricas y antiguas de la provincia. Por su padre, tenía sangre indígena, pues éste era nieto de la famosa India María, mujer respetada por su sabiduría, que aparece brevemente en “Retrato de dama sin nombre”. Por parte de su madre, emparentaba con Santa Teresa de Jesús.

Luis estudió con los jesuitas, y desempeñó los más altos cargos públicos y militares. Luchó contra los piratas holandeses y participó en las guerras calchaquíes, la más cruenta tentativa de los nativos por librarse de los españoles.

Fue hombre de extremos, tironeado entre el misticismo y los escándalos amorosos. Sedujo a mujeres casadas y varias veces estuvo a punto de morir en lecho y en terreno ajenos, por duelos o emboscadas, debido a su fama de donjuán. Entre sus amores, sin embargo, se destaca la historia de Ana Bernal de Mercado, a quien recuerda hasta el fin de sus días.

Ana Bernal pertenecía a una familia empobrecida y desprestigiada, y sus tempestuosos amores con don Luis terminaron luego de un sonado escándalo cuando un enamorado de Ana intentó matarlo en el mismo dormitorio de la joven, aunque sólo salió herido. Para escapar de la ira de su padre, Luis y su hermano, que se había casado secretamente con la hermana de Ana, se entregaron presos en el Cabildo.

La joven tuvo una muerte fulminante y prematura, que algunos estudiosos sospechan fue a causa de un aborto que la madre le obligó a provocarse. Él la recuerda en su obra *El peregrino en Babilonia* bajo el pseudónimo de “Anarda”. El episodio de la tormenta que abre las puertas de la cárcel para que él pueda acudir a su velatorio, la disputa con la madre de ella, la intervención del franciscano, son sucesos reales.

Los padres de Luis trataron de encauzar su vida casándolo con una jovencita de buena familia, Francisca de Vera y Aragón, con la cual tuvo varios hijos y a la que amó tibiamente; la inexperta esposa no fue capaz de contener el carácter violento de Luis, ni tampoco su sensualidad exacerbada.

Al morir su mujer, cayó preso varias veces. Por entonces, los Tejeda y los Cabrera —descendientes del fundador de la ciudad— andaban dándose de estocadas por la calle, lo que puso de nuevo a Luis en peligro de ser encarcelado. Evitó esto ingresando al convento de Santo Domingo, para obtener inmunidad, y permaneció en él hasta su muerte, en septiembre de 1680.

Nunca tomó las órdenes, pero adoptó el hábito y siguió las reglas monásticas. Como acto de contrición, quemó sus escritos anteriores, conservando sólo los místicos.

Luis de Tejeda pudo haber inspirado a Enrique Larreta para *La gloria de don Ramiro* (algunos creen que así fue), y en *El laberinto*, Manuel Mujica Lainez le dedica la trama del capítulo titulado “El poeta cordobés”. Prudencio Bustos Argañaraz, más recientemente, recrea de modo novelesco su vida en *Laberintos y escorpiones*.

Tejeda fue admirado por sus conocimientos: versificaba en varios idiomas, entendía el griego, el latín y el hebreo, lo que le facilitaba la lectura de poetas y filósofos antiguos y de las Sagradas Escrituras. Además de las artes de la guerra, sabía matemáticas, medicina, jurisprudencia, filosofía, teología, mitología y oratoria.

Frecuentó a Juan Bautista Daniel, pintor noruego, afincado en Córdoba, amante o esposo de Isabel de la Cámara, mujer de mucho

abolengo y de una independencia inusitada para su época; con Daniel, Luis adquirió nociones de dibujo, pintura y música. La arquitectura la aprendió con los jesuitas, conocimiento que aplicó en la obra del convento de las carmelitas fundado por su padre.

Luis de Tejeda y Guzmán fue el ideal enciclopédico de su tiempo. Si en vez de dedicarse —víctima de las tendencias literarias que esclavizan a cada época— a escribir estrofas y estrofas que mostraran el debido arrepentimiento de su vida violenta y pecaminosa; si en vez de cultivar una poesía mística que no lo destacaba entre otros autores, hubiera conservado, en vez de quemarla, parte de su obra —presumiblemente erótica—, hoy contaríamos con una crónica vívida y veraz de la Córdoba monacal y licenciosa del siglo XVII, con sus pecados y virtudes.

Doscientos años después, al final de su vida, Echeverría reconocería el mismo imperativo social, que lo había impulsado a crear casi toda su obra poética, dejando de lado su más profundo anhelo: escribir relatos como el casi insuperable *El matadero*.

OBRAS CONSULTADAS:

Luis de Tejeda y Guzmán: *El peregrino en Babilonia*.

Doctor Carlos Luque Colombres: *La vida suntuaria en Córdoba (siglo XVII)*.

Prudencio Bustos Argañaraz: *Laberintos y escorpiones* (vida novelada de Luis de Tejeda).

Para “Tú, que te escondes en los rincones oscuros de las escaleras”

Los negros de Yucat

Alfredo Furlani, en “Apuntes para una historia de Yucat”, advierte que en lengua nativa, la palabra “yucat” deriva de “yucay”, que significa mentira, apariencia, burla. Así, Yucat pasa a señalar un lugar escondido, difícil de ver o de hallar, en este caso, entre las barrancas cercanas al río Tercero.

Allí, por mercedes concedidas, levantó su estancia uno de los principales generales de la fundación de Córdoba, don Lorenzo Suárez de

Figueroa; luego, por casamientos y herencias, terminó en manos del adinerado portugués Juan López Fiusa que, al final de su existencia, ya viudo de una hija de Figueroa, y sin herederos, la donó a la orden de Nuestra Señora de la Merced. Dice la crónica: “(En 1698)... buscó (López Fiusa) el apacible sosiego de los claustros para prepararse a bien morir”, y se presentó en las puertas del convento modestamente vestido, a pesar de su riqueza, con dos esclavitos, Manuel e Ignacio, para que le cuidaran. Solicitó entrar como aspirante y se avino a obedecer y a vivir en la pobreza.

Los frailes redentoristas se hicieron cargo de la estancia, que padeció incontables altibajos, aunque, a diferencia de otros establecimientos de la época, ha pertenecido por trescientos años a los mercedarios, que todavía la administran.

Es una realidad social que los negros de las órdenes religiosas vivían mejor, durante la Colonia, que los blancos pobres y los indios libres: estaban protegidos incluso ante la ley, recibían comida, abrigo, vestimenta, sacramentos, instrucción, atención a sus enfermedades, medicamentos y sepultura.

Ha quedado documentado que los frailes encargados de la estancia de Yucat dedicaron dinero no sólo para estas necesidades, sino también para proveer de “lujos” —azúcar y tabaco, entre otras cosas— a sus esclavos, en contravención a lo que la Iglesia pensaba de esos “vicios”.

Muchos esclavos aprendían oficios que les permitían ganarse la vida fuera del convento: entre los mercedarios, hallamos a los negros José Cabrera, que era maestro de barbería, sangrador y “médico”, además de tocar muy bien el arpa; Pablo Lorca, maestro de arpa y violín; Tomás Moyano, maestro de órgano y de zapatería; José Romero, maestro de ladrillo y teja...

Con la pobreza del amo, sobrevino la emancipación de hecho, y las “rancherías” de los conventos se convirtieron en albergue casi gratuito para ellos. Algunos, reputados de artistas, o huérfanos criados con cariño por la comunidad religiosa, fueron enterrados dentro de las iglesias, privilegio sólo concedido a gente de relevancia o de las antiguas familias.

Alrededor de la capilla de la estancia, una de las más hermosas de la provincia, perduran enormes algarrobos con más de trescientos años de existencia.

Sobre las echadoras de langostas

Desde muy antiguo se creyó que algunas personas tenían el poder de predecir, a veces por una tonalidad en el horizonte, otras por un sonido que sólo ellas escuchaban, la llegada de la langosta. Como estas predicciones se cumplían casi siempre, se llamaba rápidamente a las

“echadoras de langostas”, que seguían un ritual para alejarlas o, de no ser posible, para detenerlas en los límites de un campo.

En *Duendes en Córdoba*, dice Azor Grimaut: “Me supo referir don Félix Pereyra, hombre muy informado sobre costumbres y supersticiones, que antiguamente, en las iglesias, se organizaban oficios diversos contra la plaga, y que, como resultado, la langosta moría atacada de una gusanera celestial”.

En un principio, para que los santos no se molestaran porque elegían a uno y desechaban a otros como protectores, se hacía una ceremonia pública, donde se escogía un nombre por sorteo. A través de los siglos, como protectores de plagas de insectos, fueron consagrados Santa Olalla, los santos Tiburcio y Valeriano, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, y algún otro.

Pero el pueblo confiaba, sobre todo, en el poder de San Benito, famoso por luchar contra el demonio. Se invocaba al santo, cuando llegaban las mangas de langostas, mediante oraciones, versos y entierros de estampas.

Las personas que conocían el ritual de detener las plagas eran consideradas por el pueblo llano como seres nimbados de poderes sobrenaturales, y hasta la Iglesia terminó por aceptarlas.

Pero también eran temidas porque, si se les despertaba el resentimiento, podían, como las llamadoras del viento o las que formaban las tormentas de granizo, llevar la desolación y la ruina al campo que detestaban.

OBRAS CONSULTADAS:

Alfredo Furlani: “Apuntes para una historia de Yucat”.

Azor Grimaut: *Duendes en Córdoba*. Actas capitulares, libro I.

Don Manuel Vela y Olmo: *El Alma al pie del calvario* (año 1846).

La Biblia: Cantar de los Cantares.

Para “Amutay, amutay, tripa Huecufú”

Los prisioneros ingleses reclusos en el interior de la Argentina

A pesar de que las tropas británicas, bajo el mando de Beresford, habían sido derrotadas en tierra, pendía sobre el Virreinato del Río de la

Plata la amenaza de una gran flota llegada del Cabo de Buena Esperanza. Sir Home Popham, que estaba al mando de la operación, decidió bloquear el Río de la Plata y ocupar Maldonado. Contaba con que Inglaterra terminaría por mandarle refuerzos.

En esas circunstancias, el Cabildo de Buenos Aires ordenó que los prisioneros ingleses capturados en batalla, o en el momento de la rendición, fueran recluidos en las provincias del interior del país, desde donde les costaría mucho llegar a la costa y unirse a la contraofensiva que Gran Bretaña preparaba. De esa manera, fueron remitidos en grupos, con poca comunicación entre ellos, a Santiago del Estero, Tucumán, San Luis, Salta, La Rioja, Catamarca y Córdoba.

En el caso de Córdoba, un contingente fue internado en San Ignacio de Calamuchita, una estancia que había pertenecido a los jesuitas — expulsados en 1767—, tan extensa en tierras que a su dueño se le llamaba “El Rey del Suelo”.

La prisión era abierta, con escasa vigilancia, y no lo pasaban mal los internados; algunos llegaron acompañados por sus mujeres, y casi todos los oficiales tenían servidores. Viajaban con el equipaje completo, puesto que no se lo habían requisado y, extrañamente, tampoco se los despojó de sus armas: no sólo conservaron las de filo, como sable o espada, sino también las de fuego. Entre las pocas prohibiciones que les impusieron estaba la de no permitirles andar a caballo, con la intención de dificultarles cualquier intento de fuga.

Uno de estos oficiales, Alexander Gillespie, escribió un libro, *Buenos Aires y el interior*, donde, a pesar de sus críticas, deja entrever la casi generalizada buena voluntad de los criollos para con ellos. Y muchos, al ser liberados, dejaron cartas de despedida agradeciendo lo bondadoso del trato, los obsequios y favores que habían recibido en nuestro país. En su opúsculo *Los prisioneros ingleses en Córdoba*, dice Rafael Garzón: “Algunos vecinos hasta renunciaron a cobrar lo adeudado por el costo de alimentación y el transporte de los prisioneros”, pues éstos estaban a cargo de los vecinos y de una pequeña guardia que se hacía responsable de las idas y venidas de los británicos.

Los ingleses establecieron vínculos con familias de clase alta, pero también con esclavos y pardos libres, que hubieran podido, por ignorancia o por dinero, informarles del escaso armamento con que contaban las autoridades para defenderse. Sin embargo, no hubo nada que lamentar, pues no se concretó ninguno de los descabellados planes que podrían haber hecho los prisioneros.

Consta en documentación de la época que “la plebe del otro sexo les demostraba una inclinación muy apasionada y deshonesta”, pero también las señoritas de la sociedad se sintieron atraídas por ellos, ya que se celebraron varios matrimonios. Cuando iban a ser repatriados, veintidós de ellos solicitaron permanecer en Córdoba, como John Pullen, casado con

Rafaela Ávila; John Ross, con Justa Vega; James Cooper, con Teresa Cáceres; John Esley, con Manuela Tissera; Thomas Wilson, con Ana Arias de Cabrera; Thomas Kaemms, con Agustina Alfonso, y otros. Lo mismo sucedió en Buenos Aires y en el resto de las provincias donde fueron internados.

Es verdad que hubo una fuga de prisioneros desde la estancia de San Ignacio, al parecer ayudados por el hijo del dueño, que fue encarcelado. Sus bienes fueron embargados y él murió en la cárcel, abandonado por su familia.

Estos fugitivos consiguieron llegar a Montevideo y, cuando terminaron las hostilidades entre la Argentina y el Reino Unido, se embarcaron para Gran Bretaña, como en el caso del protagonista de este cuento.

El destino de las tropas inglesas en el Río de la Plata podría resumirse en las palabras que Jorge Castelli pone en boca de Whitelocke:

“No soy diestro en agorerías, porque descreo de tales embustes. Sin embargo, no puedo evadir la sensación de que aquellas aguas cargan algo malo en sus entrañas, un destino funesto, una cosa que no sé definir. Ese río va a llevarse muchas vidas, no lo dude. No me pregunte cuándo ni de qué manera sucederá, pero el río más ancho del mundo cuenta con todas las características para convertirse en una inmensa tumba de lodo y aguas marrones.” (Jorge Castelli, *El delicado umbral de la tempestad*.)

OBRAS CONSULTADAS:

- Alexander Gillespie: *Buenos Aires y el interior* (año 1818).
Rodolfo de Ferrari Rueda: *Los prisioneros ingleses (1806-1807)*.
Doctor Rafael Garzón: *Los prisioneros ingleses en Córdoba*.
Jorge Castelli: *El delicado umbral de la tempestad*.

Para “El Agnus Dei”

La historia según los vencidos

Nadie se preguntó nunca cómo vio una gran parte de la población —la que padeció muertes, agravios, despojos, las más de las veces innecesarios— a la Revolución de Mayo.

Apenas cuatro años después de las heridas que había dejado la forma en que fueron tratadas las tropas del interior que iban a luchar contra los ingleses, la Primera Junta abrió otra herida que demoraría más tiempo en cicatrizar, porque detrás de sus órdenes quedaron huérfanos sin protección, mujeres que debieron vivir de la caridad de los mismos que habían firmado las sentencias de muerte de sus padres, de sus maridos, las confiscaciones de sus propiedades, la requisa de su hacienda o el desvalijamiento de sus comercios.

Por esas cosas de la historia que los protagonistas tratan de suavizar y los que deben entenderlas a siglos de distancia prefieren interpretar, la Revolución de Mayo dejó pendiente el deber de un estudio más profundo sobre ella.

De todos modos, para una sociedad, especialmente la de las pequeñas ciudades provincianas, profundamente enraizada en lazos de parentesco entre los nacidos acá y los venidos de allá, debió ser traumático encontrarse con que el cuñado, el tío, el padre, el amigo de toda la vida se convertían, de pronto, en enemigos.

Lo sucedido en el Monte de los Papagayos sacudió también los grupos moderados de Buenos Aires, tanto de la capital como de la provincia. Paul Groussac escribió en su obra *Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires*:

“Los prisioneros de guerra, fusilados sin juicio en la Cruz Alta, fueron mártires de su lealtad, y no necesitan ser rehabilitados.

”Un estremecimiento de horror corrió por el cuerpo de los próceres del pacífico Mayo; y en la proclama tardía con que la Junta Gubernativa intentaba denigrar a sus víctimas, se percibe un conato balbuciente de justificación. El prestigio de Moreno no resistió a la repercusión del atentado; y sabemos que, no bien alejado el genio terrible de la Revolución, la Junta procuró desandar la *Via scelerata* por aquél abierta, y que ¡ay! dos generaciones argentinas estaban condenadas a recorrer. Aquel funesto sofisma por los sectarios formulado, y según el cual eran justos todos sus pasos, y criminales los contrarios, ellos mismos se iban a encargar de destruirlo, persiguiéndose los unos a los otros, arrojándose mutuamente a la cárcel y a la proscripción, en nombre de un ideal revolucionario por todos proclamado y por ninguno realizado ni definido...”.

En la última de sus obras, Jorge Castelli reseña la idea que Moreno tenía sobre el accionar de las tropas de la Revolución: “Que se hable con severo espanto de nuestros soldados, aun antes de que el primero de ellos asome su figura por sobre la línea del horizonte. Que se nos tema como se teme a los aparecidos y a las ánimas: por habladurías y con horror secreto aunque seguro, incluso sin haber cruzado previamente jamás con alguno de ellos”. (Jorge Castelli, *Las campanas de la revolución. Liniers y Moreno.*)

OBRAS CONSULTADAS:

Paul Groussac: *Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires*.

Jorge Castelli: *Las campanas de la revolución. Liniers y Moreno*.

Mariano Moreno: *Escritos*.

Para “Buscando marido a una mulata”

De la negra que cazó un indio y de la fiesta de los sanjuanés

Reclamar un marido

La historia de Bernabela, aunque no ha quedado consignado su nombre, es verídica. Da noticias de ella, en su libro, un viajero inglés, que al hospedarse, muchos años después, en la estancia donde vivía la morena, observó que el dueño tenía una hermosa colección de armas, donde se destacaba una espléndida y única tacuara. Al preguntar qué hacía un arma tan primitiva entre facones de plata, sables y armas de fuego, el estanciero les contó la historia de la mulata que capturó a un indio y luego lo reclamó para marido.

En un momento en que escaseaban los hombres debido a la guerra de la independencia, a los enfrentamientos durante la anarquía y a la posterior guerra civil, se permitía a las mujeres, especialmente en las provincias, reclamar para sí un prisionero político, un sentenciado a muerte, un preso, a los que se les conmutaba la pena de muerte por prisión, se les alivianaba la condena o se los dejaba en libertad.

En *Romance de Río Seco*, Lugones hace alusión a ello en un poema titulado “El reo”, donde se cuenta la historia, también verídica, de un desertor que, a punto de ser fusilado, se presenta una mujer a pedirlo por marido. Para asombro de todos, el reo pide que le quiten la venda para verla, y se encuentra con que era:

Parda jamona, y de yapa,
bizca por su mala suerte,
aunque todos reflexionan,
que al fin más fea es la muerte.

En cuanto el sentenciado le echa un vistazo:

“No me conviene la prenda”
dice con resolución,
y vuelve a pedir la venda.

Cuenta Lugones que el reo “recibió sus cuatro tiros dándose por satisfecho”, y luego agrega:

No sé qué creerán ustedes,
mas yo tengo para mí,
que merece algún respeto
Quien supo morir así.

En la misma obra, el autor toma los amores y la tragedia de Francisco Ramírez y la Delfina —sucesos que ocurrieron en el tiempo en que sucede este cuento— en dos poemas: “La cabeza de Ramírez” y “La presa”.

Los sanjuanes

Se les llamaba así a las fiestas celebradas en la segunda mitad de junio, cuando el santoral recuerda a varios “santos Juanes”, como San Juan de Sahagún, San Juan Regis, San Juan, Presbítero y Mártir, San Juan Bautista y los Santos Juan y Pablo, hermanos y mártires.

La más popular expresión de estas fiestas eran los “fogones” al aire libre que se encendían el día 24, natalicio de San Juan Bautista, costumbre que se extendió hasta mediados del siglo XX.

Sin embargo, pocos recuerdan hoy que era muy arraigada la creencia de que se podía saber, mediante artes adivinatorias practicadas desde la noche del 23 de junio a la del 24, si existían perspectivas de casarse dentro del año, para quien las consultase.

La costumbre de enterrar el ajo correspondía a las clases populares, pero las clases altas preferían las llamadas “cédulas de San Juan”, donde en la sala de una casona se reunían jóvenes y mayores alrededor de la mesa; mientras se repartían las cédulas enrolladas, alguna morena hacía circular, en bandeja de plata, copitas de anís dulce para las damas y de anís duro (grapa o caña) para los hombres.

En estos papelitos venían escritos los nombres tanto de la gente joven como de viudos y solteros de ambos sexos que asistían a la reunión.

Cuenta Azor Grimaut que estos nombres se consideraban un augurio de unión o el inicio de un compromiso. Pero si en la cédula de un

muchacho aparecía la palabra “conga”, o en la de una de las niñas la palabra “chivo”, el pronóstico era de soltería.

Luego de la distribución de las cédulas, se bailaba, se jugaba a las prendas, a las adivinanzas, y a las doce de la noche se servía un chocolate “de cuchara parada” —por lo espeso— con colaciones.

Otra práctica era el velatorio del huevo: al atardecer del día 23 se cascaba un huevo en un vaso, se le agregaba agua y se encendía una vela como ofrenda al santo. A las doce de la noche se sacaba el vaso al exterior, para que le diera el frío, y en la mañana del 24 la joven, con alguna de las mujeres mayores de la familia, recogía el vaso y trataban de adivinar, por las figuras que había formado la clara escarchada, su porvenir.

También se podía “velar el espejo”; esto consistía en encender frente a un espejo una vela —que no debía ser consagrada— varias horas antes de la medianoche del día 23, en una habitación sin otra luz que ésa. A las doce de la noche, la interesada debía mirarse en él para hallar la visión del rostro del que sería su esposo, o de una casa, que sería su nuevo hogar.

Este recurso tenía un costado estremecedor: el paso de un coche fúnebre sobre la luna del espejo anunciaba la muerte de la curiosa dentro del año.

OBRAS CONSULTADAS:

Leopoldo Lugones: *Romance de Río Seco*.

Azor Grimaut: *Duendes en Córdoba*.

Para “Espérame en el día del Santo Fundador”

Sobre el general Quiroga, capiángos y uturuncos

Si bien el general Quiroga no aparece en esta narración más que mencionado, su espíritu y las leyendas que forjó por su sola presencia sobrevuelan el relato. Entre las dificultades para combatir su predominio en todo el interior, estaban las creencias que circulaban sobre él. Creencias compartidas, para asombro del general Paz, que lo relata en sus *Memorias*, no sólo por las clases bajas, sino también por las cultas.

Se tenía a Facundo por hombre de inspiración sobrenatural, con espíritus “familiares” que podían penetrar en cualquier parte y causar daño siguiendo sus órdenes.

El “Familiar”, en la región del centro y noroeste de nuestro país, es un ente sobrenatural que se alimenta de seres humanos, dando riqueza y poder sólo a su amo. Se cree que éste consigue dominarlo debido a un pacto con el diablo.

El “Familiar” puede presentarse como una enorme serpiente, o una oveja, o un puma. A veces como un perro negro, o una fiera que puede adoptar la apariencia de un hombre o una mujer, un tigre o un caballo, pero que se alimenta de carne humana. El que es “dueño” de uno de ellos tendrá suerte permanentemente, siempre que le suministre una vez al año un ser humano para ser devorado.

Si repasamos las creencias que corrían sobre Facundo Quiroga, vemos que alrededor de él giraban toda suerte de “familiares”: la presencia del caballo, el famoso Moro (por el pelo agrisado), su preferido en el momento de entrar en batalla.

Se decía que el Moro le daba consejos de táctica y estrategia, además de revelarle cosas ocultas. Que el animal tenía un conocimiento sobrenatural de lo por venir quedó demostrado ante los ojos del pueblo cuando, para la batalla de La Tablada, donde Facundo se enfrentó con el general Paz, el Moro no se dejó ensillar, atacando a los que se acercaban a él. En medio de la lucha, cuando la suerte se había vuelto contra el caudillo riojano, intentó Facundo nuevamente montarlo, y tampoco esta vez el animal permitió que le pusieran el freno.

También se decía que Quiroga tenía escuadrones de capiángos, soldados que se convertían en fieras al entrar en combate, que de noche se deslizaban en el campamento enemigo en forma de tigres y diezmaban a los soldados dormidos. Era un hecho recurrente que las tropas que debían enfrentarse con las fuerzas del caudillo, al enterarse de que traía su batallón de capiángos, desertaban en masa.

No era casual, entonces, la historia divulgada sobre Facundo, quien, se decía, perdido en el desierto, había matado un tigre —es requisito de esta superstición haberle dado muerte por propia mano—, convirtiéndose así en el Tigre de los Llanos para el paisanaje.

Otra de las historias fabulosas que corrían sobre él era la de que poseía una ampalagua, especie de víbora enorme que habitaba lagunas o pozos. Al parecer, habiéndola encontrado en tierra, Facundo le echó su chaquetilla encima; el animal no huyó, demostrando con su actitud que lo aceptaba como amo.

Esta víbora, a la que Facundo mantenía en un pozo, bien alimentada, permitiéndole salir de vez en cuando, era considerada como uno de los más temibles “familiares”.

Por el dominio que ejercía sobre seres de fábula, se creía que Quiroga era invencible en la guerra, en el juego y en el amor. Se decía que ninguna mujer, por casta y honrada que fuera, había conseguido resistirse cuando él la había solicitado.

Quizá las excepciones que confirmaban la regla fueran el único hombre que consiguió vencerlo —y por dos veces—, el general José María Paz, y aquella jovencita llamada Severa de Villafañe, quien murió como consecuencia de haberlo rechazado.

El capiango

“Capiango” es palabra guaraní, y guaraní es el origen de la leyenda sobre hombres que podían convertirse en tigres al caer la noche. En realidad, sus poderes eran más amplios: se suponía que tenían la cualidad de adoptar la forma de felino a cualquier hora, siempre que llevaran con ellos una piel de tigre y unos granos de sal. Con sólo chupar un poco de sal y revolcarse en la piel, se convertían en seres feroces, que caminaban en dos patas, corrían en cuatro y tenían zarpas y colmillos. Podían morir a puñal, pero rara vez por bala, pues cuando disparaban contra ellos, erizaban la pelambre y las balas se deslizaban sin lastimarlos. Si eran heridos mortalmente en su aspecto de felino, recuperaban su forma humana al morir.

También se creía —y esto estaba relacionado con los soldados tigres de Facundo— que el convertirse en “capiango” derivaba de un estado sobrenatural que un hombre podía obtener cultivando la ferocidad en la pelea y negándose a amar a nadie. A veces, los padres que querían tener un capiango que los defendiera lo hacían usar desde niño alguna prenda hecha con la piel de un tigre, y le daban de comer el corazón de este carnicero. El así iniciado debía continuar, por el resto de su vida, con esta práctica, que le proporcionaba el poder de convertirse en fiera a ciertas horas y salir a cazar su comida preferida: seres humanos.

Sólo obedecían al dueño, quien se había apoderado de su voluntad mediante un pacto con el diablo; en caso de haberlo hecho el capiango por sí mismo, en su forma humana no tenía que seguir más que su propio capricho.

Aunque no sentían amor ni afecto por nadie, se creía que, si llegaban a enamorarse de alguna mujer —debía ser virgen—, perdían su capacidad de transformarse y se volvían mansos.

Juan Bautista Ambrosetti tomó la leyenda del capiango de labios de Leopoldo Lugones, quien le transmitió una versión muy difundida en Córdoba, Santiago del Estero y Tucumán.

El Runa-Uturunco

“Runa-Uturunco” es una palabra quichua que significa, igual que capiangos, hombre-tigre, animal legendario conocido no sólo en todo el noroeste argentino, sino también en Perú y Bolivia. En el Litoral argentino se lo llama yaguareté abá, y para los guaraníes es capiangos.

Es extraño que, en general, haya sobrevivido en las provincias del oeste la voz guaraní más que la quichua.

Es interesante advertir que aunque cada uno de estos seres de fábula tiene sus comportamientos e historias que los diferencian, a su vez mantienen características comunes que se extienden desde los Caballeros Tigres de México hasta llegar a nuestra Patagonia.

El mito andino del Runa-Uturunco se remite a la historia de un indio viejo, un “diablero”, que de noche, revolcándose sobre la piel de un tigre y rezando un credo al revés —el aporte de la Conquista a la leyenda indígena—, se convierte en un feroz yaguareté o jaguar, el tigre criollo, que sale en busca de las presas que eligió en su aspecto de hombre.

El Uturunco es un tigre con aspecto humano, pero como tigre le falta la cola; se reconoce su huella porque deja cinco dedos marcados.

Si uno preguntaba, en lugares donde era artículo de fe la existencia de capiangos o uturuncos, por qué no se los veía más, la contestación era que, como los tigres iban siendo exterminados, ya no se conseguían los cueros para el ritual de revolcarse o cubrirse con ellos. Con la extinción de los jaguares, desaparecía también otra forma de convertirse en hombre-tigre: al ponerse en contacto el animal, mediante la dentellada o el zarpazo, con la sangre del hombre, éste, como en la leyenda de la mordedura del vampiro, perdía parte de su humanidad y ganaba ciertos atributos de la fiera.

Aún hoy, en las regiones selváticas de nuestro país y de otras zonas de la América del Sur, ningún hombre toma mate con otro que haya sido herido por un tigre, temiendo contagiarse con su saliva.

Con la extinción de animales y la tala de la selva y el monte, uturuncos, capiangos, “familiares”, pomberos, duendes, espectros y animales de fábula fueron entrando en la penumbra de la leyenda en compañía de otros dioses y seres imaginarios que poblaron en un momento la imaginación de la humanidad.

OBRAS CONSULTADAS:

Adolfo Colombres: *Seres mitológicos argentinos*.

Daniel Granada: *Supersticiones del Río de la Plata*.

Félix Coluccio: *Diccionario de creencias y supersticiones argentinas y americanas.*

Para “La niña que sueña”

La sed, el general y las cuarteleras

El martirio de la sed

Las mejores páginas en narrativa sobre la marcha del general Lavalle hacia el norte, después de ser derrotado en Quebracho Herrado por las fuerzas federales, las escribió Manuel Gálvez en *Han tocado a degüello*. Allí nos narra el martirio de los vencidos, algunos moribundos, muchos heridos o enfermos, todos cansados y sedientos, que sólo encuentran a su paso pozos contaminados con algún animal muerto, baldes y sogas arrojados al fondo para que no pudieran servirse de ellos, jagüeles donde habían internado las reses para volver barro el agua. Todo por obra de enemigos o de paisanos resentidos contra los ejércitos, pues estaban hartos de ser expoliados por ellos.

Fue durante esa travesía que se desató una tormenta tan fuerte que Oribe, que marchaba en seguimiento de Lavalle, tuvo que esperar a que se detuviera la lluvia para proseguir la cacería. Tormenta que, al mismo tiempo, salvó a los unitarios de perecer de sed y les dio la oportunidad de distanciarse de los federales.

Toda la parte rural del interior de la Argentina sufrió, en esos meses y durante un año, uno de los más grandes desastres humanos y económicos. Las represalias fueron terribles y hubo matanza de vecinos a causa de los enconos políticos, las denuncias y las venganzas. El campo quedó devastado, sin caballos, sin animales para alimentarse, sin sembrados, sin las vituallas que se guardaban en alacenas o sótanos; todo fue saqueado por los ejércitos enfrentados.

Por mucho tiempo, las provincias por donde pasaron las tropas o los desertores, o las bandas de cuatros que se formaron para aprovechar el caos, quedaron sumidas en un estado de letargo político, de carestía de alimentos, de falta de productividad que costó años superar.

El general derrotado

No obstante los actos de pillaje y el desorden extendido, la tropa unitaria siguió siendo leal a un jefe que ya sabía que nunca volvería a dirigir un ejército digno de ser llamado así.

En esa hora crítica, Lavalle escribe a su esposa y le confiesa que trata inútilmente de poner orden en sus hombres, que “los soldados se han convertido en una horda de salteadores y forajidos”.

Lo mantiene melancólico e insomne la muerte de Dorrego, culpa que lo acompañó, como a Santos Pérez el grito del niño que mandara degollar, hasta su muerte.

Preservar sus restos mortales del ultraje del enemigo, transportar el corazón del general a través de la cordillera de los Andes, fue el último gran gesto de sus hombres, lo que los redimió en alguna medida de sus excesos.

El general Paz escribe en sus *Memorias*, al hablar de los yerros de Lavalle:

“Los que lo habían elevado hasta ponerlo al frente de la revolución tenían un positivo interés en que su autoridad fuese anómala e irregular, para que después que hubiese servido a sus miras pudiesen cuando les conviniese derrocarla...”.

Las cuarteleras

El ejército de Lavalle era famoso por la enorme cantidad de mujeres que seguía a la tropa en calidad de “soldaderas”, como se las llamó alguna vez. Estas mujeres llegaron a ser, desde el punto de vista estratégico y práctico, una gran carga en las marchas, especialmente para alimentar, proteger y acomodar.

Mabel Pagano, en una conferencia que dio durante la Feria del Libro (Córdoba, 2003), habló sobre estas milicianas (cuarteleras, fortineras) no reconocidas casi nunca por las tareas que prestaban a sus hombres y, en general, al ejército.

“Estas mujeres cumplieron misiones de riesgo y heroísmo a la par de los hombres. Fueron amantes, lavanderas, cocinaron y curaron sus heridas, supieron cazar y carnear animales. Labradoras y sembradoras, sabían cómo hacer adobe y arrear una caballada y también, si se daba el caso, tomar el fusil y defender una guarnición. ”Compartieron la vida dura de los fortines, padecieron hambre y frío y recorrieron largas distancias siguiendo a los batallones, pariendo en los descampados, con los hijos en ancas o colgados de su espalda. A

muchas se les reconocieron los servicios, dándole un grado militar, otras apenas fueron un número para la ración que mandaba el gobierno... cuando se acordaba. Pero todas, todas, fueron relegadas de cualquier beneficio y ya no se les permitió la entrada a los cuarteles, o a los fortines, cuando la campaña terminó.

”Es un acto de justicia rescatarlas del olvido y darles el lugar que se ganaron, a fuerza de coraje, en la historia de la Patria.” (Mabel Pagano, “Memoria de cuarteleras”. Con permiso expreso de la autora.)

OBRAS CONSULTADAS:

Manuel Gálvez: *Han tocado a degüello*.

General José María Paz: *Memorias póstumas*.

“Grandes protagonistas de la historia argentina: Juan Lavalle”, colección dirigida por Félix Luna.

Mabel Pagano: “Memoria de cuarteleras” (conferencia pronunciada en la Feria del Libro de Córdoba en 2003).

ÍNDICE

Retrato de dama sin nombre. Año 1573	6
Aquesta confusa tierra. Año 1662	19
Tú, que te escondes en los rincones oscuros de las escaleras. Año 1710.....	44
Amutay, amutay, tripa Huecufú. Año 1807.....	83
El Agnus Dei. Año 1810	94
Buscando marido a una mulata. Año 1821	135
Espérame en el día del Santo Fundador. Año 1831	148
La niña que sueña. Año 1840	156
Apéndice: apostillas	168